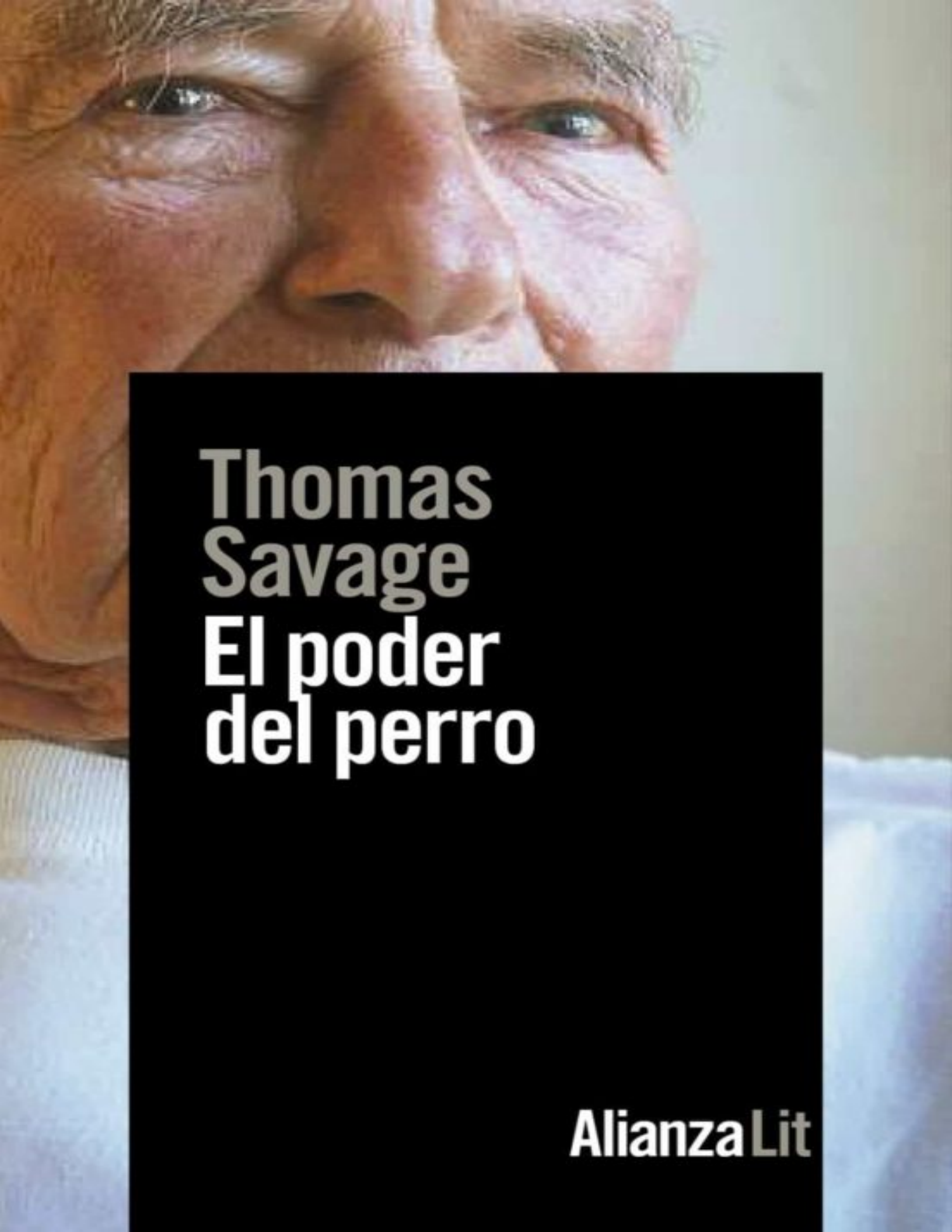

Thomas Savage

El poder del perro

Alianza Lit

Thomas Savage

El poder del perro

Traducción del inglés
de Eduardo Hojman

Alianza editorial

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
Posfacio de Annie Proulx
Sobre los autores
Créditos

Para mi esposa

Libra mi alma de la espada,
del poder del perro mi vida.

—Salmos

I

Phil siempre se encargaba de la castración. En primer lugar, cortaba la bolsa del escroto y la arrojaba a un lado; a continuación, tiraba primero de un testículo y luego del otro, hacía un tajo en la membrana color arcoíris que los rodeaba, la arrancaba y la arrojaba al fuego donde los hierros de marcar resplandecían al rojo vivo. La cantidad de sangre que despedían era sorprendentemente escasa. En pocos instantes, los testículos explotaban como inmensas palomitas de maíz. Se decía que algunos hombres los comían con un poco de sal y pimienta. «Ostras de montaña», los llamaba Phil, con su típica sonrisa traviesa, y les sugería a los peones jóvenes que, si planeaban tontear con chicas, a ellos también les vendría bien comérselos.

El hermano de Phil, George, que se encargaba de enlazar a los animales, se sonrojaba cuando oía ese comentario, especialmente porque Phil lo hacía delante de los trabajadores. George era un hombre bajo y fornido, carecía de sentido del humor, era decente y a Phil le gustaba sacarlo de quicio. ¡Oh, Señor, cómo le gustaba a Phil sacar de quicio a la gente!

Nadie usaba guantes para una tarea tan delicada como la castración, pero sí en casi todos los otros casos, para protegerse las manos de las quemaduras producidas por el roce de las cuerdas, de las astillas, de los cortes, de las ampollas. Se ponían guantes cuando enlazaban, cuando vallaban, cuando marcaban, cuando juntaban heno para el ganado, incluso cuando cabalgaban, cuando galopaban o cuando transportaban ganado. Es decir, lo hacían todos, salvo Phil. Él restaba importancia a las ampollas, los cortes y las astillas y se burlaba de los que se protegían con guantes. Phil tenía manos secas, poderosas, ágiles.

Los peones y los vaqueros usaban guantes de cuero de caballo que habían pedido después de verlos en los catálogos de Sears, Roebuck y Montgomery Ward, o Sears, Sawbuck y Monkey Ward, como llamaba Phil a esas tiendas[1]. Después de trabajar, o los domingos, cuando la barraca se llenaba del vapor

del agua que usaban para lavar ropa o afeitarse, del olor al aceite de malagueta que se ponían aquellos que estaban a punto de marcharse a la ciudad, los trabajadores se esforzaban por rellenar los formularios de los pedidos, encorvados como niños inmensos, mordiendo la punta del lápiz, releyendo con el ceño fruncido su caligrafía de cangrejo, tratando de calcular el peso del envío y de verificar su código de área. En muchos casos se daban por vencidos, suspiraban y delegaban la tarea en alguien que estuviera más familiarizado con la escritura y los números, aquel entre ellos que hubiera llegado a la secundaria, el mismo que a veces les escribía las cartas que mandaban a sus padres y a sus madres y a las hermanas de las que se acordaban.

Pero qué maravilloso era meter el pedido en el buzón, qué delicioso y terrible esperar ese paquete proveniente de Seattle o Portland que tal vez incluyera guantes nuevos, zapatos nuevos para ir a la ciudad, discos fonográficos, un instrumento musical para mantener a raya la soledad en las noches de invierno, cuando el viento aullaba como lobos que hubieran bajado de la montaña.

> Nuestra mejor guitarra. Ideal para música española y para tocar acordes. Amplio diapasón de ébano, resonante caja de abeto natural de gran calidad con varillas en abanico, con los lados y la parte trasera confeccionados con palo de rosa y ribetes de cuerno genuino. Una verdadera belleza.

Mientras esperaban que el pedido llegara a la oficina de correos que estaba a veinticinco kilómetros por la carretera, leían esas descripciones una y otra vez, reviviendo el momento en que habían completado los casilleros vacíos del formulario, enriqueciendo sus expectativas. ¡Ribetes de cuerno genuino!

—¿Qué hay, tíos? ¿Seguís husmeando el viejo Libro de los Deseos? —preguntaba Phil, de pie junto a la estufa, golpeándose los pies para quitarse la nieve. Recorría el salón con la mirada, con las piernas separadas, las manos desnudas entrelazadas a la espalda. Con los años, algunos de los jóvenes trataban de imitar esa costumbre de no cubrirse las manos, tal vez buscando algún gesto o sonrisa de aprobación, pero, cuando sus imitaciones pasaban inadvertidas, volvían a coger los guantes—. ¿Seguís husmeando el viejo Libro de los Deseos?

—Claro, Phil —decían ellos, orgullosos de llamarlo por el nombre de pila, pero cerraban el catálogo y simulaban que estaban conversando, para

que él no notara la lujuria que les despertaban esas mujeres descaradas que modelaban corsés y ropa interior. ¡Cómo admiraban su indiferencia! Era uno de los dos dueños de la hacienda más grande del valle, podía permitirse cualquier jodida cosa que quisiera, cualquier automóvil, un Lozier o un Pierce-Arrow, por ejemplo, pero no sentía deseos de poseer un coche. En una ocasión, su hermano George le comentó que estaba interesado en adquirir un Pierce y Phil respondió: «¿Quieres parecer judío?». Y ahí quedó el tema. No, Phil no conducía. Su montura, colgada de un estribo en un gancho del establo grande y largo, tenía unos buenos veinte años; las espuelas eran de acero de buena calidad, pero lisas, sin lujosas incrustaciones de plata ni nada parecido a las espuelas que poblaban los sueños de otros; usaba zapatos corrientes en lugar de botas, se burlaba de los adornos y oropeles de los vaqueros, aunque cuando era más joven había sido tan buen jinete como cualquiera de ellos y mejor enlazador que George. A pesar de todo su dinero y de su cuna, era un tipo normal, que se vestía como un peón, con un peto y una camisa azul de cambray. George lo llevaba tres veces por año a Herndon a que le cortaran el pelo; se sentaba en el asiento delantero del viejo Reo, rígido como un indio con su rígido traje de ciudad, la imponente nariz de búho bajo el sombrero gris pizarra, la mandíbula prominente. Luego se acomodaba en la silla de peluquería de Whitey Judd y dejaba sus largas, delgadas y callosas manos inmóviles sobre los frescos apoyabrazos, mientras su pelo caía a su alrededor formando montoncitos sobre las blancas baldosas del suelo.

En una ocasión, un acicalado viajante que llevaba un ostentoso alfiler de corbata lanzó una risita y se lo preguntó a Whitey.

—Yo no me reiría si fuera usted, señor —comentó Whitey—. Él puede comprarlo y venderlo cincuenta veces a usted o a cualquier otro tipo de este valle, salvo a su hermano. Es un honor que se siente en mi silla, un gran honor. —*Snip, snip, snip*—. Él y su hermano son socios.

Y, en efecto, eso eran, y más que socios, más que hermanos. Cabalgaban juntos durante los rodeos, hablaban entre sí como si acabaran de conocerse, conversaban sobre los viejos tiempos de la secundaria y de esa universidad de California en la que George, de hecho, había suspendido el mismo año en que Phil se había graduado. Phil rememoraba bromas que les había gastado a

otros alumnos, amigos que habían tenido, parrandas. Phil había sido la lumbrera; George, el que le ponía empeño.

Cuando vendían novillos cada otoño o compraban un semental Morgan para mejorar la estirpe de las monturas, tomaban las decisiones más o menos conjuntamente. Cada año, Phil esperaba con ansias que llegara octubre, mes en el que salían a cazar y en que los sauces que bordeaban el arroyo adoptaban un tono rojizo oxidado y la bruma que ascendía desde las lejanas hogueras del bosque flotaba como un velo por encima de los picos montañosos. Se los veía a los dos, con sus animales de carga, cabalgando por las llanuras hacia las montañas, Phil con su carabina corta o con su calibre treinta. No era raro que hubiera una relación como aquella entre hermanos: Phil, alto y anguloso, contemplando la lejanía con sus ojos azul cielo y luego bajando la mirada al suelo que lo rodeaba; George rechoncho e imperturbable, cabalgando a su lado con un caballo castaño, rechoncho e imperturbable. Hacían apuestas: ¿quién avistaría y dispararía al primer alce? ¡Oh, cómo le gustaba a Phil el hígado de alce! De noche acampaban al borde de los árboles y se sentaban con las piernas cruzadas ante el fuego a hablar de los viejos tiempos y de los planes de un establo nuevo que nunca se materializaban porque ello implicaría derribar el viejo; desenrollaban los sacos de dormir lado a lado y escuchaban juntos y en la oscuridad el rumor de un arroyo diminuto, no más ancho que el paso de un hombre, la fuente misma del río Misuri. Se dormían y cuando despertaban se encontraban con la escarcha.

Había sido así durante años; Phil acababa de cumplir los cuarenta. También seguían durmiendo en la misma habitación que habían tenido de niños, en las mismas camas de bronce, y se movían por la gran casa de troncos haciendo ruido, porque aquellos a los que Phil se refería como los Viejos se habían marchado a pasar sus años otoñales en una *suite* de varias habitaciones del mejor hotel de Salt Lake City. Allí, el Viejo Caballero incursionaba en la bolsa de valores y la Vieja Dama jugaba al *mahjong* y se vestía para cenar como lo había hecho siempre. El dormitorio de los Viejos estaba cerrado, juntando el polvo que lanzaban los automóviles —de los que había más cada día— que traqueteaban y chisporroteaban en la carretera que pasaba delante de la casa. En esa habitación el aire estaba viciado, los

geranios de la Vieja Dama se murieron, el reloj de mármol negro dejó de funcionar.

Los hermanos conservaron a la señora Lewis, la cocinera, que vivía en una cabaña del fondo, y que incluso tenía tiempo para limpiar la casa, por decirlo de alguna manera, quejándose a cada movimiento de la escoba. Ya se había marchado la chica, la última de una serie, que servía la mesa y dormía en un cuarto diminuto de la planta superior. Tal vez su presencia pareciera extraña en una vivienda de solteros, pero de todas maneras los hermanos se comportaban con un recato casi alarmante, como si todavía hubiera mujeres rondando por la casa. George se bañaba una vez a la semana, entraba al baño totalmente vestido y cerraba la puerta; se bañaba en silencio, con pocos chapoteos y sin emitir sonido, y salía totalmente vestido, pero seguido de un vapor delator. Phil jamás usaba la bañera, porque no le gustaba que se supiera que se bañaba. En cambio, lo hacía una vez al mes en una zona profunda del arroyo conocida sólo por George y él y, en una ocasión, por otra persona. Examinaba todo lo que lo rodeaba antes de entrar, por si había miradas indiscretas, y se secaba al sol, puesto que llevar una toalla hubiera difundido su propósito. A veces, en otoño y primavera, tenía que romper una costra de hielo. En los meses de invierno no se bañaba. Los hermanos nunca se habían mostrado desnudos el uno frente al otro; de noche, antes de desvestirse, apagaban las luces eléctricas, las primeras de todo el valle.

Hoy en día tomaban el desayuno junto a los peones en el comedor trasero, pero almorzaban y cenaban como antes, en el comedor delantero, con manteles blancos, y los cubiertos que usaban eran de plata. No es fácil ni deseable descuidar esos hábitos ni olvidar quién eres, un Burbank, con los mejores contactos en Boston, allí en el Este, en Massachusetts.

A veces, Phil se preocupaba porque George se quedaba mirando a lo lejos, balanceándose en la silla. De pronto, los ojos de George se posaban en la montaña llamada Viejo Tom, que estaba a cincuenta kilómetros de distancia y tenía casi cuatro mil metros de altura, una montaña querida, y se balanceaba y se balanceaba y se volvía a balancear, mirando todo el tiempo a través de la llanura.

—¿Qué ocurre, viejo? —le preguntaba Phil—. ¿Tu vieja cabeza sigue divagando?

—¿Cómo?

—Si te sigue divagando la cabeza.

—No, no. —George cerraba lentamente las pesadas piernas.

—¿Qué tal una partida de *cribbage?* —Desde hacía varios años, mantenían un detallado registro de la puntuación.

Para Phil, el problema de George era que no usaba la cabeza. No era un gran lector, como Phil. El límite de George era el *Saturday Evening Post;* se conmovía como un niño con las historias sobre animales y naturaleza. Phil leía *Asia*, *Mentor*, *Scientific American* y libros de viajes y filosofía que los parientes finos del Este le mandaban por docenas en Navidad. Tenía una mente inquieta, aguda y curiosa —usaba la cabeza— que desconcertaba a los compradores y vendedores de ganado que suponían que una persona que se vestía como Phil, que hablaba como Phil, debía de ser simple e iletrada, una persona con ese pelo y esas manos. Pero sus costumbres y su apariencia obligaban a los desconocidos a cambiar sus concepciones previas de cómo era un aristócrata y a reemplazarlas por la idea de que era alguien que podía permitirse ser él mismo.

George no tenía pasatiempos, ningún interés que lo animara. Phil trabajaba la madera. Había construido los mecanismos derrick, una especie de grúas que se usaban para apilar el heno silvestre —fleo, hopillo o trébol rojo—, desbastando las enormes vigas con azuela y garlopa. Con esas manos talentosas y desnudas tallaba sillas diminutas, de no más de dos centímetros de altura, de estilo Sheraton o Adam; sus dedos se movían como las patas de una araña y a veces se detenían momentáneamente, como si se pusieran a pensar, puesto que los dedos de Phil poseían una inteligencia propia que se encontraba, quizás, en sus acolchadas yemas. Pocas veces se le deslizaba el cuchillo y, cuando eso ocurría, él desdeñaba el yodo o el fenolato de sodio, dos de los escasos medicamentos que había en la casa, puesto que la familia Burbank no creía en la medicina. Las pequeñas heridas se le curaban rápidamente después de que se las limpiaba con la bandana azul que guardaba en un bolsillo trasero.

Algunos de los que conocían a Phil decían «¡Qué desperdicio!», ya que estar al frente de un rancho no era un oficio exigente ni un reto, siempre que uno dispusiera del rancho en cuestión, y requería músculos, pero poco cerebro. Phil, se maravillaba la gente, podía haber sido cualquier cosa, médico, maestro, artesano, artista. Había cazado, despellejado y disecado a un lince con una habilidad que habría hecho pasar vergüenza a un taxidermista. Resolvía con facilidad los puzles matemáticos del *Scientific American;* su lápiz volaba. Había aprendido a jugar al ajedrez por su cuenta a partir de lo que había leído en las páginas de una enciclopedia, y era habitual que se pasara una hora resolviendo los problemas ajedrecísticos que se publicaban en el *Evening Transcript* de Boston, que llegaba con dos semanas de retraso. En la fragua de la herrería diseñaba y cincelaba intrincados objetos ornamentales de hierro, morillos, atizadores con forma de espada y tridentes. Lo único que deseaba era poder compartir su talento con George, quien, por así decirlo, nunca se prendía fuego, casi nunca echaba humo y ya ni siquiera se interesaba por los viajes que hacía a Herndon en el Reo para reunirse con los directores del banco y almorzar luego en el Sugar Bowl Cafe.

—¿Qué te parece si te enseño a jugar al ajedrez, Gordito? —le preguntó Phil una vez, pensando en las veladas que podrían pasar juntos delante de la chimenea. A George le molestaba que lo llamara *Gordito.*

—No, creo que no, Phil.

—¿Por qué no, Gordito? ¿Piensas que te resultará demasiado difícil?

—Nunca me interesaron mucho los juegos.

—Antes jugabas al *cribbage.* ¿Y puede ser que a veces también al pinacle?

—Es cierto. Sí, lo hacía, ¿verdad? —Y luego George cogió el *Saturday Evening Post* y se perdió en alguna fantasía.

Phil silbaba, y lo hacía bien, con un tono tan preciso como el de una flauta; silbaba una tonada alegre y se metía en el dormitorio y cogía el banjo y punteaba «Red Wing» o «Hot Time in the Old Town». Había aprendido a tocar por su cuenta y sus dedos saltaban sobre las cuerdas produciendo sonidos agradables. En otra época no era infrecuente que, cuando estaba

tocando, George entrara en silencio en el cuarto y se tumbara en la otra cama de bronce a escuchar. Pero no últimamente.

Últimamente, después de una o dos tonadas, Phil se levantaba del borde de la cama donde había estado sentado tocando, se ponía recto, dejaba el banjo y recorría el sendero que llegaba a la barraca entre el susurro de la plantación de centeno.

—Qué hay, tíos —decía, parpadeando por la luz blanca de la lámpara a gas.

En otra época, siempre se levantaba alguno de los peones para cederle una silla, alguna silla vieja que había sobrado de la Casa Grande.

—Oh... No te molestes —respondía siempre Phil, pero siempre se molestaba alguien, e infructuosamente, porque Phil no aceptaba ninguna silla ni ningún regalo de nadie. Sus visitas interrumpían alguna discusión sobre putas, política, caballos o amor y creaban un silencio que duraba hasta que el *¡clank!* de algún leño que se movía en la estufa enfatizaba ese silencio y uno de los hombres, a quien ese silencio aterrorizaba, se sentía obligado a hablar.

—¿Qué opinas de ese tal Coolidge? —podía preguntar, porque, al final, el *Transcript* llegaba a la barraca, donde lo usaban como papel sobrante o para encender el fuego, pero que a veces leían accidentalmente.

Entonces Phil fruncía el ceño y liaba un cigarrillo perfecto con una mano. Conocía el valor de un silencio penetrante.

—Bueno, hay que admitir una cosa respecto de él. —Encendía el cigarrillo—. Tiene el sentido común de mantener la boca cerrada. —Entonces se reía y, en algunas ocasiones, se iniciaba una conversación titubeante, tal vez referida a Coolidge. Luego cabía la posibilidad de que uno de los tipos más jóvenes, con la esperanza de halagarlo, le pidiera consejos sobre una montura que quería encargar. Para Phil, ¿era mejor una cincha maestra o una forcada? ¿La montura Visalia era tan buena como decían?

Y, finalmente, Phil se ponía un poco melancólico.

—Bueno, supongo que querréis acostaros.

—Oh, diablos, no, Phil. —Y seguían charlando, quizás sobre el trabajo que había que hacer al día siguiente, la puesta a punto de las segadoras si estaban en primavera, el paradero de una manada de caballos salvajes, o tal

vez Phil contara alguna anécdota de Bronco Henry, el mejor de los jinetes, el mejor de los vaqueros, el que le había enseñado el arte de trenzar cuero. Una vez, poco tiempo antes, Phil, después de narrarles una de aquellas historias, miró de pronto por la ventana, por encima del susurrante centeno, en dirección a la ventana iluminada del dormitorio de la Casa Grande. Mientras observaba, la ventana se oscureció repentinamente. ¡George no lo había esperado despierto!

—Bien, amigos —dijo con una sonrisa triste—, tengo que irme al sobre.

Cuando se marchó, uno de los vaqueros jóvenes, que era un bocazas, se animó a hablar.

—Oíd..., es un tipo bastante solitario, ¿verdad? Justo de lo que estábamos hablando antes de que llegara... ¿Pensáis que alguna vez alguien lo quiso? ¿O que él quiso a alguien?

El hombre de más edad de la barraca miró fijo al joven. Lo que había dicho era inapropiado, incluso desagradable. ¿Qué tenía que ver el amor con Phil? El hombre de más edad de la barraca extendió la mano y palmeó la cabeza de una perrita marrón que dormía cerca de él.

—Yo no diría nada sobre él y el amor. Y, en tu lugar, tampoco lo llamaría tipo. Es irrespetuoso.

—Caramba, diablos —respondió el joven, sonrojándose.

—Tienes que aprender a tener respeto. Tienes muchísimo que aprender sobre el amor.

En otoño, los hermanos y los peones que habían contratado trasladaban un millar de novillos cuarenta kilómetros por la carretera hasta los corrales del diminuto asentamiento de Beech. A menos que el clima fuera deprimente, que hubiera lluvia cayendo con fuerza desde el norte, o ese aguanieve que cortaba la cara o ese frío que entorpecía la circulación sanguínea, ese acontecimiento se parecía un poco a una excursión o un pícnic; los jóvenes pensaban en los almuerzos que les había preparado la cocinera, la señora Lewis, para que los comieran al mediodía cuando las sombras se ocultaban bajo la artemisa; pensaban en la taberna que estaba al otro lado de la carretera, enfrente de los corrales, y en las habitaciones que estaban en la planta superior de la taberna, donde vivían las putas.

Cuando el sol subía rojo y la escarcha se retiraba de la superficie de los pastos cortos y secos, la manada ya formaba una hilera de más de ochocientos metros de largo; atrapados bajo el hechizo de la oscuridad y esa cualidad sagrada del alba que hace que los hombres se vuelquen en sí mismos, los vaqueros guardaban silencio y los hermanos guardaban silencio, escuchando los pasos-pasos-pasos del ganado y el crepitar de la artemisa aplastada bajo las pezuñas hendidas, los crujidos-crujidos-crujidos del cuero de las sillas y el tintineo de las barbadas de plata alemana. El nuevo sol que se elevaba por encima de las colinas orientales dejaba al descubierto un mundo tan amplio y hostil a la esperanza que los vaqueros jóvenes se aferraban a los recuerdos de casa, de los fogones de la cocina, las voces de sus madres, el guardarropa de la escuela y los gritos de los niños en el recreo. Levantaban el mentón y fijaban la mirada en una abandonada cabaña de troncos, abierta a la intemperie, donde en el verano los caballos perdidos buscaban un poco de sombra, donde años antes un hombre como ellos había fracasado; en el punto en el que el camino se torcía cerca de una alambrada de espino, un cartel oxidado salpicado de orificios de balas los instaba a mascar tabaco de una marca que ya no existía; más adelante, encorvado sobre la perilla de su silla de montar, cabalgaba el hombre de más edad de la barraca, gris, de rostro arrugado, uno que como ellos habría soñado alguna vez con un pequeño lugar propio, unas pocas hectáreas, una casa, algunas cabezas de ganado, un prado verde, una mujer como esposa y, sólo Dios lo sabía, tal vez un hijo.

Luego el sol se elevaba un poco más sobre las colinas y esa calidez nueva alimentaba las esperanzas de los hombres, que hablaban, reían, bromeaban; sus planes se harían realidad pronto; cuando llegaran a viejos, como aquel tipo allí encorvado sobre su montura, dispondrían de un lugar que fuera suyo. Tendrían dinero, harían planes. Mientras tanto, el hocico del caballo apuntaba a los corrales, a la taberna, a las mujeres de la planta superior.

También los hermanos guardaban silencio en la oscuridad y se distinguían entre sí sólo por sus siluetas, el delgado y el rechoncho; por sus siluetas y por el crujido largo y familiar de las sillas de montar de cada uno de ellos. Así es, pensó Phil despreocupadamente, siempre se quedaban callados

cuando empezaban la marcha, dirigiendo los pensamientos hacia dentro y hacia el pasado, y ese silencio le decía que el pasado no había cambiado, no mucho. Sí, el coche, ese Stearns-Knight verde oscuro que corría a toda mecha entre el ganado, lo irritaba; iba demasiado rápido, en su opinión. Una vez, el chofer se había atrevido a hacer sonar la bocina y el ruido había asustado tanto al ganado que Phil se acercó al coche, que avanzaba con lentitud, y, desde lo alto de su alazán, le dijo al conductor lo que pensaba sin pelos en la lengua. ¡Había que ver cómo se humillaron los pasajeros del asiento trasero!

—Condenados pueblerinos —gruñó—. George, ¿has oído a ese hijo de perra tocar la bocina? Por todos los santos, no les importa un comino espantar a un montón de novillos. Ojalá todos esos jodidos coches explotaran.

Pero George, que era leal al Reo (así como a todas sus pertenencias), siguió mirando hacia delante, en dirección a las grupas de las vacas.

—Diablos —dijo—. Oh, diablos, Phil. Hay que acomodarse a los tiempos.

—¡Los tiempos! —dijo Phil, y escupió. Diez años atrás tenían una diligencia de verdad, con un hombre de verdad sobre el pescante cogiendo las riendas, con cuatro buenos caballos—. ¿Cómo se llamaba aquel chofer, Gordito? —le preguntó a George. Pocas veces se olvidaba de un nombre, pero era una manera de dar comienzo a la conversación de esa nueva mañana.

—Harmon —dijo George.

—Por Dios, tienes razón. —Ese intercambio los hizo regresar al pasado, a cuando eran niños, los devolvió a ese punto en el que podían rememorar a Bronco Henry, a la época en que todavía quedaban unos pocos indios malolientes, antes de que el Gobierno decidiera cambiar las cosas y los mandara a la reserva. Phil todavía se acordaba de aquellos caballos viejos y de ancas torcidas sobre los que se marcharon los indios, aquellas destartaladas calesas en las que tuvieron que apiñarse. Durante una semana entera, los indios desfilaron lentamente delante de la casa, rumbo a la reserva del sur de Idaho, levantando polvareda y haciendo ladrar a los

perros de la finca. El único que no estaba con ellos era el jefe, aquel viejo taimado. Se había muerto.

A Phil le gustaba recordarle a George todas esas veces en las que, mientras llevaba ganado, sus agudos ojos habían avistado puntas de flechas indias que luego él había recogido y añadido a su notable colección. No recordaba que George hubiera encontrado una punta de flecha alguna vez. Phil sonrió para sus adentros. ¿Cómo podría haberlo hecho? George siempre miraba al frente, como lo estaba haciendo ahora, en dirección a las polvorientas grupas de las vacas.

En ese preciso momento, Phil se preguntó: ¿cómo debería empezar la conversación del día? Un día tan especial como ese. ¿Con Bronco Henry? ¿O con aquel incidente del año anterior, el del coche que, cuando estaba tratando de cruzar el río de ganado, se desvió hacia un costado y cayó en una zanja? Dos mujeres y un hombre, todos con pantalones bombachos, lo más absurdo que se había visto, y allí se quedaron, boquiabiertos, contemplando el coche volcado casi de lado, mirando, nada más. A Phil le había alegrado que George estuviera en la parte delantera de la manada, puesto que él habría enganchado su cuerda al coche y los habría sacado y entonces ellos no habrían aprendido la lección.

¿O comenzar esta mañana con el hecho más importante, el de que ese era el vigésimo quinto año que transportaban ganado juntos? ¡Veinticinco años! ¡Qué orgullosos se habían sentido entonces, y qué adultos! Para Phil había algo importante en el hecho de que hubieran realizado el primer viaje de ida y vuelta en el bonito año redondo de mil novecientos, mil novecientos y nada más. ¡Jesús! ¡Jesús! En aquella época, Bronco Henry no era mayor de que lo que él y George eran ahora, no mucho mayor, a decir verdad, que los jóvenes que los acompañaban hoy, vestidos con sus ropas finas. Ya no sabían qué demonios eran, esos jóvenes: vaqueros o estrellas de película. Phil jamás había visto una película y por Dios que jamás lo haría, pero esos jóvenes guardaban revistas sobre cine en la barraca y había un tipo que se llamaba W. S. Hart que era algo así como un Dios para ellos. ¡Cómo arrugaban los sombreros, y esas bandanas de seda que se anudaban en el cuello, y esos elegantes zahones! Se había enterado de que uno de ellos había encargado botas a medida con incrustaciones extravagantes, gastándose la paga de todo

un mes en una jodida cosa para ponerse en los pies. ¡Y después se preguntaban por qué terminaban en ese condado! Bueno, musitó Phil, así eran las cosas. Cuanto más ignorante era la gente, más sentía la necesidad de adornarse.

George se había desviado un poco a la derecha; Phil cruzó en diagonal entre la manada, que avanzaba lentamente, y tarareó con voz tranquilizadora, para que los animales no se impacientaran.

—Bien, Georgie, chaval —sonrió—. Supongo que aquí estamos.

A pesar de que eran hermanos, cabalgaban de manera diferente, se sentaban de manera diferente sobre las monturas; uno inclinado y relajado, cogiendo las riendas flojas entre las manos desnudas; el otro, recto, rígido sobre la silla, sacando panza, mirando hacia delante.

—¿Aquí? —preguntó George, girando la cabeza—. ¿A qué te refieres con aquí, Phil?

—¿Que a qué me refiero con aquí? ¿Que a qué me refiero con aquí, Gordito, chaval? Hoy se cumplen veinticinco años. Mil novecientos y nada. Diecinueve cero cero. ¿Lo recuerdas?

—La verdad es que lo había olvidado —dijo George.

Vaya. ¿Cómo podría olvidarlo?, se preguntó Phil. ¿En qué había pensado todo ese año?

—Veinticinco años. Algo así como un aniversario de plata, o como se llame —dijo Phil—. ¿No son eso? —Cuando estaba de broma o enfadado, Phil cometía errores gramaticales para enfatizar sus palabras.

—Mucho tiempo —repuso George.

—Bueno —dijo Phil—. Tampoco tanto, maldita sea. —No había traído ese asunto a colación con el objeto de señalar cuánto tiempo había pasado desde su infancia. El propio Phil no se sentía ni un año más viejo que cuando tenía doce años y George diez; sólo muchísimo más listo—. Pero te diré algo, George, hemos vivido algunos momentos formidables.

—Supongo que sí. —George buscó su paquete de Bull Durham en el bolsillo de la camisa; ató las riendas en la perilla, se quitó los guantes y se lio un cigarrillo; grueso, con forma de embudo.

Phil lo miró y resopló. De ninguna manera iba a cargar él solo con todo el peso de la conversación del aniversario. ¿Qué le pasaba a George? ¿Le

dolía la barriga? ¡Qué tío maravilloso para pasar el otoño con él! Había estado raro todo el verano.

—Oye, Gordito —comentó—. Nunca has aprendido a liar un cigarro con una sola mano.

Y con esas palabras, Phil cruzó abruptamente entre el ganado para hablar con los jóvenes, moviendo los labios como si estuviera preparándose para contarles aquella vez que Bronco Henry, enfermo y con fiebre, había hecho una de las cabalgadas más bonitas que se habían visto jamás; a los cuarenta y ocho años, maldita sea. A veces sentía el deseo de contar toda la historia. Una de las razones por las que odiaba el alcohol era que le daba miedo lo que podría llegar a decir.

En ese momento un pajarito gris salió zumbando de los arbustos. El alazán de Phil se asustó y tropezó. Phil sintió una furia repentina y una angustia como una náusea.

—¡Maldito seas, viejo estúpido! —gritó, y tiró de la cabeza del alazán, al tiempo que le daba un buen golpe con las espuelas. Veinticinco años desde que había cabalgado al lado de Bronco Henry.

El sol ya estaba en lo alto, las sombras eran más cortas, las horas que faltaban serían calientes y largas. Sí, como también eran largos los años, pensó Phil, y las sombras que proyectaban.

Si el viento era favorable y uno tenía una nariz aguda, podía oler los corrales de Beech mucho antes de verlos; estaban cerca del río, que estaba casi seco en esta época del año, alejado de sus orillas y tan calmo que la superficie reflejaba el cielo curvo y vacío y, a veces, las urracas que aleteaban en lo alto, buscando carroña, taltuzas y conejos muertos de tularemia o algún becerro muerto e hinchado de lo que en esa zona se llamaba pierna negra. Sí, si el viento era favorable y uno tenía la nariz aguda, podía captar el olor del agua y la pestilencia sulfúrica y alcalina del arroyo que avanzaba lento y que, a la altura de los corrales, desembocaba en el río y lo contaminaba.

Si el sol era favorable y uno tenía la vista aguda, a veces veía aparecer el asentamiento, primero como un espejismo que flotaba justo sobre el horizonte, los corrales, los vagones jaula con los manchados pasadizos, las dos tabernas de fachadas falsas con habitaciones en la planta superior, la

escuela blanca venida a menos con el campanario de baja altura, todo rodeado de artemisa y una zona sin vegetación donde los niños jugaban a la pelota y las niñas saltaban a la cuerda. Al otro lado de esa zona sin vegetación estaba el edificio llamado La Hostería, y detrás de él se elevaba una colina desnuda en cuyas laderas pastaban unos delgados caballos salvajes, entre un viento perpetuo que les agitaba las enmarañadas crines y colas. Ese viento aullaba en verano y en invierno, chillando al pasar por la ladera hacia el cementerio ubicado al pie de la colina, donde una oxidada alambrada de espino y unos postes en putrefacción mantenían a raya a los animales sueltos para que no pisaran las tumbas ni volcaran las jarras de fruta en las que a menudo había flores, violetas en primavera, castillejas más tarde, pero sólo los muertos recientes podían estar seguros de que tendrían flores. Bajo ese sol se marchitaban de repente y su mensaje era efímero; en poco tiempo, los tallos se ulceraban en el interior de esas jarras de fruta.

A una persona inteligente se le había ocurrido decorar una tumba reciente con flores de papel y poner encima de ellas una jarra de fruta boca abajo, para protegerlas de la lluvia.

Los corazones siempre latían un poco más rápido en Beech cuando corría el rumor de que alguien había visto una polvareda en la llanura, que estaban llegando un montón de piezas de ganado transportadas por un montón de vaqueros derrochones. En las dos tabernas, los encargados de las barras constataban la altura del matarratas que había en las botellas que estaban detrás del mostrador y apartaban el whisky de verdad, el que venía de Canadá, para aquellos que tuvieran los medios necesarios, esos ganaderos a los que les gustaba hacer gestos magnánimos.

—Escúcheme bien —le dijo un encargado a un vendedor ambulante que había llegado la noche antes en el tren de Salt Lake City—. Manténgase lejos de la carretera y no se quede mirando el ganado como un tonto cuando lleguen, o es probable que espante a los animales y que luego a los vaqueros les cueste hacerlos entrar en los corrales. Hace un par de años le dispararon justo encima de la cabeza a un tío que se había quedado papando moscas y asustando al ganado. ¡Por Dios, debería haber visto cómo salió corriendo para cubrirse, cómo se le sacudían los faldones!

—Parece el Salvaje Oeste —dijo el viajante en tono sarcástico. Había venido con la intención de vender generadores pequeños a las tabernas, la escuela y el hotel que se llama La Hostería, pero no había encontrado a ningún interesado.

—Diablos, sí que es el Salvaje Oeste —dijo el encargado—. Por lo que yo sé, las únicas luces eléctricas del valle están en el rancho de los Burbank. Los demás usamos lámparas a gas.

—El rancho de los Burbank —repitió el vendedor, y miró el calendario con imágenes de chicas que estaba detrás de la barra. Se les veía la ropa interior.

—Son ellos los que vienen esta tarde. Mil cabezas. Ocho o diez vaqueros. Y los hermanos. Siga mi consejo, quédese dentro y no provoque una estampida. ¿Qué te pongo, Dolly? —le preguntó a una rubia—. Dios mío, qué bien hueles.

—Gracias —dijo ella—. Es Agua Florida. Y beberé ginebra, ya sabes.

—Está por llegar la comitiva de los Burbank.

—Los he visto desde arriba —dijo Dolly—. Y, oh, por Dios, qué espanto.

—Bueno, ahora tienes a tu amiga para que te ayude.

—No servirá de mucho. Está enferma.

—¿Sí? ¿Tiene lo mismo que tenía la vieja Alma? ¿Recuerdas?

—¿Tuberculosis? Oh, no, por todos los diablos. Es la regla.

Los corazones también latían un poco más rápido en el único comedor del pueblo, que estaba dentro del pequeño hotel llamado La Hostería. El comedor estaba listo y también las camas de la planta superior. El registro estaba abierto sobre el escritorio en una página nueva y al lado, oliendo a cedro, había un lápiz al que se le acababa de sacar punta.

---

1. El protagonista cambia los nombres de tiendas famosas por otras con un sonido similar y un significado humorístico. Sawbuck puede traducirse como «caballete» y «Monkey Ward» como «pabellón de los monos». *(N. del T.)*

II

El viento nunca se quedaba quieto en Beech, ni en verano ni en invierno, como tampoco lo hacía el molino encima del cobertizo detrás de La Hostería. El trinquete y la cadena para tirar de la aleta que arrastraba la faz del molino y la apartaba de la corriente de viento se habían roto mucho antes de que los Gordon se mudaran allí. Giraba en invierno y en verano, con el eje sujeto a la circunferencia, bajando y subiendo lentamente sin propósito, sin cumplir función alguna, sujeto a nada, chirriando, chirriando de una manera tan exasperante que les hacía difícil conciliar el sueño a los infrecuentes transeúntes atrapados en el pueblo. Poco después de que los Gordon se mudaran, Johnny Gordon, el marido, trató de parar esa cosa, tras recibir una queja airada; apoyó una escalera temblorosa en la pared del cobertizo, se subió e intentó deducir cómo funcionaba el mecanismo. Una ráfaga repentina y malvada hizo girar las aspas, que le rompieron el abrigo y le cortaron el hombro. Después de eso, lo dejó como estaba.

—Jamás nos deberíamos haber mudado a este sitio —acostumbraba a decirle a Rose, su esposa, y, cuando lo hacía, ella lo miraba con sus grandes ojos, rogándole que no lo repitiera, pero sin abrir la boca. Era todo ojos, aquella joven.

De todas maneras, no sólo se sintió atraído por sus ojos la primera vez que la vio, en Chicago, donde él finalizaba la residencia en un hospital pequeño y desesperante, cuyos pacientes eran en su mayoría de color o indigentes. Para huir del dolor y la suciedad y la miseria en que vivía la mayor parte del tiempo, algunas noches a la semana acudía a una de esas salas donde se proyectaban películas. Oh, pensaba, cómo le gustaría conocer a una chica con la calidez y la ternura y la fortaleza de la señorita Mary Pickford, cuya sonrisa y ojos derretían el corazón humano, con esos hoyuelos, esa mirada. Una vez, un poco borracho, les confesó sus sueños a dos médicos jóvenes, quienes se rieron de él. «Hablas demasiado», le

advirtieron. Pero él siguió aferrado a su sueño y lo fue tejiendo, de modo que ahora, ya cristalizado, incluía una cabaña cubierta de enredaderas y una cerca blanca.

¡E imaginémoslo! Una noche estaba sentado en las primeras filas, cerca del piano cuyas brillantes melodías y bajos vibrantes explicaban y subrayaban el drama que parpadeaba ante sus ojos. Cuando se encendieron las luces, se quedó perdido en sus sueños unos instantes. La joven que estaba sentada al piano se tocó el sombrero, se pasó la mano por el pelo y, al hacerlo, se giró. ¡Imaginémoslo! Había estado allí sentada, a menos de tres metros de él, en todas las ocasiones en las que él había acudido a esa sala. Se miraron y él sonrió.

No la invitó a su habitación; ella no parecía de esa clase, aunque sus amigos se lo habrían propuesto de inmediato, los mismos que se habían reído de él.

«Podría haberse negado si no deseaba hacerlo», —le habrían dicho.

Él no quería que fuera así. Y su corazonada resultó acertada. Imagínate invitar a tu cuarto a una chica que los domingos toca el piano en una iglesia.

Le contó de inmediato que era médico, con la esperanza de impresionarla, de dejar establecida su importancia.

—Hay una feria junto al lago —propuso—. Me han dicho que es maravillosa. ¿Te gustan las ferias?

—¡Es una de mis cosas favoritas!

—Dime algo —le preguntó Johnny—. ¿Cuál es tu cosa más favorita?

—Las flores —respondió ella.

—Hmmm.

—No era una insinuación. Pero me lo has preguntado.

El padre de ella lo miró de arriba abajo sin ninguna reserva, incluso después de que él hubiera explicado que era médico.

—No volveremos tarde, señor.

El padre lo miró y se fue a otra habitación con el periódico.

—Y bien, señor Gordon —comentó la madre.

—Doctor Gordon, señora.

—... Es nuestra única hija. Debe entenderlo. Algún día usted sentirá algo similar.

—Apuesto a que sí. —Sin aliento, vio cómo Rose se prendía en el abrigo las violetas que él le había traído; nunca había visto unos dedos tan afectuosos.

La madre suspiró.

—Siempre le han encantado las flores. Cuando era pequeña, se pasaba el tiempo tocando las flores de los demás.

Había que admitir una cosa de ella: ¡se apuntaba a todo! A todas las atracciones, a la montaña rusa, por Dios, sentías que se te iba a salir el estómago, y ese gran péndulo en el que te metías y giraba hacia un lado y hacia otro y luego daba una vuelta completa. «¡Oh!», decía ella, empujada contra él, y él alcanzaba a oler las violetas.

—Te diré algo —señaló cuando recuperó el aliento—. Para un tipo que afirma no ser muy seguro, le tienes bastante confianza a estas cosas espantosas.

—Oh, verás, es que me siento muy seguro cuando tú estás cerca.

Ella se negó a entrar en las tiendas donde exhibían a los fenómenos de circo; él sólo lo había sugerido para averiguar qué opinión tenía ella de esas personas. Él detestaba a los fenómenos, especialmente cuando sonreían.

Entonces a las tiendas de fenómenos, no; mejor ir a escuchar a un joven de barba puntiaguda que cantaba canciones de una opereta nueva; así fue que Johnny y Rose salieron tarareando melodías de *The Red Mill*. Rose no llevaba aquel sombrero bonito que a él tanto le había gustado aquella primera vez y que, según creía, estaba decorado con flores. En cambio, se había atado una bufanda en la cabeza, un poco como una gitana.

—Es una cinta —le dijo ella, y se echó hacia atrás para que él pudiera vérsela—. ¿Te gusta?

—Me parece encantadora —dijo él.

—La vi en una revista —dijo ella—. Es lo que se pone la señora Vanderbilt.

—Oh, oye, apuesto a que a ti te queda mejor que a la señora Vanderbilt —dijo él.

—Yo no diría semejante cosa.

—Yo sí —respondió él con expresión sobria. Recordaba haber visto en algún lado una foto de la señora Vanderbilt caminando hacia un turismo

Rolls Royce y, lo creáis o no, era cierto que Rose se parecía un poco a ella, pero era como una señora Vanderbilt a la que la más mínima ráfaga de viento se llevaría—. ¿Sabes que te pareces a la señora Vanderbilt?

—¿En serio?

Él rio.

—Sí, y tú también lo piensas.

—Ahora conoces mi secreto. —Esa cinta que tenía en la cabeza era su insignia.

—¡Díselo tú, que yo soy tartamudo![2] —dijo él. Era una frase que todos repetían entonces. Y volvió a reír.

Pero cuando, unas noches después, ella accedió a casarse con él, con los ojos resplandecientes y los labios ligeramente separados como hace una persona cuando sabe que están por besarla, los ojos de Johnny se llenaron de lágrimas; sintió que su vida, fuera la que fuera, estaría incompleta sin ella, y tuvo miedo. No sabía si miedo por ella o por sí mismo.

—Lo único que puedo decirle, joven —señaló el padre de ella—, es que tiene que tratarla bien siempre.

—Le aseguro, señor, que así será —dijo Johnny.

—La primera vez que vino de visita —continuó el padre, frunciendo el ceño—, usted iba un poco achispado.

—Es usted muy observador, señor —dijo Johnny—. Admito mi culpa. Tomé una copa para que me diera seguridad.

—El alcohol es algo nefasto.

—No es más que una medicina, señor —respondió Johnny—, si se utiliza correctamente.

Cuando terminó la residencia, no le pidieron que se quedara en el hospital; él sabía que no se lo pedirían y, de todas maneras, se sintió desilusionado; pero tal vez ese hecho indicaba que su conexión con la realidad era tenue. Él sentía que si hubiera conocido a Rose antes, y se hubiera puesto al volante de la situación, como él lo expresaba, le habrían pedido que se quedara. Caramba, es que, antes de conocerla, no había hecho otra cosa que cumplir con las formalidades, por así decirlo, o, al menos, eso era lo que pensaba el director.

—Pero te diré una cosa, John —añadió el director, y dirigió la mirada hacia la calavera que tenía sobre el escritorio—. Tengo ojos y oídos y sé que quizá tú eres uno de los jóvenes más naturalmente amables que he conocido.

—¿Amable? —preguntó John—. ¿Amable? Jamás sentí que fuera amable.

—Puede que no —repuso el director, fumando su pipa como a Johnny le habría gustado hacerlo: con autoridad—. Por eso he dicho naturalmente amable. Y eso, según me han señalado los nuevos psiquiatras, revela una sensibilidad determinada. Y...

—¿Y qué, señor?

—A veces hay que controlar la sensibilidad. Puede ser peligrosa. No estoy seguro de que sea un rasgo especialmente útil para un médico. Es una pena, pero es así.

—¿Entonces qué tengo que hacer para conseguir trabajo, señor?

—Vete a algún pueblo pequeño, John. A algún pueblo pequeño, hasta que las cosas te vayan bien.

A él le daba vergüenza que lo llamaran John. No se sentía John. Se sentía Johnny, y tal vez ese era su problema, porque quién confía en los Johnny del mundo, que van saltando por la vida; riendo y llorando, pero siempre saltando.

Encontró el pueblo pequeño. Era este: Beech. Este pueblo del que él decía con tanta frecuencia que «jamás deberíamos habernos mudado a este sitio». Y entonces Rose lo miraba.

Había parecido un lugar muy adecuado para que un médico joven que no estaba tan seguro de sí mismo pudiera instalarse y ganarse la vida. Estaba junto a las vías del ferrocarril. Alojó a Rose en el hotel de Herndon, sede del condado, a cuarenta kilómetros al norte, mientras él hacía averiguaciones en Beech, donde todos parecían entusiasmados con la idea de tener un doctor.

—No tenemos médicos desde hace veinticinco años —le dijeron en la taberna.

—Eso es mucho tiempo —comentó Johnny.

Oh, le hablaron de los agricultores que cultivaban en secano detrás de la colina que descendía hacia el pueblo y de las grandes haciendas que estaban

al oeste. Le comentaron los rumores que afirmaban que tal vez un ramal del Northern Pacific pasaría por allí y se uniría al Union Pacific. Beech terminaría siendo la encrucijada de ambas líneas ferroviarias y, por lo tanto, estaba destinado a crecer, dijeron. De hecho, hacía muy pocos meses, dijeron, habían llegado unos agrimensores con sus herramientas, ¡y sí que eran unos jóvenes muy agradables!

Atrapado en el entusiasmo generado en la taberna, Johnny invitó a otra ronda a sus nuevos amigos y todos brindaron por un futuro tan vasto que lo dejaba sin aliento, vasto como la tierra que los rodeaba. ¿Y cómo resolver el asunto de la vivienda para él y su esposa?

¿Estaba casado? Eso era muy bueno.

Sacó la foto de ella.

Caramba, sí que era afortunado.

—Se me ocurre —dijo el encargado de la barra— que podría echarle un vistazo al viejo hotel. Antes se llamaba La Hostería.

Un pequeño hotel de seis idénticas habitaciones pequeñas en la segunda planta, cada una con una cama de hierro, un aguamanil, un armario y una cuerda cuidadosamente enrollada al lado de cada ventana para usar en caso de incendio. La Hostería llevaba abandonada el tiempo suficiente como para que los niños que iban a la escuela creyeran que estaba embrujada; habían visto luces, rostros en las ventanas. Uno de los más audaces había lanzado una piedra por una de las ventanas de la planta superior y luego aseguró haber oído una especie de grito. Especialmente cuando la luz de la luna caía sobre las desvencijadas tablas marrones, alumbraba las ventanas y realzaba los blanqueados cuernos de ciervo que estaban sobre el cartel que decía LA HOSTERÍA, especialmente en ese momento, parecía embrujada.

Pero a la luz del sol se veía bastante sólida e inocente; el molino de viento que sobresalía del techo del cobertizo que estaba detrás le daba un aspecto funcional y a Johnny le parecía que, hasta que estableciera su consulta, podrían volver a instalar una hostería en ese sitio; tener dos cosas atadas, por así decirlo. ¿Quién diría ahora que él no era práctico?

El banco de Herndon era el propietario y Johnny se puso de acuerdo con el tipo que trabajaba allí casi de inmediato. La herencia de la tía que había querido que él estudiara medicina cubrió el pago inicial y también le alcanzó

para comprar un coche a motor Ford de segunda mano que necesitaría para sus visitas. Incluso le quedó suficiente para amueblar una consulta en una de las habitaciones de la segunda planta. Había una ingeniosa silla de metal que se plegaba y se convertía en una camilla; un esqueleto humano sonreía en una vitrina de cristal.

Ahora estaba haciendo lo último que hacía falta.

—Ven aquí y mira esto, Rose —dijo. Sonriendo, vio cómo ella se levantaba detrás del edificio donde había estado arrodillada plantando amapolas californianas, una de las pocas flores, decían, que crecía en ese suelo huraño y agrio. Él seguía teniendo en la mano la pala que había usado para cavar un hoyo y la parte superior del poste, una especie de horquilla sobre la que se sostenía el cartel que había diseñado, lijado y pintado, y sujetado a la parte superior con cuatro tornillos de ojo de manera que pudiera balancearse.

JOHN GORDON, DOCTOR EN MEDICINA

—Caramba, qué viento que hay aquí —dijo ella, viendo cómo se balanceaba el cartel—. Pero ahora casi no lo oigo. Oh, sí, se ve bonito.

—Te acostumbras al viento —dijo él—, después de un rato. —Luego volvieron al interior y se dispusieron a limpiar. Lysol y jabón y agua caliente en cantidad suficiente como para espantar a los viejos fantasmas.

Él mismo asistió en el parto de su hijo. Él mismo cogió a su hijo del útero de la madre y juntos cometieron el error de asignarle al niño el nombre ligeramente afeminado de Peter, el mismo del padre de Rose, aunque aquel hombre fornido había pasado a llamarse Pete.

Johnny pensaba que nunca había visto una imagen más adorable que la de su esposa tumbada en la cama, dando de mamar al niño; él la atendía, se sentaba a su lado y le leía a Byron, fascinado por lo maravilloso y lo hermoso de un nacimiento. Cómo lo felicitaron todos y cuán recto se sentaba al volante del coche Ford, sonriendo y repartiendo cigarros. Una vez que se encontró con su propia cara en un espejo, se mantuvo la mirada, pensando. Pensó en cómo, cada vez que ella levantaba la mirada de lo que fuera que estuviera haciendo, siempre sonreía. Se preguntó si alguien lo habría notado antes.

Las amapolas florecieron, se marchitaron y murieron; en invierno el viento bajó aullando de las montañas lejanas, y luego el suelo quedó una vez más vacío de nieve, las amapolas brotaron y volvieron a florecer, a marchitarse y a morir. Aunque no lo comentaban entre ellos, a los Gordon les inquietaba que aquel niñito rubio tardara tanto en aprender a caminar y tanto en aprender a hablar y, cuando por fin caminó —¡y qué día que fue aquel!—, lo hizo con un paso rígido y mecánico que dependía poco de las rodillas, un paso que parecía manifestar que caminar era una habilidad adquirida con esfuerzo, no un instinto humano. Y cuando por fin habló, lo hizo, para asombro de ellos, con un ligero ceceo y unas cadencias reflexivas y adultas, lo que les aseguró que era adelantado y no retardado, a pesar de la frente ligeramente alargada, los ojos grandes e inocentes y el hábito inquietante de parecer escuchar a la distancia. A los cuatro años ya sabía leer.

Johnny se enteró pronto de un hecho curioso que al principio no le preocupó: cuando los grandes ganaderos y sus esposas necesitaban un médico, se desplazaban hasta Herndon y aprovechaban la visita para hacer compras y cenar en el Herndon House o en el Sugar Bowl Cafe. Les gustaba sentarse en los grandes sillones de cuero del vestíbulo del hotel y saludar a los amigos, contemplar a través de los grandes ventanales acristalados a los lugareños que iban de un lado a otro haciendo sólo Dios sabía qué diligencias y a sus propios vehículos a motor que se disputaban un sitio junto al bordillo de la acera del frente; les gustaba pasearse lentamente por el pueblo, extasiarse ante la pulcritud del inmenso césped que se desplegaba delante del edificio gótico de ladrillo amarillo que albergaba los tribunales y la cárcel detrás, donde el sheriff retenía a los borrachines y vagos; disfrutaban de las calles arboladas del barrio residencial, se asombraban y avergonzaban cuando veían los bragueros de goma en el escaparate de la botica, caminaban hasta la estación para ver cómo el tren llegaba y se detenía. ¡Cómo temblaba la tierra! ¡Qué ensordecedor que era el vapor! Luego volvían al Herndon House donde cogían una habitación con baño, se concedían todos esos lujos y sonreían, pensando anticipadamente en la proyección de cine a la que acudirían esa misma noche. La Hostería no ofrecía lujos similares, no había nada igual de emocionante en Beech, donde

aullaba el viento. Tampoco es relajante detenerse en un sitio que huele a desesperación y fracaso.

En todos los años en los que Johnny Gordon practicó medicina en Beech, se mantuvo fiel, completamente fiel, al juramente hipocrático, y jamás se negó a atender a alguien que se lo pidiera, más allá de si podía cobrarle o no. Sus pacientes eran los agricultores de secano de detrás de las colinas cuyas vidas, en cierta manera, presentaban un paralelismo con la suya; se habían visto atraídos hacia el oeste por folletos de colores impresos por las compañías ferroviarias, en los que se prometía tierra barata que Dios sabía que había y lluvia que Dios sabía que no. Sólo los grandes ganaderos que controlaban los arroyos y el río prosperaban. Pero, al menos, esos granjeros de secano, esos noruegos, suecos y austríacos, podían fracasar en un entorno despejado.

—Por Dios, Rose —decía Johnny—, sí que son limpios. Caramba, si hasta podrías comer del suelo. Ven conmigo uno de estos días y haremos un pícnic.

Lo llamaban para que curara huesos fracturados, brazos arrancados y destrozados por los dientes de sierras circulares. Antiguos urbanitas torpes, recibían patadas en la ingle de caballos y vacas. Sus esposas parían. Cuando Johnny llegaba en su coche a motor Ford, ya tenían el agua hirviendo para que él pudiera limpiar sus instrumentos; él se reía y los felicitaba por los bebés que daban a luz y que salían furiosos o gimiendo al mundo que los rodeaba; sentado a mesas de cocina que habían sido fregadas, festejaba con los padres, hacía bromas para que no prestaran atención al sufrimiento de sus esposas. «¿Por qué el tío Sam usa tirantes rojos, blancos y azules?» Cantando, volvía a Beech con el Ford escorándose hacia un lado y hacia otro, con uno o dos galones de vino de cereza en la parte trasera. «Pagarán cuando puedan», le aseguraba a Rose. Y lo hacían, cuando podían.

Pero el cartel con su nombre que colgaba de la horquilla delante de La Hostería estaba tan gastado que se había vuelto ilegible; una noche, el viento hizo caer los blanqueados cuernos de ciervo de la entrada; a la propia Hostería le hacía falta pintura, pero en el interior todo estaba desesperadamente limpio, las ventanas brillaban. No eran los honorarios de Johnny, sino los viajantes que pasaban con sus muestras de productos secos y

sus ideas, el ocasional comprador de ganado que se quedaba a pasar la noche y tomaba una comida..., eran ellos los que pagaban las cuentas.

Peter padeció no sólo todo el espectro de las enfermedades infantiles, sino también una multitud de escalofríos y fiebres que minaban su energía y le consumían brazos y piernas, que no eran más que una mera corteza de hueso en torno al vulnerable tuétano. Johnny se preguntaba si la gente no tomaría las constantes dolencias de su hijo como un reflejo de su propia capacidad, y si en los libros antiguos no habría quizás alguna paradoja según la cual —como aquella que hablaba del hijo del zapatero— el hijo del médico está siempre enfermo. Pero Peter jamás se quejaba ni exigía y se entretenía obedientemente con los juguetes que sus padres le ponían en las manos. Aprendió pronto lo que significa ser un marginal y contemplaba la vida con ojos profundos e inexpresivos que veían todo o no veían nada. No jugaba a la pelota; prefería los libros y la soledad, sentía aversión por la luz del sol y cuando salía siempre hacía una pausa, entrecerraba los ojos y se los cubría con la mano.

La gente apagaba las luces temprano en Beech —con un solo soplido por el tubo— y entonces el mundo se reducía a la luz solitaria detrás de la ventana de un enfermo, a las llamas pálidas y vacilantes detrás del cristal en la caseta del guardagujas que estaba cerca de la estación de ferrocarril y, en ocasiones, a la luna. Era en esos momentos cuando a Peter le gustaba salir de la casa.

—¿Qué hacías? —le preguntaban Rose o Johnny, y Peter siempre respondía: «nada».

Nada. Y ellos asumieron que significaba que iba a caminar; a caminar a ninguna parte. Pero, en una ocasión, las agujas del reloj de la cocina dieron vueltas y más vueltas hasta que pasaron dos horas y Johnny se sintió sobrecogido por un pánico repentino, un retorcimiento en la zona de los intestinos; durante quince minutos se quedó sentado, cortándose las uñas, sin valor para comunicarle a Rose su extraño terror.

—Creo que iré a dar un paseo a ver en qué anda —dijo.

La tierra era plana y estaba iluminada por la luna, cuyos rayos se reflejaban en el rocío temprano de la artemisa y dibujaban un sendero, como

cuando esa misma luna se refleja en el agua; a él no se le ocurría nada que pudiera atraer al muchacho salvo el río, y nada en la orilla del río salvo un grupito de sauces. Allí debía de estar. Y, si no estaba allí, ¿entonces, qué? Cuando se acercó a los sauces, aminoró la velocidad.

Y allí lo encontró, sentado con la espalda contra el sauce que estaba más cerca de la zona del río donde las aguas se dividían en el medio, agitadas y brillantes, alrededor de un tocón atrapado en un banco de arena, y puede que el murmullo del movimiento del agua disimulara las cuidadosas pisadas de Johnny, ya que el muchacho permaneció sentado e inmóvil, con la cara alumbrada por el fresco resplandor, las huesudas sienes proyectando una sombra que escondía sus ojos hundidos como un dominó. Johnny sintió que interrumpía una clase de misterio y vaciló. Así como había vacilado en las numerosas ocasiones en las que se había topado con el muchacho contemplando su propio reflejo en el espejo ondeado que estaba colgado encima del aguamanil; Johnny no sabía, a partir de la desapasionada expresión de los ojos del muchacho, si estaba buscando alguna cosa, juzgándose a sí mismo o, sencillamente, tratando de encontrar compañía en su propia imagen, y cuando se giraba, lo hacía sin vergüenza; parecía que no se daba cuenta de que había algo extraño o erróneo o lo que fuera aquello; era Johnny el que sentía las punzadas de culpa y, a pesar de que deseaba compartir con Rose la carga de aquellos incidentes, siempre se quedaba callado.

Ahora, había algo en la caída de la tela del abrigo del chico, algo en la sombra que le oscurecía la expresión y en la telaraña de sauces negros que se extendían como un abanico encima de él que sugerían una estampa religiosa, como la de un monje en pleno rezo. A Johnny se le ocurrió que tal vez la distancia que aquel niño exhibía habitualmente no era la objetividad de un doctor o de un científico, sino el retraimiento de un místico, de un sacerdote. Cuando habló, a Johnny lo impactó lo inapropiado de su propia voz.

—¿Peter?

—Estaba a punto de volver. —No mostró sorpresa.

—Me preguntaba qué harías.

—Estaba mirando.

—¿Mirando?
—La luna.

Así como las aves de corral matan a picotazos a los congéneres mutilados o desconocidos, en la escuela le hacían novatadas a Peter, lo hostigaban y lo llamaban mariquita, una palabra cuyos ecos resonaban por todas partes. Pero sólo cuando calificaron a su padre de borracho él se volvió contra ellos. Más rápidos que él, lo esquivaron con facilidad y lo rodearon en círculo, con los ojos brillantes de excitación, las voces emitiendo al unísono el sonido cruel y lacerante de sus burlas. Peter sabía que los padres de esos niños habían formado parte de círculos similares, y que también lo habían hecho sus abuelos, atormentando a algún otro paria, a algún otro extraño; y sabía que, de la misma manera, lo harían sus propios hijos.

Johnny el doctorcito
va bien cocidito

Una vez más, se dispuso a abalanzarse sobre ellos y encorvó los delgados hombros, pero, de pronto, se quedó quieto, miró primero a uno y luego a otro; a Fred, que iba cada día a la escuela a caballo con una montura de cincuenta dólares; a Dick, el hijo del camarero del bar, que escribía en las paredes del baño, que había hecho un agujero para poder espiar a las chicas y cuyas notas en clase eran casi tan buenas como las del mismo Peter; al taimado Larry, que ya pesaba unos noventa kilos y que sonreía a menudo sin decir gran cosa. Y, al observarlos, Peter supo, con una sabiduría tan templada como la de un viejo astuto, que debía enfrentarse a ellos en sus propios términos, no en los de ellos. Y supo que aquel odio novedoso, frío e impersonal que albergaba no estaba dirigido sólo a ellos, sino a todas esas personas normales, ricas, envidiadas y seguras que se atrevieran a insultar su imagen privada de los Gordon.

Esa imagen desarrolló una forma concreta cuando empezó a crear un álbum de fotografías, dibujos y anuncios que recortaba de revistas viejas de las que pocos habían oído hablar en esa región —*Town and Country, International Studio, Mentor, Century*—, legadas a la escuela por una mujer poco común

que vivía en el valle y que se habían acumulado con los años en la oscuridad del guardarropa junto a cajas de chanclos que nadie reclamaba y mitones olvidados. La maestra, una dama amable y flemática que pensaba con frecuencia en su propia niñez y en una gatita que había tenido y a la que había adorado, no veía ninguna razón por la que no se podían recortar; tenían poco que ver con lo que ella o sus otros alumnos consideraban de valor. Lo que caracterizaba los dibujos que Peter escogía, recortaba y pegaba con sus manos pálidas era el lujo y el bienestar: escenas de gente navegando en transatlánticos, la salida de un tren de primera categoría, colecciones de joyas, casas de campo inglesas, gruesos cortinados, equipaje de cuero, la playa de Newport y los automóviles que trasladaban hasta allí a los bañistas de moda: Locomobile, Isotta Fraschini, Minerva. Pero el lujo y el bienestar no eran lo único que caracterizaba sus selecciones: cada dibujo, fotografía o anuncio contenía figuras humanas que le recordaban a su padre o a su madre; a su madre en una terraza contemplando un césped cincelado, a su padre registrándose en un gran hotel. Así, empezó a montar un libro de sueños que se interponían contra el fracaso de su familia y el gemido permanente del viento, un mapa del mundo del futuro. Él haría realidad ese mundo convirtiéndose en un gran cirujano, leyendo en Francia una ponencia delante de hombres eruditos, observando desde un costado mientras personas desconocidas hablaban de la belleza de su madre y de la amabilidad de su padre.

Por eso se quedó inmóvil cuando en la escuela dijeron que su padre había hablado con una puta.

Y era cierto que su padre lo había hecho, que había hablado con una puta que se había iniciado en un establecimiento de buena calidad de Salt Lake City. Cuando perdió su encanto y después de unos cuantos altercados, cogió el tren hasta Herndon y consiguió trabajo en las habitaciones de los Red-White-and-Blue Rooms. Fue en Herndon donde empezó a rezar con fervor y muchas veces la encontraban arrodillada junto a su cama. Buscaba iglesias de noche (había dos que no cerraban nunca) y se suponía que había perdido la cabeza. Si no hubiera llamado la atención sobre sí misma con todas esas postraciones y rezos, tal vez hubiera escapado al ojo avizor de su actual madama, que fue quien detectó indicios de tisis. Como le gustaba tener un

establecimiento limpio, le sugirió a la mujer enferma, cuyo nombre era Alma, que se trasladara a Beech, donde las chicas hacían mucha falta y la clientela no era tan quisquillosa.

—Tal vez Dios te ayude —sugirió la madama—. Tú tienes mucha fe en Él.

Llegó a Beech con una maleta de cartón que contenía numerosos kimonos, una cajetilla de Milo Violets y una foto vieja del padre que la había repudiado. Ojalá lo hubiera escuchado. Si él no la hubiera querido, no la habría disciplinado.

Para el doctor Johnny, que había entrado a tomar una copa temprano, era evidente que lo que padecía Alma no era tisis; se le notaba en los ojos y en la piel, así como en sus mecanismos mentales. Él tenía un don asombroso para el diagnóstico. Años más tarde, en la era de los especialistas, habría triunfado, incluso hasta podría haber tenido una consulta con pesados muebles estilo español y alfombras persas... Y es así, a veces nacemos en el momento y lugar equivocados. Cuando examinaba a un paciente, le parecía oír un susurro en el oído, tal vez a través del estetoscopio, y ese talento para diagnosticar se lo pasó a su hijo.

Johnny llevó a un lado a la puta Alma y la invitó a una copa.

—No deberías trabajar, ¿sabes? —le dijo.

—Dios me dijo que trabajara —respondió ella, y le dio un sorbo a su bebida.

—No sólo por ti.

—No les debo nada —dijo ella.

—Sí que lo haces. Y lo sabes; si no, no hablarías de Dios. Tú sabes lo que Él quiere.

Ella se tocó la sien con las yemas de los dedos.

—Si Dios me ha mentido, ¿qué haré? —Había pasado algunos días en cama y estaba tambaleándose.

—No tengas ningún contacto con nadie, por ahora.

Y pasó otro mes, muchas noches y muchos amaneceres.

—Le queda una semana, en cualquier caso —le contó Johnny a Rose—. Tal vez un poco más, pero jamás saldrá de la cama; ahora dicen que no quieren que se muera allí y, de todas maneras, ese es un sitio terrible para

morir, en esa habitación tan pequeña. —Miró a Rose de reojo y sacó un Sweet Caporal—. Por supuesto que algunos dirían que no se merece mucho más.

—Eres muy frío, ¿no, John? —comentó Rose—. Ya le he preparado una habitación aquí.

Él dibujó una sonrisa torcida, se acercó a ella y le levantó el mentón.

—Esa es mi pequeña señora Vanderbilt.

—No —dijo ella—. Señora Gordon. La esposa de John Gordon.

Ahora, en el pueblo, llamaban a su pequeño hostal la Hostería Burdel, porque allí había muerto una puta loca que se lo pasaba rezando, y en Herndon y Beech muchas buenas mujeres —por muy doctor que fuera su marido— se sentían justificadas cuando daban media vuelta si se cruzaban con Rose en la calle. Y lo cierto era que su belleza —inútil y despreocupada como la de una mariposa— era difícil de perdonar, así como su sonrisa rápida y su porte orgulloso.

—Oh, él será médico, ya lo verás —decía Johnny, haciendo planes—. ¿Has visto cómo se pasa leyendo todo el tiempo? ¿Cómo abre los ojos y presta atención a todo? Eso es lo que importa: tener los ojos abiertos. Le encantan los datos.

Y era cierto que a Peter le encantaban los datos y que se encerraba en su habitación con la *Enciclopedia Británica;* a los doce ya estudiaba los dibujos de Vesalio, leía a Hipócrates, algunos pasajes de Virgilio y las publicaciones médicas a las que su padre ya no les quitaba el envoltorio.

—Oh —decía Johnny—. Él llegará donde yo no he podido. —Y el corazón se le hinchaba de orgullo, su cabeza contemplaba el fascinante paisaje del futuro de su hijo—. Espera y verás.

—Tú también eres un hombre bueno —le recordó Rose.

—¿Bueno? Una vez un hombre me llamó amable, no bueno. No me engaño. Esa es mi virtud. Tal vez lo hayas notado: casi siempre lo que un hombre quiere es tener un hijo mejor que él. Yo sí que lo he notado, Rose. Y, por otra parte, nunca me sentí muy seguro de mí mismo. Pero a cada hombre le falta algo. —Y así excusamos nuestras fallas, admitiéndolas.

A veces, cuando bebía, Johnny se sentía en igualdad de condiciones con los grandes ganaderos: ellos tenían dinero; él, educación. Cuando entraban al

pueblo con el ganado él se acercaba a la taberna después de que la polvareda se hubiera asentado, veía a los vaqueros allí dentro, montando jolgorio, y conversaba, o, como decía el camarero, se metía en conversaciones ajenas. Se medía allí con los mejores, con su oscuro traje de doctor y su cuello almidonado, y exponía sus teorías sobre la política y la educación en Europa.

—Esperad y veréis —decía—. Va a haber combates y luego nosotros entraremos y vosotros entraréis y yo entraré.

Pensaban que estaba loco. Él no parecía notar cómo ellos se alejaban a medida que su habla se volvía más arrastrada, que empezaba a volcar su bebida sobre sí mismo y a tocar impulsivamente los brazos de los otros. En su mayoría, lo respetaban; algunos se compadecían de él. Algunos recordaban cómo había venido desde la carretera cuando llegó al pueblo, ansioso por ver su primera manada, y cómo un hombre le había disparado justo encima de la cabeza y lo había insultado, y cómo él había huido corriendo y se había ocultado detrás del almacén de mercancías. Dios, debía de haber pasado horas allí.

Pero, en una ocasión, Johnny se puso a hablar con el ganadero equivocado. Era evidente cómo aquel tío, de pie, con su copa en la mano, empezaba a irritarse, mientras Johnny perseguía al último de los fantasmas que le cruzaban por la cabeza: la falta de orgullo cívico de Beech. ¿Por qué —quería saber— no pintaban la escuela? ¿Por qué tiraban la basura allí atrás, en la colina, donde todo el mundo podía verla? ¿Por qué profanaban ese hermoso campo?

—¡Caramba! ¡Fíjese afuera, allí mismo! —ordenó, y miró por la puerta de la taberna el punto de la colina donde el sol se reflejaba en las últimas latas y pedazos de cristal—. Si daban sólo diez pasos más, la habrían tirado en el cementerio. Es una monstruosidad, eso es lo que digo.

El ganadero habló.

—Eso es lo que yo diría de usted —dijo.

—¿Cómo es eso, señor? —preguntó Johnny, sin comprender.

El ganadero no dijo nada, pero hubo un ligero murmullo de aprecio en la taberna.

—Ahora bien, fíjese en las flores —le aconsejó Johnny—. Si usted va a un pueblito y ve flores aquí y allá, flores por todas partes, sabe que la gente de ese pueblo tiene eso que se llama orgullo cívico, que viene del latín *civitas,* que significa ciudad. Fíjese en las estaciones del ferrocarril, incluso allí mismo, en Herndon. Seguramente habrá un bonito lecho de flores rodeado de un pulcro césped verde. La gente que viene en coche y mira por la ventana lo ve y entonces se va de ese pueblito llevándose una muy buena impresión. No sería extraño que algunas de esas personas volvieran a ese pueblito y se instalaran allí, ¿verdad? —Johnny hizo una pausa y contempló su bebida con aire pensativo. El silencio de la taberna lo alentó a seguir—. Ahora bien, fíjese en las flores —volvió a comenzar—. Fíjese en lo que hicimos mi esposa, mi hijo y yo. —Él y su esposa y su hijo habían remozado La Hostería, ¿no lo habían notado? Humulus trepando a un lado de la galería, y había que sujetarlos con la cuerda adecuada para que siguieran subiendo, sino se caían de golpe, por su propio peso, y formaban un montón verde en el suelo. Bueno, humulus y amapolas de California y capuchinas. Todas esas plantas crecían bien en Beech, sólo había que regarlas—. Seguramente usted nos habrá visto allí, regando las plantas.

El ganadero volvió a hablar.

—¿Era eso lo que estaba haciendo hace unos años cuando le disparé encima de la cabeza?

—¿Cómo dice, señor?

—He dicho, ¿estaba regando sus flores cuando le disparé encima de la cabeza?

—Ah, ¿de modo que fue usted? Bueno, debo admitir, señor, que me lo merecía. No conocía las costumbres en esa época.

—No me diga —dijo el ganadero.

—Cuando llega el invierno —prosiguió Johnny—, ya no hay flores, ¿verdad? Entonces mi hijo y mi esposa, en el otoño, van a las llanuras que están más allá del pueblo y juntan lo que algunos llaman maleza, y la tiñen, y así tenemos flores todo el invierno.

—No me diga —murmuró el ganadero, y alguien tosió.

—Y eso no es todo —continuó Johnny y, con mucha precaución, se sirvió un trago de whisky en su vaso—. Mi hijo tiene manos de cirujano, manos

muy habilidosas. Coge papel crepe, lo pliega y hace flores artificiales. En los meses de invierno puede encontrárselas, señor, en la mesa donde cenamos. Imagíneselo —dijo Johnny—: un niño de doce años que estudia los dibujos de Vesalio y lee textos muy profundos para esa edad. ¿Se lo imagina?

—Y también hace ramilletes de papel —dijo el ganadero.

—¿Señor? —Johnny miró a un lado y a otro de la barra, pasando de una cara a otra. Entonces sintió una necesidad repentina de impresionarlos todavía más y citó una frase de algún griego que estaba relacionada con las flores.

—¿Qué es eso? —preguntó el ganadero.

Johnny sonrió y se puso radiante de orgullo.

—Es griego, señor. Los médicos tenemos que estudiar el idioma griego; es parte de nuestra exigente formación.

—A mí no me suena a griego —dijo el ganadero.

—Se lo aseguro, señor.

El ganadero rio.

—Entonces mejor que vuelva a su escuelita, donde sea que se encuentre. La palabra en griego para esa clase de flores es *πόθος*. Las ponen en las tumbas.

La carcajada sonó como un disparo y Johnny se quedó allí sin saber qué hacer, tratando de entender y de concentrarse en alguna cara que pudiera reconfortarlo. No la encontró.

—Bueno, señor...

El ganadero habló y el salón volvió a quedarse en silencio, en un silencio palpable.

—¿Ha oído esto, doctor? —y el ganadero citó una frase de Ovidio en latín—. ¿Qué le parece?

Johnny entendió y su cara se llenó del color de la sangre.

—¿Por qué me dice semejante cosa? —preguntó.

—Porque creo que hay que decir la verdad, doctor. ¿Le gustaría explicarle a esta gente lo que significa?

—No, señor, no me gustaría.

—Entonces lo haré yo —dijo el ganadero—. Significa que usted es un gilipollas. Y, para el caso, también lo es el mariquita de su hijo.

Johnny se quitó el sombrero, se alisó el pelo y volvió a colocárselo. No apartó los ojos del ganadero.

—Mi hijo no es un marica.

—Es lo que dicen los chavales de por aquí.

—Porque lee. Porque piensa.

—Porque hace ramilletes de papel. Porque no puede distinguir una pelota mal tirada de una mosca.

Que un hombre pequeño como Johnny se abalanzara sobre otro fue una necedad. Fue una tontería de su parte decir «¡No puede llamar marica a mi hijo!», porque el ganadero sí que podía hacerlo y lo hizo una y otra vez.

El ganadero cogió a Johnny de la parte delantera de su almidonada camisa blanca, lo zarandeó, lo sacudió; luego estiró el brazo y lanzó a Johnny como un trapo mojado. Johnny chocó contra la pared del fondo y se derrumbó en el suelo. Una vez allí, intentó levantarse, pero se volvió a caer. Después de unos instantes, sin mirar a nadie, se puso de pie y lo vieron deambular por la carretera, cruzar por el espacio vacío hasta La Hostería. Su avance alborotó a unas urracas que habían encontrado una tuza muerta y que le graznaron.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —exclamó Rose—. ¿Quién te rompió..., quién te rompió la camisa?

—Me metí en una pelea, Rose.

—Por favor, ¿estás lastimado?

—No, Rose, no estoy lastimado. Sólo quiero ir a la cama.

—¿A la cama, John? Si no estás lastimado, ¿por qué quieres ir a la cama?

—No lo sé, pero quiero ir a la cama. —Se levantó de la silla—. ¿Dónde está el muchacho, Rose?

—No sé dónde está.

—¿Dónde supones que está?

Rose habló en voz baja.

—Creo que ha ido al río.

—No me gustaría que me viera pelear.

—Por favor, no te preocupes por eso.

—Rose... ¿Rose?

—Sí, John.

—Rose, no he dicho la verdad. No estaba preocupado de que me viera pelear. Tal vez mi problema es que no puedo soportar la verdad.

—No estoy segura de entender de qué estás hablando, John.

—Hace un segundo, dije que no quería que Peter me viera pelear. Dije eso.

—Sí.

—Y no era cierto.

—¿Por qué no? No te gustaría que él te viera pelear.

—Sí me gustaría.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de gustarte eso?

Johnny arrugó la cara.

—Para mostrarle que peleo bien.

—Hay cosas mejores que eso. Y lo sabes.

—Si peleas bien, puedes derribar a cualquiera que te rasgue la camisa y que te empuje contra la pared y que diga que tu hijo... que tu hijo es un marica. —Johnny cerró los ojos—. Ahí está. Lo he dicho.

—¿Has dicho qué, John?

—He dicho toda la verdad. Lo que no me gustaría que viera es cómo empujan a su padre contra una pared delante de todo el mundo.

—Él no lo ha visto, John.

—¿Quién podría asegurarlo? Con el ruido que había en ese sitio. ¿Sabes que la gente, cuando oye una voz, se junta a ver qué pasa?

—Estoy segura de que estaba en el río. Suele ir por allí.

—Mira qué humillación —dijo Johnny, y contempló un momento los ojos de su esposa—. Qué humillación tan terrible. Para un niño.

—¿Humillación? —dijo Rose—. ¿Para el niño o para ti? ¿Cómo puede haber humillación si somos humildes, como dice Cristo?

—Cristo —dijo Johnny—. Tráeme una toalla fría, ¿quieres?

Ella le trajo la toalla, se la aplicó y lo observó hasta que él se durmió. Esperaba que, cuando él despertara, le pidiera lo de siempre, una copa; durante los días siguientes ella se las racionaría cuidadosamente, dándole lo

mínimo para que pudiera funcionar; él nunca le pedía más de lo que ella creía necesario.

Pero esta vez, cuando se despertó, se quedó allí tumbado, contemplándola, sin exigirle nada. Nada. Fue entonces que ella le sugirió que tomara una copa, porque en varias ocasiones él le había dicho que el whisky mataba el dolor, y lo que él sentía era dolor.

—No —dijo él.

Ella le trajo sopa. Se enfrió, intacta. Él seguía tumbado, con las manos entrelazadas encima de las mantas; el día se hizo más largo, la luz fue apagándose, los gansos volaron al sur. Desde la taberna que estaba al otro lado del baldío llegaba el alegre tintineo de la pianola.

—Por favor, cierra la ventana, Rose.

No fue Rose quien respondió, sino Peter.

—He venido a traerle algo, padre.

Johnny abrió los ojos y sonrió. Su hijo estaba de pie en el centro de la habitación.

—¿A traerme algo?

—¿Puede ver con esta luz, padre?

—Oh, claro.

—Le hice esto. Este verano.

Johnny se sentó en la cama y su hijo le colocó unos cojines detrás de la espalda.

—Se siente bien, Peter. Los cojines. Ahora, ¿qué tenemos aquí?

—Estos dibujos, padre.

Padre, pensó Johnny. Dios mío, qué palabra, qué responsabilidad. Cogió los dibujos. Eran diez, todos de las raíces de plantas de cerca del río. Johnny cerró los ojos y se lamió los labios. ¡Cómo le recordaban, en su excelencia, a sus propios y pobres dibujos!

—Estoy profundamente orgulloso —dijo Johnny—. A mí jamás me salieron tan bien.

—Usted me enseñó —dijo Peter. Cuando se fue, Johnny giró el rostro hacia la pared. De modo que el muchacho lo sabía, o lo había oído; en caso contrario, ¿por qué otra razón habría traído esos regalos, si no era por lástima?

Durante el año siguiente, no bebió. Ya no cantaba; la piel de la cara se le estaba aflojando y sus ojos no invitaban a compartir intimidades. Hablaba con pocos y ya nadie lo llamaba Johnny. Una tarde de otoño, cuando ya casi era de noche, y el aire llevaba un fuerte olor a nieve, Johnny regresó de un viaje que había hecho a las colinas que estaban detrás del pueblo. Había asistido a una mujer en el parto de un niño muerto.

Un niño muy pero muy afortunado, pensó. Un alma que jamás fracasaría, jamás se encogería de miedo ante el inexorable principio natural: que los fuertes destruyen a los débiles. Cuando estaba desplazándose hacia allí en su viejo coche a motor Ford bajó la mirada desde la cima de la colina y vio el polvo que generaban las calesas y los viejos y macilentos caballos montados por los indios expulsados de las últimas tierras que les quedaban en el valle: treinta familias, rumbo a la reserva, convertidos en huéspedes del Gobierno, en destinatarios de una beneficencia mezquina. Así hacen los fuertes con los débiles. A algunos les aplican un tratamiento especial.

—He visto a esos indios —le contó a Rose esa noche.

—Tal vez, en algunos aspectos, estén mejor.

—¿En algunos aspectos? Pero desposeídos, desposeídos. Rose, ¿dónde está el chaval?

—Atrás, en el cobertizo. Dice que tiene más cosas para mostrarte.

—No debería trabajar a la luz de un farol. Por los ojos.

—¿John?

—¿Rose?

—¿John, te encuentras bien?

—Sí, claro.

—Durante un momento me pareció que tenías un aspecto extraño.

—¿Extraño?

—Estabas ausente. Me habías dejado.

—Estoy bien. —Él sonrió y entonces, de pronto, se acercó a ella y la besó—. Eres una persona valiente —dijo—. Ahora iré a ver a Peter y luego creo que subiré.

—¿Quieres algo? ¿Alguna cosa?

—No, nada, Rose.

El cobertizo, encima del cual giraba el molino de viento, estaba adosado a la hostería; una pequeña estufa de leños le proporcionaba comodidad y olía a humo y queroseno. En las paredes Peter había instalado unos estantes que se habían combado un poco por el peso de los libros de medicina de Johnny. También estaban los cuerpos disecados de tuzas y conejos, los vasos de precipitados, los alambiques y otros instrumentos químicos; allí, Peter se escapaba del dolor del Getsemaní cotidiano de la escuela, de los abusos y las pullas; allí se perdía en un mundo privado, un mundo del que jamás dudaba; allí, sentado a la mesa, sus ojos miraban hacia su interior, con el aspecto retraído y reconcentrado de los sordos. Su pálida cara era tan lisa que Johnny se preguntó si alguna vez tendría que afeitarse y nada delataba sus emociones salvo el ligero latido de una vena en la sien derecha.

—Tu madre me ha dicho que tienes algo nuevo para enseñarme —dijo Johnny.

—Este nuevo portaobjetos, padre.

Johnny se acercó.

—Peter, parecías estar oyendo algo. —El muchacho había fijado una linterna a un soporte de madera que proyectaba el haz de luz exactamente debajo de la lente—. Hmmm. Este es extraño. —Era la imagen de un bacilo que mata roedores—. Y un dibujo muy bueno, además. —Johnny se enderezó lentamente y, como un viejo, extendió la mano y se apretó la parte baja de la espalda, haciendo una pequeña mueca—. Tienes buenas manos, Peter. Déjame mirarte una. —Le cogió la mano y miró la palma lisa—. Es extraño, ya sabes.

—¿Qué es extraño, padre?

—Oh. —Y Johnny sonrió—. Supongo que lo extraño es que a un padre le resulte tan difícil hablar. Tal vez mi propio padre pensaba lo mismo. Tal vez por eso no lo hacía nunca. Pero voy a decir sólo una vez lo que quiero decir. Y lo que quiero decir, Peter, es que... te quiero.

Entonces Peter se quedó en silencio y clavó sus ojos enormes, unos ojos que parecían reflejar el cuarto entero, el mundo entero, en su padre. Pero la vena azul de la sien derecha, torcida como un gusano, creció un poco. Johnny estaba a punto de darse la vuelta cuando Peter habló.

—Padre —dijo—, yo también le quiero.

Johnny se sorbió los labios y cuando pudo hablar, dijo:

—Bueno, entonces todo está bien. Y si yo fuera a decirte una cosa, ¿sabes qué sería?

Encima de ellos el molino giró con el viento frío y seco, un molino que giraba sin propósito alguno, sin cumplir ninguna función, sólo por pura formalidad. Johnny ni siquiera había podido repararlo, ya que el molino se había girado sobre él y le había hecho un corte mucho antes de que ese hijo brillante hubiera nacido.

—No estoy seguro, padre —murmuró Peter.

—Te diría, Peter, que jamás prestes atención a lo que dice la gente. La gente no puede saber qué hay en el corazón de los otros.

—Jamás prestaré atención a lo que diga la gente.

—Y, Peter, por favor, no lo digas exactamente con esas palabras. La mayoría de aquellos que lo hacen... La mayoría se vuelven duros, se endurecen. Debes ser amable, debes ser amable. Creo que el hombre en el que te convertirás podría lastimar terriblemente a la gente, porque eres fuerte. ¿Entiendes la amabilidad, Peter?

—No estoy seguro, padre.

—Bien. Ser amable es tratar de apartar los obstáculos a los que se enfrentan los que te quieren o te necesitan.

—Eso lo entiendo.

Johnny volvió a sorberse los labios.

—Yo siempre he sido algo así como un obstáculo, Peter. Pero ahora me siento bien. Gracias por tu comprensión. Entonces, me voy. —Pero se quedó un momento más, con una sonrisita en los labios, y luego, de pronto, dio un paso hacia delante y puso la palma de la mano sobre la cabeza de Peter—. Buen chico, buen chico —dijo. Luego salió y subió a una de las habitaciones de la planta superior.

Allí lo encontró Peter más tarde, cuando oyó un ruido.

—¿Peter? —exclamó Rose—. ¿Peter? ¿Qué demonios estás haciendo allí arriba?

Peter no respondió. Ella volvió a llamarlo, en un susurro escénico, desde el pie de la escalera.

—Trata de no despertar a tu padre. Creo que está muy cansado.

—Ahora bajo.

Cuando lo hizo, se quedó en el umbral de la cocina y se dirigió a ella como «madre», no «Rose». La palabra sonaba tan rara en su boca, tan formal, que ella apartó la vista del fogón donde estaba hirviendo agua para el té.

—¿Sí, Peter?

Al parecer, él acababa de peinarse, porque todavía tenía en la mano derecha el pequeño peine de bolsillo que siempre llevaba consigo, y antes de que ella volviera a hablar él se pasó un pulgar por los dientes, y luego volvió a hacerlo, y otra vez, con un sonido que a ella le daba escalofríos.

—Peter, por favor.

Él se quedó allí, mirando más allá de ella, a la pared del otro extremo. Rose se giró para seguir su mirada.

—¿Qué ves allí?

Peter se quedó quieto, preguntándose qué palabras utilizaría para contarle que había encontrado a su padre arriba y que acababa de bajarlo de donde se había colgado con una de esas cuerdas que se dejaban enrolladas junto a la ventana para poder huir en caso de incendio.

---

2. Probable referencia a la canción «You Tell Her, I Stutter», grabada en 1922, con letra de Billy Rose y música de Cliff Friend, sobre un joven que quiere proponerle matrimonio a una mujer pero le pide al hermano que lo haga en su lugar porque él es tartamudo. *(N. del T.)*

III

Los vecinos, por supuesto, y luego los forasteros, una vez que se enteraron del suicidio, señalaban La Hostería como el sitio donde «eso» había tenido lugar. Los clientes de la taberna, mientras bebían, miraban largamente el molino que giraba y se maravillaban por la valentía que exhibía aquella apuesta mujercita que salía rápido a quitar la ropa tendida en el hilo, palpando tal o cual prenda, o que se agachaba para regar las flores. Algunos anhelaban verla a ella y al muchacho más de cerca, comprobar si en sus caras todavía quedaba algún rastro de la tragedia. Ahora ella había convertido aquel sitio en una casa de comidas, pero a causa de las historias que se contaban, tenía muy pocos comensales; tal vez la sala donde uno comía estaba justo debajo de donde «eso» había ocurrido, lo que podía recordarles las muertes y desilusiones de sus propias vidas.

Pero, con el tiempo, muchos de los que habían llegado a conocer a Johnny se marcharon, pues la vida en Beech y en los alrededores se había vuelto complicada, desesperada. Cuando los automóviles empezaron a averiarse con menos frecuencia, el hombre que había convertido su establo en un taller mecánico cerró y se marchó, y la maleza rodeó el surtidor rojo. La granja de gallinas fracasó. El hombre que vendía piedras extrañas y madera petrificada nunca había logrado sacar adelante su negocio. Había camareros nuevos. Ahora, la propia Hostería estaba pintada de rojo y le habían cambiado el nombre por el de Molino Rojo. Los viajantes que pasaban por Beech estaban demasiado cansados para hacer caso del viejo estigma o llegaban demasiado tarde de noche como para que hubieran tenido tiempo de que se lo contaran y, en cualquier caso, la única alternativa era un cuarto sucio encima de una tienda. También estaba el elemento de distracción de la guerra, que dejaba a la gente teniendo que enfrentarse al hecho curiosamente perturbador de que unos hombres que habían conocido, con los que habían bebido o peleado o amado o engañado, habían muerto en Francia, en las

trincheras. ¿Cómo era posible —pensaban, contemplando al sol, que se hundía tras las montañas del oeste— que una persona a la que habían conocido estuviera muerta en Francia?

Durante un tiempo, las tabernas cerraron, y Rose Gordon le compró a una de ellas por sólo diez dólares un piano que valía dos mil. Las tabernas volvieron a abrir —con cautela—, operadas ahora por contrabandistas que pasaban automóviles Hudson desde Canadá. ¿Cuál era más rápido, el Hudson o el Cadillac? Bueno, verá, el otro día, Paul McLaughlin, ese abogado de Herndon, con un Cadillac, y Jerry Disnard, el contrabandista, con un Hudson, corrieron por la nueva autopista, y McLaughlin empezó a pasar a Disnard...

Así que con la guerra y los contrabandistas, y sus carreras nocturnas desde Canadá, el viejo suicidio del Molino Rojo fue esfumándose en la bruma de los mitos y las leyendas. Algunos lo recordaban mal y contaban que Johnny se había pegado un tiro. Otros aseguraban que había tomado un veneno al que sólo los doctores podían acceder. Algunos sostenían que, simplemente, había desaparecido, abandonando a su esposa y a su hijo y, en cualquier caso, la mujercita a la que había dejado era una buena persona y había demostrado que poseía agallas quedándose y convirtiendo aquel sitio en una especie de restaurante de carretera. Algunos tipos de Herndon, gente fina, que se habían enriquecido con la guerra, venían rugiendo por la autopista con sus Mercer y sus Stutz y paraban en los sitios de los contrabandistas y luego comían pollo en ese lugar que se llamaba el Molino Rojo. Había algo en el rebozado del pollo que, ¡caramba, había que probarlo!

Por supuesto que podías pedir bistec, si lo querías, y había montones de panecillos calientes que se te derretían en la boca y ensalada de lechuga mustia. Preparaba café de nuevo cada vez que llegabas, de modo que no lo tenía desde hacía mucho tiempo en una de esas cafeteras, como pasaba en los otros sitios, y, más tarde, si te apetecía bailar, había una pianola con todas las viejas melodías, «Just Like a Gypsy» y «Joan of Arc» y el resto de las canciones de guerra, pero quién quiere pensar en eso. «Tea for Two» y «By the Light of the Stars».

¿El chico? ¿Su chico? Él sirve las mesas, pero ella viene y te pregunta si está todo a tu gusto, y siempre lo está.

No, pero el chico.

¿Y yo qué sé? Ya estará por terminar la secundaria, o estará por la mitad, supongo. Oh, sí, da la impresión de que te mira. Pero no te ve o no quiere verte. No, muchos de esos chavales brillantes son así. Por estudiar demasiado. No lo sé. Médico. Por supuesto que cuesta un montón. ¿Quién demonios ha dicho lo contrario? ¿Por qué supones que ella trabaja tanto? No, debería ir hasta allí alguna vez y si fuera usted yo haría una reserva. Y pediría pollo, si fuera usted. Y tal vez ella toque el piano. Es lo que hacía en una época, se ganaba la vida tocando el piano, según se dice.

Era Peter el que engordaba a las aves, el que preparaba una mezcla agria con salvado y leche desnatada que le traían los agricultores de secano y, cuando las aves estaban gordas, era él quien las mataba, porque Rose no podía, ni siquiera podía mirar, se negaba a mirar. Cuando llegaba el momento de la matanza, ella entraba y cerraba las puertas y las ventanas y cantaba y, si era necesario, se tapaba las orejas para no oír los infames chillidos que salían cuando Peter, sin hacer ruido, arrinconaba primero un pollo y luego otro en la esquina del corral. Ellos sabían lo que les iba a suceder y Rose también lo sabía, así que se tapaba las orejas o cantaba.

Él les arrancaba la cabeza con mayor gentileza, seguridad y limpieza que si hubiera usado un hacha y un bloque de madera. Cogía de pronto a un ave del cuello y giraba apenas la muñeca; el cuerpo se retorcía alrededor dos veces y caía decapitado al suelo, donde saltaba y daba coletazos y se contraía mientras la cabeza arrancada, que había caído al lado, contemplaba con ojos brillantes y asombrados las sacudidas de su propio cuerpo; sólo cuando el cuerpo se desplomaba y se quedaba inmóvil, los párpados se cerraban y cubrían los ojos y entonces todo estaba terminado. Todo estaba terminado. Ni una sola vez Peter derramaba sangre sobre su propia camisa; consideraba que esa inmaculada eficiencia era una preparación para el futuro. Cuando los pollos estaban escaldados, desplumados y chamuscados, Rose ya podía verlos como productos y freírlos.

Ya estaba todo listo para la comitiva de los Burbank; un Burbank había llamado por teléfono a la taberna y el encargado se había presentado para

decir que los Burbank iban a querer cenar pollo y camas para doce; Rose dejó su habitación y se preparó un catre en la cocina; Peter se ubicó en el cobertizo, con los libros de su padre. Estaba todo listo; incluso había un lápiz bien afilado junto al registro. «Vaya —dijo Rose—, ojalá los Burbank vinieran cada año, y luego los de las otras fincas. ¡Vaya!».

Peter pocas veces sonreía, salvo a su madre.

Los jóvenes se animaban visiblemente cuando se acercaban a Beech; por allí, el campo estaba más poblado y un ojo atento podía distinguir los techos de los establos de las casas en las pequeñas haciendas de esa zona. Varios automóviles se abrían camino lentamente entre la manada, que se separaba y fluía en torno a aquellas máquinas como el agua cuando se topa con una roca; los vaqueros jóvenes se lucían un poco para los choferes y pasajeros de los coches, espoleaban los costados de sus caballos, para que dieran saltos y cabriolas como si fueran verdaderos animales salvajes. Phil sonrió. ¡Condenados niñatos! Pero sentía verdadero afecto por ellos; tal vez no tuvieran el mismo nivel que los vaqueros de otros años, tal vez no tuvieran la misma calidad que poseían los hombres como Bronco Henry, pero eran los mejores que había hoy en día y, en cierto sentido, George tenía toda la razón: había que acomodarse a los tiempos, aceptar los automóviles y los carteles que las tiendas colgaban en los postes de las vallas y pegaban en las paredes de los establos o cobertizos abandonados; Phil suponía que la señora Lewis ya nunca más les prepararía un almuerzo lo bastante abundante como para que les durara hasta la cena en Beech, ahora que aquella mujer había montado su propio establecimiento. Al propio Phil no le vendría nada mal cenar pollo. ¡El estómago le rugía con fuerza!

Y también era probable que se cruzaran con algunos ancianos en el bar que recordaban cómo era el campo antes y pudieran charlar un rato con ellos y tomar uno o dos tragos. A Phil le gustaba pedir copas para sus amigos y también le gustaba el hecho de que, cuando la comitiva de los Burbank aparecía, el pueblo era suyo. La chusma sabía guardar las distancias, en su mayoría, y no se acercaban al bar esos peones de la zona mexicana que ni siquiera hablaban estadounidense, esos ignorantes agricultores de secano y los pastores del norte del pueblo.

Si había algo que Phil detestaba eran las borracheras; ofendían su fino instinto para el orden y el decoro. Fijémonos, por ejemplo, en un borracho: no puedes sacártelo de encima y te quema las orejas con sus tonterías. Finge ser algo que no es, se le suben los humos a la cabeza. Y por mucho que los insultes o hagas cualquier cosa que se te ocurra para ponerlos en su lugar, ellos seguirán con su cantinela. Phil recordaba una vez, años atrás, cuando él estaba en el bar, disfrutando de la atmósfera, y de pronto apareció uno de esos beodos y empezó a comportarse de manera desagradable. Ahora bien: a Phil no le importaba que la gente tomara una o dos copas; él mismo lo hacía a veces. ¡Pero por Dios!

Imagínate. Vienes de trasladar ganado cuarenta kilómetros por la carretera, te dispones a tomar una copa y aparece uno de esos estúpidos pelmazos; lo lógico es que el encargado del bar los eche, pero si no, ¿qué puede hacer uno?

Phil ya tenía totalmente calado a aquel tipo, lo había hecho desde el principio, tan pronto había llegado a Beech; oh, ¿cuándo había sido? Había habido quejas sobre aquel tipo antes, sólo que, simplemente, Phil jamás se había topado con él. Bueno, ¡una vez fue suficiente!

Había un pastor ebrio que acostumbraba a ir; entraba con su perra y Phil detestaba que hubiera animales bajo el mismo techo donde había humanos. La perra se tumbaba, olisqueaba los pies del pastor, lo miraba desde abajo, observando cómo le daba a la lengua. Aquel sujeto te hacía arder las orejas hablando sin parar de la perra, de lo lista que era, de lo rápida, lo ágil, lo confiada, lo leal y, por Dios, lo cariñosa que era.

—Esa perrita —decía el pastor, aferrándose a la barra para no caerse—, esa perrita es como mi esposa.

—No me sorprende —había respondido Phil secamente. Pero el pastor no lo entendió. Siguió con su perorata. Hasta que por fin alguien lo sacó de allí, la paz y la tranquilidad volvieron al establecimiento y Phil suspiró.

Pero no puedes ganar siempre y Phil se quedó atrapado con aquel zoquete que, por el amor de Dios, no dejaba de hablar de flores prácticamente con todo el mundo y en especial con Phil. Y allí estaba el pobrecillo de Phil, aguantándolo. Un estúpido inútil al que Phil no le habría confiado la más

mínima tarea. Y entonces, cuando Phil trató de dejar bien claro que no deseaba su compañía... Bueno, entonces..., qué demonios.

—Yo no habría hecho eso —le dijo George a Phil.

—Claro que no —repuso Phil alegremente—. Tú no tuviste que escucharlo.

Al viejo George le encantaba sentir pena por la gente. Phil se preguntó en qué medida esa tendencia a sentir pena por la gente había ocasionado que George decidiera comer y dormir en el establecimiento de aquella mujer. Por aquel borracho al que le faltaba un hervor y que se había suicidado unos años antes. *Loco*[3].

Phil se acercó a George y se puso a cabalgar a su lado.

—Bueno, Gordito, ahí la tienes..., la metrópolis de Beech.

George asintió.

—Es cierto, ahí está.

—El pueblo se ve bastante tranquilo. Supongo que están todos bajo techo. Debería ser fácil entrar con el grupo.

—Así parece.

Phil frunció el ceño.

—¿Qué demonios te pasa, Gordito?

—Nada, Phil.

—Me da la impresión de que te causa dolor juntar dos palabras seguidas.

—Nunca fui de los que hablan mucho, Phil.

—No eres la máquina parlante de Edison, eso es verdad. —Phil cabalgó en ángulo entre la manada y luego se acercó a uno de los jóvenes por detrás —. Tengo tanto hambre —comentó— que mi intestino grueso se está comiendo a mi intestino delgado. —El joven se rio, pero Phil seguía sintiéndose mal. Veinticinco años, una especie de aniversario de plata, y durante todo el trayecto había sentido una cierta amargura. Él no podía precisar qué era, exactamente. ¿Sería la edad? Apenas tenía cuarenta años. ¿Tal vez los tiempos se habían vuelto incontrolables? Entonces se echó a reír. ¡Por un momento había empezado a sentir pena por sí mismo!

Eran las cuatro de la tarde cuando la comitiva de los Burbank, imponente y altiva, entró en Beech; pocas veces lo habían visto tan silencioso. Los vaqueros sabían que la gente los observaba con admiración desde las

ventanas, y las chicas de la planta superior estarían acicalándose, preparándose. Incluso el viento parecía más callado. Lejos, en lo alto de la colina, pastaban unos pocos caballos salvajes. Pocas veces había estado tan silencioso; sin embargo, Phil se mantenía alerta por si aparecía algún zoquete paseándose por allí y le espantaba el ganado. Nadie lo hizo, no ladraba ni un perro. Los novillos que iban delante se detuvieron, con las patas rígidas, sólo un momento, ante la ancha cancilla, con la cabeza gacha, olfateando, hasta que, de pronto, corcovearon y pasaron, dando unas buenas patadas a los postes de la verja. En quince minutos la manada ya estaba bien ubicada en el interior, la pesada verja de tablones de madera ya estaba cerrada, dieciocho mil dólares de novillos.

—Nunca lo había visto tan silencioso —comentó Phil—. ¿Eh, Gordito? Nunca los había visto entrar con tanta facilidad.

—Muy cierto —dijo George.

—Bueno, parlanchín —dijo Phil—. ¿Qué te parece si nos damos un paseo y nos enjuagamos el polvo de la lengua?

Los vaqueros jóvenes emitieron ruidos de felicidad y el vaquero viejo, el mayor de la barraca, sonrió. Sentados rectos sobre las sillas, haciendo tintinear las espuelas, cabalgaron hacia la taberna y ataron los caballos a los postes. Una vez dentro, Phil sonrió. «Prepare todo para el grupo», dijo, y el encargado del bar lo hizo, salvo para los dos que ya habían dado la vuelta por el costado y habían subido por la escalera exterior. Phil les había guiñado un ojo. No se los vería durante alrededor de media hora.

—Bueno —dijo George—. Me daré un paseo hasta la oficina del telégrafo y averiguaré si saben algo respecto de la loca. —La loca. Una expresión de argot, mitad jerga, mitad esotérica. Así como los ingenieros usaban «pintalabios» para referirse a las «reglas de cálculo» y los agentes inmobiliarios «se pasaban papeles» cuando transferían propiedades, los ganaderos hablaban de «la loca» cuando se referían a la locomotora. Si no estaba la loca, sólo podían cargar los vagones que ya estaban ubicados junto a los pasadizos.

—Ya llamaron por teléfono para decir que llegaría tarde —señaló Phil—. Bueno, no te pierdas en medio de esas calles. —Vio cómo George cruzaba la artemisa, rígido y recto, en dirección al almacén. Pobre George,

pensó Phil. Ponía incómoda a la gente y lo sabía. Los jóvenes no podían disfrutar de sus bebidas, no podían armar jaleo, si George estaba cerca. Bajaban los ojos y trataban de cuidar lo que decían y, para ver a las chicas, iban por afuera y cogían la escalera trasera. Y las chicas nunca bajaban luego, si George estaba cerca. A nadie le gustaba poner una moneda en la caja de música y seguro que si había algún acontecimiento que George honrara con su presencia, se trataría de un funeral. Ahora iría a la estación y charlaría con el operador y se mantendría lejos todo lo que pudiera. En cualquier caso, era un gesto considerado de su parte.

Eso no significa que el propio Phil tuviera tratos con prostitutas o contara historias libertinas o brincara con la música como algunos hombres de su edad; esa basura no era para él; no era lo suyo. Él también era un Burbank y tenía sus propias normas, que eran... bueno. Pero era tolerante —la vida se lo había enseñado—, los hombres lo sabían y a él le entusiasmaba verlos retozar, incluso aunque quedaran como unos condenados imbéciles. Eso a George lo abochornaba.

Por ejemplo, cuando oscureció (al parecer la loca llegaría bastante más tarde), Phil salió de la taberna, se dirigió a la parte de atrás para mear y allí estaba el más joven de los jóvenes, sentado en el estribo de un automóvil, todo despatarrado, con la cabeza entre las rodillas, vomitando. El coche debía de pertenecer a alguno de sus compinches que habría venido desde Herndon por la carretera principal. Phil se tuvo que reír. Uno de los amigos del joven estaba, tratando de devolverlo a la vida con golpecitos.

—Vete, vete —seguía gimiendo el joven—. Oh, por Dios, vete.

Y el amigo seguía insistiendo.

—Vamos, venga. Tenemos que hacerlo. Tenemos que hacerlo ahora.

—Oh, vete, por favor, vete. —A la luz blanca de la lámpara de gas del interior, la cara del pobre chico estaba verde. Él lo recordaría durante mucho tiempo, haber vomitado mientras oía la alegre melodía de la caja de música.

Phil terminó de orinar, lanzó un suspiro de placer (tenía tantas ganas que se le desencajaron los dientes), se abrochó los botones del Levis y se acercó al chico.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Oh, Phil —dijo el chico, mirándolo con unos ojos que eran como escarabajos hervidos—. Oh, Phil.

Phil lanzó una risita.

—Tal vez te sientas mejor después de comer.

—Oh, Cristo bendito, no digas «comer». Me voy a morir.

—¿Morir? Por todos los diablos —rio Phil—. Tienes muchísimos años de sufrimiento por delante.

¿Y cuándo comerían, en cualquier caso? Sin duda, necesitaban bastante más que los huevos escabechados, el arenque y los cacahuetes que les daban en el bar. Si la loca estuviera allí, ya estarían ebrios, llenos de manduca y en el sobre. Pero no sería la primera vez que se emborrachaban a la luz de los faroles.

—Recuerdo una ocasión —empezó a decir Phil en tono serio en el interior de la taberna, y contó una anécdota en la que había cargado ganado en invierno, en plena noche, en los tiempos de Bronco Henry—. Hacía cuarenta y cinco bajo cero —rememoró—. Hay que tener cuidado en un clima así. Había un novato estúpido que trabajaba para los Ainsworth que se puso como una cuba y empezó a correr al ganado por todo el corral y a respirar por la boca. Se le congelaron los pulmones. Murió al día siguiente. —Se giró—. ¿Y tú dónde diablos estabas? —le preguntó a George, que había aparecido de la nada.

—El tipo del telégrafo me invitó a su casa, encima de la estación, y me ofreció una taza de café. Tiene una casa bonita y una esposa bonita.

—¿Qué se cuenta de la loca?

—No llegará hasta mañana por la mañana. Pasé por el comedor y dije que iríamos a comer bastante pronto.

La mujer, que estaba en el comedor, había juntado tres mesas para que hubiera espacio para todo el grupo. Saludó a George y Phil de una manera bastante agradable, así que el suicida de su marido seguramente no habría desvelado todos los detalles de cuando lo agarraron del cogote. Por todos los diablos, ¿qué hombre se atrevería a contarle a su esposa algo tan bochornoso como eso? Ella había dispuesto servilletas blancas en cada sitio, lo que sería toda una experiencia, pensaba Phil, para los vaqueros, para los

que las servilletas eran prácticamente tan útiles como si les hubieran puesto cuencos para enjuagarse los dedos. Ay ay ay. Ver qué harían esos tíos con esas servilletas ya valía el precio de la entrada. Aquel sitio se parecía bastante a un restaurante de carretera y Phil supuso que esa era la razón de que la mujer hubiera puesto velas en viejas botellas de vino.

Y las flores de papel, las flores de papel.

Phil habría preferido tener todo el sitio para él solo, en exclusiva para la comitiva de los Burbank, pero en una esquina había un grupo de seis que los miraron embobados cuando entraron. A Phil siempre lo irritaban los desconocidos que se quedaban mirándolos con la boca abierta y susurraban y se llevaban las servilletas a los labios como si fueran damas y caballeros. Una de las mujeres fumaba un cigarrillo, un gesto descarado y doblemente vulgar, y, ¡vaya si no estaba tratando de parecer elegante llevándose la servilleta a los labios, como si fuera de alto nivel, y luego fumando ese cigarrillo! En opinión de Phil, una mujer que fumaba en público era capaz de hacer cualquier cosa. Como aquella, que estaba bebiendo.

También en esa mesa había flores de papel. Flores de papel dentro de una botella de leche pintada.

—Bueno, ¿cuándo nos van a atender? —preguntó Phil en voz alta—. Si la loca va a tardar tanto en llegar, al menos tendrían que atendernos, ¿no, tíos?

Los vaqueros jóvenes, intimidados por la remilgada atmósfera de restaurante de carretera y por las servilletas, observaron a Phil, admirando su aplomo.

Entonces por la puerta vaivén apareció el hijo de la mujer con una servilleta blanca en el brazo, impecable. Tenía pantalones oscuros planchados y una camisa blanca almidonada, sonrió a la comitiva de los Burbank y siguió hacia la mesa de la esquina. Phil lanzó una risita agresiva.

—Vaya —dijo en voz alta—. Supongo que debemos de ser todos negros.

Bueno, había algo que Phil podía asegurar: aquel jovencito con la servilleta en el brazo era un marica. Phil lo observó mientras atendía al grupo de seis. Un poco excesivamente melindroso para que a Phil le cayera bien, un poco demasiado acicalado, con sus gestitos arrogantes. Probablemente esa era la idea que tenía aquel chico de un camarero

franchute y había querido imitarlo, o tal vez por alguna tontería que habría leído en una revista.

Sí, el chico estaba hablando con el grupo de seis y sí, el chico tenía un pequeño ceceo, igual que Phil les había oído a todos los maricas, así como una manera de paladear cada una de las palabra que decía. Bueno, hay quienes pueden llevarse bien con ellos, así como hay quienes pueden llevarse bien con los judíos y los negros, y eso era asunto suyo. Pero Phil no los soportaba.

No sabía por qué, pero lo ponían incómodo, lo perturbaban hasta lo más íntimo. ¿Por qué demonios no se despertaban y se volvían humanos?

¡Y entonces, oh, ese mariquita pasó justo al lado de ellos, con esa mirada que tenía, y los labios fruncidos de una manera tal que Phil sintió deseos de abofeteárselos!

—Sí. —Phil se recostó en la silla, echándola hacia atrás de modo que las patas delanteras se separaron del suelo—. Supongo que debemos de ser todos negros.

George se quedó ahí sentado, como una gran escultura de piedra.

¡Ah! Phil sabía cómo irritar a aquel chaval y lanzó una risita cuando lo pensó. ¡Imagina lo que sería tener un hijo así! Oh, Phil sabía cómo irritarlo. Phil estaba sentado a un extremo de aquella improvisada y alegre mesa, George al otro, igual que como se ubicaban cuando desayunaban en el comedor trasero, ahora que la Vieja Dama y el Viejo Caballero encabezaban la vida social en el paraíso mormón de Brigham Young, como llamaba Phil a Salt Lake City.

Entonces, sentado a esa mesa, en el pueblo de Beech, en el año de 1924, cerca de las ocho de la noche de un día de otoño, Phil extendió la mano y sacó las flores de papel de la botella de leche pintada; se veían absurdas en sus manos agrietadas, llenas de cicatrices y de dedos largos. Ese mediodía se había cortado abriendo una lata de sardinas y no había mencionado el hecho ni se había limpiado la sangre. De modo que allí estaban esas flores, indefensas dentro de esa mano maravillosamente habilidosa.

—Vaya, por Dios —dijo—. Me pregunto qué joven señorita ha confeccionado estos ramilletes tan bonitos. —Y se inclinó para olerlas, llevándoselas a la delgada y sensible nariz.

Le sorprendió que el chico no se sonrojara. Su rostro pálido siguió pálido y Phil solo notó un ligero temblor en una vena azul en la sien del muchacho, una vena que aparecía de pronto, como un gusano. El chico se giró y se acercó de inmediato.

—¿Las flores? Las he hecho yo, señor. Me enseñó mi madre. A ella se le dan bien las flores.

Phil se inclinó hacia delante y, en un gesto ampuloso, volvió a poner las flores en su sitio y las tocó, fingiendo que las estaba acomodando.

—Oh, mis disculpas —dijo, con un amplio guiño hacia quienes lo rodeaban.

—¿El señor desea pedir?

Phil se inclinó hacia atrás, haciendo que la silla se sostuviera con las patas traseras. Arrastró las palabras.

—Pensaba que eso ya estaba arreglado. Pensaba que ya habíamos organizado ese asunto.

Entonces George resopló y habló.

—Queremos pollo, chico.

Los hombres habían decidido no prestar atención a las servilletas. George hizo con ella lo que se supone que hay que hacer. Luego Phil se puso la suya en el cuello y se inclinó hacia delante para probar el pollo. Tenía que admitir que estaba bueno, pero quizás eso se debía al hambre. El grupo de seis se había levantado y se había marchado, y el chico estaba recogiendo la mesa y apagando las velas. Phil se sentía mucho más libre sin aquellos seis y contó una anécdota graciosa sobre Bronco Henry quien, en una ocasión, muchos años atrás, cuando ya había cargado todo el ganado, se emborrachó allí mismo, en Beech, y a la mañana siguiente se despertó con un cabestro en el cuello, amarrado al comedero como un caballo. Era una broma que le había gastado uno de sus amigos.

—Y debo deciros —rio Phil— que se lo veía bastante abochornado.

—Bien —dijo George—. Vosotros ya os podéis marchar. Yo me encargo de esto.

—¿Todavía no te ha traído la cuenta? —preguntó Phil.

—No, vosotros id allí, donde hay luces y música —dijo George, un comentario bastante elaborado para él—. Yo me encargo.

Entonces echaron las sillas hacia atrás, raspando el suelo, y se marcharon. Las chicas de la planta superior habían bajado y estaban frente a la barra fumando y sonriendo y gorroneando tragos, y Phil observó cómo esos muchachos las complacían. Tenía una extraña sensación de distancia, incluso de soledad, y casi deseó no ser un Burbank, algo así, supuso. A la mañana siguiente, cuando tuvieran que cargar el ganado, a todos esos chavales se les habrían subido los humos a la cabeza, y tal vez hasta pillaran gonorrea o sífilis, pero ahora sí que estaban chocando los talones y quizás, quién lo sabía, quizás valiera la pena. Derrochaban el poco dinero que tenían, se enamoraban de las damas y luego empezaron a cantar.

... Hace calor en el viejo pueblo esta noche.

La mayoría no se sabía la letra, simplemente tarareaban, pero Phil sí, así que contempló el interior de su vaso vacío y movió la boca pronunciando sin sonido las palabras correctas. Se acordaba de cuando era un gamberro, durante la guerra con España, y había bandas de metales en todos los parques de todas las ciudades, fuegos artificiales cada 4 de julio; días que habían quedado atrás, días gloriosos, días muertos. ¿No fue un día así en el que vio por primera vez a Bronco Henry?

... Hace calor en el viejo pueblo esta noche.

Phil salió para volver a mear y miró hacia el este, donde la luna estaba a punto de salir. Suspiró, se estremeció, se abrochó los botones del pantalón y, cuando terminó, dio la vuelta a la taberna, ya sin querer tener nada más que ver con los que estaban allí dentro, y cruzó la zona de artemisa en dirección al hotel; al Molino Rojo, de hecho. No había nadie en el mostrador de recepción, así que él mismo se encargó de coger el lápiz y escribir su nombre y el de George, puesto que, al parecer, George se había olvidado de hacer ese pequeño gesto.

Una vez en la planta superior, Phil se asomó primero a una habitación y luego a otra, pero George no estaba en ninguna de ellas, de modo que entró en la última que había mirado, se quitó los zapatos y los pantalones y se metió en el sobre. Tendría que mantenerse despierto hasta que oyera las pisadas fuertes y familiares de George en la escalera, y luego lo llamaría para que entrara.

La luna ya estaba en lo alto, llenando la habitación con su luz, que se reflejaba en la jarra blanca y en el cuenco, en el armario alto y estrecho, en el rollo de cuerda de cáñamo debajo de la ventana; Phil giró en la cama a un lado y al otro y luego se quedó boca arriba, mirando el techo y recordando que cuando eras un gamberro te decían que la luz de la luna te volvería loco. Se puso de pie, alto y delgado, con sus calzoncillos largos, y caminó hasta la ventana. La luna lo hacía sentirse extraño. ¿Dónde demonios estaba George? De pronto, sonrió para sus adentros, recordando las palabras de la Vieja Dama.

Ve a buscar a George. Ve a buscar a tu hermano. Por muy diferentes que fueran, eran hermanos. Y al menos tenían algo en común: un vínculo de sangre.

George estaría con el tipo del telégrafo, probablemente. Phil caminó con los pies cubiertos con calcetines hasta la ventana opuesta. Oye, Georgie, muchacho...

Las ventanas de la planta superior de la estación estaban a oscuras; a la luz de la luna se veía el brazo del semáforo, levantado para indicar la llegada de la loca, y esa luz competía con el pálido ojo blanco del farol de las agujas. Más allá, el brillo lunar se desplegaba como agua sobre los rastrojos que crecían detrás del pueblo, y alumbraba las lápidas del fondo, piedras que parecían un puñado de dados arrojados.

¿Se había quedado dormido? ¿Phil se había quedado dormido? Puesto que George estaba de pie, de perfil, en la habitación, simplemente de pie, pero Phil sentía que lo había atrapado en algo. Algo había, puesto que, ¿quién se quedaría de pie, quieto, en medio de una habitación?

—¿George?

—Hmmm.

Phil sintió cómo el peso de George combaba la cama. Luego George se inclinó hacia un lado y se quitó las botas, gruñendo por el esfuerzo; luego se levantó y se aflojó el cinturón.

—¿Dónde estabas? —susurró Phil—. ¿Los otros ya se han acostado?

Hubo un largo silencio. Luego, George habló.

—Lo que dijiste esta noche, Phil, sobre su hijo, la hizo llorar.

¿La?

¡La!

Bueno, vaya. Así que el niño había corrido hacia su mamá o si no mamá había oído todo desde el otro lado de la puerta vaivén. ¡La! Phil expulsó una obstrucción que tenía en la nariz y tragó saliva. Más allá de lo mucho que George se hubiera preocupado por «ella», a Phil no le preocupaba la posibilidad de que George le echara la culpa. Puesto que, por lo que sabía, George jamás culpaba a nadie de nada, una virtud tan remota e inhumana que probablemente explicaba la incomodidad que sentía la gente en su presencia; tomaban su silencio por desaprobación y al mismo tiempo no les dejaba ninguna grieta por la que pudieran irritarlo o pelearse con él. Su silencio hacía que la gente se sintiera culpable y no tenían la oportunidad de diluir esa culpa con furia. ¡Era inhumano! Pero Phil no sentía culpa. Siempre nombraba las cartas que salían, siempre jugaba con las cartas que le tocaban.

Si ella estaba detrás de la puerta vaivén cuando él había hablado, bueno, no debería haber estado escuchando y, si lo había hecho, ¿qué problema había? No le vendría mal saber lo que la gente pensaba del chaval. Tal vez se enteraría de una vez y empezaría a insinuarle cosas al niño, lo enderezaría.

Pero ¿por qué George se había quedado ahí abajo tanto tiempo? ¿Habría hablado con ella? ¿Ella le habría llorado sobre el hombro? ¿La habría tocado y acariciado? Esa idea provocó en Phil una mueca de dolor. Cuando George se subió a la cama, Phil se humedeció los labios. Maldición, le era imposible imaginar a George tocando y acariciando a una mujer.

Phil habló bajo la luz de la luna.

—¿Has tenido alguna noticia de la loca?

—No —dijo George.

Ella había llorado.

¡Ella!

---

3. En español en el original. *(N. del T.)*

IV

Phil vio a George.

Phil tenía ojos azul cielo. ¿Inexpresivos? Algunos dirían que inocentes. Pero agudos, muy agudos, y el iris no era menos sensible que la córnea, de modo que el cambio más sutil de luz o sombra lo alertaban. Así como sus manos desnudas percibían la podredumbre oculta en el corazón de la madera, la debilidad secreta, también sus ojos veían a su alrededor, y más allá y en el interior de las cosas. Traspasaba ese patético fraude protector de la naturaleza llamado colorido, distinguía la silueta borrosa del cervatillo inmóvil, camuflado contra ramas secas y gruesas, hojas y tierra; sonriendo, disparaba a matar. Sabía si un lobo gris estaba cojo, notaba el rastro más débil de la pata afectada en el polvo o en la nieve, veía un temblor en la maleza y observaba a la culebra destrabar las mandíbulas y clavarlas en ratoncitos recién nacidos mientras la madre saltaba en círculos y gritaba. Sus ojos seguían el vuelo irregular de las urracas en busca de carroña, de algún animal hinchado, de una pata de res putrefacta y arrastrada detrás del cobertizo. En el repentino recodo de un arroyo, donde el agua perpleja giraba sobre sí misma, observaba cómo la trucha se *ocultaba* bajo la sombra de una roca. Pero veía más que las criaturas de la naturaleza. En la naturaleza misma —en la forma supuestamente azarosa e inocente con que se disponía y se arreglaba—, veía lo sobrenatural. En las rocas sobresalientes de la colina que se elevaba delante de la casa, en el enmarañado crecimiento de la artemisa que marcaba como acné la ladera, veía la asombrosa figura de un perro corriendo. Las ágiles patas traseras impulsaban hacia delante los poderosos hombros; el hocico caliente apuntaba hacia abajo, persiguiendo alguna cosa asustada —alguna idea— que huía a través de los barrancos y riscos y sombras de las colinas del norte. Pero Phil no tenía ninguna duda sobre cuál sería el resultado de aquella persecución. El perro alcanzaría a su presa. A Phil le bastaba con levantar los ojos en dirección a la colina para

oler el aliento del perro. Pero, por más nítido que fuera aquel perro enorme, nadie, con excepción de otra persona, lo había visto; mucho menos George.

—¿Qué ves allí? —le preguntó George una vez.

—Nada. —Pero Phil tenía los labios torcidos en la ligera sonrisa del que está en contacto íntimo con lo arcano. Así vivía él —observando, notando, deduciendo—, mientras los demás vemos y olvidamos.

Ahora estaba delante de la fragua de la herrería, mirando a través de la amplia entrada. Con un pie apoyado sobre un bloque de madera que había fijado con clavos a un lado de la fragua, puso un brazo sobre la madera lisa y gastada de los fuelles; dobló sin dificultad su largo cuerpo a la altura de la cintura; los fuelles se expandieron y se cerraron, un inmenso pulmón de cuero impulsando las llamas que calentaban un fleje para los patines de un trineo. Observó cómo el humo del carbón flotaba y descendía sobre el ballico seco, una sucia colcha gris. Olfateó, y estuvo seguro de captar el perfume de la nieve.

Era domingo. La noche antes, los jóvenes peones se habían marchado al pueblo con amigos que habían venido en viejos coches usados, se habían ido con sus trajes baratos y un cheque en las manos que habían intercambiado por dinero en metálico en alguna de las tabernas de Beech o Herndon, si es que habían llegado tan lejos. Phil sonrió. Antes del desayuno del lunes estarían de regreso; descompuestos, ojerosos, arruinados, quizás enfermos. Phil oyó el alegre tintineo del cerrojo de la puerta de la barraca, vio abrirse la puerta y a dos de los hombres de más edad sacar hacia fuera una bañera llena de agua y vaciarla; observó cómo el agua corría y se esparcía, hundiéndose en la tierra. La edad les había enseñado abstinencia, aunque sólo fuera eso. Los domingos se bañaban, lavaban la ropa, golpeaban los calcetines y calzoncillos con una lata de café clavada a la punta del mango de una pala; se afeitaban, se aplicaban lociones de malagueta y luego se sentaban y se hamacaban. Los que podían, escribían cartas, apretando el lápiz, entrecerrando los ojos y encajando su hosco abecedario entre los anchos renglones de sus toscos cuadernos. Más tarde, jugarían a la herradura o cogerían un rifle calibre veintidós y se cargarían algunas de las urracas de los sauces, cerca del sitio secreto en donde el propio Phil se bañaba. Una vez, en la última primavera, había encontrado allí cerca un nido destartalado

—con las ramitas apuntando en todas direcciones— y cuatro crías de urracas a punto de alzar vuelo. Las mayores alentaban a las menores, lanzando píos y grititos de aliento. Sólo por diversión, Phil capturó a las pequeñas, las llevó al establo en una bolsa de arpillera y, una vez que las metió dentro de la casa, perdió el interés en ellas. Decían que si les cortabas la lengua, hablaban, pero Phil había descubierto mucho tiempo antes que eso no era cierto.

Era un domingo (como hoy) y él se las entregó a uno de los hombres de la barraca, que dijo que sabía muy bien qué hacer con ellas.

—Miserables cabronas —gruñó aquel tipo. Puesto que las urracas se desplazan sobre el lomo de los caballos y el ganado y picotean las heridas que encuentran y comen la carne viva. En primavera aterrizan en el suelo y caminan con desparpajo, con los ojos luminosos, torciendo la cabeza, viéndolo todo, con la intención de arrancarle los ojos a algún becerro recién nacido.

El tipo tenía algunas cápsulas de dinamita, del tamaño de cartuchos del veintidós. «Ahora —dijo—, voy a hacer explotar cosas». En el ano de cada urraca encajó una cápsula y luego un breve trozo de mecha. Todos se juntaron detrás de la barraca para verlo. Era un día brillante y prometedor; llamaron a algunos de los hombres que estaban en el establo, tomando el sol y mascando cerillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Phil.

Uno de los hombres, un graciosillo, lanzó una risita.

—Somos *ma-ta-sa-nos* —explicó.

—Muy bien, miserables cabronas —dijo el *ma-ta-sa-no*. Fue lanzando las crías de urraca al aire una por una. Esa rara posibilidad de escapar les prestaba una breve habilidad, entonces ascendían, se enderezaban y luego, una por una, explotaban en pleno vuelo; algunas pocas plumas caían como ceniza. Bueno, era una muerte rápida, más rápida que dispararles o retorcerles el pescuezo y tampoco era una muerte gratuita, como la mayoría, puesto que les proporcionaba un poco de diversión un domingo, pensó Phil. «Para ser totalmente franco», asintió para sus adentros, moviendo los labios. Cuando estaba solo, era habitual que Phil hablara o se riera para sus adentros, consciente de que lo hacía, sabiendo que no era una manifestación

de demencia, sino, simplemente, su forma de realzar o dar permanencia a un pensamiento, como otros cogerían un lápiz y lo escribirían. Pero no estaba seguro de aprobar lo que había hecho aquel tipo y, después de que explotaran los dos primeros pájaros, frunció el ceño y se alejó.

—¿Qué están haciendo allí? —preguntó George.

—Lo de siempre —respondió Phil—. Tiro al blanco.

—No suena como un rifle —dijo George. Phil entró en el dormitorio y se tumbó en la cama, enfadado consigo mismo y un poco con George. Siempre habían estado muy unidos, sus vidas se complementaban mutuamente, uno delgado, el otro rechoncho, uno listo, el otro lento... Eran como un mellizo solo y a Phil le irritaba cuando no podía ser franco; se sentía perdido y enojado.

Levantó el pie del bloque clavado a la fragua, escogió el martillo adecuado del estante que tenía detrás, llevó el fleje al yunque y empezó a golpearlo y templarlo; pensó que George oiría el ruido metálico del yunque y se acercaría a conversar, si es que alguna vez terminaba de leer su eterno *Saturday Evening Post.* Lo había cogido después del desayuno, se había sentado en su silla de la sala, había cruzado las piernas y había empezado a leer. Últimamente leía todo el bendito día y era muy difícil conseguir algo de él. George jamás leía nada que valiera la pena, como sí hacía Phil. Para Phil, no tenía ningún sentido leer cuentos, cuentos sobre animales, cuentos de misterio; de los animales se aprende más viéndolos que leyendo sobre ellos, así como del misterio se aprende más limitándose a contemplarlo.

Sí, olía a nieve, ¿y no era demasiado temprano para que el viento se levantara? Gemía en las jarcias del cabrestante que usaban para izar las reses que acababan de matar; Phil miró en dirección al matadero. Dos urracas habían aterrizado sobre la piel de vaca que estaba tirada encima de la cerca, con la carne hacia afuera, y estaban extasiadas, limpiando la carne y la grasa que le quedaba; una repentina ráfaga de viento les hizo perder el equilibro y Phil sonrió. ¡La manera en que daban vueltas, tratando de recuperar el equilibrio, para luego volver a darse un atracón!

Volvió a la fragua con el fleje y miró al otro lado del ballico que se sacudía y temblaba bajo el viento matinal: algo totalmente inútil. Entonces, vio a George.

Lo vio cruzar la carretera en dirección al garaje y bajó el pie del bloque.

¿Qué se traía George?

George abrió una de las puertas del garaje.

Phil hizo una pausa, los fuelles se cerraron y suspiraron, el fuego empezó a apagarse, Phil observó a George.

¿Habría algún problema con el viejo Reo?

Hmmm, se dijo Phil.

Que George abriera una de las puertas del garaje significaba que iba a trabajar con el coche, sacar una de las bujías y limpiarla con su navaja de bolsillo, soplar a través del conducto del combustible, sólo Dios sabía qué más.

Phil suponía que a George le venía bien tener —y sentir que tenía— algún talento o función especial; por eso, le permitía que se ocupara de las negociaciones con los compradores de ganado y se limitaba a escuchar para asegurarse de que George no se pusiera en ridículo. Poco antes, Phil había ido a ver en qué andaba George y lo había encontrado sentado en el asiento delantero, detrás del volante, allí sentado, simplemente. Phil se había ubicado a su lado.

—¿Qué haces aquí? ¿Sueñas?

George lo miró, tosió y luego se inclinó hacia adelante y buscó algo debajo del tablero, como si hubiera algún problema allí.

—Un fusible —murmuró George.

—Me preguntaba qué te traías.

—Oh, jamás me traigo mucho, diría yo —dijo George.

Phil no recordaba ninguna ocasión en la que George hubiera trabajado con el coche un domingo y, por otra parte, George no había mencionado que el vehículo tuviera algún desperfecto, a pesar de que, si hubiera sido así, habría tenido oportunidades suficientes de mencionarlo.

Phil se quedó en la amplia entrada de la herrería, con las piernas separadas, mirando con sus ojos azul cielo en dirección al garaje. Él mismo lo había construido, debajo de la colina, delante de la casa.

George estaba dentro del garaje y Phil estaba a punto de caminar hasta allí cuando la otra puerta se abrió. ¡Qué extraño, un domingo por la mañana, ver las dos puertas abiertas!

George encendió el motor. En un instante, unas volutas de humo azul salieron del tubo de escape, luego se volvieron grises, luego blancas, y George empezó a retroceder, con el día gris reflejándose pálido en el cristal ovalado de la parte trasera del viejo Reo. Sin mirar atrás, George salió a la carretera.

Phil lo observó desde la herrería hasta que el coche se convirtió en un punto negro que desapareció por encima de la cuesta, apoyó en vertical el inconcluso patín del trineo contra la pared del taller y caminó rápido hacia la casa. Entró en el dormitorio, se tumbó boca arriba sobre la cama, entrelazando los dedos debajo de la nuca; permaneció allí un rato y luego se sentó, cogió el banjo del estante del armario, lo sacó del estuche y empezó a tocar un poco, inclinando la cabeza, frunciendo el ceño. ¿Estaría un poco desafinado?

Se aclaró la garganta, miró hacia delante y probó con «Red Wing» y luego «Jolly Coppersmith». Cuando las notas de esa última canción dejaron de sonar, se aclaró la garganta y guardó el banjo. Estaba bien, estaba afinado. Volvió a tumbarse.

El triángulo de la puerta trasera sonó, anunciando la comida. Phil oyó que los hombres entraban ruidosamente en el comedor trasero; cerraron la puerta de un golpe y parecían estar pasándoselo bien, riendo y bromeando. Phil oyó la voz airada de la señora Lewis, tal vez quejándose de que los hombres habían dejado entrar el frío..., algo así como un chiste viejo; luego se levantó y se quedó de pie en la habitación, porque era posible que la señora Lewis viniera al pasillo a anunciar la comida y a Phil no le gustaba que lo vieran tumbado, ni siquiera los domingos. Cuando la señora Lewis avanzó lentamente hacia el comedor delantero trayendo la gran bandeja de carne asada, Phil ya estaba sentado a la mesa, contemplando los campos grises con sus ojos azul cielo.

—Mi hermano George se ha ido por la carretera —le dijo a la señora Lewis—. Aún no ha regresado. Ponga una tajada de carne en una bandeja y algunas patatas en el horno para mantenerlas calientes para cuando él llegue.

—Entonces usted espera que venga —dijo la señora Lewis.

—Sí, lo espero —dijo Phil. Cuando la señora Lewis entró en la cocina y cerró la puerta para no oír el pecaminoso estruendo de los peones, Phil dio

la vuelta hacia el sitio de George donde, dejándose llevar por la costumbre, la señora Lewis había depositado la bandeja de carne, se cortó un trozo, se sirvió patatas y nabos estofados y se llevó todo a su propio sitio. Miró por la ventana una vez más y luego se puso manos a la obra. Antes de que hubiera acabado, la señora Lewis trajo un pastel de melocotones jugosos. Había empezado a nevar.

La comida terminó y la señora Lewis se esfumó en sus aposentos, que estaban en la parte de atrás. Phil volvió a tumbarse. Unos animales que él y George habían matado lo miraron con ojos a los que les hacía falta una limpieza: tres ciervos, un alce, una oveja de montaña, una cabra montés. El antílope llevaba allí desde siempre.

Phil sonrió. Cuando eran pequeños, con Phil dos años mayor, unos niños de seis y ocho, Phil se burlaba de George, se burlaba de él y le decía que el antílope estaba vivo. ¿Acaso George no lo veía mover la cabeza algunas veces? George abría bien grandes los ojos y hacía pucheros con la boca y se giraba hacia la pared.

—No puedes esconderte de él —le decía Phil—. Ahora mismo te está mirando y moviendo su vieja y malvada cabeza. —Eso provocaba que George mojara la cama mientras dormía y Phil también se mofaba de él por eso. La Vieja Dama tuvo que ponerle una sábana de goma a George. Phil estaba seguro de que George todavía se sonrojaría si él le hablaba de esa sábana.

Pero a todos los otros animales los habían matado ellos. El Viejo Caballero nunca mataba nada, no era un cazador, ni siquiera un ganadero; era, por así decirlo, un caballero ganadero. Alguien debía de haberle regalado aquel antílope, alguien que trataba de congraciarse con él.

Los animales miraban hacia abajo. Se había puesto tan oscuro que a Phil se le ocurrió la idea de encender la luz, pero jamás lo había hecho durante el día, ni jamás lo haría. La nieve caía rápido. ¿Y si seguía así y el pequeño George se quedaba atrapado en la nieve? ¿Habría llevado las cadenas para los neumáticos?

Aunque George era lento para aprender, una vez que lo hacía, jamás olvidaba nada, se lo guardaba todo en su interior. Podías preguntarle, ¿George, cuántos almiares almacenamos en 1916? Y él te lo decía, y podías

comprobarlo con las cifras que guardaba en el buró de la oficina. Nunca usaba un punto de libro ni doblaba las páginas, porque se acordaba del número de la página en que había interrumpido la lectura, un conocimiento curioso y automático, una memoria mecánica que, al parecer, tenía mucha gente. Phil pensaba que George podía recordar así las cosas porque tenía una mente más lenta que la suya. George no pensaba en muchas cosas y se remachaba el cerebro con esas pocas cosas.

Por eso, George jamás se olvidaba de subir las pesas del reloj de pie que estaba junto a la puerta principal de la sala. Cada domingo, exactamente a las cuatro en punto, George se levantaba de la silla, se acercaba al reloj, miraba directamente la esfera, buscaba la llave escondida en la parte superior, la insertaba en la larga y estrecha puerta de cristal, la giraba, abría la puerta, metía sus manos gruesas y blandas, tomando la precaución de no tocar el pesado péndulo de bronce que reflejaba un dibujo de luces, dos cuñas cuyas puntas se besaban en el centro; a continuación, sacaba una cadena y luego otra, mano sobre mano, como si estuviera subiendo por una cuerda, con lentitud, con fuerza, con seguridad. Después de cerrar la portezuela y esconder la llave, volvía a fijarse en la esfera del reloj y luego examinaba su preciso reloj de bolsillo.

¡Y eso era todo! Pero maravilloso de observar. Era más que observar a un hombre dándole cuerda a un tonto reloj. Era observar a un hombre ocupándose de que las cosas funcionaran como lo habían hecho siempre y como siempre lo harían.

Cuando la Vieja Dama y el Viejo Caballero huyeron a Salt Lake City para alojarse en aquel elegante hotel durante una semana de invierno después de una especie de altercado entre ellos y Phil, el reloj se convirtió, durante un breve tiempo, en un huérfano, puesto que quien siempre se encargaba de darle cuerda era el Viejo Caballero. Phil tenía curiosidad por saber qué ocurriría cuando llegaran las cuatro en punto sin la presencia del Viejo Caballero, así que fue a la sala a las tres y se puso a leer *Asia* durante un rato para que no fuera obvio que quería saber qué pasaría a las cuatro. Odiaba mostrar sus cartas anticipadamente. Había empezado a leer la misma frase una y otra vez cuando el reloj marcó las cuatro menos cuarto. ¿Y si George no se movía, si se quedaba ahí sentado con el *Saturday Evening*

Post? ¿Tendría que alentarlo o dar cuerda él mismo al reloj? No, no era la clase de responsabilidades que quería asumir, ni tampoco pensaba que era su función hacerse cargo de eso.

Se oyó un clic fugaz, el movimiento de engranajes diminutos; luego, un pequeño intervalo de tiempo. Entonces llegaron las campanadas que anunciaban la hora.

BONG.

Phil reprimió un carraspeo. El sonido murió en la sala. Phil casi podía oler la muerte del tiempo. Entonces, George se incorporó. Dejó el *Saturday Evening Post* sobre el asiento del sillón sin mirarlo y se acercó al reloj.

George llevó a cabo toda la operación con la dignidad del Viejo Caballero y Phil, sonriendo para sus adentros detrás de la revista *Asia,* supo que George llevaba años observando al Viejo, preparándose para el momento en que tuviera que actuar. Phil no habría tenido que preocuparse, pero es cierto que a veces te preguntas si las personas son como tú crees o si sólo crees que son así cuando en realidad son lo que son, no lo que tú crees.

Por un instante, Phil sintió el deseo de incorporarse y felicitar a George por no defraudarlo, por ser lo que él esperaba que fuera, lo que pensaba que era, lo que sabía que era. Pero, por supuesto, eso no sería correcto, porque nunca se había manifestado ningún sentimiento entre ellos y nunca ocurriría. Su relación no se basaba en palabras. Hasta el momento, nunca había conocido a nadie que hablara demasiado y no fuera un condenado necio.

Así que no había motivo para preguntarse si George había llevado las cadenas para la nieve, salvo por el hecho de que se marchase de una manera tan imprevista. Las cadenas se guardaban estiradas entre dos pinchos clavados en la pared del garaje, para que no se enredaran; eso era muy típico de George, también. ¿Pero y si seguía nevando y no las tenía?

En cualquier caso, Phil sentía que necesitaba un poco de ozono, así que cogió el sombrero que estaba en la parte superior de la estantería, donde siempre guardaban los sombreros y los binoculares, se lo encasquetó, se puso su viejo mono azul vaquero, cruzó la sala, pasó delante del reloj y salió. Sí que nevaba bastante. Tosió y escupió. Había un par de cabezas de ganado aisladas, acurrucadas juntas, allí en la colina, contra la alambrada de espino.

Se quedó en el garaje, protegido de la nieve y el viento; el suelo de cemento estaba cubierto por el lodo que el Reo había arrastrado hacia dentro con los años, formando dos pronunciadas protuberancias en el punto donde se había derramado de los guardabarros, o como sea que se llamaran esas cosas.

Y no había ninguna cadena en los pinchos.

Claro que no. Phil sabía que George no lo olvidaría. Tampoco se había olvidado de dar cuerda al reloj puesto que, al pasar, Phil había notado que las pesas ya no estaban a la vista. Le había dado cuerda antes de marcharse por la carretera: ¡jamás había tenido la intención de estar de regreso antes de las cuatro! Se merecía quedarse atrapado y tener que caminar toda la jodida distancia desde donde se hubiera quedado tirado. ¡Pero, cuando llegara a casa, que no esperara que Phil le hiciera ningún tipo de preguntas, eso seguro! ¡Por lo que más quieras, eso era seguro! Volvió lentamente a la casa y se tumbó en la cama.

Justo después de medianoche, un automóvil se detuvo en el patio lateral.

¡Ah!

Pero no eran más que los jóvenes que volvían de la parranda. Hasta que los oyó hablar y cantar y luego a alguien que gritaba «Oh, por el amor de Dios, parad con la comedia», hasta ese momento Phil pensaba que tal vez habían rescatado a George y lo traían de regreso, pero si tuvieran a George, no estarían cantando allá fuera. Phil se sentó en la cama y luego pasó las largas piernas a un costado, pensando que tal vez tendría que salir a ver si sabían algo de George. ¿Pero por qué deberían saber algo? Y quedaría mal. No había necesidad de que ellos se enteraran de nada..., de que George se había marchado. Phil volvió a tumbarse y cruzó los largos dedos detrás de la nuca.

El reloj marcó las dos.

Entonces, George llegó. En lugar de ir directo al dormitorio, desvestirse en la oscuridad y meterse en el sobre, se quedó un rato en la sala. ¿Sentado en una silla? ¿De pie junto a la chimenea bajo el retrato de la Vieja Dama? ¿Fumando? Fuera lo que fuera, lo hacía en silencio. Phil esperó.

Más tarde, George caminó por el pasillo y giró en la habitación. Phil lo oyó sentarse en la cama, oyó el crujido. George gruñó y se quitó las botas. No, no las botas. Los zapatos. Sonaban a zapatos. Entonces, Phil vio que la sombra de George se levantaba. George empezó a desabrocharse el cinturón.

Phil lanzó un gruñido repentino, el sonido de un animal salvaje, como si estuviera volviendo del sueño.

—¡Ahhh! —gimió varias veces—. ¡Eh! ¿Quién anda ahí?

—Cálmate —dijo George en voz baja—. Soy yo.

—¿Qué condenada hora es? —Phil se preguntó si George, por algún motivo, mentiría.

—Más de las dos.

—¡Por Dios! ¿Qué haces despertándome a estas horas?

—Bueno, vuelve a dormir.

—No, creo que fumaré; estoy despierto hace tiempo. —La oscuridad nunca entorpecía las manos de Phil. Las extendió, tanteó y cogió el librito de papel de liar y el tabaco. Chisporroteó una cerilla, Phil dio una calada y tosió.

—¿Había nieve?

—Prácticamente nada —dijo George.

—¿Hasta dónde llegaste? —preguntó Phil.

—Hasta Beech. Era adonde quería ir.

—¿Beech? —Y, entonces, Phil violó un principio. Indagó. Pero cubrió esa falta con una voz muy, muy suave y un alegre sonsonete—. ¿Qué fuiste a hacer allí, pequeño George? ¿Anduviste divirtiéndote con chicas?

Un breve silencio. Y el viento bajo la puerta.

—Fui a hablar con la señora Gordon.

—Sí. Ella te lloró en el hombro.

—En efecto.

¡Ella! Ella podía significar el fin del mundo tal y como Phil lo conocía.

Desde que eran niños, algunos de los parientes del Este acostumbraban a presentarse cada tantos años para entretenerse. Traían amigos, chicas, por lo general, y, cuando él y George ya pudieron tener erecciones, se hizo bastante obvio lo que esas chicas tenían en mente. Aristócratas indigentes, las

llamaba Phil, que venían a recuperar su fortuna. Todas hablaban como si tuvieran una chuleta de cerdo clavada en los dientes. A Phil no le caían nada bien los petimetres, masculinos o femeninos, y cada vez que venían se marchaba al campo apenas llegaban y George se quedaba atrapado con ellos en los pícnics que organizaba la Vieja Dama, viéndose obligado a llevarlos al parque de Yellowstone. ¡Dios bendito! En la época en que George empezó a acarrear a los parientes y a las aristócratas indigentes al parque de Yellowstone, como si estuviera trasladando una manada, todavía usaban aquellas carretas de seis caballos.

A George le habría bastado con mirarse al espejo para darse cuenta de que no era él lo que esas chicas deseaban, sino su nombre y su dinero, un colchón bueno y mullido para el resto de sus calculadoras vidas. Oh, con los años, llevaban a George a pasear a la luz de la luna y se hubieran merecido que George las embarazara y las mandara de vuelta, pero, por supuesto, las de clase alta no se quedaban embarazadas con tanta frecuencia. Sólo las de clase baja.

Pero George había logrado escaparse y, por lo que Phil sabía, jamás respondía las cartas, aquellas misivas románticas que llegaban cada cierto tiempo desde Boston y los barrios residenciales más elegantes y que hablaban de lo «adorable» que había sido su estancia y lo «pintoresco» que era el Oeste, querido mío, y no sería encantador si en la «temporada» de invierno, George... y así sucesivamente. Phil resoplaba cuando pensaba en el pequeño Georgie de punta en blanco con un traje de gala, no podía imaginar otra cosa que a un pingüino bailando con la reina de la sopa de tomate. «La gente nueva», los llamaba la Vieja Dama.

«Jamás olvidaré la luna del oeste», le escribió a George una de esas condenadas necias. Bueno, al parecer, George sí se había olvidado de esa muñequita que se acordaba.

Entonces, tratemos de entender, por favor, por qué George, que podía tener a las mejores hembras de la Costa Este, se mezclaría con una mujerzuela que se había casado con un suicida y que en una época tocaba el piano, acariciaba las teclas de marfil, en alguna taberna de mala muerte. La Vieja Dama la diñaría. Busquemos esas sales que ella usa. ¿Y si tenía que presentársela a los parientes? Por mucho que riera, Phil respetaba la

calidad, la verdadera calidad y, al menos, si George se hubiera liado con la chica de la luz de la luna, podría exhibirla en público sin tener que ponerse un saco en la cabeza. ¿Acaso no se daba cuenta de las intenciones de aquella mujer? ¿Era necesario que alguien se lo dijera a la cara? Si lo que George quería era follar, si era eso lo que tenía tanto interés por conseguir, podrías apostar hasta tu último dólar que podía obtenerlo sin que hiciera falta ninguna licencia.

Phil se rio para sus adentros. Se había acordado de una historia. Un tipo había ido a ver al sheriff de un pueblo pequeño para obtener una licencia matrimonial y después de que se marchó el sheriff se dio cuenta de que se había equivocado y le había entregado una licencia para cazar, de modo que va pitando al hotel donde está la pareja arrejuntada, golpea a la puerta y grita: «Si no lo has hecho, no lo hagas. No es para eso».

Oh, no, no hace falta ninguna licencia.

¿O quizás la hubiera embarazado?

Bueno, pero había maneras de solucionar eso también, a menos que tuvieras el corazón más grande que la cabeza y, a veces, Phil pensaba que era eso lo que le pasaba a George.

A la Vieja Dama le daría un derrame.

El *Saturday Evening Post* quedó sin leer, los tubos de papel marrón en los que llegaba empezaron a amontonarse sobre la mesa como pilas de leña. Sin decirle nada a Phil, los domingos, después del desayuno, George salía a la carretera y a veces no regresaba hasta muy tarde. Uno de los peones le comentó a Phil que habían visto a George y a la mujer —se llamaba Rose— en las calles de Herndon, pero Phil se alejó y fingió no haberlo oído.

Tal vez uno podía inferir lo que George pensaba realmente de aquella mujer, lo que en verdad quería de ella, a partir del hecho de que no la hubiera traído a la hacienda; si hubiera ido en serio, sin duda la querría en la hacienda, ¿verdad?, en lugar de encontrarse subrepticiamente con ella en las calles de Herndon, cuando ya había oscurecido.

Phil dedicaba mucho tiempo a esculpir y tallar los domingos; también, un poco, a trenzar. Empezó a confeccionar un nuevo mapa de la hacienda para colgar en la pared de la oficina, un regalo para George que tal vez le

recordaría las responsabilidades que tenía con la familia. Phil silbaba mucho y se quedaba tumbado en la cama, pensando.

A principios de diciembre, una repentina ola de frío siguió a la nieve. El sol salía tarde y cansado sobre la colina de artemisa que estaba delante de la casa; justo en la cima, visible desde las ventanas y la galería de la parte delantera, Phil y George habían construido un montículo con varias pilas de pizarra plana en el punto exacto en el que cada 21 de junio subía el sol. Oh, demonios, ¿cuándo era que lo habían construido? ¿En 1901? Más o menos por ese año. En la mañana de la ola de frío, el sol estaba muy al sur del montículo y se alejaba cada vez más. Incluso después del desayuno tuvieron que dejar las luces encendidas en la sala, y el chasquido de la instalación eléctrica resonaba contra la colina. Phil salió a la galería delantera y se puso a olfatear. Desde el otro lado del prado llegó el aullido de un coyote —infrecuente a una hora tan avanzada— y luego los condenados perros empezaron a ladrar. Phil encendió una cerilla raspándola con la uña del pulgar y miró el termómetro clavado a uno de los gruesos postes de madera que sostenían el techo saliente. Silbó y volvió a mirarlo. ¡Cuarenta y nueve bajo cero! Era algo para comentar con George, para empezar la conversación del día.

—Bien, George —dijo—. Supongo que tendré que sacar los guantes hoy.

—¿Y eso?

—¡Cuarenta y nueve bajo cero, jovenzuelo! ¡Como en los viejos tiempos!

—Phil —dijo George.

—¿Qué quieres, viejo?

—Phil, ¿le has escrito a la Vieja Dama?

—Sí. Les mandé unas líneas el otro día.

—Les has dicho algo sobre Rose.

—¿Rose? Oh, Rose. Bueno, si he de ser franco, viejo, sabes tan bien como yo lo que diría la Vieja Dama si te liaras con ella. Sabes lo que pensaría la Vieja Dama, lo que sentiría. George, siempre hemos estado muy unidos, somos gente de familia. ¿No? Piensa en lo que sentiría la Vieja Dama.

—La Vieja Dama sentiría —dijo George— lo que una señora Burbank sentiría por otra señora Burbank.

—¿Cómo? —Phil inclinó la cabeza, para oírlo mejor.

—Nos casamos el domingo —dijo George—. Ella se ha deshecho de la propiedad que tenía allí.

Phil se quedó tan terriblemente impresionado que salió y se quedó en el establo. Era la mañana perfecta para que su caballo de silla se pusiera rebelde y se quedara tímidamente en su compartimiento como si jamás hubiera visto a Phil hasta ese momento, ignorante cabrón, así que Phil lo sacó del compartimiento, lo ató con fuerza y luego lo golpeó en la cabeza varias veces con la manta de la montura, para darle una lección. Sucio condenado estúpido. Phil le dio otro tortazo. El caballo tiró de las cuerdas y revoleó los ojos hasta ponerlos en blanco.

V

Cuando George encontró llorando a Rose, se dio cuenta de que la situación lo sobrepasaba. Pensaba que tendría que lidiar con una manifestación de furia, pero tenía poca experiencia con las lágrimas.

—He venido —dijo— a pagar la cuenta. —Ella lo miró y negó con la cabeza. —. Entonces —continuó—, ¿me la enviará?

Ella asintió y se volvió. Él hizo algo atrevido. Extendió el brazo y le palmeó el hombro, sonrió y se marchó a caminar hasta el río, a pensar; él, que jamás caminaba. Él, que jamás había ido caminando hasta ese río, que jamás había oído el débil murmullo en el punto intermedio donde las aguas lentas se separaban para rodear un banco de arena. Qué pasaría, pensó, si alguien lo encontraba allí, a la luz de la luna, sentado en la orilla del río, donde jamás había estado antes. Y bien, pensó, qué pasaría si alguien lo hacía.

Rose se sorprendió de volver a verlo unas semanas después.

Lo que ella gestionaba era un hotel y un restaurante, la gente se limitaba a pasar. Cuando tratas con el público, te olvidas de la privacidad.

Pero George Burbank golpeó a la puerta. Dijo:

—Se me ocurrió venir a verla.

—Pase, por favor —dijo ella. Estaba inquieta, ¿qué razón tendría George Burbank para visitarla? Ella le había enviado la factura. Había recibido un cheque. Imaginaba que ya habrían visto el coche de él pasando por las tabernas y que su propia reputación estaría hundiéndose—. Está previsto que venga un grupo al mediodía. Ya ve que estoy ocupada en la cocina.

—Señora Gordon, no quiero causar problemas.

¿Entonces por qué no se marchaba, si era cierto que no quería causar problemas?

—¿Le gustaría pasar y sentarse en la cocina?

—Sí, gracias —dijo George Burbank.

Al lado de la ventana de la cocina estaba la mesa de pino en la que ella y Peter comían.

—¿Le gustaría sentarse aquí? Tengo que preparar la masa de los panecillos.

—Usted ocúpese de los panecillos. Yo me quedaré aquí sentado.

Y lo hizo. Empezó a leer las etiquetas de los frascos de salsas. Peter se había aficionado a las salsas y a los condimentos. «Esta salsa de lo más saludable —leyó George—, es excelente para carnes, queso y pescado». Pasó el dedo por las flores del mantel de hule.

—Desde luego, es un otoño seco —dijo—. He notado que el río está bajo.

—Es seco, ¿verdad? El otro día algunas personas decían que es el otoño más seco que pueden recordar.

—Esas personas tienen razón —comentó George—. Es un otoño seco.

—Supongo que es lo que hay que esperar —dijo Rose.

A él le gustaba cómo se veía la harina en sus manos.

—Sí, eso es lo que hay que esperar. Es así. —No sabía más de amor, se dijo para sus adentros, que de lágrimas, pero le gustaba estar allí sentado. Y le gustaba la conversación, que le parecía que estaba a punto de adoptar un tono todavía más alegre. En otras palabras, sabía todo lo que había que saber del amor, que consiste en el deleite de estar en presencia del ser amado.

—Peter está en la escuela, lavando ventanas. —Ella se detuvo, pensando que él podría considerar un poco provocativo que ella mencionara la ausencia de Peter.

—Supongo que estará orgullosa de él, por lo que me han dicho.

Ella tuvo un impulso feroz y repentino de proteger a Peter y sintió el ardor de las lágrimas en los ojos.

—¿Por lo que le han dicho?

—Oh, he oído que es un joven listo.

Dos coches se detuvieron delante, el grupo de Herndon. Se abrió la puerta y la campanilla que estaba encima del dintel emitió su advertencia.

Los recién llegados tenían la voz de aquellos que vienen excitados por el frío y agradecen la calidez del interior.

—Iré a ubicarlos en su mesa —dijo Rose—. Peter regresará en unos minutos.

A George le parecía que aquellas personas hacían mucho ruido. Cuando volvió, Rose dijo:

—Han traído vino. Ojalá no lo hubieran hecho. No estoy segura de qué dice la ley nueva al respecto, pero se vería raro si viene alguien.

George se incorporó lentamente.

—¿Quiere que vaya a hablarles?

Rose se rio, consternada.

—¡Oh, no! Ya me encargaré yo en otro momento. —Imaginemos, pensó, lo que pasaría si George Burbank irrumpiera de golpe y se dirigiera hacia ellos. Saliendo de la cocina.

—Como usted diga —respondió George.

—No sé por qué Peter se demora.

George olió los panecillos.

—Supongo que no habrá acabado con las ventanas —dijo.

—Y estas personas han llegado temprano. —Temprano y haciendo ruido.

—A mí me parece —señaló George— que han tomado más que vino. Suena a algo más fuerte.

Habían llegado temprano y estaban haciendo ruido. Gente de Herndon: el enterrador que se parecía a Teddy Roosevelt y que, con una sonrisa alegre, imaginaba cómo sería tu cuerpo en unos años. Había un farmacéutico y dos rubias. En el grupo también estaba el principal dentista de Herndon, un hombre que hacía poco había protagonizado algo así como un acontecimiento histórico caminando por South Pacific Street con un traje de Palm Beach y un bastón y, a su lado, aquella fría y temprana tarde de otoño, lo acompañaba una mujer que no era su esposa, una mujer que se llamaba Consuela y que le pasaba los instrumentos en su consulta; era una belleza oscura muy admirada en Herndon, mientras que la esposa del dentista era una mujer que pensaba mucho en los misioneros y en los herejes y a quien le gustaba pasearse en Herndon con su esposo dentista en su automóvil Cadillac color granate, con el pastor en el asiento trasero las tardes de domingo cuando hacía buen

tiempo. En ese momento, la esposa se encontraba acompañando a una amiga enferma en algún lugar del estado. Aquí estaba la gente nueva, la gente nueva y libertina de Herndon, siempre en movimiento, siempre atenta a los sitios nuevos que se abrían, el Green Lantern, el Red Rooster, restaurantes de carretera mal iluminados que se abrían y se cerraban, sitios sórdidos, sitios llenos de humo con pequeñas orquestas que tocaban música sugerente. Gente nueva con dinero nuevo, pero entre ellos había ganaderos jóvenes que corrían con sus grandes coches por carreteras polvorientas, tras haberse agenciado la chequera de la familia. Habían visto a algunos de ellos al amanecer, volviendo de fiestas que habían durado toda la noche, una joven bonita sentada en el asiento trasero de un descapotable con los pies sobre el volante, junto a una pareja de borrachos que la jaleaban desde el mismo asiento. Nadie podía imaginar cómo acabaría todo aquello, con la gente despierta toda la noche, escuchando emisoras de radio de algún lugar lejano.

—Jamás debería haber puesto ese piano —dijo Rose—. ¡Escuche!

Cuando ella salió de la cocina a través de la puerta vaivén, George vio que estaban bailando una especie de danza salvaje y que no parecían estar haciéndolo demasiado bien. Se sacudía todo el suelo, incluso en la cocina.

—Por Dios —dijo Rose—. Ojalá Peter volviera. Tengo que encender la cocina y Peter debería estar sirviéndoles la ensalada. A veces, si pones la comida sobre la mesa. —Hizo una pausa y pensó durante un momento—. Señor Burbank, iré a buscar a Pete.

—¡Oh, vaya, muñeca! —gritaban en la sala.

—¡Sacude las piernas! —exclamó alguien.

George dijo:

—Señora Gordon, yo les sirvo la ensalada.

Antes de que ella pudiera hablar, él cogió dos bandejas de la encimera y empujó con el hombro la puerta vaivén. Cuando lo hizo, Rose vio que la belleza oscura estaba levantando las piernas y balanceando sus largos abalorios azabache.

Con la puerta vaivén detrás de George, Rose se acercó a mirar, pasmada por lo que George había hecho.

Durante un momento, persistieron el ruido y las risas, con las voces un poco más elevadas. Luego se produjo un silencio repentino y total; un acorde

del piano sonó inconcluso. En el silencio, Rose oyó a George.

—Buenas tardes —dijo él, y se echó a reír—. Parece que soy el camarero nuevo. Cómo le va, doctor.

Cuando George volvió en busca de más ensalada, se encontró a Rose apoyada contra el fregadero. Él se le acercó de inmediato, habiendo llegado a la apresurada conclusión de que ella estaba llorando, puesto que ya la había encontrado así una vez. Ahora también lloraba, pero de risa.

—Ha sido perfecto —susurró—. Estaban tan impresionados... Ni en sus sueños más salvajes... —Y volvió a doblarse sobre sí misma. —Ha sido perfecto.

Bueno, pensó él. Era cierto que lo había hecho bastante bien. Y nadie lo había encontrado divertido hasta ese momento.

—Señor Burbank —le dijo ella más tarde, mientras tomaban café en la cocina—. Dos veces en las que me he sentido preocupada usted estaba aquí. Y, ya sabe, yo no me preocupo con frecuencia.

* * *

Si Johnny Gordon le hubiera contado quién le había desgarrado la camisa y lo había arrojado contra la pared como un trapo lleno de nudos, Rose jamás habría aceptado a George Burbank. Pero Johnny no lo había hecho, ya que sentía que si uno le da un nombre a un hombre le da también una cara, y su humillación era más fácil de soportar si el hombre no tenía cara, si era una fuerza, como el Destino. Cuando empezó a disfrutar de la callada compañía de George —incluso, a esperarla con ganas—, Rose racionalizó el incidente de las flores de papel. Tal vez el señor Phil Burbank no había querido decir nada con ello. Puesto que, ¿qué hombre adulto humillaría a un niño? Tal vez ella estaba demasiado sensible, demasiado dispuesta a recordar burlas antiguas en el patio de la escuela, a revivirlas en las palabras de una conversación perfectamente normal. ¡Qué hombre adulto humillaría a un niño!

George le planteó una petición seria.

—¿Puedo llamarla Rose? ¿Quiere llamarme George?

—Por supuesto, George.

Un domingo después, otra petición seria.

—¿Quiere casarse conmigo?

Ella no fingió sorpresa.

—Quiero ser justa, George. Amaba a mi marido. No sé si una mujer puede amar dos veces.

—Por supuesto. ¿Cómo podría saberlo? Pero si yo le gusto, tal vez, más tarde... Y yo podría pagar la escuela de su hijo. Cualquier escuela.

—Podría hacer eso sola. Para John era muy importante que nuestro hijo estudiara. Tal vez eso fue lo último en lo que creyó.

—Entienda que estoy dispuesto a pagarle la escuela, prestarle dinero o lo que usted prefiera, se case conmigo o no. Verá, cuando estamos juntos, cuando nos reímos y hablamos, caramba, eso vale cualquier cosa que yo pudiera hacer por usted o por el muchacho.

—Pero no lo entiende, no quiero su dinero.

—¿No es extraño? —dijo él—. Yo siempre pensé que lo único que tenía era dinero, hasta que empezamos a sentarnos aquí y a reírnos y a conversar. ¿No es extraño que ahora, incluso cuando estoy solo, me sienta tan bien?

Ella bajó la mirada hacia los pies anchos de él. Los zapatos eran viejos, pero estaban recién lustrados. Levantó los ojos hacia las manos, casi tan anchas como largas, y calientes, incluso cuando acababa de entrar del frío. De pronto, sintió que sabía exactamente qué aspecto había tenido él de niño.

Él dijo:

—Por favor, no haga eso.

Ella dijo:

—No voy a llorar. Sólo estaba pensando en lo afortunada que soy al haber conocido a dos hombres amables.

Cuando volvió a su casa en el viejo Reo tarareó una y otra vez la tonada del viejo vals «The Pink Lady». Supongamos que ella le enseñara a bailar, supongámoslo. Entornó los ojos para mirar las estrellas; la luz que estas emitían parecía caer con fuerza al suelo, como si fueran lanzas. ¡Y qué Navidad podrían pasar juntos!

Los ancianos Burbank eran más afortunados que la mayoría de los ganaderos jubilados. Muchos de ellos, finalmente quebrados por los largos y fríos inviernos, el aullido del viento, las reflexiones sobre los espacios desiertos,

inmovilizados por el reumatismo y la artritis, con los dedos retorcidos y estirados en las palmas callosas como las garras de un pájaro muerto, estaban obligados a ver cómo los jóvenes se hacían cargo, a verlos montar y enlazar y cazar y manejarse como ellos jamás volverían a hacerlo. Muchos de ellos se sumían en la dipsomanía, buscando los bares de Beech o Herndon donde contemplaban el reflejo de sus rostros desilusionados, feroces y viejos en los crueles espejos detrás de la barra; así, aquellos que se habían abierto camino por su cuenta terminaban bebiendo junto a los mismos hombres a los que se habían pasado la vida entera superando, buscando un olvido similar, hundiéndose en la misma vejez. Una valla, meditaban, era lo único que separaba el cementerio Mountain View de las fosas comunes.

En casa observaban y criticaban, se ofendían con rapidez, insistían en redactar cheques, refunfuñaban, seguros de que sus hijos e hijas deseaban que se murieran antes de que ellos mismos giraran la última esquina.

No era tanto que los ancianos Burbank fueran más ricos que los otros, puesto que había una media docena de ganaderos que podían disponer de doscientos mil en metálico. El viejo Tom Bart, por ejemplo, a pesar de los rumores de gastos desenfrenados y fiestas en habitaciones de hoteles que duraban toda la noche. Los Bart y los Burbank no acostumbraban a encontrarse, salvo, tal vez, en las calles de Herndon. En esos casos, era Tom Bart el que se hacía modestamente a un lado, él, a quien se conocía como el alma de la fiesta; se ponía rígido, sonreía sin saber qué decir, ante el porte de la Vieja Dama y el corte de la ropa del Viejo Caballero. George, justamente, sentía una admiración secreta por Tom Bart. Phil lo consideraba un necio, y se refería a él como un Palurdo Vehemente.

No, no era que fueran más ricos, sino que eran educados y tenían contactos sociales; leer y pensar ocupaba el lugar del whisky; escuchaban discos de Melba y Galli-Curci en la Victrola, se perdían en los textos de *Town & Country, International Studio, Mentor* y *Century,* revistas que se apilaban sobre la mesa hasta que alguien iba en coche a Beech y las dejaba en la escuela. Los serios debates sobre los acontecimientos del momento reemplazaban la excitación y la curiosidad que algunos encuentran en la ira y

en la desesperación; debates furiosos, en los que a veces se callaban y se miraban en medio del repentino silencio.

Ellos no encajaban con Phil; no le caían bien y sus miradas les recordaban lo inútiles que eran sus vidas. Después de algunos episodios desagradables, los viejos cogieron una *suite* en la esquina del mejor hotel de Salt Lake City, hicieron que sacaran los muebles del hotel (aunque eran buenos) e instalaron los suyos, cultivaron la amistad de otros como ellos, ganaderos jubilados, madereros, mineros, que conocían Australia y Sudáfrica igual de bien que el Oeste americano. Mandaban cartas con frecuencia al Este, leían el *Boston Evening Transcript,* caminaban bajo el sol o contemplaban las montañas nevadas desde los ventanales del último piso. Pero en sus a veces largos silencios uno de ellos miraba de repente al otro y le dedicaba una sonrisa breve y cálida, una sonrisa que el otro agradecía rápidamente, y entonces, otra vez silencio.

La Vieja Dama levantó ambas cejas cuando leyó que tal vez George iba a casarse. Tras recibir la primera carta de Phil, la Vieja Dama le escribió varias a George y rompió todas excepto la última. Qué absurdo, pensaba, escribirle a un hombre adulto suplicándole que no se casara hasta que su prometida fuera sometida a su aprobación, porque en su carta Phil le había asegurado que aquella mujer había tocado música en un bar y que tenía un hijo bastante mayor. No hacía mención a ningún exmarido. En su última carta, le rogó a George que «reflexionara», una frase que durante mucho tiempo había sido como una máxima dentro de la familia y, en cualquier caso, que les permitiera asistir a la boda. «Parecería extraño —le escribió a George— que no estuviéramos». Le enseñó la carta al Viejo Caballero, quien dejó de caminar de un lado a otro en la habitación.

Él examinó la carta.

—No creo que a George le preocupe si algo parece extraño. Jamás ha hecho nada que pareciera extraño hasta ahora. ¿Por qué una sola cosa tendría alguna importancia?

—A Phil sí le importa.

El Viejo Caballero se volvió hacia ella. La pregunta que estaba a punto de formular le cruzaba la cabeza con frecuencia. La había ensayado cien veces, había abierto los labios para pronunciarla. Hasta ese momento había

guardado silencio cuando la miraba a los ojos y pensaba si ella no percibiría en esa pregunta alguna clase de crítica sobre ella misma.

—¿Tú crees que...? —De pronto se dio cuenta, impresionado, de que a ella se le había cruzado la misma pregunta por la cabeza. Fue ella, finalmente, quien la expresó.

—¿Creo que Phil podría tener... podría tener algún trastorno..., que Phil podría tener algún trastorno?

El Viejo Caballero sintió un hueco en el estómago, pero era un alivio sacarlo a la luz.

—Si es así, no es culpa tuya.

—Ni tuya —replicó ella, y miró su reloj—. Dime la hora, por favor, detesto estos relojitos. No puedo ver las agujas y no marcan bien la hora. —Mandaron la carta y se dispusieron a ir, hicieron las maletas y le ordenaron a la criada que regara los geranios. Enviaron un telegrama a George para pedirle que los esperara en Beech.

Él estaba en el andén, esperándolos, y se acercó con una sonrisa enfundado en la oscuridad de ese abrigo de búfalo que lo hacía enorme, inclinándose contra el viento invernal que soplaba nieve seca sobre el andén.

—Hola, madre —dijo, inclinándose para besarla—. Hola, padre. —Y estrechó formalmente la mano del Viejo Caballero—. Ya veis, empieza a nevar.

—Me alegro de verte —dijo el Viejo Caballero.

—Yo también —repuso George—. El coche está al otro lado, ¿sabéis?

—¿Como siempre? —preguntó el anciano.

La Vieja Dama se devanó los sesos tratando de hacer algún comentario, mencionar algo del viaje, de la comida del tren, algo que hubiera visto desde las ventanillas, alguna anécdota. Sólo recordaba que había un niño que lloraba, una madre irritada, el olor de una naranja pelada.

—¿Hay alguien contigo? —preguntó.

—Mi esposa —dijo George.

—Bueno, ¿qué piensas de ella? —Los viejos Burbank se habían instalado en su vieja habitación.

—El reloj ha vuelto a funcionar —dijo el Viejo Caballero—, pero las ventanas siguen vibrando. —Se acercó a una ventana y miró por ella.

—¿No me has oído? He dicho: ¿qué te parece ella?

—¿Qué me parece ella? Me parece muy considerado de su parte darnos esta habitación para que nos alojemos cuando estamos aquí. ¿Pero qué más se puede decir mientras vas en un coche a oscuras durante treinta kilómetros?

—Son más de treinta kilómetros. Cuando estabas en la oficina hablando con George, ella golpeó a la puerta y yo la dejé pasar. Dijo algo de lo más extraño.

—¿Qué demonios dijo?

—Dijo: «Por lo que conozco a George, sabía que podía contar con que ustedes fueran amables».

—¿Y bien?

—Me agradó. Que perciba la amabilidad de George.

El Viejo Caballero se apartó de la ventana negra que reflejaba la luz de la lámpara que tenía detrás.

—¿Vas a darle algunas joyas, o algo así?

La Vieja Dama lanzó una tos suave, se palmeó el pecho y se acercó a la ventana. En el alféizar había una maceta con un geranio muerto.

—Veo que la señorita Jones ha muerto. Creo que será mejor esperar un poco. Qué lástima que tenga un hijo. Las lealtades...

—Ya estaba muriéndose antes de que nos fuéramos de aquí, ¿lo recuerdas? No se trata de... el hijo. Ya lo sabes. —El Viejo Caballero se giró bruscamente, atravesó la sala, se giró bruscamente y caminó de regreso —. Te diré una cosa. Siento pena por ella.

La Vieja Dama dijo:

—No te había visto caminar de un lado a otro de esta manera desde que dejaste esta casa. —Empezaron sacar cosas de las maletas—. ¿No hace un frío espantoso en esta habitación? Uno se olvida de lo fría que es.

Él apartó la mirada de la maleta.

—No te había oído mencionar el frío desde que dejaste esta casa.

Rose también sentía el frío; era su primera vez en la casa. Se habían casado después de Navidad en la rectoría de Herndon. George se preguntaba si tendrían que invitar a alguien. Ella respondió que le parecía que, a causa de Peter, debería ser un acto privado. ¿Él lo entendía? Parecía que sí. Dijo «como quieras», pero sonriendo.

—Salvo tu hermano, desde luego —dijo ella.

—Él jamás va a ninguna iglesia por ningún motivo. Odia tener que arreglarse.

Peter también entendió algunas cosas.

—Sabes que siempre amaré a tu padre. Si creyera que a ti te dolería que yo me casara, si creyera que no lo entenderías... —Peter sonrió—. ¿Lo entiendes?

Peter miró por la ventana la áspera artemisa que se extendía más allá de la escuela y llegaba hasta el río y hasta el bosquecillo de sauces donde él acostumbraba a hacer planes y observar la luna.

—Lo entiendo.

El tono afectado que utilizaba la había desconcertado durante mucho tiempo, sus «desde luego», sus «por ejemplo», así como el hecho de que la llamara Rose. No quería cuestionar sus motivos, tal vez porque tenía miedo de la respuesta, de que revelara que el amor que él sentía por ella era, en cierta forma, inferior. En realidad, el nombre Rose se correspondía mejor con la imagen que él tenía de ella, más la amada que la madre, el único objeto, tras la muerte de su padre, de su extraño afecto, el sujeto que quedaba del cuaderno de recortes que le había servido de guía y de Biblia durante cinco largos años. No sentía celos de George Burbank o, si lo hacía, eran tan controlados e impersonales como el odio a aquellos que pudieran intentar destruir sus imágenes privadas. El matrimonio, simplemente, posibilitaría que ella obtuviera lo que se merecía mucho antes de que él pudiera ofrecérselo, y que ella obtuviera lo que se merecía era lo único que le importaba. El matrimonio la sacaría para siempre del Molino Rojo, donde ella servía a personas que él detestaba y despreciaba, donde tenía que esquivar los comentarios de los borrachos y las sonrisas insinuantes, porque debía ganarse la vida, asegurar un futuro para él, que sólo anhelaba asegurarle un futuro a ella. Antes de lo que él había soñado, ella se

desplazaría vestida a la moda de *Harper's Bazaar,* conduciría un Lincoln o un Pierce, cogería un camarote en un transatlántico y arreglaría flores nuevas.

* * *

Las horas previas a la boda, su madre se alojó en una habitación del Herndon House y George lo llevó a Green's para comprarle un traje.

—Dele a este joven todo lo que quiera —le dijo George al encargado, y Peter sonrió cuando vio que George se echaba una rápida mirada a sí mismo, con su propio traje nuevo de sarga azul, metía el estómago para dentro y se ajustaba un punto más el cinturón—. Tu madre quiere que cenemos solos —dijo George—. Supongo que querrá acicalarse y sorprendernos. ¡Por Dios, si es que siempre está tan bonita!

Comieron en el Sugar Bowl Café.

—Adelante, pide lo que quieras. Yo siempre pido el fletán negro frito cuando salgo. Es como un pequeño cambio. Pero tú lánzate, pide todo lo que te apetezca. —Nunca antes, en toda su vida, Peter había podido comer todo el chili con carne que quisiera—. Tráigale otro plato al joven —le dijo George al camarero—. Esto es como una celebración para nosotros.

Peter fue el único invitado en la boda y eso le pareció lógico, puesto que era el único otro protagonista involucrado. Le agradaba el surtido de flores que había comprado George y que la mujer maniática de la floristería había dispuesto en floreros de bronce sobre el altar. Se sentía sinceramente conmovido de que George hubiera tenido un gesto tan sentimental. Casi no respiró durante todo el oficio matrimonial y apenas se mojó los labios cuando George cogió la mano de su madre y le deslizó el anillo de bodas, pero su corazón dio un salto cuando su madre se giró, sonrió y arregló y fijó el pliegue de su traje sastre, en el gesto más natural y elegante que él había visto jamás —tan hermoso que te rompía el corazón—, el gesto de la encantadora, la cautivante, la rica señora Burbank. Ella camina en la belleza, citó él de los libros de su padre. Ella camina en la belleza, como la noche.

Tendría que agenciarse una de esas rosas luego. Unos cuantos pétalos prensados quedarían muy bien en la última página de su libro de recortes.

Rose encontró a una tal señora Mueller en Herndon, una nutricionista en el hospital, una mujer limpia, almidonada y ambiciosa que aceptó de buen grado brindarle alojamiento y comida a Peter durante lo que quedaba del año escolar.

—Intentaré venir a visitarte cada fin de semana —le prometió Rose a Peter—. Y quizás alguna vez tú podrías venir a la hacienda. ¿No sería divertido?

Él creía que no, pero no lo dijo. Mostró una débil sonrisa y le cogió la mano. Así fue como lo sacaron de Beech, donde se mofaban de él y lo evitaban por ser el engendro de un suicida. En la escuela de Herndon había una biblioteca de verdad, cursos de química y física.

—Es una habitación agradable —dijo.

—Peter —dijo ella—. A veces creo que no me escuchas. ¿Me escuchas? Nunca sé lo que estás pensando.

—Prestaré más atención —prometió él. Pensó en el alivio que representaba tener que pensar sólo en su propio futuro—. Saluda a... George.

—Lo sé —dijo ella—. Es difícil para ti saber cómo llamarlo, ¿verdad? Pero él desea muchas cosas para ti.

Rose recordó el frío los primeros momentos que pasó en la casa. El hermano de George estaba en mitad de la sala cuando ella y George entraron de la tarde invernal; ella había esperado en los escalones mientras George metía el viejo Reo en el garaje; el sonido del tubo de escape de la planta eléctrica rebotaba contra la colina que tenía delante. Los perros de la hacienda, alertados por el traqueteo del coche y el relámpago de las luces, ladraron y dieron vueltas alrededor de la casa y luego gimieron y saltaron delante de George cuando él salió del garaje acarreando maletas. Las depositó en el suelo y abrió la puerta. Rose entró en primer lugar y allí estaba el hermano, de pie en mitad de la sala.

—Hola, Phil —dijo George—. Te acuerdas de Rose.

—Oh, hola —dijo Phil.

—¿Algún problema con la caldera? —preguntó George.

—A mí que me revisen —dijo Phil.

Era una sala inmensa y con pocos muebles, puesto que la Vieja Dama y el Viejo Caballero se habían llevado algunas sillas que dejaban huecos enormes; nadie había cambiado los muebles de sitio desde su partida, años atrás. Habían dejado los tapetes navajos, de los que cada tanto decían que eran adecuados para la casa principal de una hacienda, pero los estampados indígenas nunca habían podido mitigar esa atmósfera de elegancia apagada. En la chimenea había unos leños, pero estaban apagados. Encima de ella, el retrato de la Vieja Dama la intimidó con su estilo bostoniano y con unos ojos que siempre seguían los de Rose cada vez que ella se movía.

—Bueno, bajaré a sacudirla y encenderla —dijo George.

—Hemos tenido un viaje tan agradable —dijo Rose.

—George —dijo Phil—. Nos ha escrito el Viejo Caballero. La carta llegó por diligencia esta mañana. Necesita una escritura y no la encuentro. ¿Te molestaría buscarla?

—Supongo que eso me llevaría hasta la mañana —dijo George.

—Llevo esperándote aquí todo el día —dijo Phil.

—Rose —dijo George, se arrodilló junto a la chimenea y acercó una cerilla a las ramitas secas—. Ven aquí y caliéntate. Yo iré abajo, a sacudir la caldera.

—Estoy perfectamente; la temperatura es perfecta —dijo Rose, pero se acercó. La aterrorizaba que la dejaran sola.

—No, ahora bajo —dijo George—. Tardaré un minuto. —Observó durante un instante cómo el pequeño fuego de las ramitas lamía débilmente la corteza dura y resistente de los troncos verdes, luego se giró y salió por la puerta del comedor grande, con todos esos pesados y combados muebles de caoba. Rose oyó una puerta que se abría y se cerraba y las pisadas bajando las escaleras.

Terminaría conociendo bien ese sótano, ese sótano que se inundaba cada primavera; el agua que subía, brillante por el aceite que se filtraba desde la bomba de agua, que encontraba las moradas de ratones, que se ahogaban y flotaban hinchados panza arriba bajo la débil luz que se colaba por las ventanas de la planta baja. Oyó un estruendo frenético proveniente de allí abajo, luego las raspaduras de una pala contra el cemento, un sonido atroz

que le ponía los pelos de punta, luego el estrépito de una puerta de hierro. Le llegó olor a humo de carbón.

No logró controlar los temblores ni impedir los avances de una insólita jaqueca. Phil se había sentado cerca de la lámpara de flecos que estaba sobre la mesa en mitad de la sala y sostenía en las manos una revista en un ángulo forzado para que le llegara la luz necesaria; cuando leía, movía los labios. Ella sintió que el silencio terminaría siendo peor que cualquier cosa que él pudiera decir, pero su ligera voz se le atragantaba en la garganta.

—Bien, hermano Phil —empezó a decir—. Es agradable estar aquí.

Él siguió moviendo los labios y leyendo. Luego apartó los ojos de la revista, la miró directamente y sonrió. Sonrió cuando los pesados pasos de George ya estaban subiendo esas escaleras que ella aún no conocía, siguió sonriendo y luego le dijo claramente:

—No soy tu hermano.

George entró.

—Oí que hablabais —comentó cordialmente. Mientras lo hacía, se abrió la puerta de la cocina y la señora Lewis, tarareando algo lúgubre, avanzó pesadamente para preparar una mesa para tres.

Después de cenar, Phil leyó un rato cerca de la lámpara; luego se incorporó abruptamente y avanzó por el pasillo hasta el dormitorio, cerró la puerta, sacó el banjo y lo afinó. Sonrió, tuvo que hacerlo, cuando pensó en el hecho de que George hubiera traído a casa a esa mujer, tratando de que todo marchara sin contratiempos. ¿Qué era lo que había dicho? ¿Te acuerdas de Rose? Era eso. ¡Qué clase de nombre era Rose! El nombre de una cocinera doméstica. Sonrió, tuvo que hacerlo, cuando pensó en George, arrodillado delante del fuego apagado, un poco desilusionado de que Phil no lo hubiera encendido antes de que ellos llegaran para que la sala estuviera cálida y acogedora. Ja ja ja. George se debería haber dado cuenta de que Phil no haría nada que no tuviera ganas de hacer. Phil sonrió cuando pensó en la mirada de reojo que le había lanzado Rose en la mesa durante la cena. Él sabía cómo se veía, sabía que eso la irritaría. Su aspecto siempre irritaba a la Vieja Dama, la camisa arrugada, despeinado, mal afeitado, las manos sucias. Le convendría aceptar que él no hacía las cosas como otras personas,

porque no era como otras personas, dejaba la servilleta deliberadamente intacta, cogía la comida en vez de pedirla, y si tenía que sorberse la nariz, lo haría. Si los parientes elegantes del norte podían soportarlo, Dios sabía que esta mujer también, y si no estaba habituada a que un hombre se levantara de la mesa sin antes hacer una reverencia y echar la silla hacia atrás y decir «perdón», mejor que fuera acostumbrándose. Oh, sí (sonrió), a ella le esperaban algunas sorpresas.

La tenía calada. La tenía calada desde el primer momento que la vio, la reconoció como una que dudaba demasiado de sí misma como para atreverse a abrir una brecha entre él y George repitiendo lo que él había dicho respecto de que no era su hermano. Ella se había cuidado mucho de poner a prueba a George, de arriesgarse a despertar su furia, de tratar de influir en lo que él sentía por su familia, porque George la mantenía. Y si, por casualidad, se quejaba, ¿de qué le serviría? La casa era tan suya como de George, el dinero tan suyo como de George, y la hacienda estaba organizada de manera tal que no se podía dividir sin crear problemas financieros, derechos de agua, tierras de pastoreo y esas cosas. Si ella se buscaba problemas, los encontraría. Podía imaginársela, llegando a esa casa por primera vez, esa noche de finales de invierno, con un atuendo nuevo que indudablemente le había comprado George, muerta de miedo.

Phil admitía sin rodeos que muchas veces se reía y hablaba consigo mismo; se «hacía compañía», como decía él. Le divertía repetir la manera de hablar de los que le divertían, saborearla. Y ahora, en un falsete de una precisión estremecedora, imitó a Rose. ¿Cómo era que había dicho? «Hemos tenido un viaje tan agradable». Phil imaginaba lo agradable que habría sido el viaje, con el viento y la nieve colándose entre las cortinas laterales en los puntos en los que se habían salido las arandelas. Los pies semicongelados, las manos demasiado rígidas para moverlas, doloridas por el frío, las luces débiles del viejo Reo deslizándose por los surcos escarchados. Por otra parte, Phil no toleraba de ninguna manera a las personas que intentaban iniciar una conversación, porque sabía que era una estratagema con la que la gente trataba de sentirse apropiada y congraciarse consigo misma. Ella sabía que no tenía lugar entre los Burbank. La cuestión era cuánto tiempo tardaría George en darse cuenta.

Y luego George había subido desde el sótano, después de tratar de encender la caldera, se había acercado y había dicho «oí que hablabais», sintiéndose satisfecho por ello. Oh, George se conformaba con poco, eso era cierto. Y la mujer y Phil habían estado hablando, eso era cierto.

Phil se aclaró la garganta, sonrió y comenzó a puntear «Red Wing», mirando la cama vacía al otro lado de la habitación. Más allá, en la oscuridad, estaba el matadero. Tendrían que usarlo pronto. Sólo quedaba un cuarto trasero en el depósito de hielo.

De pronto, mientras los dedos de Phil seguían en los trastes del banjo, los de la mano derecha se quedaron quietos, arqueados como una araña sobre las cuerdas. Sus ojos se dirigieron a la luz que se filtraba por debajo de la puerta del baño, entre su habitación y la de los Viejos. ¿Sería George o Rose?

Cuando los Viejos ocupaban el dormitorio grande del otro lado, siempre abrían el cerrojo de la puerta que daba hacia Phil cuando terminaban de usar el baño, cuando terminaban sus abluciones, si las hacían, de modo que, si él o George querían entrar, los recibían como si fueran flores de primavera. Por supuesto que Phil jamás entraba allí, había algo en las cosas de la Vieja Dama que lo hacía sentirse incómodo, sus perfumes y colonias, sus jabones Pears' y sus toallas con monogramas; el lugar tenía el aroma ofensivo de las mujeres y el bol para la espuma de afeitado del Viejo Caballero y su colección de navajas no conseguían fumigarlo. A Phil le asustaba la idea de encontrarse alguna prenda vaporosa puesta a secar en un toallero. Uno habría creído que la Vieja Dama guardaría esas cosas en un lugar seguro y fuera de la vista, y si la oías decir sus frases repipi y veías la elegancia con que caminaba, uno aseguraría que se reservaba esas cosas para sí misma. No, Phil usaba el lavabo que estaba al final del pasillo, ese cuarto desnudo, pequeño y práctico que olía a jabón práctico y que tenía una toalla de rodillo gris y húmeda. A Phil lo desconcertaba que cuando la Vieja Dama vivía en la casa George pudiera tomar un baño en aquel otro sitio, y ahora George expondría su cuerpo ante esta mujer. ¿Bajaría las luces antes?

Phil paró la oreja. Alguien estaba cerrando con llave la puerta que había entre las dos habitaciones.

¿Sería George el que giró la llave o la mujer? Debía de haber sido la mujer, puesto que, tras un lapso de tiempo razonable, la puerta siguió cerrada con llave, a diferencia de los viejos tiempos. Debía de ser la mano de ella la que, en cambio, probó el picaporte cautelosamente, para asegurarse de que la puerta estuviera, por así decirlo, cerrada para él. Y puedes apostar la vida a que, incluso aunque hubiera sido George, la mujer estaba detrás de todo ese asunto. Phil se quedó allí tumbado, rígido en la oscuridad, pensando en que la mujer se acostaría con George y le permitiría que hiciera sus cosas encima de ella y que tal vez la preñara.

VI

Phil iba dos cursos más adelante que George en la universidad y el primer año hizo historia, por decirlo de alguna manera; en aquel entonces, medio millón era mucho dinero y, gracias a los rumores que circulaban por doquier, entre el momento en que Phil se registró y el momento en que llegó caminando a la residencia estudiantil bajo el sol californiano, el valor de la hacienda se había probablemente duplicado en la mente de los jóvenes que ocupaban las asociaciones estudiantiles. La ropa de palurdo que traía consigo —la misma con la que había cursado la escuela secundaria en Salt Lake City— no hacía más que enfatizar que se trataba de un tipo lo bastante rico como para no prestar atención a la moda, por lo que lo invitaban a asociación tras asociación y le rogaban que se hiciera miembro de ellas. Lo colmaban de lisonjas, lo invitaban a cervezas, le ofrecían cigarros y los cigarrillos Egyptian Deities que les gustaban a algunos de ellos.

Y él acudía a todas partes, preguntándose hasta dónde llegarían. Se sentaba en sus sillas de cuero, con las largas piernas cruzadas, desenvuelto y taciturno, se divertía disimuladamente con sus charlas sobre asuntos triviales como el béisbol y los coches a motor, y hacía caso omiso de las jóvenes damas a las que hacían venir de un seminario femenino para que desfilaran delante de él, «como reses premiadas», según comentaba luego. Cada uno de esos grupos lo consideraba un buen partido y sospechaba que los otros se aprovechaban injustamente, de lo ansiosos que estaban por incorporar a ese tipo que con el tiempo les posibilitaría añadir un ala, construir una nueva residencia, cambiar los muebles de la sala de estar y, sobre todo, sumar a otros jóvenes de fortuna equivalente, puesto que la riqueza atrae riqueza.

La última noche de lo que llamaban la «semana de reclutamiento», cuando los estudiantes del primer curso se decidían y escribían su elección en una tira de papel que metían en una caja, Phil hizo historia.

Como era natural, los jóvenes en cuya residencia había cenado esa última noche suponían que los había escogido a ellos —¿por qué otra razón pasaría con ellos esa noche decisiva?—, y así fue como se encontró con el presidente de la fraternidad a la izquierda y a un profesor a la derecha. Los jóvenes que trabajaban para pagarse sus estudios se habían puesto sus chaquetas blancas y servían pollo frito y panecillos calientes.

El presidente de la fraternidad pronunció un breve discurso sobre el significado de «fraternidad». Declaró que se trataba de algo bueno. Declaró que los hombres no tenían que estar solos.

Luego, mientras lo aplaudían, el profesor se puso de pie, bebió un sorbo de agua y habló de lo que significaba para él, un hombre de más edad, haber pertenecido a esa fraternidad. La buena camaradería que había encontrado allí lo había ayudado a superar muchos escollos. Mientras lo aplaudían, se sentó.

Entonces encendieron las velas y apagaron las luces. Los hermanos se pusieron de pie y entonaron la canción de la fraternidad con armonías ensayadas; tenían las cabezas un poco inclinadas y, cuando terminaron, se tomaron de las manos.

Se apagaron las velas y se encendieron las luces. Phil notó, divertido, algunas lágrimas desvergonzadas. Se puso de pie.

—A mí también me gustaría decir unas palabras —señaló. Hubo aplausos.

—Caballeros —empezó a decir, y todos los allí reunidos se sintieron atraídos por sus ojos azul cielo—. Sé bien, caballeros, por qué me habéis invitado. Lo habéis hecho por mi dinero. ¿Qué otro motivo tendríais para desear mi presencia, caballeros? Ni siquiera sabéis si tengo cerebro. No sabéis ni una condenada cosa sobre mí y, sin embargo, me habéis invitado a estar aquí.

Suponía, continuó, que ellos creían que él se tomaba como un cumplido la atención que le habían prodigado. En realidad, la tomaba como lo que era. Un insulto.

No había otro sonido en la sala que el de la respiración.

—Y con estas palabras, caballeros —dijo—, me retiro.

Y salió del comedor y de la residencia.

Tal vez por esa razón, dos años más tarde, George —cuando era él quien cursaba el primer año— se quedó esperando en su cuarto que vinieran a visitarlo los representantes de las fraternidades. Permaneció en la habitación, con los pies bien plantados delante, sentado a la mesa de estudio, contemplando sus manos cuadradas, preparado para sonreírle a quien fuera que golpeara a la puerta y entrara. Tenía el saludo tallado en la cara. Ya había oído, arriba y abajo del pasillo, otros golpes y otras voces, risas estruendosas y luego pasos en la escalera.

Esa misma semana, días antes, había prestado atención a la moda del momento, había ido de inmediato a una tienda de ropa y, transpirando, había comprado unas prendas, se había metido en el probador y se las había puesto. Salió transformado.

Entonces esperó, con esos pies anchos, enfundados en sus nuevos zapatos, firmemente plantados en el suelo.

—Es probable —le dijo Phil más tarde—, es probable que el problema fuera que todos se acordaban de lo que yo hice. Es probable que no fuera tu culpa.

Pero George nunca creyó eso y nunca olvidó que se había quedado allí, esperando en esa habitación, bajo y corpulento, con los anchos pies plantados en el suelo. Cuando el pasillo, finalmente, se sumió en silencio, se puso su pijama nuevo y se metió en la cama; por la ventana abierta oyó voces y cantos y la noche californiana no estaba cargada del olor a artemisa, sino del aroma de flores desconocidas.

El sol de febrero brillaba sobre la nieve que cubría el valle y deslumbraba cuando destellaba en el parabrisas plano del viejo Reo. George y Rose tenían los ojos entrecerrados, para protegerse. Iban a Herndon, a una reunión en el banco. George se había puesto el abrigo de piel de búfalo, guantes de puño largo, orejeras y el sombrero para la ciudad; Rose llevaba una capa de piel de foca y un sombrero haciendo juego encasquetado hasta las orejas, además de unos gruesos mitones. George le había puesto una manta abrigada en torno a las piernas. El viejo coche se deslizaba por los surcos congelados y cuando superaban los treinta kilómetros por hora las cadenas para la nieve de marca Weed hacían *que-bang-que-bang.* George entrecerró los ojos,

mirando la carretera y el compresímetro Moto-Meter que reemplazaba la tapa del radiador y cuya columna roja de alcohol se mantenía sin problemas debajo de la marca de peligro. Los coches se calentaban demasiado todo el tiempo, los radiadores se congelaban y luego se recalentaban. Algunos decían que una mezcla de miel con agua era un buen refrigerante que no se congelaba; algunos usaban queroseno, pero él sabía que el queroseno carcomía las mangueras, se filtraba sobre el motor y uno podía explotar. George había probado con alcohol para madera con buenos resultados. «Pero tendrían que inventar algo que pudieras meter en el radiador y que no se recalentara —señaló—. A veces creo que tendríamos que comprarnos un Franklin». El Franklin era un buen coche, que se refrigeraba con aire, pero George había oído que también tenía algunas desventajas. Como no usaba agua, no se podía llenar con agua caliente para que arrancara, y había que ponerlo en marcha y arrastrarlo con una yunta de caballos antes de que pudiera arrancar. «Así que no sé —admitió—. En cierta manera, era más fácil cuando no había coches, ya que no estabas obligado a tener uno, debido a que no podías, incluso aunque lo quisieras».

Rose se rio fuerte.

—¿De qué demonios te ríes? —preguntó George.

—De ti. Eres muy gracioso.

A George le gustó el comentario y sonrió.

—Lo que realmente me gustaría —continuó— es tener un Pierce.

—Pues bien.

—Siempre me han gustado los motores.

—Entonces cómprate uno.

—Me temo que se vería un poco raro —dijo George.

Pasó un rato.

—Este parece un buen sitio —dijo Rose de pronto.

—¿Un buen sitio? ¿Para qué?

—Para un pícnic.

George lanzó una risita y miró hacia la nieve y los costados marrones de unos pajares lejanos, puntos pequeños en la distancia, cerca de uno de los cuales se habían acurrucado algunas cabezas de ganado, formando una manada amorfa cuyas dimensiones se movían y cambiaban a medida que

llegaban más animales. Al lado de la carretera se divisaban las huellas recientes de una liebre que no llevaban a ninguna parte. La artemisa se veía ajada y quebradiza, cada ramita y cada hoja endurecidas por el frío.

—No, el paisaje es muy agradable —dijo Rose—. Las montañas. Para por aquí. —Él la miró, vio cómo se giraba y buscaba debajo de una pila de mantas. Extrajo un saco y un termo—. Café caliente y bocadillos.

—Bueno, yo estoy exhausto —dijo George—. ¡Pero ni siquiera es mediodía! Jamás he comido a la hora apropiada en toda mi vida, ¿sabes?

El café estaba bueno y caliente, además. George pensó que le daría un buen sabor al cigarrillo que fumaría después.

—Diría —señaló— que nadie, en todo el país, había hecho un pícnic en un coche hasta ahora. —Se moría de deseos de llegar a la reunión en el banco y contar lo que había hecho. Ya se imaginaba la cara que pondría el viejo Foster—. Antes odiaba estos viajes —continuó—. Siempre, después de las reuniones, primero uno y luego otro me invitaban a cenar a su casa. Era como si me estuvieran pasando entre ellos, ya sabes, y sus esposas no sabían qué hacer conmigo. No hay muchos sitios para un solitario. Hablar jamás se me ha dado bien. El que habla es Phil. Muchas veces les decía que tenía otra cosa que hacer y volvía en coche hasta casa o iba a cenar al Herndon House. —Hizo una pausa—. ¿Rose?

—Sí.

—Oh, nada. —Había estado a punto de hacer una confesión pasmosa, de contarle aquella ocasión en que fue a cenar al Herndon House y cogió un reservado y corrió la cortina para que nadie viera que estaba solo—. Iba a decirte que es muy agradable no estar solo.

—Jamás volveremos a estar solos, George.

—Sabes, a veces me gustaría invitar a alguien a comer a la hacienda. Sólo que no sabría con quién empezar; todos son muy amables y buenos vecinos. Creo que a veces me gustaría que viniera alguien de visita, nuestros propios amigos, sabes. Podríamos contratar a una chica, como antes, y ella podría servir las mesas, como cuando estaba mi madre. Hay una campanilla en alguna parte, la tocas y la chica viene. Era así.

—¿Realmente crees que necesitamos que venga una chica?

—Supongo que no. Pero me gustaría tener a una chica empleada o lo que tú quieras.

—Supongo que sería agradable.

—Y ya no tendrías que pensar en la mesa y podríamos levantarnos y charlar y, si no te importa, hasta podrías tocar el piano, si tuviéramos uno. Vaya, cómo me gusta oírte tocar el piano. Mi madre jamás podría hacer algo así. Escuchábamos la Victrola. —Se detuvo y la miró—. ¿Estoy hablando demasiado?

—Me encanta cuando hablas.

—No querría acostumbrarme a hablar demasiado, ¿sabes? —Y entonces vio el reflejo de su sonrisa fugaz en el parabrisas; sin dejar de mirar hacia delante, le cogió la mano, abrumado por una impactante sensación de ternura. Por un momento, una costumbre de ella, que notaba ahora por primera vez, lo dejó sin palabras: el hecho de que, cada vez que ella levantaba la mirada de lo que fuera que estuviera haciendo, aunque sólo fuera desenvolver un bocadillo en el asiento delantero de un coche, siempre sonreía. Se preguntó si alguien lo habría notado antes.

Lo primero que uno veía de Herndon era el silo, con su puntiagudo techo metálico destellando bajo el sol; luego el conducto del carbón junto a las vías, negro y descomunal, que a los niños les recordaba a un animal inmenso. Después venía la mole gótica de ladrillos del profesorado que le daba al pueblo una atmósfera determinada, puesto que allí estudiaban hombres y mujeres de todo el estado y se los podía ver en la heladería, sentados en esos taburetes de patas hechas con gruesos alambres torcidos, hablando sobre sus libros o tomados de la mano. Rose y George pasaron delante del hospital de ladrillo visto y el viento les trajo el aroma de patatas hervidas y carne al horno y cloroformo. *Que-bang-que-bang,* hacían las cadenas Weed. Lo que Rose sentía era bastante común en los ganaderos que entraban en la ciudad: una sensación extraña de propósito y excitación aumentada por el paisaje de los escaparates, los hombres de aspecto curtido que miraban por las ventanas de las salas de billar, el enorme reloj encima de la puerta de la joyería, la extensión nevada junto a la terminal, donde retozaban los perros, la fuente de cemento, ahora seca por el invierno y en la

que, en verano, brotaba agua de los labios de un león en bajorrelieve para caer en una pila con forma de concha de vieira de donde podían beber los caballos, aunque eran pocos en estos tiempos.

Delante del Herndon House había automóviles aparcados en diagonal y, en el interior, sentados orgullosos en los grandes sillones de cuero verde, viejos ganaderos jubilados miraban hacia afuera como si los ofendieran tanto los automóviles como los peatones que trotaban estremeciéndose bajo el frío. Bueno, es natural, se decían los viejos ganaderos, cambiando de posición en las sillas para descansar sus huesos viejos. Los habitantes de la ciudad se ponían demasiada poca ropa. Entre estos ancianos se oían muchos gruñidos y bufidos, porque se enfadaban con frecuencia; con el gobierno, con la época, con los precios, y con sus hijos y nietos, a quienes adoraban. Estaban enfadados porque sus hijos y nietos no venían a visitarlos con sus bisnietos lo bastante a menudo y, cuando lo hacían, había que oír las excusas que ponían para marcharse y volver a sus asuntos, fueran cuáles fueran. Los ancianos casi nunca tenían la oportunidad de hacer las preguntas que querían, casi nunca tenían la oportunidad de invitarlos a cenar, porque los jóvenes decían que tenían que regresar de inmediato a la hacienda, casi nunca tenían la oportunidad de llevar a los niños al cine y caminar con ellos por la calle. Los jóvenes tenían que regresar de inmediato a la hacienda o, al menos, eso decían. ¡Esos jóvenes se merecerían que ellos volvieran a casarse o cambiaran el testamento! ¡Eso sí que los haría prestar atención! ¡Y había muchas mujeres en la ciudad totalmente predispuestas!

Ah, pero entonces los jóvenes se enfadarían y los viejos estarían más solos que nunca. Jamás tendrían la oportunidad de ver a sus bisnietos.

Dentro del Herndon House, en un hueco junto a la entrada del comedor, el taquígrafo oficial registraba los informes y los testamentos. La puerta del baño de hombres se abría y cerraba con un codo mecánico de bronce que siseaba y suspiraba, se abría y se cerraba, dejando vislumbrar brevemente las mismas baldosas blancas que cubrían el suelo del vestíbulo. Se cruzaban sonrisas y saludos y la gente que no estaba acostumbrada a la excitación de la ciudad sonreía con un poco de vergüenza.

El Herndon House estaba incluso más atestado que lo habitual; el vestíbulo bullía, los niños abandonaban a sus padres y corrían, endurecían

las piernas y patinaban por las baldosas; una y otra vez el conserje corría para pararlos, pero no lo lograba, así que resoplaba y los miraba con furia.

—Hay bastante gente hoy —señaló George, disminuyendo la velocidad del viejo Reo—. Debe de haber venido alguien importante.

Y entonces lo vieron. Al otro lado de la esquina, en la entrada lateral, había dos grandes limusinas negras, cada una de ellas con su chofer.

—Ah, sí —dijo George—. Esa es la comitiva del gobernador. Hay un fiestón en el hotel. Me olvidé.

—¿De qué te olvidaste?

—Me olvidé de contestarle. Se suponía que yo debía acudir a este fiestón y me olvidé porque estaba pensando en ti y en que iba a casarme contigo y no le contesté. Bueno, de todas maneras, tenía la reunión en el banco.

—¿De modo que lo conoces? —preguntó Rose.

—Oh, me lo crucé un par de veces en la capital. El Viejo Caballero lo conoce bien. Eran algo así como colaboradores.

George descendió delante de la fachada de ladrillo rojo del banco donde, en el interior, los directores se reunían en una sala preparada para ello y hablaban de dinero; luego iban todos a comer al Sugar Bowl Cafe, siempre iban a ese sitio, y pedían fletán negro frito o bistec y luego pastel.

—Nos vemos a las tres en el hotel —dijo George—. Saluda a Peter de mi parte y pregúntale si quiere alguna cosa.

Rose se puso al volante.

—Te echaré de menos —dijo.

Él la miró.

—¿Me echarás de menos? ¿De verdad, Rose? —Se le iluminó la cara—. Oh, muy bien.

Ella se inclinó hacia él y lo besó. Él se sonrojó. ¡Qué día, qué día había sido! Un pícnic, fíjate, en pleno invierno, y luego que te bese una mujer adorable en medio de la ciudad, delante de un banco con paredes de ladrillo visto y quince millones de dólares en activos. Qué cosas extrañas, extrañas y maravillosas, podían pasarle a un hombre si tenía un poco de paciencia.

—Y, por favor, échame de menos tú también —dijo Rose.

—Quería decir algo —respondió él— durante todo el viaje hasta aquí. Quería decirte lo orgulloso que estoy de ti, lo feliz que estoy contigo. —

Luego la dejó y entró en el banco antes de arriesgarse a expresar algo de una delicadeza insoportable.

En la casa donde Peter se hospedaba, los huéspedes se limpiaban los pies, entraban en silencio y apagaban la luz cuando salían del baño, como ordenaba el pequeño y pulcro cartel. Se hablaba en tonos bajos y con discreción, como en un hospital o en un depósito de cadáveres. No era una casa alegre, pero el silencio y el orden eran exactamente lo que Peter necesitaba; allí podía pensar.

Rose golpeó antes de entrar y el propio Peter, formal como un anfitrión, la hizo pasar y le dio un beso. Tenía la cara reluciente de agua y jabón, la camisa dura por el almidón, los zapatos lustrosos. La guio hasta su habitación, donde ella se sintió una extraña. Era evidente que se trataba de una habitación preparada para huéspedes ocasionales, con muebles demasiado buenos para tirarlos, pero no lo bastante como para usarlos en la vida cotidiana. La recargada cama de bronce podría haber sido el escenario de un parto eduardiano. En un rincón había una mesa cuya base consistía en un hato de palos de bambú atados en el medio con una cinta de ratán y abiertos para sostener la parte superior, donde había un jarrón pintado con totoras doradas; el empapelado tenía el color de la sangre seca y en dos de las paredes había imágenes. Cristo como la luz del mundo, con una expresión herida e inquisitiva. Enfrente había una placa larga y estrecha, cuya parte superior consistía en una copia de mala calidad del Caballero Sonriente; debajo había un texto impreso difícil de reconciliar con el tema al que se refería:

> Duerme dulcemente en esta agradable habitación,
> oh, tú, quienquiera que seas...

—¿Eres realmente feliz aquí? —le preguntó Rose. Parecía una pregunta razonable y ella la formuló sentada en la silla recta junto a la mesa que él usaba para estudiar. Cada lápiz estaba alineado y recto, no había ningún papel, ningún libro, que estuviera desalineado con otro. Peter jamás dejaba nada fuera de su sitio, jamás perdía nada, jamás llegaba tarde, jamás se olvidaba de nada.

—No podría estar más feliz —respondió—. Y tengo un amigo nuevo.

—Háblame de él. —¡Qué calidez sintió ella!

—Su padre da clases en la escuela. Él cree que quiere ser profesor. Me ha enseñado ajedrez y jugamos mucho. En el ajedrez nada depende de la suerte; sólo del talento.

—Supongo que eres bueno en eso.

—Lo seré.

—¿Y la escuela?

—Maravillosa.

Ella se preguntó si alguna vez él había expresado una emoción más fuerte.

Cada vez que ella le sugería que viniera a pasar un fin de semana a la hacienda, él ponía alguna excusa: tenía que estudiar, que leer, había hecho otros planes, planes sobre los que ella no inquiría. Estaba segura de que Phil era la causa de que él evitara la hacienda, pero no se atrevía a mencionar ese nombre en voz alta.

—¿Y tú eres feliz? —le preguntó él.

Ella no estaba preparada para esa pregunta; respondió con dificultad.

—George me trata muy bien, ya lo sabes. Oh, nos divertimos mucho hoy, en el viaje hasta aquí; paramos para hacer un pícnic, miramos las montañas. Había muchísima nieve. Yo había preparado unos bocadillos y teníamos un termo de café caliente. Y nos pusimos a charlar y a comer allí. Sabes, él es la clase de persona con la que puedes hacer cosas. —Pero no había respondido la pregunta. Sintió la mirada de Peter—. Sabes, ¡me había olvidado de las totoras doradas! —Su imprevista risa sonó extraña en la habitación y ella se preguntó de repente qué estaba haciendo allí. ¿Qué hacía Peter, en ese cuarto tan extraño? ¿Se quedaría allí todo el verano con una excusa u otra hasta que por fin se pudiera hablar abiertamente del problema de Phil? ¿Qué tenía que ver esa habitación con ella y Peter? Había un solo aspecto en que formaba parte de ellos, de ella y de Peter y de John, y ese aspecto eran los libros de medicina de John, cuidadosamente dispuestos en una estantería modular con puertas de cristal en la que en otra época tal vez hubiera bibliografías de Dickens y Scott. Y la calavera.

—Los libros de tu padre —dijo ella—. ¿Los traerás a la hacienda cuando no haya clases?

—Todos. Y llevaré la calavera. —La calavera era lo único que quedaba del esqueleto del que Johnny se había sentido orgulloso, prueba de que era un doctor, puesto que solo un doctor podía conseguir un esqueleto, solo un doctor tenía ese lóbrego privilegio. Peter había enterrado los huesos en Beech, dentro de un saco. Ella esperaba no saber jamás dónde.

Las cristaleras del comedor del Herndon House ya estaban abiertas y al otro lado había unas camareras que se movían de un lado a otro, con el ruido de cubiertos y el estruendo de la pesada porcelana del hotel, limpiando tras la fiesta del gobernador. Una camarera de ojos inocentes planeaba robar el plato del gobernador, además de la cucharita de té que ya se había metido en el bolsillo de su uniforme; se lo daría a su nieto. Algún día tal vez tuviera valor. Diría que el gobernador, contento con su servicio, se lo había regalado.

Mientras tanto, los hombres habían salido y estaban charlando, acentuando sus comentarios con sus buenos cigarros. Pertenecían a la alta sociedad local, eran aquellos a quienes se había solicitado que representaran a la ciudad de Herndon, que estimularan el progreso. No eran personas brillantes; de otro modo, no se habrían establecido en Herndon, pero sí eran lo mejor que la ciudad podía ofrecer, tenderos, el enterrador, doctores, dentistas. Los más ambiciosos habían tenido al menos algún roce con la universidad del estado y ya estaban en camino de alcanzar sus primeros cincuenta o cien mil dólares. En ese momento —ahora que la grandeza los rodeaba—, había quedado claro cuál era el propósito de su presencia en ese sitio: si no fuera por su dinero, ¿los habrían invitado a compartir los guisantes, el pollo con salsa y el helado napolitano del gobernador? No. ¡Claro que no! El líder de ese grupo, el hombre más rico de la ciudad, era el presidente del banco y tenía muchos otros asuntos entre manos, pero, al igual que George Burbank, había participado en la reunión. Cuando se marchó y se quedaron sin un líder, los demás no supieron bien cómo acercarse al gobernador y se limitaron a rodearlo, intimidados por las anécdotas que habían oído sobre los viajes que había hecho el gobernador con el hombre más rico del estado en un vagón de tren privado hasta Washington, un vagón que contaba con una bañera, entre otros lujos. En el trayecto les habían

servido tortuga y había corrido el champán; en algunas paradas, habían subido flores nuevas.

El gobernador, solo en su importancia y harto de la conversación de su asistente, que no podía pensar ni hablar de ninguna otra cosa que no fuera la política o de un diente que empezaba a traerle problemas, se puso contento cuando por fin lo saludó George Burbank, cuyo nombre encabezaba la lista de un libro llamado *Hombres prominentes de nuestro estado.*

—Dichosos los ojos —sonrió el gobernador, y palmeó la ancha espalda de George.

—Cómo está, gobernador —dijo George. Hablaban como iguales, cada uno desde su importancia. Uno se interesó por la salud del otro y también por la salud de sus seres queridos. El gobernador preguntó por el rigor del invierno y compararon su bendita suavidad con el atroz invierno del 19, un invierno que todavía persistía nítido en sus recuerdos, durante el cual se había acabado el heno, el ganado pasaba hambre y se congelaba y los caballos salvajes comían guijarros que encontraban debajo de la nieve.

—¿Dónde fue —se preguntó el gobernador— la última vez que hablamos?

—En el restaurante del senado, pues —dijo George—. Mi padre y yo comimos guiso de carne.

El gobernador lanzó una risita.

—Si lo piensas bien, George, no hay nada como un buen guiso de carne.

—Sí, es cierto —respondió George.

—Ese guiso, George, es una especialidad del restaurante. Tendríamos que encontrarnos algunas veces y comerlo.

—Qué gran idea —dijo George—. Estoy seguro de que a mi esposa le gustaría.

—¿Has dicho tu esposa? —preguntó el gobernador, y retrocedió un paso. Sonrió. No le habían informado de eso. Y eso que tenía un asistente. ¿Asistente de qué?—. Felicitaciones. No lo sabía.

—No fue una gran boda. Verá, mi esposa era viuda.

El gobernador asintió y mascó su cigarro. Parecía entender que el hecho de que la esposa de George fuera viuda clarificaba ciertas cosas.

—De modo que no fue una gran boda.

—Para nada. Era lo que ella quería.

—Bien, George —rio el gobernador—. Veo que te están domando, como a todos nosotros. ¡Bien hecho, bribón! Te diré una cosa: mi esposa y yo queremos invitaros a cenar con nosotros, y no será guiso, George. ¡No será guiso!

Pero entonces a George se le ocurrió otra idea.

* * *

Las montañas rodeaban Herndon y el sol se ponía temprano. De modo que ya estaba oscuro antes de que terminaran sus recados; los escaparates eran cálidos y tentadores. George fue a ver al fabricante de arneses para comprar un nuevo juego de colleras y para recoger una montura que uno de los vaqueros había dejado allí para que la repararan. Dejó a Rose en la tienda de comestibles y ella compró cajas de fruta en lata, puesto que los Burbank alimentaban bien a sus trabajadores, quienes a su vez alardeaban de ello ante los trabajadores de otras haciendas. Escogió peras, muy admiradas en esa zona, y los silíceos melocotones partidos por la mitad, muy codiciados, tan duros y resbaladizos en su espeso jarabe dulce que un movimiento fallido con la cuchara podía hacerlos volar y caer en el mantel. Como había gestionado el Molino Rojo, estaba acostumbrada a comprar al por mayor: medio cerdo, treinta docenas de huevos, cuatro jamones, cuatro sacos de patatas, galones de mermelada de frambuesa. Pero en la época del Molino Rojo, tenía que esperar su turno para que la atendieran. Ahora no. Ahora que era la señora Burbank, los dependientes la atendían con un servilismo que la avergonzaba; incluso el propio dueño vino a preguntarle qué deseaba. «Al anciano señor Burbank —le explicó— le gustaba proveerse de productos especiales» y tocó los estantes donde había latas de langosta y cangrejo, los patés de carne y los quesos. «Ustedes siempre sirven una buena mesa», y Rose se despreció a sí misma por pedir media caja de esto y de aquello, aunque no sabía exactamente por qué se sentía así. Tal vez era que..., tal vez al hacerlo Johnny Gordon se convertía, de alguna manera, en menos, mientras que los Burbank, a quienes no les faltaba nada, se convertían, de alguna manera, en todavía más. A la esposa de Johnny Gordon nadie le había

señalado jamás la langosta ni había dejado a otros clientes esperando por ella.

Cenaron en el Sugar Bowl Cafe; encima de ellos había dos enormes ventiladores que colgaban inmóviles del alto techo de un metal artesonado color nata, recuerdos del remoto verano. La sala grande estaba vacía con excepción de ellos y de dos viajantes que bromeaban con la desaseada camarera que revoloteaba a su alrededor, una chica nueva en la ciudad, puesto que no se dio prisa por atender a Rose y George.

—Es extraño pensar en ello —señaló George—, pero hace unas horas comí aquí. O almorcé, como se dice en la ciudad. —Se echó a reír—. Y, fíjate. Voy a pedir fletan negro otra vez.

—¿Otra vez, George? —Ella se enternecía cuando él trataba de charlar; le resultaba difícil y ella sospechaba que le habían dicho (como, sin duda, habían hecho) que no tenía ningún don para las conversaciones. ¡Cómo se esforzaba por ser simpático!

Cuando terminaron, él dijo:

—Quédate aquí un momento. Afuera hace frío. Yo saldré a levantar las cortinas. Tú termina el café.

Él había cargado las nuevas colleras y la montura en el asiento trasero y las cortinas laterales cubrían el olor rancio del sudor de caballo, un recordatorio de la hacienda, ese destino poco alentador en el que los perros aparecerían corriendo y ladrarían, saliendo de debajo de las sombras de la luna donde dormían. Juntos, George y ella marcharían con dificultad desde el garaje, hechizados por el silencio nocturno; abrirían la gran puerta delantera y entrarían en la silenciosa sala; George se adelantaría y buscaría a tientas el interruptor de la luz; la sala tendría ese típico aspecto pasmoso de cuando la luz se enciende de golpe; esa luz haría que el generador del ático empezara a lanzar pequeñas explosiones por el tubo de escape, y ellos se apresurarían para llegar al dormitorio para desvestirse y apagar la luz que había causado tanto escándalo. Luego, en el silencio renovado, ella oiría los resoplidos y las toses de Phil, los resoplidos y las toses de alguien que está despierto y esperando desde hace mucho tiempo.

Cuando la ciudad fue quedando atrás y las últimas luces desaparecieron a sus espaldas, ella se puso un poco melancólica, pensando en la gente

sencilla que había visto a través de una ventana, sentándose a comer.

—Bueno, ya estamos volviendo a casa —dijo George—. ¡Sí, señor!

—Qué bonito ha sido este viaje —comentó ella, se apretó la capa y se estremeció, recordando el calor quieto de la habitación de Peter, su atmósfera de invernadero y la calavera humana—. Me gusta la luz de la luna.

—Sabes, Rose, estaba pensando.

—¿Qué pensabas?

—¿Recuerdas... que hablamos de pianos?

—Lo recuerdo.

—Rose, ¿cuál es el mejor piano? Siempre me gustaba oírte tocar. Era algo muy alegre, ¿no crees?

—Por supuesto que me gustaría tener un piano, pero no toco lo bastante bien como para tener el mejor.

—¡Claro que sí! Eres excelente. Por Dios, a mi madre le gustaba escuchar música en la Victrola, pero no sabía tocar nada, Rose. Yo le conté que tú tocabas y ella respondió que le encantaría poder hacerlo. Dijo que yo era afortunado por haber encontrado una esposa dotada. Esa fue la palabra que utilizó. Dotada.

—¿No me habrás pintado de manera un poco exagerada?

—¿Cómo sería posible? ¿Y sabes para quién vas a tocar?

—Para ti.

—Para mí, por supuesto. Pero tocarás para el gobernador. Y para su esposa.

—¡Oh, Dios mío, George! —Se le cerró la garganta.

—Viene el primero del mes próximo. Pensé que te gustaría conocerlo. Es un tipo excelente. —Siguieron en silencio un rato y luego él volvió a hablar—. Acabamos de pasar por el lugar en que hicimos el pícnic. El pícnic de invierno, Rose.

—¿Era justo aquí? —Con un escalofrío, ella sintió que lo que habían dejado atrás era mucho más que el lugar del pícnic y volvió a prepararse para la casa de la hacienda, que surgiría a la luz de la luna, toda esa mole y esos troncos, donde volvería a oír los ladridos de los perros, como si ella y George fueran desconocidos o gitanos. Entrarían en la casa y entonces oiría a Phil tosiendo y resoplando.

El piano Mason & Hamlin llegó a Beech desde Salt Lake City y permaneció en uno de esos vagones para envíos cubierto con una arpillera gris por si había nieve hasta que el encargado de la estación pudo seguir las instrucciones y conseguir un camión de Herndon que lo trasladara hasta la hacienda. Dijo que estimaba que pesaba una tonelada. El encargado de la estación efectuó varias llamadas a Herndon y llamó a George para informarle de que la compañía de camiones no tenía disponibilidad y que uno de los hombres a los que a veces se podía llamar para subir y transportar cosas se había casado y se había marchado unos días de luna de miel, como es habitual en estos casos, dijo, pero que la compañía estaba tratando de encontrar a algún otro que ayudara al conductor, quien había dicho que era imposible venir él solo puesto que para un piano necesitaría más ayuda de la que podría encontrar en un lugar como Beech. George recordaba que el conductor era un hombre alto que miraba a la gente por encima de la cabeza.

Luego la compañía de transportes llamó al encargado de la estación para decir que habían conseguido a un tipo que ayudaría al chofer, un sueco joven y corpulento, torpe y dispuesto, pero cuando llegó a Beech junto al chofer, en ese camión de neumáticos sólidos y transmisión por cadena, levantó el piano mal y se lesionó la espalda incluso antes de bajarlo del camión de mercancías. Se desplomó de dolor en el andén de la estación, con la cara color ceniza y el sudor surcándole la frente. ¿Se habría roto la espalda? Por una feliz casualidad, el sheriff del condado estaba en uno de los bares de Beech, como era su costumbre, y por lo tanto pudo llevar al joven sueco al hospital de Herndon. Hicieron salir a varios hombres del bar y entre ellos y el chofer consiguieron colocar el piano en el camión, pero más tarde el chofer le dijo a George que francamente mover un piano de esas características era una tarea especializada y qué raro que no se hubieran roto la espalda todos ellos. Añadió que en el trayecto entre Beech y la hacienda se había roto la cadena de transmisión del camión y que tuvo que quedarse soportando temperaturas bajo cero hasta que improvisó un perno para reparar a esa hija de puta.

Rose estaba sola cuando llegó el piano. El chofer rechazó el café que ella le ofreció.

—Es malo para los riñones —le explicó. Su padre tampoco lo tomaba—. Esta es la última vez que acepto transportar un piano.

—No puedo decirle —replicó Rose, avergonzada— lo mal que me siento por los problemas causados.

—¿Cuándo cree que volverán los hombres de la casa? —preguntó el chofer, sacando su reloj Ingersoll.

—Seguramente al mediodía.

—Qué suerte que no se haya roto la espalda —dijo el chofer—. Tiene tres hijos pequeños.

Había comenzado a nevar cuando empezaron a descargar el piano. Los peones trajeron unas planchas de madera y unas cuerdas de la parte de atrás e improvisaron una rampa que iba desde el camión hasta el suelo. El chofer los dirigía, mirándolos por encima de la cabeza.

—Por amor de Dios —decía—. No lo hagáis de esa manera. Así fue cómo el sueco se fracturó la espalda.

George ayudó a los peones y, finalmente, subieron el piano por los escalones de la entrada, lo desembalaron, lo empujaron centímetro a centímetro y atornillaron las patas. Phil permaneció en su dormitorio.

—Su amigo, el de la estación de Beech, no nos explicó que era un piano lo que había que transportar —señaló el chofer—. En muchos sitios eso se paga, oh, diez dólares por hora. Supongo que se debe a que uno puede romperse la espalda.

A las empleadas, como a las putas, se las buscaba entre las familias de pequeños agricultores o vaqueros del sur, donde las tierras eran malas, tierras alcalinas, tierras llenas de polvo, de plantas rodadoras y cardos. Chicas tristes, hoscas, estúpidas, que detestaban lo que les había tocado en suerte, detestaban a sus padres, detestaban saber que eran una boca más que alimentar, y así con todo.

Llegaban con maletas de cartón y con el pelo ensortijado —que eran lo que se suponía que el mundo exigía—, fregaban platos, lavaban suelos, hacían camas, servían mesas y se reían y tonteaban con peones que tenían sus propios planes inmediatos. Pocas permanecían mucho tiempo en el mismo sitio. No tardaban en vislumbrar la aridez de su situación: no podían casarse

con un peón, porque en una hacienda no había sitio para un hombre casado; al igual que lo que ocurre con los curas casados, esos hombres no pueden concentrarse en el trabajo, siempre salen corriendo adonde sea que esté su esposa. Algunas se quedaban embarazadas y desaparecían; otras volvían al sitio del que habían venido y lloraban y se peleaban de nuevo con sus padres. Algunas encontraban los Dixie Rooms, donde les pagaban dos dólares por cliente y diez por toda la noche: una proposición financiera interesante.

Lola, que había respondido el anuncio que había publicado George en el *Recorder,* llegó con un camisón en la maleta y una gran cantidad de antiguas revistas de cine que leía y volvía a leer en el pequeño cuarto que tenía en la planta superior. Muchas de las estrellas de cine también habían empezado con nada y ahora se desplazaban en limusinas, se daban innumerables baños y se vestían con pieles de animales valiosos. Era una chica rápida y asustadiza, de pies torcidos y predispuesta. Pocas veces alzaba la voz por encima de un suspiro, por si pudiera ofender a alguien. Le tenía miedo a la señora Lewis, que citaba axiomas lúgubres y que hablaba de jóvenes bonitas a las que habían encontrado cosidas a puñaladas en camiones en California y sitios como esos; les tenía miedo a los peones que le guiñaban el ojo y la invitaban a pasear con ellos los domingos a lomos de caballo.

Su presencia causó que Rose se quedara sin nada que hacer excepto planificar las comidas y practicar ese piano que había provocado que un buen joven sueco con tres hijos se lesionara la espalda. No se la había roto, gracias a Dios. El piano era negro y reluciente y se merecía más que las partituras que ella colocaba sobre el atril; su repertorio era lamentable, unos pocos valses de Strauss, una marcha militar, melosos acompañamientos para canciones como «The Rosary» y «Just Like a Gypsy», una pieza que a George le gustaba y que sin duda le pediría cuando viniera el gobernador. La forma en que George se enorgullecía de su escaso talento la atemorizaba; él jamás se daba cuenta cuando ella pifiaba una nota. Empezó a practicar con diligencia para poder tocar bien, para que él se sintiera orgulloso.

Phil salía de la sala cuando ella tocaba; lo hacía de una manera tan evidente que ella ya no podía seguir practicando hasta que supiera que él había salido de la casa o estaba en su dormitorio con la puerta cerrada. Ella

sospechaba que él tenía mucho mejor gusto que George y que se reía de ella en silencio, sabiendo que practicaba para impresionar al gobernador.

Puertas, puertas, puertas, puertas; cinco puertas exteriores en la casa. Rose conocía el sonido que hacía cada una de ellas al abrirse o cerrarse. La puerta trasera que usaba Phil dejaba entrar el fuerte viento, que hinchaba la alfombra y hacía que se retorciera como una serpiente. Una tarde, supo que Phil había entrado en la casa: caminaba con un paso rápido, ligero, muy arqueado, con sus pies más bien pequeños. Ella lo oyó entrar a su dormitorio y cerrar la puerta. Protegida de sus pensamientos y emanaciones por esa puerta cerrada, se sentó y empezó a tocar; pero, cuando empezó a escuchar de manera crítica sus propias interpretaciones, oyó otro sonido, el del banjo de Phil, y de pronto se dio cuenta de que cuando ella practicaba él también tocaba. Hizo una pausa, mirando las teclas. El punteo del banjo también se detuvo. Cautelosamente, empezó a tocar de nuevo. De nuevo, el banjo. Hizo una pausa; el banjo hizo una pausa. Entonces, tuvo la sensación de que algo le trepaba por la nuca: él estaba tocando precisamente lo que estaba tocando ella... y mejor.

Phil no podía leer notas ni le hacía falta; tocaba de oído, podía interpretar cualquier cosa que hubiera oído una sola vez y reconocía rápidamente la intención y el modelo que seguía el compositor. De esa manera, reconocía la lógica que escondía la música de Mozart, una música que solía escuchar cuando se escapaba de entre los listones de la Victrola. En esas viejas grabaciones, las orquestas tocaban arreglos de Mozart para instrumentos de viento, porque en aquella época la cera no captaba las cuerdas. Él despreciaba lo que tocaba Rose, que no era ni una cosa ni tampoco la otra, eso que debía de haber tocado en la taberna o en donde fuera; además, sabía muy bien por qué ella practicaba tanto.

El viejo George se había ido de la lengua.

—Su señoría vendrá a cenar —dijo George.

—Vaya, pues, caramba, sí que estamos ascendiendo en la *zoziedad* —comentó Phil—. ¿Tendremos que sacar el lavafrutas? —Y se echó a reír. ¡De modo que esa era la manera que había encontrado George para presentar en *zoziedad* a su mujercita, aporreando el piano! Le divertía mucho oírla

tratando de sacarle alguna melodía al nuevo instrumento, pifiando una y otra vez, soltando notas como si fueran migas de pan. Entonces, cuando ella terminaba, él tocaba la misma pieza correctamente.

Pasaron varios días hasta que ella se percatase de lo que él hacía y a partir de ese momento dejó de tocar a menos que él hubiera salido de la casa. Una y otra vez, él la oía parar cuando abría la puerta trasera y eso era casi tan bueno como imitarla. Era muy fácil sacarla de quicio. ¡Cómo le temblaban las manos cuando servía el café! A Phil le caían muy mal las personas que se compadecían de sí mismas.

Al parecer, a la pobrecilla se le había metido en la cabeza que tenía que estar elegante para la cena y se rodeaba el pelo con algo que alguien le habrá dicho que le quedaba bien, tal vez practicando para su señoría. (Su señoría había sido un abogado paleto hasta que algunos políticos listos lo cogieron y lo hicieron casarse con una mujer que tenía un poco de clase.) Incluso el viejo George, desde su boda, aparecía con una camisa limpia, y Phil había percibido una expresión afligida en George e incluso en la propia damita cuando él se presentaba en la mesa exactamente como lo había hecho siempre y como siempre lo haría. Vivían en una hacienda, no en un hotel para turistas tontos, como al parecer pensaba la muñequita.

A Phil lo sorprendió que George le hablara en la herrería. Phil estaba delante de la fragua, con un pie cómodamente apoyado en el bloque de madera, el largo brazo accionando el mango del fuelle; siguió bombeando, doblando la cintura con facilidad, mascando tabaco al ritmo del bombeo. En el nido de llamas de los carbones había unos herrajes todavía más sofisticados. Había atizadores, morillos y otras piezas desparramadas por todo el taller, algunas de las cuales no tenían ningún uso práctico, sino que eran expresiones del notable cerebro de Phil a través de sus manos. Él trabajaba con martillos y tenazas y con las manos desnudas, para que ni el cuero ni la tela distorsionaran la nítida imagen que había concebido su mente. Mientras esperaba que el metal se calentara hasta alcanzar el rojo cereza apropiado, contempló la ladera nevada y observó cómo el denso humo del carbón se deslizaba a través de la gran puerta y se asentaba lentamente en el suelo. No dijo nada cuando George entró, miró a su alrededor y se acomodó contra un caballete. George siempre se tomaba su

tiempo antes de hablar, porque pensaba lento. Pero Phil sabía que estaba preocupado y no le sorprendía. Tal vez el pequeño Georgie se había dado cuenta de que el matrimonio no era como lo pintaban. Casi todos los fines de semana tenía que llevar a su mujercita a Herndon para ver a ese precioso niño que necesitaba tener cerca a su mamita querida. ¿Por qué no podía ir ella sola a Herndon y dejar que George leyera su *Saturday Evening Post* tranquilo? Porque las carreteras en invierno la asustaban. ¡Uno de estos días tendría algo real de qué asustarse!

¿Qué había impulsado a George a venir desde la casa? ¿La tortura del piano? La damita iniciaba una de sus interpretaciones, cometía un error, volvía a empezar... y volvía a cometer el mismo error. Te ponía de los nervios. El pobre de George habría estado ahí sentado, esperando el error.

¿O sería que George estaba cavilando sobre el verano, cuando el chaval estuviera aquí, entrando y saliendo a hurtadillas de la casa, un recordatorio constante de que el pequeño George no había sido el primero que se la había beneficiado? Phil tenía la corazonada de que George aborrecía a los maricas tanto como él, y ahora iba a tener a uno metido en su propia casa, molestando, escuchando. Phil detestaba cómo caminaban y cómo hablaban.

Tampoco le habría sorprendido a Phil que George hubiera empezado a inquietarse por la cena con su señoría. Y, de todas maneras, ¿cómo había hecho ella para conseguirlo? Bueno, si un hombre está lo bastante chiflado como para desear tanto a una mujer, hay cosas que ella puede decidir no hacer a menos que él invite gobernadores a cenar, por ejemplo. Qué divertida que sería esa cena. Phil tendría que llevar adelante toda la condenada conversación y luego nuestra pequeña Damita Tabernera perpetraría sus pequeñas interpretaciones musicales con los mismos errores de siempre. Bueno, pues muy bien. Que le sirva a George de lección. Phil no era ningún esnob, pero no te puedes casar con alguien que no pertenece a tu clase. ¿Y qué diría la esposa de su señoría al respecto?

George seguía apoyado en el caballete. Algo tenía en mente, sin duda, algo que odiaba tener que decir. Y le convenía darse prisa si quería tener un poco de privacidad, porque muy pronto aparecería alguno de los peones que estaban en la barraca. Aunque los domingos, una vez que terminaban de alimentar el ganado, los hombres tenían libre el resto de la tarde;, libre para

lubricar sus elementos de cuero, para lavarse la ropa, para escribir cartas (si sabían escribir), para limpiar la barraca o leer las historias de vaqueros que salían en las revistas y de las que se reían, pero en las que creían secretamente. De todas maneras, seguían sin sentirse cómodos en la barraca cuando estaba George fuera; él tenía una autoridad extraña sin siquiera darse cuenta, la capacidad de incomodarte, tal vez porque abría la boca tan poco y su silencio te obligaba a reflexionar sobre ti mismo, sobre la culpa que siempre sabías que guardabas. En pocos minutos, los hombres saldrían y se dirigirían al establo para parecer ocupados. Phil sonrió.

No tenía sentido que George siguiera sufriendo, así que Phil lo ayudó con el bálsamo del habla humana, le dio un empujoncito, por así decirlo.

—Y bien, colega, ¿qué te traes?

George miró a Phil a los ojos.

—Bueno, Phil —empezó a decir.

—Adelante, viejo. Suéltalo ya. —Phil se metió la bola de tabaco más atrás contra la mejilla para poder hablar con más claridad.

Disfrutaba de las pequeñas confesiones de George. Hubo una mañana, temprano, en 1917, cuando estaban por llegar los ganaderos, dispuestos a hacer el gilipollas para tratar de comprar tu ganado al precio de ellos, que Phil, quien lo interpretaba todo en detalle, le dijo «tú resiste —le aconsejó a George—. Ese alcornoque del profesor de Princeton nos va a meter en una guerra *pronto*[4] y, cuando ello ocurra, haremos un dineral con las vaquitas».

Pero George, al que no siempre se lo podía exigir demasiado, se puso terco y vendió. Y, en efecto, en abril, *Veelson* nos metió en la jodida guerra. Así fue que gracias a George dejaron de ganar cinco mil pavos y Phil se sintió reconfortado cuando George tuvo que tragarse sus palabras.

Lo mismo en la universidad. Phil sacaba siempre las máximas calificaciones y el propio rector lo llamó para felicitarlo. El rector estaba interesado en la ganadería y todo eso.

—Pero, por cierto, Burbank —dijo el rector de pronto, y luego bajó la celosía para protegerse del duro sol californiano—. ¿Qué problema hay con tu hermano? En inglés, específicamente.

—¿Se refiere a qué mosca le ha picado?

—Va a suspender la asignatura.

—¿Va a suspenderla? —preguntó Phil, aparentemente sorprendido.

—Parecería que no entiende inglés. Tal vez tú podrías ayudarlo.

—No estoy seguro de que George esté lo bastante dotado para ello.

Pero habló con George.

—No me importa decirte, viejo, que fue bastante bochornoso para mí. El rector quería saber cómo era posible que un tipo de la misma familia se sacara una A mientras que el otro se iba al pozo. ¿Qué te ocurre, hermano mío?

George se puso rojo como un tomate.

—Lo siento, Phil —dijo.

—¿De qué diablos sirve que lo sientas? Tendrás que esforzarte y aprenderte la musiquita o te van a echar y entonces te las verás con el Viejo Caballero. Ya sabes lo que piensa el Viejo Caballero de los que fracasan.

—Lo sé —dice George.

—De hecho —dice Phil—, en tu lugar, yo dejaría la universidad a fin de año. Te conviene aceptar el hecho de que no tienes la capacidad suficiente para esta educación superior, como la llaman. No tiene sentido que te pases todo el tiempo golpeándote el coco contra una pared de piedra, chico.

Por mucho que George se esforzó el resto del año, finalmente lo expulsaron. Phil recordaba la forma en que George se quedó mirándose en el espejo. Phil se graduó con honores. George habría podido salvar el poco orgullo que le quedaba si hubiera seguido su consejo.

Ahora, George, apoyado contra el caballete de la herrería, tampoco parecía muy seguro de sí mismo. Phil lo vio extender una mano enguantada y recoger un puñado de aromático serrín que había quedado después de que Phil lijara una tabla de madera. George contempló el serrín limpio, que en su mano había adoptado la forma de una ratonera.

—Es un poco difícil —murmuró— decir lo que tengo para decir.

—Adelante, suéltalo.

—Es respecto de su señoría, el gobernador —dijo George.

Entonces, era eso. Phil tenía razón.

—¿Su señoría, dices?

—No tanto su señoría, sino la esposa de su señoría.

—Adelante. —Una ligera sonrisa tensó las comisuras de la boca de Phil, quien empezó a masticar.

—Estaba pensando que a su señoría no le importaría tanto, pero a su esposa, tal vez sí.

—¿Le importaría que, por Dios bendito?

—Le molestaría que vinieras a comer sin arreglarte un poco.

Phil apenas perdió el ritmo del bombeo. Siguió mirando a George hasta que este soltó la ratonera de serrín y salió a la tarde fría y gris.

---

4. En español en el original. *(N. del T.)*

VII

Al principio, Rose no tenía claro por qué sus pensamientos se volcaban cada vez más al pasado; a su padre, que estaba orgulloso de su casa y de todo lo que había en ella, el paragüero en el vestíbulo y el teléfono, al que se acercaba gravemente y atendía cortésmente, diciendo «Residencia Wilson...» con una inflexión ascendente; a la preocupación de su madre por la salud de las plantas de la casa. Su madre se arreglaba más los días en que el cartero entregaba el *Ladies Home Journal,* como si fueran festivos, y le daba las gracias como si le hubiera traído un regalo. De pronto, al pensar en el cartero que repartía el *Journal* y en las plantas de la casa, recordó la curiosa tranquilidad de ciertas tardes de domingo y el sonido del piano en la sala contigua, las asordinadas escalas y ejercicios de su mejor amiga, que tocaba duetos con ella y que a veces le traía un libro sobre el significado de los sueños. Subían a la planta superior a interpretar sueños, reprimiendo risitas.

La voz de su madre: «¿Qué estáis haciendo? Os vengo oyendo desde fuera. Ha llamado Hattie Brundage por teléfono y ha dicho que mañana irán a su casa todas las mujeres de la Eastern Star[5], Dios la ayude, y quiere saber si tú podrás encargarte de las flores. Si fueran desconocidos, yo te aconsejaría que les cobrases. Lo juro. Creo que más adelante deberías trabajar en una floristería. ¿Qué demonios le serviré a tu padre de cenar? Y él odia las sobras».

Después, la escuela secundaria y el intercambio de fotos en la clase y la última vez que se pasaron los libros de firmas y el día de graduación y el olor del césped cortado y algunas de las chicas al borde de las lágrimas, mientras la señorita Kirkpatrick, del departamento de Inglés, se movía imperiosamente entre ellas, enderezando este volado o aquella cinta para el pelo. «Ahora tenemos que presentar nuestra mejor imagen». La señorita Kirkpatrick estaba alerta, prestando atención por si alguna chica hacía trampa y usaba pintalabios. «Rose, este año las flores están sensacionales».

Afuera, en el vestíbulo, los chicos desfilaban con sillas plegables de listones de madera y el portero los regañaba.

Ella no se graduó en el puesto de honor, tampoco sacó buenas notas; no estuvo ni siquiera cerca. En la clase de geometría se sentaba rígida, prestaba atención, dibujaba meticulosos triángulos y trapezoides y los etiquetaba con su caligrafía pequeña y afirmativa, pero no entendía la materia. Sin embargo, su nombre apareció en el programa, separado de los otros.

Arreglos florales: señorita Rose Wilson.

Durante los últimos cuatro años, era ella la que arreglaba las flores donadas por los Elks, los Eagles y los Woodmen[6].

—Bien, estoy seguro de que todos vosotros me conocéis —empezaba el discurso del director—. Algunos de vosotros, incluso demasiado...

Unas risas amables en la concurrencia, puesto que algunos de los jóvenes sí que conocían demasiado bien al director, conocían su oficina, la carpintería barnizada, el silbido del radiador a vapor, el busto de Lincoln y la polvorienta bandera estadounidense. El director era un viejo que creía cosas y que ahora hablaba de la Claridad a través de la Oscuridad.

Por consiguiente: la graduación.

—Estás espléndida con eso, mamá —dijo ella—. Papá, pareces un hombre joven.

—Sí, ¿verdad? —murmuró su madre—. Sinceramente, ¿te gusta este sombrero? A mí me parece realmente terrible que pongan plumas en los sombreros de mujeres, como se estila ahora.

Su padre se echó a reír.

—Bueno, todos moriremos algún día. Supongo que hay muchos hombres de mi edad que parecen bastante más *joven* que yo.

—Jóvenes —murmuró su madre—. Bastante más «jóvenes». Tu padre quiere saber si puedes conseguir más programas. Con tu nombre. Dice que está dispuesto a pagar por ellos, pero yo le respondí que no se los cobrarían, ¿verdad?

—Vaya, estoy segura de que puedo conseguir algunos más. Y tampoco es para tanto lo de arreglar las flores.

Su padre dijo:

—¡Tonterías! ¿Entonces por qué te pusieron en el programa? No se me ocurre algo más bonito para una joven. Estos días hay muchas que ni siquiera saben coser un botón en una camisa.

—Es algo bonito que podrás enseñarle a tu propia hijita algún día —acotó su madre.

—Bien, os diré lo que haremos —anunció su padre—. Iremos los tres a McFadden's, nos sentaremos y pediremos cualquier mejunje que se nos antoje. ¿Qué opináis, señoras?

—Pete —dijo su madre—, me parece espléndido.

Orgullosos como si fueran de la realeza, fueron a McFadden's y se sentaron en sillas de alambre.

—McFadden's es un buen sitio, en mi humilde opinión.

—¿Cuándo has tenido una opinión humilde? —Su madre sonrió.

—Fijaos —dijo el padre—. Incluso han puesto un molinillo de nuez moscada aquí, en la mesa.

—Es lo que los jóvenes ponen en sus batidos de leche malteada —explicó su madre.

—Imagino —dijo su padre— que uno aumentaría mucho de peso si comiera así muy a menudo. No se mantendría muy joven.

—No podría imaginarlo —dijo su madre, y luego asintió. Enarcó las cejas y sus labios formaron claramente las palabras «buenas noches» en dirección a algunas personas que conocían y que entonces se acercaron.

—De modo que esta es la chica que preparó esos adorables arreglos florales.

—Durante cuatro años —dijo su padre—. Las flores se le dan bien.

Las flores, las flores, las voces y las flores. Se preguntó si otras personas también se demorarían en recuerdos tan frágiles, si rebuscarían entre sombras y voces polvorientas como esas... ¿Y para qué? ¿Para ella misma?

En los últimos tiempos, sentía que había perdido su identidad y fue precisamente para encontrarla que creó un arreglo floral con materiales lo suficientemente estrambóticos como para que representara un desafío para su considerable talento, materiales que había visto por primera vez con los binoculares con los que George acostumbraba a mirar las montañas. Volvió a verlos contra la alambrada que rodeaba la zona de pastoreo de los caballos,

debajo de la casa, y no eran nada en sí mismos. ¿Pero qué era el arte —se defendía— sino una ordenación de lo trivial? ¿Qué era Cézanne sino líneas y colores, qué era Chopin sino sonido, qué era el perfume sino aromas calculados, qué era el crujido del lino sino una tela? El arreglo floral, igual que tocar el piano y vestirse bien para cenar cada noche y el tonto pícnic a la vera del camino, era para complacer a George. Quería sorprenderlo. Y lo hizo.

Él nunca había visto nada semejante en toda su vida; se puso colorado y habló gravemente, escogiendo las palabras.

—¡Caramba, qué cosa! ¡Caramba! Creo que... es realmente bonito.

—¿Bonito? No estoy segura, pero esperaba que te gustara. Antes hacía cosas como esta.

—¿En serio? Supongo que hay muchas cosas que la gente hacía antes. Sí, me gusta, sin duda alguna, y creo que mi madre jamás podría haber hecho nada semejante. Ella se dedicaba más bien a la lectura, pasaba el tiempo leyendo y hablando de distintas cosas, ¿sabes? —Para sus adentros, pensó: mi esposa apenas pesa cuarenta y cinco kilos. Me encanta mirar el perfil de su rostro. Pensó: esta cosa está hecha de hierbas y maleza, y anticipó cuál sería la reacción de Phil al verla y le pareció intolerable que aquella inocente artesanía terminara provocando con toda seguridad las risotadas de Phil, si no directamente a la cara, entonces en la barraca, esa clase de risotadas hirientes que Phil le había dedicado a él una Navidad de no hacía tanto tiempo en que George, para complacer a su madre, se había puesto, encima de la ropa, una bata de seda azul y unas extravagantes pantuflas que hacían juego: el regalo de Navidad que ella le había hecho.

Phil apareció de pronto.

Y, más tarde, se oyeron las risotadas en la barraca, como ecos en un barril de madera. La Navidad era un bochorno desde que tenía memoria. Los Viejos esperaban que fuera él quien se encargara de elegir el árbol, de modo que él seleccionaba cuidadosamente alguno que hubiera crecido en un punto en que el sol le llegara por todos los costados y que tuviera buenas ramas y luego lo bajaba él mismo de las montañas en trineo, lo metía en la casa, lo instalaba en el rincón apropiado y la Vieja Dama siempre decía: «¡Adoro la Navidad!», y empezaba a decorarlo y el Viejo Caballero llegaba hasta donde

ella no podía con unas resplandecientes bolas de cristal que captaban y distorsionaban la imagen de la sala, la hacía dar tumbos en torno a los reflejos de la ventana que daba a la colina de artemisa. El día previo a la Navidad siempre era largo y terrible y tenía un olor particular o, quizá, eso estaba relacionado con lo oscura que estaba la casa, o con lo extraña que quedaba después de que corrieran los muebles de lugar para dejar espacio al árbol y, a medida que pasaban las horas, siempre se llegaba a lo mismo, al punto en que la Vieja Dama traía regalos y los apilaba debajo del árbol. «¡Qué bien huele el árbol!» En sus ojos, en su sonrisa, él veía un reflejo de lo que ella debía de haber sido alguna vez, pero —al igual que la sala en las bolas resplandecientes— distorsionado. A continuación, abrían las cajas que habían llegado desde el Este, sacaban los regalos, los colocaban debajo del árbol y luego tomaban una cena ligera, con los hombres en el comedor trasero riendo y profiriendo exclamaciones respecto de las corbatas que habían recibido de regalo y los cheques que la Vieja Dama distribuía siempre entre los empleados, algo que George seguía haciendo (pero sin envolverlos, por supuesto). Entonces Phil se levantaba de la mesa, se marchaba a su dormitorio y cerraba la puerta mientras abrían los regalos, y con la Vieja Dama fingiendo todo el tiempo. Ella nunca había aprendido —ellos nunca habían aprendido— a aceptar a Phil como era, y al diablo con ello. Ella quería pensar —ellos querían pensar— que, al menos esa noche, los Burbank eran como todos los demás. Y no lo eran. Phil los veía como unos diletantes tambaleantes y torpes que pasaban el tiempo deseando y soñando y, con excepción del propio Phil, lo eran. ¿Cómo hace un hombre, cómo puede un hombre lograr que los demás vean en sí mismos lo que él ve en ellos? ¿De dónde puede sacar la autoridad necesaria para ello? En cualquier caso, de algún lado la saca. No le habría hecho ningún daño a Phil presentarse esa única noche y fingir, incluso aunque la Navidad le diera vergüenza, incluso aunque los relojes de oro o los cuchillos de caza o los productos de ese sitio al que él llamaba Abbie, Dabbie y Bitch[7] no le interesaran más que lo que le interesaba a George la bata azul de seda y esas extrañas pantuflas que tenían un solo espacio para la parte delantera del pie. Mules, dijo ella que se llamaban.

¡Mules!

¿Qué habría llevado a la Vieja Dama a comprar algo así? ¿Cuándo se pondría él semejante cosa? ¿Había un lugar en el mundo donde se usaran? ¿Acaso los hombres, los parientes, los amigos del Este se atrevían a ponerse esa clase de atuendo para luego pasearse con él en una sala sin la más mínima vergüenza?

—Por supuesto que me gusta —le dijo—. Me gusta bastante. —Luego, sintiendo la mirada de ella, se lo puso encima de la ropa, porque ella era su madre y, por Dios, él no le temía al amor. Pero entonces apareció Phil en la puerta.

—Vaya, fijaos en el Gran Mogol. —Y luego esa carcajada hiriente.

Bueno, pensó George. He perdido mucho peso desde entonces.

El Viejo Caballero había dicho:

—Phil, hay otros mundos además de este. Yo tengo una bata igual a esa.

Los ojos de Phil se posaron lánguidamente en el Viejo Caballero.

—Claro que sí. Pero este es el mundo en el que vivimos. Tú has sido el que abandonó el otro mundo. Nunca logré entender por qué. —Phil hizo una pausa—. ¿Tú sí?

La Vieja Dama sonrió, su máscara contra todo. Cuando Phil se marchó por el pasillo, dijo:

—Creo que estaría bien que pusieras el disco de Schumann-Heink. Casi no parece que estuviéramos en Navidad sin esa música.

Ese disco en la Victrola realmente fue el colmo, porque la idea de ángeles, pastores y la Virgen Santa y el Hijo del Hombre en esa sala era totalmente desquiciada.

Él le compraría flores a Rose, flores y más flores; flores de verdad, de a docenas. Compraría flores para que ellos se dieran cuenta y prestaran atención. ¡Compraría todas las flores que hubiera disponibles! Flores que limaran la aspereza de las risas que sin duda surgirían porque ella intentaba hacer flores con algo que no lo era. En cierta manera, lo que ella había hecho le gustaba bastante. ¡Estaba orgulloso de ella, incluso! Pero, ah, no había la más mínima probabilidad de que Phil no se fijara en esa cosa. Ninguna probabilidad.

Y George tenía razón. Phil le echó un vistazo de reojo; a Phil nunca se le escapaba nada. Solo, en la sala, Phil se acercó, separó los pies, inclinó la

cabeza. Olfateó, en busca de un aroma. Ante él, sobre un trozo plano de pizarra que ella había recogido, había una planta rodadora seca del doble del tamaño de una cabeza humana; los zarcillos exteriores se curvaban, describiendo una esfera perfecta que rodeaba la red de ramitas más pequeñas del interior. Sobre estas últimas, y no de manera azarosa, la mujer había colocado unas alas color rojo encendido de un material que al principio lo desconcertó, pero luego su aguda vista descubrió, detrás del engaño, la forma y el color del original: una planta sucia color sangre de hojas planas y agudas que crecía sobre la alambrada de la zona de pastoreo de los caballos y que en invierno se secaba y adquiría un color todavía más oscuro. Seguramente ella las había puesto en remojo para darle un tono más claro. Él había oído o leído que los indios las usaban para fabricar una tintura carmesí. Al volver a secarse, las hojas agudas se habían curvado de una manera elegante. Ella las había separado y dispuesto sobre cada una de las ramas de la planta rodadora como ruiseñores escarlata. Por Dios, pensó. ¡Esta mujer podía ser peligrosa, después de todo! Retrocedió un paso y entrecerró los ojos. Tenía una imaginación ágil. Era habitual que, en las nubes que se desplazaban por el cielo, viera sonrisas y ceños fruncidos, a veces el rostro del terror; para él, el viento tarareaba melodías. Él poseía el don, precisamente, de reordenar los hechos de la naturaleza en diseños que estimularan los sentidos; era ese don el que le había permitido ver eso que su corazón llamaba El Sabueso de la Colina.

—Dios mío —murmuró, y contempló lo que había hecho la mujer. Debía de estar muy entusiasmada y orgullosa de sí misma, pensó, por haber hecho tanto con tan poco. Vaya, si ese objeto hasta parecía tener vida. Volvió a observarlo con los ojos entrecerrados. ¿Qué era? ¿Aves enjauladas? ¿Una voluta de humo rodeando llamas? Tanto con tan poco. Entonces, recitó para sus adentros algo respecto de monas que se visten de seda.

---

5. Orden masónica abierta a ambos sexos. *(N. del T.)*

6. Fraternidades estadounidenses. *(N. del T.)*

7. Probable referencia a la tienda Abercrombie & Fitch, famosa cadena estadounidense de ropa que, en un principio, vendía artículos de acampada, excursión y armas. «Abbie, Dabbie & Bitch», que se

pronuncia de manera similar, podría traducirse como «Abbie, Dabbie y Zorra». *(N. del T.)*

VIII

Con el correr de los años, los viejos Burbank —tal vez porque *noblesse oblige* y tal vez porque se sentían solos— dieron una serie de cenas y ninguna salió bien. No era solo que los Burbank tenían poco en común con los otros ganaderos; era que en esa región los hombres y mujeres sólo tenían en común lo que no se podía mencionar en esas cenas. Desde los primeros tiempos, en que los invitados llegaban en calesas tiradas por caballos —elegantes parejas de hambletonian o standardbred—, hasta el presente, en que un hombre, con porte digno, al volante de su Maxwell o Hudson Super Six, llevaba a su esposa al patio, los sexos se separaban, los maridos y las esposas se iban cada uno por su lado y seguían así como si no se conocieran ni desearan hacerlo. Las horas previas a la cena eran tensas, con las mujeres alineadas en un lado de la sala y los hombres en el otro y en los espacios que había entre ellos el aire se volvía recargado, hostil y embarazoso.

Las mujeres temían que sus vestidos no fueran adecuados, así como el peinado, las manos y las uñas. Se sentaban rectas y tensas, como imaginaban que tenían que hacer las damas, como una manera de refugiarse, y temían abrir la boca, por si despedían algo desagradable, como un sapo, que se burlara de ellas. Ante la cháchara sobre libros y artículos de la señora Burbank, con datos que había aprendido leyendo los periódicos, sólo podían responder con la más rígida de las sonrisas, puesto que ellas no leían ni libros ni periódicos. Hasta ese momento, atrapadas en esa sala, no parecían haber tenido ninguna razón para hacerlo.

En su extremo del salón, al Viejo Caballero no le iba mejor cuando trataba de que los hombres reaccionaran a sus declaraciones sobre política, la guerra con España, luego la guerra de los bóers, luego el problema en los Balcanes. No sabían nada ni de España ni de los bóers y, desde luego, tampoco de los Balcanes, y ellos también encontraban un poco de alivio sentándose rectos y sudorosos. Se tocaban las corbatas y los cuellos de las

camisas y se miraban los pies, extraños con los zapatos nuevos. La música de los Burbank, que sonaba en la Victrola, tampoco lograba amalgamar a los sexos: extractos de *Aida* y operetas de la época como *The Runaway Girl, Mademoiselle Modiste* o *The Red Mill*. Hacían enrollar las alfombras e invitaban a los grupos a bailar, pero como los Burbank no tenían música que pudiera servir para bailar *reels* o *schottisches,* los ganaderos y sus esposas echaban unas vueltas torpes durante el menor tiempo posible al compás de valses y *two-step* mientras añoraban las queridas paredes de sus propios hogares.

Las personas sin educación sentían que las conversaciones eran arriesgadas, puesto que, si hablaban sobre lo que sabían, sobre ganadería, sobre criar vacas y caballos, la conversación podría virar peligrosamente hacia los mecanismos de la reproducción, la adquisición y el valor de toros y sementales, a los que delicadamente llamaban vacas caballeros y caballos varones, pero dando a entender al mismo tiempo que había más cosas en la vida, más cosas en un matrimonio que simplemente vivir juntos en la misma casa, y que cada una de las parejas que estaban en ese salón habían incurrido en esas prácticas, por mucho que ahora se sentaran separadas, con caras de madera, por muy indiferentes o frías que fueran. El mundo debía sospechar de su culpabilidad. Los temas que pudieran ser seguros y que al mismo tiempo requirieran poca imaginación o educación eran escasos. Se demoraban en las muertes recientes que habían tenido lugar entre ellos, en la duración y naturaleza de sus sufrimientos postreros, en las últimas palabras, en la escena final, en la última comida que habían tomado y en el dolor de los sobrevivientes.

El clima ofrecía una variedad de aspectos aptos para una charla y cuando se mencionaba el tema todos saltaban sobre él con un entusiasmo casi histérico, puesto que cada uno de los invitados quería poder expresarse y liberarse, antes de que el tema quedara exangüe y mustio, sobre las temperaturas extremas, la humedad, la lluvia, la nieve, la aguanieve, la velocidad del viento, los vientos que habían pasado y los que pasarían. Una vez que el clima se agotaba, el grupo se quedaba mudo hasta que se anunciaba la cena por medio de unas campanadas que la empleada tocaba en la puerta del comedor.

Los Burbank mayores habían aprendido pronto a no avergonzar a los invitados con lavafrutas y platos de mantequilla; usaban la mínima cantidad de cubiertos posible. Comer en grupo era poco menos embarazoso que las funciones corporales y los invitados observaban cuidadosamente a los Burbank para ver cómo lo hacían ellos.

Comer y hablar al mismo tiempo era especialmente difícil, pero George recordaba una cena que había sido invadida por el ministro episcopal en una inesperada visita parroquial, tal vez sin percatarse de que los Burbank no tenían ninguna necesidad especial de Dios y, en los casos en los que sí la tenían, eran ellos los que acudían a Él. Fue el propio ministro quien sacó a colación el tema de la col (a su esposa, de origen alemán, le gustaba mucho la col) y quedó asombrado y halagado por la avidez con que todo el grupo se hizo eco de ese asunto, las mujeres expresando o bien afecto o desagrado por la verdura, los hombres utilizándolo como trampolín para lanzar recuerdos de la manera en que sus madres preparaban chucrut, de los antiguos huertos de la región y del pasado añorado que había quedado tan atrás. Se intercambiaron recetas para la preparación, la conservación y el realce de las coles y cada mujer se comprometió, con un gesto de asentimiento, a probar pronto la receta de la otra. Phil se refería a aquel suceso como la Cena de la Col y fue una de las últimas cenas que intentaron organizar los viejos Burbank. Pero antes había habido otras: La Cena del Socavón de Lodo y La Cena del Oso Pardo.

Una vez terminada la velada, los invitados tenían la libertad de dar, con ojos furtivos, sus pobres excusas y marcharse, dejando al Viejo Caballero de cuclillas delante de la Victrola, clasificando sus discos y levantándose para contemplar el forro de fieltro verde del tocadiscos antes de cerrar la tapa que parecía un ataúd, dejando a la Vieja Dama quitándose sus joyas delante de su tocador, contemplando con ojos sobrios su cara en el espejo. Los invitados, que ya estaban a unos kilómetros de distancia en sus coches fríos, conducían en silencio, avergonzados del acartonado desempeño de quien tenían al lado, preguntándose cuál era el problema que tenían y que no les permitía hablar, ni bailar el vals ni ponerse a la altura de la ocasión. ¿Para qué se habían casado? ¿Para qué se habían esforzado en adquirir propiedades y dinero cuando el final consistiría en sentarse en las sillas del

Herndon House a observar cómo los habitantes de la ciudad se dedicaban a sus legítimos y misteriosos asuntos?

El día de la visita del gobernador acechaba cada vez más.

—¿A quién he de invitar? —le preguntó Rose a George, quien admiraba mucho su uso del lenguaje—. Tendrás que prepararme una lista. Y, desde luego, vendrán todos. Nadie se puede negar a asistir a una cena en homenaje a un gobernador. ¡Oh, George!

La señora Lewis se mostró cooperativa; nunca había visto a un gobernador y le encantaba tener la oportunidad de hacerlo.

—Por supuesto que podrás conocerlo —dijo Rose.

—Gracias, pero no —respondió la señora Lewis. Lo único que deseaba era mirarlo desde la ventana cuando llegara y cuando se marchara. Haría popovers y prepararía pollo como lo hacía su difunta madre—. Por un tiempo parecía que se llevaría la receta a la tumba —dijo. Haría que uno de los hombres trajera hielo del depósito y prepararía mousse de jarabe de arce.

—Bueno, te diré una cosa, Rose —dijo George, que recordaba la Cena de la Col—. Si no te importa, no invitaremos a nadie. Seremos solo tú y yo y Phil. Phil es un conversador fuera de serie y después de la cena tú puedes animarnos tocando el piano. Nunca sale bien si hay mucha gente. —Le contó la Cena de la Col—. A mi madre se le puso la cara pálida y tuvieron que pasar años hasta que pudo reírse de eso.

—Como quieras, George. —Ella había contado con que se sentiría tranquila si estaba rodeada de mucha gente (en la mesa cabían veinticuatro comensales), había contado con deslumbrar al gobernador con mucha gente, quería ocultarse detrás de mucha gente—. Suponía que así sería más fácil.

—No, no lo sería —repuso George—. Sería más difícil. A veces desearía que no nos hubiéramos metido en esto.

—No te preocupes, George —dijo ella.

—Oh, no me preocupo —respondió George.

Dispusieron una mesa para cinco personas y había lavafrutas y platos para la mantequilla aquel día de abril que empezó amenazando nieve, con nubes bajas sobre las montañas, y el humo del barracón que bajaba y se

asentaba. Desde arriba se filtraba como un espectro un hedor a pelo quemado, puesto que Lola, la empleada, había estado utilizando lámparas y tenacillas para rizarse el pelo. A las dos de la tarde se esfumó cualquier esperanza de que el gobernador y su señora no llegaran a causa de algún asunto gubernamental, como tener que indultar a un delincuente o encabezar una ceremonia solemne, porque el propio gobernador telefoneó desde Herndon para confirmar que estaban de camino.

—Suena muy animado —le dijo George a Rose, y los dos se miraron un instante—. Dice que está ansioso por una copa y a su esposa también le gustaría tomarse una. No te sorprendas cuando la veas fumar.

Las puertas a ambos lados del aparador estaban cerradas con llave, protegiendo whiskys y ginebras como los que nadie más bebía en el valle, y la llave estaba oculta dentro del armario de la porcelana. Hasta que se marchó a Salt Lake City, el Viejo Caballero era el único que usaba la llave o tocaba las botellas, y George tuvo una curiosa sensación de emancipación cuando abrió por primera vez las puertas y miró el abanico de botellas, ginebra Holland, Booths, House of Lords, Chivas Regal. Durante mucho tiempo, el Viejo Caballero se oponía a que las mujeres bebieran, así como también, al igual que Phil, se oponía a que las mujeres se cortaran el pelo y, en términos generales, a que se pusieran rebeldes, pero los tiempos lo habían obligado a ofrecer a las integrantes del género femenino un cóctel llamado Orange Blossom, cuya receta estaba incluida en el *Manual de 101 cócteles para camareros,* que también estaba guardado bajo llave detrás de la puerta pequeña.

—Yo prepararé los cócteles cuando lleguen, mientras tú les das conversación —dijo George, y apartó los ojos de los de ella. Rose, detrás de él, tocó las servilletas que estaban sobre la mesa. Él sacó ginebras y bíter y dispuso las botellas sobre una bandeja de plata, buscó la coctelera plateada con el monograma, de las que la gente como los Burbank se regalaba mutuamente—. No has visto a Phil, ¿verdad?

—Pues no —murmuró ella—. ¿Por qué?

—Probablemente esté en el taller —dijo George—. O en la barraca.

—¿Has mirado en su habitación?

—Oh, sí. He mirado en su habitación. No está allí.

—Entonces supongo que estará fuera. —George no podía saber, pensó ella, cómo la perturbaba hablar de Phil. ¿No se daba cuenta de que Phil no le había dirigido la palabra en más de dos ocasiones? Y en ambos casos había sido en la mesa, cuando él quería algo y no podía alcanzarlo con sus propios brazos largos y, entonces, miraba en su dirección y mencionaba el nombre de lo que quería: ¿la sal, el pan? ¿O acaso George daba por hecho que Phil jamás hablaría con ella, puesto que no tenían nada en común, siendo uno un hombre y la otra una mujer? ¿O sí era consciente de la tensión y sólo podía soportarla haciendo como si no existiera? Cuando ella hablaba de Phil, se le secaba la boca y la lengua se le hinchaba. Pensar en él dispersaba todos los pensamientos agradables y coherentes y reducía sus emociones a las de una niña. Casi con alivio vio un puntito que aparecía a lo lejos en la carretera, en la cima de la cuesta, y el sol se reflejó en algo de cristal o metal en el automóvil del gobernador.

—Allí vienen —dijo, sintiendo los latidos de su corazón.

—En efecto. —Y George se llevó la mano a la corbata. Rose jamás lo había visto de traje, salvo en las visitas a la ciudad, y se sintió como si estuvieran por asistir a un funeral.

Con sonrisas fijas en la cara, descendieron los escalones de la galería y se detuvieron junto al portón cuya función era impedir que algún animal errante pisara el frágil césped. El automóvil del gobernador se deslizó sobre la entrada para coches y se detuvo de golpe. Entonces, George y Rose, con sus nuevas zapatillas de satén y hebillas de acero, cruzaron la parcela de grava.

Al gobernador se le iluminó la cara y le abrió la puerta a su señora. Luego se volvió: «¡Dichosos los ojos!», gritó y, refugiándose en esa voz alegre, su señora se enderezó, se acomodó el pequeño abrigo de piel y bajó a la incómoda grava. Era una mujer elegante, de pelo gris, porte nervioso y sonrisa rápida.

—¡Qué amables han sido de invitarnos! —exclamó—. No he tenido un respiro en todo el invierno. ¡Qué aire hay aquí! —Y rio, llena de deleite—. Pero en este estado una nunca sabe si llevar un paraguas o zapatos de nieve. ¡Lo juro!

—Estamos muy felices de verlos —dijo Rose.

—¡Vaya! —respiró la señora—. ¡Qué aire! —Se giró hacia George en un gesto ágil—. Pensaría que sus padres echarían de menos este sitio. La primavera es tan prometedora. —Rodeó hábilmente un charco de agua.

George sonrió.

—Me temo que a los ancianos empezó a molestarles el frío, ya hace unos años.

—Lo creo —comentó el gobernador.

—Creo que, cuando envejecemos, el frío empieza a molestarnos —añadió su señora—. ¿Pero no tienen frío en Salt Lake City? Yo recuerdo haber pasado frío allí.

—Allí hace bastante frío —admitió George.

—Creo haber leído que llegaron a treinta y cinco bajo cero el último invierno. Y hay muchísima humedad. Por el lago.

—Se alojan en un hotel —dijo George—. Hay pececitos de colores en el vestíbulo y buena calefacción.

—Oh, me encanta Salt Lake y me encanta el Hotel Utah.

Rose se desesperó un poco.

—Jamás he estado en Salt Lake —admitió.

La esposa del gobernador le cogió la mano.

—No se preocupe. Cenaremos juntas allí algún día. Planearemos algo encantador.

Daba la impresión de que no podían empezar, de que no podían entrar en la casa y, para parecer ocupado, George inspeccionó con el ceño fruncido el neumático delantero del automóvil del gobernador y le dio algunas patadas especulativas, para luego levantar la mirada hacia el gobernador.

—Vaya, veo que ha comprado los nuevos neumáticos *balloon.*

—Efectivamente, amigo mío —dijo el gobernador con aire pensativo—. Y, créame, se nota mucho la diferencia cuando viajas.

—Lo imagino —dijo George—. Son unos neumáticos muy buenos.

—¿Usted qué coche tiene? —preguntó el gobernador.

—Un Reo, me temo.

—Caramba, George. El Reo es una buena máquina.

A pesar del sol el aire estaba fresco y había un viento leve que susurraba sobre nieve acumulada no muy lejos, en las montañas, y las dos mujeres, con

los brazos cruzados, miraron a los hombres. ¿Por qué no podían pasar a la casa? Rose echó un vistazo de reojo a la esposa del gobernador y percibió la expresión disimulada de aburrimiento, fatiga e incomodidad. Había viajado más de trescientos kilómetros para quedarse allí viendo a hombres que pateaban neumáticos.

—Bien —sonrió Rose—. ¿Por qué no pasamos?

—¡Gran idea! —bramó el gobernador—. ¡Gran idea de una gran damita! —Y allí fueron, cruzando la parcela de grava, las mujeres primero, los hombres detrás, mientras George admitía que en una época había considerado comprar un Pierce-Arrow.

—Ajá —dijo el gobernador—. Toda una máquina.

George depositó el abrigo del gobernador en el despacho contiguo a la sala; el gobernador echó atrás los hombros y miró a su alrededor. Las dos mujeres desaparecieron en el dormitorio y, en el centro de este, la esposa del gobernador se detuvo y se tomó un respiro.

—Jamás pensarías que estás en una hacienda, ¿verdad? Jamás te darías cuenta de que estás en el campo y en un estado del Oeste.

Era una habitación enorme, de moqueta rosada. En las paredes de color marfil había unos grabados grandes de Fragonard con marcos de plata —escenas bastante bucólicas— que reflejaban la fría luz del norte; los ventanales estaban enmarcados con un suntuoso encaje blanco cerrado con lazos de satén y había lazos similares dispuestos como mariposas enormes en las pantallas de encaje de las lámparas, una junto a una *chaise-longue.* La cama de dosel tenía su propio rincón y estaba flanqueada por cómodas altas; el espejo junto al tocador era grande como un espejo *trumeau* y reflejaba con indiferencia un abanico de pesados objetos de plata y licoreras de cristal que seguramente valían varios miles de dólares; la cantidad, el desorden y el hecho de que la vieja señora Burbank no se hubiera molestado en llevárselos consigo al hotel de Salt Lake le pareció a la señora del gobernador una actitud insultante respecto del lujo. ¡Qué extraño que ella, que había nacido para esas cosas, las tuviera sólo en préstamo, durante el tiempo que su esposo permaneciera en el cargo! Después, desaparecerían los coches oficiales, la mansión, la cocinera, el jardinero y la criada y se retirarían a una casa digna, su marido se dedicaría a una práctica legal digna,

esperando que el Pueblo cambiara de idea. Y esta mujercita que estaba a su lado había nacido para no tener nada. Le había preguntado a su marido quién era la señora Burbank y él había investigado y había descubierto que había dirigido una especie de hospedaje. Hospedaje o no, ahora era ella la que poseía esos tesoros, era el marido de ella el que podía comentar que tal vez se comprara un Pierce o tal vez no, dependiendo de su capricho... o, mejor dicho, del de ella. ¿Pero qué ocurriría si esta mujercita de negro que estaba a su lado no pudiera estar a la altura de todo eso? Debía de sentirse juzgada constantemente, representando un papel, usando una máscara que algún día podría caerse. La señora del gobernador no pudo evitar sentirse un poco celosa de aquella que fingía haber nacido en esa habitación.

—Imagínate, encontrar tanta elegancia... ¡en una hacienda! —Hizo una pausa para apreciar las dos figuras de Dresde que estaban a ambos lados del tocador: el Amor y el Amor Ciego. Un querubín gordo susurraba al oído de la primera, sin decir nada. Un querubín similar le colocaba una cinta de flores a los ojos de la segunda, que levantaba los brazos en un débil gesto de protesta—. Qué elegancia.

—Me temo que es cierto —sonrió Rose. La señora del gobernador sintió que se tensaba, ya que ese comentario, al igual que el desorden de las piezas de plata, implicaba una aceptación indiferente de la riqueza. Pero, luego, sonrió para sus adentros. Puesto que, ¿acaso el desinterés que exhibía esa mujercita no era deliberado, podría tolerar la pérdida de esas cosas, en el caso de que fracasara...?

—Bueno —dijo—. Estoy segura de que los hombres se estarán preguntando qué ha sido de nosotras.

Los hombres estaban fumando cigarros. Los dos se incorporaron al mismo tiempo. George dijo:

—Mi hermano llegará pronto. Mientras tanto, podríamos ir tomando unos cócteles. Algo debe de haberlo demorado.

Y en ese momento Rose supo que Phil no aparecería.

Hasta entonces, se había preguntado si tal vez sería mejor que no lo hiciera, puesto que, ¿cómo podrían ella o George explicar —si es que las explicaciones eran siquiera posibles— las ropas que usaba, el pelo, las manos curtidas por el clima y lavadas apenas en algunas ocasiones? Pero

ahora empezó a rezar en silencio por que él se presentara, puesto que cuando ella hablaba —y lo hacía con una voz tan temerosa que se iniciaba en la parte más superficial de la garganta—, cuando hablaba, decía los mismos lugares comunes que según George volvían aburridas todas aquellas otras cenas a las que no asistían personas más importantes que otros ganaderos. Cuando más aburrida fuera la conversación, más dependería de que ella tocara el piano. Sin Phil, todo dependía de que ella tocara el piano.

—El clima ha estado muy cambiante —empezó a decir. El gobernador y su señora manifestaron su acuerdo, mientras George hacía tintinear vaso contra vaso en el aparador del comedor y preparaba Orange Blossom como había visto hacer a su padre.

—Un clima femenino —rio el gobernador—. Nunca se decide.

—¡Caramba, señor! —dijo su señora, fingiendo ofenderse, pero George apareció con los cócteles—. ¡Vaya, qué cócteles tan adorables! —exclamó —. Orange Blossom, estoy segura.

—Sí, en efecto —replicó George—. Eso mismo.

—¡Lo dicho! —exclamó el gobernador con voz estentórea.

—Me temo que es una bebida para damas —señaló George con algo de timidez.

—¿Y por qué no? —preguntó la dama—. ¡Hay damas presentes!

Todos sonrieron al oír esa simple verdad, pero cuando cayó el silencio, Rose se dio cuenta de que no dejaba de mirar el lugar de la mesa que tendría que haber ocupado Phil —ocuparlo, tan solo—, y apartó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de George, que se veían abatidos. Él tosió y se puso de pie.

—Iré un momento a ver si encuentro a mi hermano.

—Claro, por supuesto —murmuró la señora, y le dio un sorbo a su bebida, posando los ojos con expresión complacida en el borde del vaso. El gobernador comenzó a incorporarse, pero luego se dejó caer en la silla—. Me ha ocurrido una cosa de lo más insólita —empezó a contar su señora. Relató la historia de cómo una rata ladrona se había metido en la mansión del gobernador, había cogido cucharas marcadas con el emblema oficial del Salón Comedor del Estado y se las había llevado al armario del dormitorio, donde había construido una madriguera para ocultar sus tesoros—. Entré una

noche —recordó— y apareció esa rata, parada sobre las patas traseras, desafiándome, ¡enseñándome los dientes! —Se puso de pie y demostró cómo se había colocado la rata—. Bueno, permitidme que os diga que en ese momento no me reí. Llamé a mi marido. ¡Vino corriendo en pijama! Creo que la rata lo habría atacado, no era de las que respetaban a las personas, pero nuestro hijo había guardado sus esquíes en ese sitio, y mi marido los cogió y se defendió con gran valentía. Finalmente, la mató. ¿Aquí no las llamáis alimañas? ¡Estoy eternamente agradecida a los deportes de invierno...! —Rose sintió que la anécdota se merecía más que una sonrisa, que se esperaba más que una sonrisa, pero no consiguió insuflar calidez a su risa; estaba atenta al sonido que anunciara que George había levantado el pestillo de acero de la puerta de la barraca, había entrado, había averiguado y se había marchado, levantándolo de nuevo. George ya había tenido tiempo de hacer todas esas cosas, había tenido tiempo suficiente como para llegar al establo, entrar al largo y oscuro establo donde a veces Phil se sentaba a pensar y a hacer cosas con las manos. Y ya había tenido tiempo de volver. Rose levantó el mentón, escuchando la apertura de la puerta trasera. Se abrió y, como siempre, una ráfaga fría entró antes de las pisadas de George.

George se aclaró la garganta.

—Me temo que mi hermano ha tenido que ocuparse de un asunto. Rose..., ¿podrías decirle a la señora Lewis que comeremos en unos minutos?

—¡Oh, qué pena! —exclamó la señora del gobernador—. No me refiero a comer. Me refiero a su hermano. Supongo que no le habrá pasado nada, ¿verdad? He oído hablar mucho de él. ¿No se supone que es brillante?

—Bueno —dijo George—. Supongo que tenía que hacer algo.

Con la dignidad que le quedaba, Rose atravesó el comedor y entró en la cocina.

Una vez en la mesa, la esposa del gobernador empezó a hablar nuevamente.

—Estaba contándole a su esposa, señor Burbank, cuando usted estaba fuera, sobre una cosa extrañísima que me ocurrió. Había una rata que...

—Sí, hacen esas cosas —respondió George seriamente—. Mi madre perdió varios anillos y un dedal. No respetan a las personas y no creo que exista otro animal tan pequeño que sea tan rebelde.

Lola trajo el café en una jarra de plata y lo colocó con las tazas delante de Rose. Dios querido, rezó Rose, no dejes que me tiemblen las manos.

—Es una pena que su hermano se perdiera una comida tan buena —declaró el gobernador.

—Bueno, en una hacienda, nunca se sabe —respondió George—. Siempre surge alguna cosa.

—Sí, supongo que eso es cierto. No es como otros negocios, otras profesiones —dijo el gobernador. Y continuó—: No. En una hacienda no podría haber horas de trabajo regulares. Y temo el día en que los peones se mezclen con los sindicatos.

—¿Crees que va a ocurrir algo así? —preguntó la señora.

—Bueno, nunca se sabe —dijo el gobernador—. Estos sindicalistas son capaces de pararse y plantarte cara, como esa rata.

—Lo siento —dijo Rose—. Me había dicho que no quería azúcar.

—No, no, no, no, está perfecto así. El café bueno como este me gusta de cualquier manera.

Las manos no le temblaban mucho hasta que tomaron la segunda taza de café en la sala. A Lola no le habían indicado que quitara el plato de Phil y desde donde Rose estaba sentada podía verlo. ¿Y si le había pasado algo? ¿Si el desdén que él sentía por ella lo había llevado a la muerte? La cabeza se le llenaba de historias como un vacío se llena de aire: un caballo que se tropieza con la madriguera de un tejón, el jinete que se rompe el cuello; un alud que cubre a un hombre con toneladas de piedras de pizarra, que lo aplastan y lo asfixian; tal vez Phil había cruzado un arroyo y el hielo, podrido por el mes de abril, había cedido, y él se había sumergido bajo las aguas rápidas y silenciosas; todas ellas muertes comunes en esa región, así como el tema de más de una de las canciones que cantaban los hombres de la barraca. El tintineo de la copa al chocar con el plato la hizo dejar ambas cosas a un lado, dobló las manos y se giró el anillo.

La señora del gobernador recorrió la sala con la mirada, rápidamente, esperando encontrar algún objeto que pudiera desencadenar una conversación, y clavó los ojos en el retrato que estaba sobre la repisa de la chimenea, los pechos amplios, los ojos, las perlas.

—¿Es su madre, señor Burbank?

—Se pintó hace unos años —admitió George.

—Yo diría que tiene la cara de una mujer que ha logrado muchas cosas —señaló la señora, pensando para sus adentros que una mujer con perlas como esas no tenía que preocuparse mucho por sus logros.

—Lee mucho —dijo George— y escribe muchas cartas.

—Escribir cartas es un gran arte —señaló el gobernador.

—O puede serlo —dijo su señora, modificando el comentario.

—Hay un libro que se llama *Las mejores cartas del mundo* —reveló el gobernador—. Muy instructivo.

Su señora rio.

—Lo has usado en más de una ocasión —dijo con picardía—, en tus discursos.

—¡Secretos de Estado! —rio él, y le hizo un gesto con la mano, como restándole importancia.

George estaba a punto de comentar que su madre había conseguido recaudar por su cuenta la totalidad de la suma que hacía falta para el hospital de Herndon, pero se lo pensó mejor, justo cuando la señora volvió a hablar.

—¿No tocaba el piano, también?

—No, no —respondió George—. ¡Ni una nota! Creo que la habré oído decir mil veces cómo le gustaría poder hacerlo.

—¿Entonces sólo usted, señora Burbank?

—No se puede llamar tocar —dijo Rose, con los labios rígidos—. Antes de mi primer matrimonio, tocaba el piano en el foso de la orquesta de una sala de cine. —Sonrió—. Pero me falta práctica.

—Vaya, Rose —objetó George—. Has tocado mucho últimamente. Lo sabes.

—Seguro que usted es demasiado modesta —dijo la señora—. Toque algo.

—Sería un placer, desde luego —la instó el gobernador, viendo en el piano un final razonable de una velada incómoda, sabiendo que cuando sonara la última nota podrían levantarse y excusarse. Él había descubierto que, con frecuencia, bastaba con una última taza de café, a veces una última jugada de *whist,* a veces el sonido insistente de un teléfono.

Rose miró de reojo a George, pero él sonreía orgulloso, y ella se levantó y se acercó a ese piano que, tal vez, le había roto la espalda a un hombre joven, cuyos acordes habían provocado las crueles imitaciones de Phil. Ubicado como lo había estado la mesa del comedor, desnuda salvo por el plato y los cubiertos de Phil, ella lo miró directamente y sintió, con una locura temporal, que Phil lo había organizado todo así y estaba sonriendo desde donde quiera que se encontrara. Se sentía perseguida y confundida por su impecable maldad. Tenía las palmas mojadas, la garganta seca.

—Muy bien, lo intentaré. —Y sonrió.

De alguna manera consiguió superar un fácil vals de Strauss, sin atreverse a otra cosa que interpretarlo mecánicamente, como un niño que repitiera el abecedario, sin sentido.

Los tres aplaudieron a sus espaldas y esperaron.

George habló.

—Toca la que me gusta, ¿quieres, Rose?

—¿Cuál era? —preguntó ella para ganar tiempo, tiempo para pensar, tiempo para poner toda su fuerza de voluntad en anular esa insensibilidad extraña que se había iniciado en los hombros y que ya le había llegado a las manos y los dedos.

—Vaya, la de la gitana. Esa que habla de la gitana.

—Oh, sí. «Just Like a Gypsy». —Se sonrojó, sabiendo que él sabía que ella sabía a qué se refería él. Era una pieza bastante sencilla, pero sentimental, y después de cada frase ella siempre añadía una pequeña coda, una ligera cascada de notas que, de alguna manera, elevaban un poco la pieza respecto de las notas escritas en la partitura. Era una tonada amable que animaba y transportaba el espíritu, cantando y volando, hacia una efímera tierra de dulces anhelos. Era curioso que George, George el prosaico, George el cohibido, hubiera visto en esa pieza quizás lo mismo que veía ella, y bien podría ser que el afecto que él sentía por esa tonada fuera el principio del afecto que ella sintió por él durante aquellos primeros días, cuando ella tocó para él en la hostería, en el viejo piano mecánico.

Se frotó las manos en un gesto profesional, inhaló, tocó las teclas, consternada por el hecho de que no hubiera nada de sensibilidad en sus dedos, ningún conocimiento. Dobló las manos sobre las piernas y los miró.

Detrás de ella, el reloj runruneó, preparándose para marcar la hora, y ella se quedó sentada esperando la campanada que tal vez pudiera liberarla de ese oscuro hechizo. Pero el reloj marcó la hora y su cabeza seguía en blanco igual que antes, los dedos igual de muertos. Se giró en el banco y sonrió.

—Lo siento —dijo—, pero no consigo recordarla.

George abrió los labios, asombrado, pero guardó silencio. Era la primera vez que le veía una expresión de desilusión y esa primera desilusión que él sentía por ella, ella no podía repararla.

—Oh, vaya —dijo el gobernador—. No se preocupe.

—Por Dios —dijo la señora del gobernador—. Yo me olvido de cosas todo el tiempo.

—Discursos —dijo el gobernador en un tono que casi se convirtió en una carcajada—. Me he olvidado de discursos.

—Una vez, en el internado —dijo su señora—, yo tenía que actuar en una obra, abrí la boca y no salió nada, nada de nada.

—Lo siento muchísimo —dijo Rose—. Pero se me ha borrado todo.

—No tiene la menor importancia —replicó el gobernador—. En serio.

—Y deberíamos irnos —dijo la señora—. No tenía idea de que era tan tarde. Oscurece tan temprano que pierdes la noción del tiempo. ¡Pero el verano, el largo, largo verano, ya está por llegar!

Una vez más, volvieron a detenerse junto al automóvil del gobernador; el sol, que se había ocultado detrás de las montañas, se había llevado también la primavera. Ya había telarañas de hielo surcando el charco de agua que estaba junto al coche.

—Espléndido, ha sido sencillamente espléndido —dijo la señora—. Debemos volver a encontrarnos alguna vez.

Los hombres se estrecharon la mano. George aguantó la puerta para la señora del gobernador.

—Por favor, vuelvan a visitarnos —dijo Rose.

—Caramba, lo haremos, por supuesto —respondió el gobernador, con una gran sonrisa.

George contemplaba uno de los nuevos neumáticos *balloon.* Sonrió al gobernador y le dio una patada al neumático.

—Buena suerte con sus neumáticos —dijo—. Ha sido un buen día.

—Gracias, George, gracias —dijo el gobernador y se subió al vehículo. Todos se saludaron con la mano.

—Iré enseguida —le dijo Rose a George cuando él se dirigió al dormitorio.

Ella esperó unos minutos después de que él cerrara la puerta, le dio tiempo de quitarse la camisa y los zapatos —ella sabía que sin ellos él jamás se aventuraría en la sala— y luego retiró los platos, la copa y los cubiertos de Phil, rápida pero silenciosamente, y prestó atención para que la porcelana no hiciera ningún ruido cuando guardó los platos en el armario, tratando de que los cubiertos no tintinearan. No tanto para ocultarle a George lo que hacía, en el caso de que él estuviera escuchando, sino porque el sonido de los utensilios no utilizados de Phil les añadiría una dimensión adicional. No sería capaz de enfrentarse a ellos a la mañana siguiente.

Cuando terminó, George ya estaba en la cama, pero no había apagado las luces.

—Lo siento —dijo ella—. Lamento haber tocado tan mal.

—Ah —dijo él—. No te preocupes. Supongo que a cualquiera podría darle miedo escénico si nunca antes te habías encontrado con un gobernador. ¿Tal vez los cócteles te parecieron demasiado?

Ella empezó a hablar. No había sido miedo escénico en absoluto. Tocar delante de un gobernador no te exponía más a las críticas que tocar delante del público en el foso de la orquesta de una sala de cine o ante un grupo de comensales. ¿Le parecería extraño a él que ella se hubiera paralizado simplemente por los cubiertos y platos de una persona que no estaba presente? Pensó en la calavera que Peter tenía encima del escritorio en Herndon. Ella siempre había detestado ese objeto.

Se desvistió en el baño y se entretuvo bebiendo un vaso de agua. Tenía una jaqueca que le partía la cabeza; no encontró ninguna aspirina.

Él estaba callado cuando ella se acostó y en unos minutos se giró y empezó a respirar acompasadamente. Ella comenzó a respirar acompasadamente como si también estuviera dormida. Todo el caos de ese día le giraba en la cabeza, aislado y agudizado por la oscuridad. ¿Por qué le había dicho a la señora del gobernador que cuando había tocado el piano lo

había hecho en un piano vertical en el foso de la orquesta de una sala de cine? ¿Por qué, si lo que quería era que aquella mujer pensara que George se había casado con una persona valiosa? Seguramente había tenido algo que ver con Johnny. Qué antiguo dilema el de los casados dos veces, un dilema tan grande que los teólogos, para aliviar la conciencia, insistían en que no había matrimonios en el cielo.

George se aclaró la garganta y ella se dio cuenta de que no dormía. Le cogió la mano. Afuera empezó a ladrar uno de los perros, con un ladrido repentino y desesperado; se sumó otro. Oyó el ruido del pestillo de la barraca y uno de los hombres gritó «¡Silencio!». Los perros se callaron abruptamente y ella los imaginó volviendo arrastrándose a la casa.

La mano de George se puso rígida.

Un instante después ella también lo oyó: ruidos lejanos de cascos, medidos y deliberados, como una marcha fúnebre sobre la tierra congelada; cada vez más cerca, *in crescendo* cuando se acercaban a la casa, *diminuendo* cuando se desviaban hacia el establo. Luego cesaron.

Entonces, los perros nuevamente. Otra voz gritó una obscenidad. Phil.

Ella se estremeció.

George tosió.

Tanto tiempo para llevar un caballo a la oscuridad del establo, tanto tiempo para soltar el látigo y para aflojar la cincha, tanto tiempo para quitar la montura y la manta y colgar la montura, tanto tiempo para soltar el caballo en el corral del heno.

Oyeron que Phil entraba por la puerta trasera y que la cerraba con la misma firmeza que si fuera mediodía. Oyeron su paso veloz. Cuando la puerta se abrió, el viento sopló por el vestíbulo y silbó al pasar por debajo de la puerta del otro extremo.

La puerta de Phil se cerró. Luego, a través de la puerta cerrada del cuarto de baño, llegaron las toses y los bufidos.

Entonces George se movió debajo de las mantas y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué ocurre...?

—Será mejor que vaya a hablar con él.

—¿A hablar?

—No lo sé. Tal vez lo traté con demasiada dureza.

—¿Dureza?

—Rose, ya sabes... Él no tiene mucho. Y es mi hermano.

—Lo es. Debes ir. Lo sé.

Entonces George se vistió y entró en el dormitorio de Phil. Se quedó allí de pie. Después de un rato, sus ojos captaron el resplandor amortiguado de la cama de bronce.

—¿Phil?

La voz de Phil era como bajo la luz del día.

—¿Sí?

—Se me ocurrió venir y...

—De acuerdo. Has venido. ¿Qué tienes que decirme?

—¿Phil? Oye. No debería haber dicho lo que te dije. —Oyó el susurro leve del papel de liar. Un fósforo llameó, murió, oscuridad.

Cuando Phil dio una calada, el resplandor le inundó la cara por un momento.

—Vosotros dos podéis guardaros vuestras disculpas —dijo.

Mientras tanto, el gobernador y su esposa se acercaban a Herndon donde habían reservado una habitación de hotel para pasar la noche. Durante algunos kilómetros, el gobernador guardó silencio, considerando lo notable que era que la gente no lograra disfrutar de la compañía de otros, ni siquiera comunicarse. A él le resultaba difícil, pero admitirlo, incluso a su señora, equivalía a exponer su propia convicción de que la mayoría de la gente se reunía sólo por aburrimiento o para obtener algún beneficio. Que un gobernador honre tu mesa no era una pequeñez y él lo sabía. ¿Se suponía que su visita había sido para presentar a la nueva señora Burbank en sociedad? Pero él tenía sus propios intereses, que consistían en asegurarse los varios miles de dólares con los que los Burbank siempre contribuían a la campaña. Y ahora... ¿Qué sentía? Una actitud defensiva respecto de la esposa de Burbank.

—Quién diría que George Burbank se casaría con una mujer tan bonita.

—¿Puedes encenderme este cigarrillo? —le pidió su señora—. No es tan atractiva. Qué viento hay en el coche. No, supongo que sí lo es, pero tiene

miedo, y fingía que estaba acostumbrada a los cócteles. Que finalmente la afectaron.

—No lo noté.

—Para que lo notaras habría hecho falta que se cayera de cabeza. Tú no querías notarlo.

—Y, hablando de notar, ¿notaste el arreglo floral en la mesa auxiliar?

—Si puedes llamarlo así.

—Bueno, ¿qué te pareció?

—Me pareció... ingenioso. Pedía a gritos algún comentario.

—Bueno, tú no lo hiciste.

—Se suponía que lo harías tú. Ninguna mujer quiere que otra mujer diga que es ingeniosa. Es como decir que es depredadora.

—No me parece que ella quisiera ser ingeniosa, para nada.

—Ah, ¿no?

Se quedaron en silencio. A veces veían a la izquierda o a la derecha las solitarias luces de las haciendas. Justo cuando entraban en Herndon, su señora dijo exactamente lo que el gobernador temía que dijera. Expresó en voz alta ese doloroso pensamiento que él venía contemplando.

—... durar mucho —estaba diciendo ella. Un automóvil que disminuyó la velocidad de repente más adelante le dio al gobernador una oportunidad para aplicar los frenos, para ocuparse de ello y, de esa manera, fingir que no la había oído. Pero eso no le iba a proporcionar ningún refugio, porque sabía que ella sabía que él siempre escuchaba y siempre oía.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que me parece que ella ya ha fracasado.

—Tú siempre eres rápida para ver el fracaso, ¿no?

—Y luego, justo antes de que entráramos en el vehículo, ella dijo una cosa de lo más extraña. Dijo: «Han sido muy amables».

—Bueno, y qué demonios tiene eso de malo.

Ella se giró y le sonrió.

—No te pongas tan nervioso. Y me gustaría otro cigarrillo.

Un perro salió de las sombras y el gobernador estuvo a punto de arrollarlo.

—Maldita sea —dijo en voz baja—. Fumas demasiado.

IX

Los días eran suaves, el sol siempre se movía hacia el norte; algunos terneros se congelaron antes de poder erguirse y mamar; algunos nacieron deformes ese año, con las columnas vertebrales congeladas formando la letra S o con cascos tan torcidos que para caminar los apoyaban de lado; esa primavera, algunos terneros nacieron muertos. Demasiado poco para las urracas que observaban cada parto con los ojos brillantes y las cabezas inclinadas a un lado. Demasiado poco, también, para los coyotes macilentos que merodeaban cerca de los sauces que florecían con la primavera.

La nieve empezaba a derretirse por encima de la línea de la vegetación, las campanillas brotaban de su aterciopelado follaje entre la artemisa, unos pájaros pequeños hurgaban el suelo buscando dónde anidar. Empezaba la hierra: tres mil terneros. Phil había castrado mil quinientos, maravillándose de que ese cuchillo que tenía en las manos, cuyo filo para castrar se había gastado después de haberlo afilado cien veces, hubiera despojado de su sexo a mil quinientos terneros machos. Y había habido otro cuchillo antes de este y otro antes de ese otro. Cuando el último ternero consiguió incorporarse y se fue trotando, aturdido y separando las patas del dolor, para unirse a la manada, Phil miró el sol que se hundía rápido en el oeste; había tantos berreos en el corral que uno ni siquiera podía oír sus propios pensamientos, tanto polvo que uno se ahogaba. ¿Quién no estaría cansado después de una semana de hierra? Limpió la poca sangre de la hoja en la pernera del pantalón y luego cerró el cuchillo. De algún modo se cortó el pulgar y empezó a manar un poco de sangre. Buscó la bandana que guardaba en el bolsillo trasero.

¡Hijo de puta!, dijo. ¡Castras mil quinientos animales y cuando terminas te cortas el pulgar! Pero él siempre se curaba rápido. Sonrió.

—Bien, Gordito. Supongo que hemos acabado. —Se puso de pie y pateó tierra sobre las ascuas.

George terminó de enrollar la cuerda, se acercó a la montura y la ató a la perilla.

—Supongo que tienes razón —dijo. Los perros yacían con el hocico entre las patas delante del corral, descansando pero vigilando, ya no interesados en testículos. Dos vaqueros jóvenes que habían forcejeado con terneros enfundaron sus cuerpos sudorosos en sus camisas de cambray.

—Sí —dijo Phil—. Hemos acabado.

* * *

El día que Peter volvió a la hacienda de Herndon, los hombres estaban trasladando ganado al bosque, vacas y terneros cuyas nuevas marcas ya empezaban a pelarse; las hojas nuevas de la artemisa, magulladas por los cascos del ganado, soltaban un olor fuerte. Más adelante, las montañas se veían amplias y frescas.

Gran parte del terreno llano por el que trasladaban el ganado había sido ocupado por agricultores de secano y unas oxidadas alambradas de espino bloqueaban el sendero original hacia las montañas; aquí y allí, la manada tenía que avanzar en zigzag para atravesarlas; eso siempre irritaba a Phil. Aquellos agricultores eran extranjeros, en su mayoría, finlandeses y suecos, y similares, y a él no le caían muy bien los extranjeros y mucho menos los granjeros. Las cabañas de troncos o tablas de madera cubiertas de cartón alquitranado, sus inútiles intentos de plantar árboles de sombra en esa tierra hostil y alcalina, la ropa que usaban —los grandes monos y los zapatos rotos—, las esposas que cultivaban y pasaban la azada junto a ellos, todas esas cosas le recordaban a Phil que los tiempos estaban cambiando.

—Esos hijoputas ni siquiera saben hablar estadounidense —le dijo Phil al vaquero joven que cabalgaba a su lado. Phil era un ferviente patriota—. Hace veinte años no había ninguna puta alambrada en todo el campo. No como en los tiempos de los que te conté, cuando Bronco Henry estaba vivito y coleando.

La manada tuvo que volver a cambiar de sentido antes de avanzar recto hasta la reserva forestal. Muchos de los agricultores de secano habían fracasado —la mayoría—, puesto que nunca había lluvia en cantidad suficiente, sus plegarias no se atendían y el agua de los arroyos pertenecía a

los ganaderos. A Phil le complacía ver las cabañas abandonadas, refugio de murciélagos y ratones. Después de que las puertas se combaran y se derrumbaran, soltándose de las secas bisagras de cuero, los caballos silvestres las empujaban para entrar y guarecerse del sol; de todas maneras, seguía habiendo alambradas que te desviaban de tu camino hasta que te hartabas y te cansabas tanto que las arrancabas, las enrollabas y las tirabas entre los arbustos.

—Seguro que eran buenos tiempos —dijo el vaquero joven.

—Ni que lo digas —gruñó Phil.

Un poco más adelante, una vaca en celo se trepó al lomo de otra vaca para manifestar su necesidad y entonces la ancha contextura de un toro se abrió paso entre la manada hacia ella. Cuando la primera vaca se bajó de la segunda, el toro llegó a su lado y la olfateó. Ella, tímida, corrió unos metros, pero él la siguió rápidamente, la montó, la ensartó y luego se encorvó sobre ella, que tambaleó bajo ese peso inmenso hasta que él, saciado, le permitió salirse de debajo y alejarse, jorobada, al trote.

A veces, Phil elegía no prestar atención a esas cosas. A veces no. En ese momento, observó que el joven vaquero que tenía a su lado había separado los labios.

—No te preocupes —dijo Phil—. En poco tiempo estarás en el pueblo.

El joven se sonrojó.

Phil sonrió para sus adentros. Según creía, no pensaban en otra cosa, ¿y qué ganaban con ello? Perdían dinero, pillaban alguna enfermedad o terminaban enganchados a una mujerzuela de Herndon que los engañaba cuando ellos no estaban en casa. Y eso era todo. Lo desconcertaba cómo la gente podía llegar a arruinarse la vida para follar, su propia vida y la de todos los demás. La cuestión era que George no era más listo que ese mequetrefe que tenía a su lado. Se había enganchado y ahora tendrían un hijastro en la hacienda.

—No —le dijo Phil al joven—. Aquella época era maravillosa.

Tenía ganas de romper algo.

Rose se marchó a Herndon en el Reo poco después de que los hombres empezaran a transportar el ganado hacia las montañas y comenzó a preocuparse de inmediato. A su edad, no podía aceptar el silencio de Phil,

su desagrado, como si sólo fuera otro aspecto curioso de la vida. No había duda de que en muchas familias había algunos que no hablaban con otros. Pero había que vivir para saberlo, envejecer lo suficiente como para no esperar mucho, ser lo suficientemente adulto como para aceptar lo desagradable, sumar las cosas y encontrar un equilibrio.

¿Pero estaría Peter listo para soportarlo? ¿Cómo haría para tolerar el desprecio y el silencio? ¿Debería ella prevenirlo para que se preparara? ¿Qué madre no quiere que su hijo vea que la respetan? ¿Qué madre no quiere ahorrarles a los pequeños el caos que los adultos han aprendido a gestionar?

Llegó a Herndon poco antes del mediodía; el volante del viejo Reo tenía una altura y un grado de inclinación que la incomodaban; le costaba decidir si deseaba que la vieran —como la señora Burbank— estirándose para ver por encima o agachándose para ver por debajo del volante. Ya había cien aspersores activados en cien céspedes, creando una bruma que reflejaba el arcoíris; la bandera colgaba flácida en lo alto del mástil delante del tribunal; un perro olisqueaba la base del mástil; en la escalinata del edificio había un grupo de hombres que hablaban, con las caras al sol, pero cuando ella pasó se giraron para observarla. El sol se reflejó en las ventanas acristaladas del garaje de la Ford, donde unos hombres rodeaban un coche nuevo. En la ventana de una tienda de comestibles un dependiente construía pirámides de naranjas. Allí la atendieron, pero incluso en ese sitio se sentía una impostora, una niña jugando a ser adulta, jugando a ser la señora Burbank.

Peter ya estaba listo y esperando. El agua que había usado para arreglarse el pelo ya se había secado. Tenía los zapatos lustrados y llevaba puesta una corbata.

—No comes bastante —le dijo ella.

—Sí como bastante —sonrió él.

—Pues tienes las caderas tan estrechas que no entiendo cómo no se te caen los pantalones. En serio.

—Vamos, no te preocupes —dijo él—. Estoy igual que siempre.

Los libros de su padre. Cuando lo siguió a la planta superior para dirigirse a esa habitación que se veía como si nadie hubiera vivido en ella jamás, sintió un pavor que no podía describir ni cuya fuente podía adivinar. ¿Sería por el aspecto intacto de la habitación? Ese chico tendría que haberla

desordenado alguna vez, sin duda. ¿Sería por los libros de su padre? Eran un doloroso recuerdo de Johnny y de su convicción de que era un fracasado.

Antes, a Rose le enorgullecía la pulcritud de Peter; ahora la veía como una amenaza para él. Notaba constantemente su ligero ceceo y eso le producía naúseas. Eso y la pulcritud provocarían de inmediato el desprecio de Phil, y Rose se dio cuenta de que existía la posibilidad de que el chico se sintiera tan desgraciado que quisiera regresar a la habitación muerta de Herndon.

—Estás más alto, además —dijo—. Te vendría bien pesar mucho más.

Si, finalmente, él regresaba a Herndon, habría habladurías en el pueblo, desde luego. Olerían el principio del fin. ¡Era impresionante cómo la gente percibía el principio del fin! Pero ella sabía que prestar atención a las habladurías no servía de nada; y, si él era más feliz en esa habitación muerta, con el tablero de ajedrez, los libros y la calavera, pues bueno...

Si él era más feliz en esa habitación hasta el momento de... ¿Hasta el momento de qué? Su incapacidad de prever el futuro la dejaba con los sedimentos de la misma sensación que había tenido cuando los hombres que estaban en la escalinata del tribunal se giraron para mirarla; no sabía quién era y adónde iba.

—¿Has pensado —dijo— en dejar tus libros aquí durante el verano?

—¿Dejarlos aquí? —preguntó Peter—. ¿Por qué iba a dejarlos aquí?

—Es que son tantos. —Y, en efecto, lo eran. La *Britannica.* Una enciclopedia médica completa, en volúmenes inmensos, pesados y mohosos que Johnny había comprado de segunda mano. Libros sobre carne y libros sobre hueso.

—Lo he pensado —murmuró Peter—. Pero lo entiendes, ¿no? ¿Lo entiendes?

—Oh, yo creía que..., vaya, claro que lo entiendo.

—Y en el viaje a la hacienda —dijo él—, cuéntame sobre la cena que habéis tenido con el gobernador. No me has hablado mucho de ello.

Delante de cada una de las dos camas de bronce de la habitación de Phil había una estantería similar, con puertas de cristal, una de Phil y otra de George, que habían estado allí desde siempre. La de George no se había

abierto en años, puesto que sólo contenía pilas de ejemplares de *St. Nicholas Magazine* y *American Boy;* no se había abierto desde que George se había pasado al *Saturday Evening Post.* Phil solía pensar que esa estantería era un microcosmos de la vida de George. La vida de George era, en gran medida, lo que él leía. Tenía muy pocas opiniones propias.

La estantería de Phil no contenía ni libros ni revistas, sino que hacía las veces de exhibidor de los objetos que, con los años, habían atraído su interés. Detrás del cristal se veían las puntas de flecha que había encontrado, montadas sobre una tabla que primero había cubierto de fieltro verde. Esa disposición era, en sí misma, una obra maestra; el tamaño y el material de cada flecha estaban en armonía con la que estaba en el lado opuesto del abanico que formaban. Había colocado una de las mejores en el asta de una flecha, exactamente como hacían los indios. También había fósiles de trilobites y helechos montados sobre arenisca, reliquias de los días en que el campo estaba cubierto por aguas antiguas. Se veía la calavera de un lobo, una garduña que él había atrapado, matado, despellejado, disecado y montado de manera realista, con el sinuoso cuerpo en actitud alerta sobre un pequeño tronco. Cada objeto reflejaba alguna faceta de sus dotes y talentos, su asombrosa capacidad para captar lo que a otros se les pasaba por alto, su monumental paciencia. Sobre un estante había rocas, cristales de agua, ágatas, y un cuarzo que tenía la forma de un puño e incrustaciones de oro.

Era habitual que Phil sonriera cuando pensaba en el cuarzo. Unos años atrás, un amigo del Viejo Caballero, que era ingeniero de minas, vino de Salt Lake a pasar unos días. El tipo cogió el cuarzo entre las manos y los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas.

—¿De dónde demonios lo has cogido? —le preguntó a Phil.

—De ahí atrás —le dijo Phil—. Por las colinas.

—¿Has hecho tasar esta pieza?

—Caramba, no —dijo Phil—. Vaya, ¿debería? —Pero ¿por qué debería hacerlo? Él ya sabía cuál era su valor.

—¿Has buscado la veta de donde salió este espécimen? —le preguntó aquel tipo. A Phil le hacía gracia ver cómo trataba de controlar su entusiasmo.

—Oh —respondió—. La vi hace unos años y traté de volver a buscar el sitio. Pero no lo conseguí.

—¿Dices que ahí atrás?

—Lo único que recuerdo —respondió Phil inocentemente— es que era por el arroyo de Black Tail, no lejos de un manantial que termina en un arroyo. ¿A usted le parece valioso? —Y Phil levantó sus ojos azul cielo.

—Bueno —dijo el visitante—, ahora que lo he mirado bien, supongo que no especialmente.

Entonces, Phil aguardó. Aguardar se le daba bien. No se sorprendió cuando el verano siguiente una comitiva se dirigió al arroyo de Black Tail. Cogió los binoculares de la parte superior de la estantería y miró por la ventana cómo aquel tipo que se hacía llamar amigo del Viejo Caballero y algunos de sus compinches advenedizos se llenaban de ampollas sus bonitas manos cogiendo picos y palas, buscando algo que no estaba allí. Phil sabía dónde se encontraba la veta, por supuesto. A casi cuarenta kilómetros de donde husmeaba el amigo del Viejo Caballero. Cómo despreciaba a la gente que se humillaba por dinero.

Justo antes de que el tipo y su comitiva se dieran por vencidos y retiraran sus apuestas, Phil cogió su alazán y cabalgó hasta allí. Le complació mucho oír cómo aquel tipo trataba de explicarse, con la cara roja como una remolacha.

—Se me ocurrió que tal vez podría encontrar un poco de ese cuarzo —dijo—. Quedaría bien en el museo de mi ciudad.

—Bueno —respondió Phil—. Diviértase. ¿Irá a visitar al Viejo Caballero? —Condenados tontos.

Ahora, imaginemos cómo se sintió Phil cuando entró en su habitación esa tarde de junio. Se paró en seco, puesto que algo andaba mal. Algo se había movido y, en efecto, era la estantería de George. No sólo la habían movido, sino que ya no estaba. El hirsuto polvo gris de años yacía en el suelo justo en el punto en que habían levantado el mueble y en el polvo, grueso como un fieltro, había dos canicas como las que usaban los chavales para jugar. Cuando las vio, formó una especie de puño con la mano, como si estuviera jugando a las canicas otra vez. Había sido un experto.

¡Bueno! Phil marchó a paso vivo por el pasillo hasta la sala y pronunció cuatro de las pocas palabras que le había dirigido a la mujer de su hermano.

—¿Has visto a George?

Ella se tocó la garganta.

—Vaya... Creo que está en el garaje.

George había levantado el capó del viejo Reo y estaba hurgando, inclinado sobre el guardabarros; sin enderezarse, volvió la cabeza cuando oyó los pasos de Phil.

—¿Qué hay?

—¿Qué se ha hecho de la estantería? —dijo Phil.

—¿Qué estantería?

—Ya sabes. Tu estantería.

—Oh —dijo George—. Durante un momento no sabía de qué hablabas. Le dije al hijo de Rose que la cogiera. La necesita para los libros de su padre.

¡Los libros de su padre!

—Yo había pensado —dijo Phil— en trabajarla para fabricar un estuche de rifle.

—Supongo que así se le dará un buen uso —respondió George y volvió a inclinarse encima del guardabarros del viejo Reo.

¡Los libros de su padre! Phil se quedó en medio de la habitación, miró las canicas, las cogió y se las metió en el bolsillo. ¡Qué raro que la señorita Nancy no las cogiera también!

La señorita Nancy era la manera en que Phil se refería a Peter cuando hablaba sobre él con los hombres de la barraca. Todos se reían y lo llamaban de la misma manera entre ellos, lo miraban pasearse solo por la ladera de la colina de la artemisa, explorando, acostumbrándose al largo largo verano. ¿Por qué no iban a reírse de él? No se parecía en nada a un chaval de hacienda; era remilgado y ceceaba. En el desayuno, los hombres se guiñaban un ojo.

* * *

Phil sabía que, si cortas la rama de un sauce viejo y la entierras en suelo húmedo, brota otro sauce; echan raíces de inmediato y se extienden. Cuando él y George eran unos jovenzuelos robaron unos pedazos de madera y construyeron una cabaña secreta en la parte de atrás, donde podían fumar y esconderse de los viejos y de todos los demás; era tan pequeña que había medio que agacharse. Habían puesto sauces alrededor. Entonces, cuando salían de la poza donde nadaban, que estaba en un codo del río donde el agua se movía lentamente y cuya superficie seguía reflejando un cielo perfecto, cuando salían y se secaban bajo el sol que entraba por el claro entre los sauces, podían agacharse para entrar en la cabaña y quedarse allí a fumar o mascar y leer esas revistas que le habrían causado un infarto a la Vieja Dama y que tenían algunas cosas bastante fuertes. Debían de tener alrededor de doce y catorce años en esa época. Después del primer año, George se desinteresó (se desinteresaba con facilidad) y solo Phil iba a nadar allí, a veces extrañamente conmovido por su reflejo desnudo.

Mucho mucho después, los sauces que habían plantado crecieron hasta la cabaña y la rodearon, la escondieron, la invadieron, bloquearon la puerta, cubrieron las ventanas con su entramado y, finalmente, entraron por el suelo y salieron por algunos puntos del techo. En poco tiempo ya no se podía decir qué era sauce y qué era cabaña, puesto que poco a poco la madera se pudrió y alimentó a los sauces que se retorcieron y se hicieron más gruesos; nadie en el mundo, excepto él y George —y en una época otra persona— sabían de la existencia de la cabaña, e incluso si uno se acercaba había que esforzarse para distinguir en su oscura silueta lo que quedaba del techo y de las paredes. Era una última prueba de la infancia, como esas canicas encontradas en el polvo: un altar secreto.

La entrada misma se había convertido, en efecto, en una arboleda sagrada y la poza para nadar en un lugar de abluciones; sólo allí él exponía y bañaba su cuerpo. Era un sitio valiosísimo y jamás debía ser profanado por la presencia de ningún otro ser humano. Por suerte, sólo era posible acercarse a través de un único pasaje entre los sauces, tan tupidos que había que agacharse y arrastrarse. Era el único sitio que le pertenecía exclusivamente a Phil de todo el mundo. No era mucho pedir, ¿verdad? Incluso ahora, de adulto, siempre tenía una sensación de inocencia y pureza cuando salía de

allí; la breve comunión que tenía lugar consigo mismo en ese sitio le hacía aligerar el paso y silbar con la alegría de un niño.

Imaginemos, entonces, su indignación aquel verano en que él estaba desnudo junto al arroyo, preparándose para entrar y lavarse, cuando oyó un crujido que no era el de una urraca ni el de un conejo de cola de algodón y se giró y vio a la señorita Nancy. El chaval se encontraba en una postura tan delicada como la de un ciervo y tenía los ojos igual de inmensos y, cuando Phil se volvió hacia él, corrió como lo haría un ciervo, internándose de un salto en los arbustos protectores. Phil apenas tuvo tiempo de agacharse, coger su camisa y cubrir su desnudez. Así, de pie, observó el sitio donde había estado el chico, el hueco irregular que había dejado en la atmósfera, el desagradable vacío. La impresión se volvió ira y su voz resonó con claridad por encima del arroyo.

—Fuera de aquí —exclamó—. Fuera de aquí, pequeño hijoputa.

X

Cuando echaron de sus tierras a los últimos indios y los mandaron a la reserva, el Gobierno dejó de fingir que creía en los tratados. La tierra se había vuelto demasiado valiosa para seguir con las negociaciones, ya no había ninguna razón para temer actos de violencia por parte de los indios y sí había todas las razones para temer la ira de los votantes blancos. Esos últimos indios rezagados que se marcharon desordenadamente en sus carruajes destartalados o a lomo de ponis viejos y maltrechos eran los que Johnny Gordon había visto desde el asiento elevado de su viejo coche a motor modelo T y sus pensamientos los acompañaron hasta las llanuras abrasadas por el sol del sur de Idaho, donde en invierno aullaba el viento y el suelo se agrietaba con la escarcha. Pocos árboles crecían en una tierra tan árida, tan ácida, y el agua potable de los pozos cercanos a la superficie apestaba a sulfuro.

El agente indio vivía en una casa de madera pulcra y pintada de blanco y cumplía escrupulosamente la tarea de izar y bajar la bandera estadounidense a la hora correspondiente. Le gustaba permitirles a sus hijos limpios y de ojos luminosos que lo ayudaran y ellos habían aprendido que jamás tenían que dejar que una tormenta arrancara la bandera ni que esta tocara el suelo.

El agente no era un mal tipo, pero, para evitar que se presentaran funcionarios del Ministerio del Interior, le parecía adecuado hacer cumplir en ocasiones las reglas de la reserva.

No se podían vender ni consumir bebidas alcohólicas. Todo el mundo sabe que los indios no toleran la bebida como los blancos.

No se podía salir de la reserva sin un permiso. No había que molestar a los blancos con indios errantes. Los permisos sólo se otorgaban por alguna razón urgente. Como los indios no tenían dónde ir ni amigos que los alojaran, ese tema surgía en contadas ocasiones.

Nada de armas de fuego. No había necesidad de armas de fuego. Una vez que los indios se instalaron en la reserva, toda la carne se repartía en la tienda del Gobierno.

Pero Edward Nappo tenía un arma, un rifle del calibre veintidós que había pertenecido a su padre, era la última cosa que su padre había poseído y no se había quemado, como dicta la costumbre, a su muerte. El pequeño rifle estaba apoyado en un rincón del cobertizo donde dormían las vacas; no era gran cosa como arma, pero sí era bastante precisa y había pertenecido a su padre. Su padre, el jefe.

A esa altura, Edward ya sería jefe, si no hubieran venido a la reserva y, aun así, en ocasiones pensaba en sí mismo como tal, cuando se ponía a soñar y, soñando, le hablaba a su hijo de la tierra que había conocido de niño, esa tierra que el muchacho jamás había visto, puesto que Jennie, su madre, estaba embarazada en el lento carruaje que los trajo al sur.

Era una mujer sensata que curtía los cueros de ciervo que los cazadores blancos dejaban en la tienda y fabricaba guantes y mocasines. Cuando Edward le contaba historias al niño, a veces ella se levantaba, los dejaba solos y se marchaba al cobertizo donde vivían el caballo y la vaca. «¿Por qué le cuenta esos cuentos? —se preguntaba, furiosa—. ¿Por qué quiere entristecerlo?»

Pero Edward sabía que el niño necesitaba historias, alimento para crecer, hilo para tejer sueños, y a veces la propia Jennie las escuchaba y no se marchaba al cobertizo de la vaca.

Él le contaba a su hijito la verdad tal cual se la había contado su padre, que el trueno eran los golpes de los cascos del búfalo en el suelo y que el relámpago era el brillo de sus ojos.

—¿El búfalo?

—Tú no lo recuerdas, pero tu abuelo sí lo recordaba. Lo conocía. Y yo lo recuerdo.

—Yo lo recuerdo —decía el niñito, abriendo mucho los ojos. A veces no hay que conocer algo para recordarlo.

—Historias de locos y salvajes —decía Jennie.

—Pero has visto lo bien que duerme después —señalaba Edward Nappo.

—Duerme —susurraba Jennie—. Y sueña.

Cuando el muchacho tenía doce años hubo un invierno largo y terrible; unas ventiscas que arrastraban nieve dura y seca barrían la tierra desde el norte y a veces las temperaturas llegaban a cuarenta bajo cero. Algunos indios que estaban bastante fuertes en el otoño murieron, las noches refulgían con las piras funerarias, resonaban con los lamentos amortiguados de las mujeres que cantaban; la nieve se arremolinaba en torno a la cabaña cubierta con cartón alquitranado.

Entonces, ay, la vaca se enfermó. Jennie le improvisó un abrigo con una manta vieja y, durante la enfermedad de la vaca, Edward y el muchacho se ocuparon de preparar y alimentar un fuego en un rincón del cobertizo y el humo que se escapaba poco a poco a través de un agujero les dejaba los ojos llorosos. Mientras esperaban, mantenían las esperanzas y oraban, Edward le contaba más historias de la tierra del norte, la tierra del verano, con prados rebosantes de altramuces color granate que se agitaban y se hinchaban en la brisa como si fueran agua; le hablaba de los acuosos píos que lanzaban los chorlitejos colirrojos al atardecer, de las oscuras nubes de tormenta que se erguían sobre las montañas y se arrastraban como osos pardos en el cielo, cargadas de agua.

—En esa época era tierra de indios y tu abuelo era el jefe.

El muchacho se frotó el anillo mágico que le había dado su padre, hecho con un clavo de herradura.

—Podríamos fugarnos.

Edward Nappo sonrió, pensando en lo que diría Jennie sobre fugarse, esa mujer práctica. No puedes huir muy rápido ni llegar muy lejos con una vaca enferma, diría.

—Esa tierra ya no es de los indios.

—Podríamos echar un vistazo. Eso estaría bien, para el hijo de un jefe.

Edward puso otro leño de álamo en el fuego. Se giró, y dijo:

—Eso crees, ¿verdad? —Se apartó del fuego y volvió a ponerse de cuclillas, proyectando una gran sombra en la pared—. Te diré una cosa. Si la vaca sobrevive...

Y la vaca sobrevivió.

—Es una locura —dijo Jennie—. Esa tierra ya no existe.

—Pero el chico podría verla. Ver el sitio donde su abuelo fue jefe, ver su tumba.

Jennie siguió trabajando los cueros de ciervos, amasándolos con sus fuertes manos, haciéndolos maleables para guantes y mocasines. Sus ojos ya no le servían tanto para el exigente trabajo de tejer cuentas en la piel, le escocían por el humo, y las gafas con montura de metal que había comprado en la tienda no le servían de mucho. Bueno, tal vez un poco.

—Estás loco y el chico está loco.

Pero cuando llegó el verano, él volvió a mencionar el trato que había hecho consigo mismo y con el muchacho si la vaca sobrevivía y ella les preparó comida, alubias en lata, carne en lata de Argentina y grandes galletas saladas para mojar en el jugo. Como hijo del jefe, Edward Nappo no se sintió obligado a informar de sus planes al agente indio y, de todas maneras, aquel hombre podría crearles problemas; por lo tanto, se marcharon una mañana antes del alba. Oyeron el vuelo rasante de un atajacaminos en la oscuridad; un perro flaco ladró sin entusiasmo.

Como el caballo era viejo, caminaron hasta que a la distancia el polvo anunció que se acercaba un automóvil; a partir de ese momento, a Edward le pareció adecuado viajar en el carruaje, por mucho que las ruedas se movieran en los ejes desgastados. El chico arrojó a la caja del carro los zapatos que usaba para la escuela; tenía el peto gastado por haberlo lavado muchas veces con fuerza y le quedaba demasiado suelto para su complexión delgada. La gorra grande, aunque tenía el interior ingeniosamente acolchado con periódicos, le caía sobre los ojos.

Edward se sentía muy bien con su camisa a cuadros; tenía puesto su sombrero negro de vaquero, sin ningún doblez, lo que hacía que la parte superior se elevara.

A medida que se acercaban al norte, el campo se veía extraño, pero Edward pensó que tal vez nunca lo había mirado de cerca hasta ese momento. En el viaje de ida no se había preocupado por ello. Cuando el chico llevaba mucho tiempo en silencio, dijo:

—No te preocupes por tu madre. Estará ocupada y tiene que cuidar a la vaca.

El chico avanzaba lento, con los ojos fijos hacia delante.

—No estaba pensando en ella —dijo—, sino en las montañas.

Edward también estaba pensando en ellas, en las que había descrito tantas veces, con árboles negros apiñados en las laderas, luego la línea de la vegetación y la nieve que permanecía todo el verano. Había hablado de las sombras que proyectaban las nubes a su paso, ahogando en su oscuridad las rocas y los barrancos, y de los manantiales que brotaban entre las rocas. Al muchacho le encantaba oír que el agua era dulce y se podía beber. Edward le habló del silencio de los pinos, de los cantos descarados de los arrendajos, que sólo se conocían en esas benditas montañas.

Y estaba pensando: ¿y si el agente indio había mandado a alguien a buscarlos? Pero tenía la esperanza de haber llegado lo bastante lejos como para ver las montañas. Cada noche acampaban cerca de la carretera: en hondonadas, en depresiones, en las áreas que rodeaban los sauces, cerca de los arroyos. Elegían zonas con vegetación donde el caballo pudiera pastar. ¡Si al menos consiguieran ver esas montañas, aunque fuera sólo una vez! ¡Verlas juntos!

Una vez usaron el rifle. Edward se puso orgulloso cuando el chico derribó una marmota y se dieron un festín de guiso aromatizado con cebolla.

—No podemos gastar municiones —advirtió.

Sólo tenían una caja y la carne en lata se estaba acabando. ¡Cómo comía el chaval! Tenían un poco de dinero en una bolsa de tabaco Bull Durham y en el último momento Jennie sacó una caja de zapatos con cinco pares de guantes que había confeccionado. Edward le sonrió. La conocía. Ella trataba de justificar el viaje como una operación comercial.

—Tres pavos por los guantes —dijo con severidad—. Cinco por los de puño largo con cuentas. —Hasta ese momento él no sabía cuánto ganaba ella por los guantes. Le pareció un montón de dinero y le cruzó por la cabeza la idea de que ella tal vez estuviera ahorrando para el chaval. Era una mujer extrañamente ambiciosa.

Dudaba de tener el coraje de tratar de vender los guantes. Jamás había vendido nada; la idea de hacerlo le hacía subir la sangre a la cara como si la tocara una mano caliente. Eran las mujeres, que tenían poco orgullo y ninguna necesidad de él, las que vendían y obtenían beneficios.

Pero había que reconocérselo. Los guantes de la caja eran una especie de garantía y hacían posible que un hombre como él se sentara recto cuando pasaban los automóviles.

En la escuela india le habían enseñado al muchacho a dirigirse a su padre como «papa».

—Papa —dijo el muchacho—. La artemisa huele distinto.

—Claro. Hay agua debajo del terreno y las plantas pueden beber. —Las grises llanuras alcalinas de la reserva habían dado paso a unos prados verdes donde pastaban las vacas de rostro blanco de los hombres blancos, mansas como las de su tierra, pero mucho más gordas. —Pero espera —añadió sonriendo y mirando a lo lejos—, espera a oler la artemisa cerca de las montañas. —Y utilizó la palabra *shoshone,* que significaba «hermoso».

—Papa, ¿qué hay allí adelante?

—¿Adelante? —Caminaban para ahorrarle esfuerzo al caballo y cuando uno camina muchas veces los ojos miran el suelo—. Vaya, esas son nubes.

—No se mueven, papa.

—No hay viento. Porque no hay viento. —Una silueta se extendía en el horizonte, brillando a través de las ondas de calor que subían como llamas por la carretera polvorienta; podría haber sido una nube de tormenta de la misma clase de las que le había descrito al muchacho, esas que ascendían y perdían el equilibro por su peso.

Eran sus ojos, por supuesto. Sus ojos, como los de Jennie, estaban dañados por el humo que llenaba la choza en invierno. Y, después de esa primera punzada de desilusión por el hecho de que el chico hubiera visto las montañas primero, se sintió alegre. Era apropiado que fuera un niño el que hubiera captado esa belleza nueva en primer lugar; siempre había pensado que los jóvenes veían y los viejos hablaban. Edward sonrió. No, el agente indio no los había alcanzado y, como no lo había hecho, era poco probable que lo hiciera. Sin duda, Jennie había inventado alguna historia creíble para justificar su ausencia. Era hábil para ello. Era asombroso las historias que podía crear, casi sin apartar la mirada de su trabajo, y la gente se las creía. Su madre había tenido talento para lo mismo. A su manera, aquella vieja era buena.

Como se sentía a salvo, hizo planes.

Y, de todas maneras, una vez que llegaran a las montañas, el agente indio no podría encontrarlos.

Utilizaría el dinero que guardaba en la bolsa de tabaco Bull Durham para adquirir aparejos de pesca y púas para fabricar arpones; había salmones en el río. Pescarían y curarían el pescado con humo de sauces verdes y dulces. Tal vez volvería con pescado ahumado que le daría como regalo al agente; era una de las pocas cosas que les gustaban tanto a los indios como a los blancos.

—Deben de faltar unos tres días para llegar a las montañas —dijo y le habló al caballo.

¡Tres días exactamente! ¡Y el muchacho lo felicitó!

Pero se encontraron con una cancilla que él no recordaba.

Phil no tenía ideas románticas sobre los indios. Eso se lo dejaba a los profesores y a los turistas del Este con sus sofisticadas cámaras. Hijos de la naturaleza, ni de coña. Pura basura. En realidad, los indios eran vagos y maleantes. Habían tratado de contratar indios para que cortaran heno en el campo, pero, en cuanto a las maquinarias, no tenían la menor idea de cómo utilizarlas y era como matar moscas a cañonazos. Además, eran poco hábiles con los caballos. Cuando trataron de alojar a los indios junto a los otros hombres, en las tiendas de lona que habían montado en los prados, los hombres se quejaron del olor y eran o ellos o los indios. Los indios robaban todo lo que podían, ya fueran cabezas de ganado o pasteles directamente de la mesa de la cocina. Los que acampaban en las afueras de Herndon entraban en las tabernas de noche y rompían cosas. Con razón el Gobierno finalmente se había decidido a mandar a las llanuras todo el tinglado.

Phil se echó a reír. Cuando llegaban los turistas con sus cámaras y trataban de hacer posar a los indios, estos se ponían melindrosos y fingían creer que cada fotografía los hacía más débiles o que era su propio fantasma. Pero, creedme, tan pronto les enseñabas un poco de dinero, posaban.

Mirad sus artesanías, decían los turistas. ¡Artesanías! Y un demonio. Phil sabía más sobre sus técnicas artesanales que los profesores. Su colección de puntas de flechas y lanzas era de lo mejor que había y durante años habían tratado de llevarla al museo del Capitolio, y algún día probablemente se la

dejaría. Cuando había terminado con una cosa, había terminado. Pero en esa colección había puntas que él mismo había fabricado, utilizando exactamente las mismas herramientas que usaban los indios, con ágata y pedernal que él había encontrado, y que eran de calidad superior a las de los indios. ¡Podéis mirar sus artesanías todo lo que queráis! ¡Hijos de la naturaleza!

Se pasaban todo el tiempo mendigando, y cuando la Vieja Dama vivía en la hacienda juntaba ropa y sábanas viejas y se las daba, pero después vinieron todos sus parientes y amigos a mendigar y la Vieja Dama se tuvo que poner firme. Era imposible saber qué habría pasado si el Gobierno no los hubiera mandado a todos lejos. No eran ganaderos. No eran agricultores y no podían distinguir el trigo de la avena. Lo peor de todo era que no podían aceptar que su época había acabado, que había quedado atrás.

Phil había cabalgado hasta las laderas de la montaña, rumbo al campamento de las vacas, una pulcra cabaña cerca de una fuente, un lugar bonito, un corral pequeño y agradable. Estaban probando a un vaquero nuevo, un tipo cuya función sería vigilar a las vacas en la pradera desde su caballo, y Phil había planeado llegar a media mañana para ver si el joven ya había salido del saco de dormir y estaba trabajando, evitando que el ganado se desviara y cruzara la frontera del estado. Muchos de estos tipos jóvenes se ocultan donde no puedes verlos y se ponen a leer revistas y a holgazanear, incluso son capaces de invitar a sus amigos a compartir una botella de alcohol y, antes de que te des cuenta, tienes vacas hasta en el infierno.

Phil se acercó furtivamente, sin que se lo pudiera ver desde la ventana de la cabaña, ató el caballo a un madero y luego caminó a hurtadillas. ¡Sin romper ninguna ramita! Entró en la cabaña de repente.

Había un calendario en la pared con una mujer acicalada, correspondiente al mes de septiembre del otoño pasado. La lluvia se había filtrado y lo había dejado con manchas.

Hmmm.

Phil se acercó y tocó la cocina. Ni siquiera estaba caliente. Fría. Los platos estaban lavados y guardados, la cafetera de hierro esmaltado estaba lavada y colocada en posición invertida en la parte trasera de la cocina.

Hmmm.

La mesa vacía, salvo por un bloc de papel barato, con la portada doblada debajo y una carta que alguien había empezado a escribir con lápiz oscuro en la primera página, con la caligrafía apretada e insegura de un niño o un tarado, difícil de asegurar cuál de las dos cosas.

Kerida mama,

Cojí una lanterna para ecribirte. Deja ke te diga, má, ser vaquero es lo maximo.

Prácticamente la única palabra que podía deletrear correctamente era lo que él era, un vaquero. Veréis, es así. Ya no consideraban que «ser vaquero» fuera un trabajo, el trabajo de un hombre, como en los tiempos de Bronco Henry. Era puro teatro, como lo que veían en las películas, y eso explicaba las cabezadas y espuelas con engarces de plata que los hacía estar siempre arruinados, como también los discos de canciones de vaqueros que compraban en Monkey Ward y escuchaban en sus fonógrafos. Ya no sabían qué diablos eran, no sabían distinguir entre los sueños y la vida real, y con razón había que coger el caballo y vigilarlos, porque en una ocasión, en plena mañana, había encontrado a uno de esos que se hacían llamar vaqueros en la cabaña, pensando en las musarañas y escuchando discos, mientras el ganado se había dispersado por todos lados. Tal vez había sido su sombra inesperada contra el sol lo que había hecho que el chaval levantara la mirada y dejara de soñar sobre lo que significaba ser un vaquero; durante unos segundos, la voz nasal de la bocina del fonógrafo siguió gimiendo sobre ser un trotamundos o una basura semejante y luego el chaval extendió la mano y apagó el aparato.

Era un bocazas. «Estuve cabalgando toda la noche». Siempre tenía alguna excusa. Si de algo puedes estar seguro es de que todos tienen alguna excusa.

—Bueno, te diré una cosa —repuso Phil en voz baja—. Coge tu ropa, métela en tu viejo bolso y vete por donde has venido.

Septiembre del año pasado.

Y ahora ya era otro año.

Deja ke te diga, má, ser vaquero es lo maximo.

Eso estaba por verse. Pero la cuestión era que el chaval estaba fuera, la cocina fría y tal vez sólo necesitara un poco de tiempo, porque, por el amor

de Dios, ¡no todos podían ser unos inútiles! Phil se desperezó, se quedó bajo el marco de la puerta, contempló el valle y escuchó cómo la fuente interpretaba una alegre tonada al chocar contra las rocas. Luego se acercó al madero para coger su caballo de montar, dio la vuelta y cabalgó hasta la nueva alambrada que separaba el bosque de los terrenos públicos. El *bozke,* como lo llamaba Phil. «El *bozke...»*

Descendió de su cabalgadura para abrir la cancilla, una cancilla puesta allí por el Gobierno, uno de cuyos postes estaba insertado en un bloque de hormigón, y todo ese tinglado era tan pesado que harían falta cuatro caballos para moverlo, más cancilla de la que jamás se había visto, pero así era el Gobierno, y era uno el imbécil que pagaba por ello. ¡Una cancilla como esa en la entrada de una simple alambrada de espino! Se preguntó cuántos trámites habría tenido que hacer algún burócrata de baja estofa hasta que finalmente lograron emitir una solicitud para diseñar esa cancilla, cuánto habría malgastado en tiempo, dinero y material algún ingeniero de poca monta para aparecerse con esa monstruosidad, esa empalizada. La cancilla estaba sujeta con una cadena de arrastre de una extensión más que adecuada, otra extravagancia gubernamental, pequeña en sí misma, pero que, multiplicada por mil, les daba argumentos a los bolcheviques, sindicalistas y esa clase de locos. Y, por Dios, como si eso fuera poco, Phil se pellizcó el dedo en esa cadena, no lo suficiente para cortarse la piel y sangrar. Sólo una ampolla de sangre.

Se volvió, alertado por un sonido. Algo extraño. Al final de la hondonada vio una especie de carro de un solo caballo, como una carreta. Distinguió un sombrero negro y, por lo que sabía, los únicos que usaban sombreros negros eran los indios.

—Siéntate bien y recto —le dijo Edward al muchacho, pero no hacía falta. Él se sentaba recto, como era de esperar del nieto de un jefe a punto de parlamentar con un hombre blanco. Tenía la columna vertebral rígida. Se puso la gorra más arriba, apartándosela de la frente. Edward golpeó su sombrero negro para quitarle el polvo y lo acarició con la palma de la mano, como si estuviera lustrándolo.

Habían caminado. Cuando vieron al hombre de pie junto a la gran cancilla, se subieron a la carreta. El desconocido los siguió con la mirada durante al menos veinte minutos.

—¿Por qué se queda allí? —preguntó el pequeño.

—Bueno, tal vez quiera ver quiénes somos.

—¿Le hablarás de tu padre?

—Sí, puedo hablarle de eso.

—Entonces tendrá que dejarnos pasar.

A Edward ya no le importaba. Cuando te llevan a una reserva y te venden pan mohoso y no puedes tener un arma, no hay mucho más que puedas hacer. Ahora su única esperanza era que el niño siguiera creyendo que en estas tierras seguía honrándose su nombre, un nombre mágico, que abría puertas. ¿O Jennie tenía razón cuando le advertía de que no debía contar cuentos?

Pero era cierto que había, en esas tierras, algunos hombres blancos que defendían a los indios, que llevaban los problemas de los indios como si fueran propios a la capital de los Estados Unidos de América, lejos, en el Este, donde no había estado ningún indio que Edward conociera. Hubo blancos en el funeral de su padre, blancos en puestos de honor, observando cómo quemaban las mantas de su padre, los mocasines, el penacho, la cabezada, el wickiup.

¿Este hombre sería uno de ellos?

Edward tiró de las riendas del viejo caballo, con elegancia, como si estuviera refrenando un hambletonian.

—Cómo está —dijo, y sonrió. Le pasó las riendas al muchacho y descendió con rigidez.

Phil no respondió.

Edward recorrió los prados con la mirada.

—Aún no llueve —dijo, y se acercó a la gran cancilla.

Phil se aclaró la garganta.

Edward puso las manos sobre la cadena de arrastre.

Phil habló con voz tranquila.

—¿Adónde demonios crees que vas?

Entonces Phil se interpuso entre Edward y la cancilla.

Edward se volvió hacia el niñito que estaba rígido y recto, con el mentón levantado, tanto para impedir que la gorra se le cayera como por orgullo.

—Mi hijo y yo pensábamos acampar un corto tiempo. Ese es mi hijo.

Phil no se molestó en mirar al muchacho. Sacó una bolsa de tabaco y —como decía siempre— «se confeccionó» un cigarrillo con una mano.

—... Mi hijo —terminó de decir Edward.

La voz del niño era aguda y clara.

—Mi abuelo era el jefe.

Phil encendió el cigarrillo, sopló la cerilla, la partió en dos y apretó el extremo carbonizado con los dedos, hasta enfriarlo. Inhaló humo.

—Tiene razón —dijo Edward.

Phil seguía interponiéndose entre Edward y la cancilla.

—¿Tiene razón? ¿Sobre qué?

—Mi padre —dijo Edward Nappo— era el jefe.

—Ah, ¿sí? —preguntó Phil—. Bueno, permíteme que te diga que no me importa un demonio quién era. En cuanto a ti, súbete a tu carromato y tú y tu hijo largaos de aquí lo más rápido que pueda correr ese jamelgo.

Edward tenía la sonrisa tan clavada en el rostro que no podía borrarla.

—Sólo nos quedaremos un par de días —dijo—. Lo bastante como para que el caballo descanse. Es un caballo muy viejo.

—De ninguna manera —dijo Phil.

Entonces Edward se giró y volvió a la carreta, temiendo los ojos del niño. Este miró cómo Edward buscaba algo debajo del asiento y luego apartaba la mirada. Pero, por otra parte, ¿qué otra cosa podía hacer su padre salvo dispararle a aquel hombre? Así los dos podrían marcharse a las montañas y vivir allí para siempre, los dos, los perseguidos. ¡Pero libres, libres como nunca!

Edward se volvió hacia el hombre con la cosa que había sacado de debajo del asiento, pero no era el arma. Le ofreció la caja con los guantes. El hombre que se estaba enfrentando a Edward iba mal vestido y no tenía guantes. Edward sonrió, abrió la tapa de la caja y se la enseñó.

—Uno o dos días, nada más. —No podía imaginarse qué le diría a Jennie. Esos guantes valían quizás unos treinta dólares. Edward levantó uno de los de puño largo con cuentas engarzadas—. Uno o dos días, señor.

—Vaya —dijo Phil—. Esos guantes parecen muy elegantes.

—Valen cinco dólares —dijo Edward—. Dos o tres días.

Era raro que el hombre no hiciera ningún movimiento para tocar los guantes, ni tampoco ningún movimiento para apartarse de la puerta.

—Da vuelta a tu carromato —dijo—. No acepto sobornos y no uso guantes. Te equivocaste de cliente, anciano.

Entonces Edward volvió al asiento con la caja de guantes. Hizo girar el viejo caballo y emprendieron el regreso a la reserva, a más de trescientos kilómetros. Edward se preguntó si el caballo lograría llegar. Si se moría, ¿qué pasaría con la carreta? No podía mirar al muchacho, pero dijo:

—De todas maneras, hemos visto las montañas. Hemos visto las montañas de mi padre.

Al muchacho se le había deslizado la gorra por encima de la frente.

—No podía hacer nada —dijo Edward—. Lo has visto, no podía hacer nada.

Phil los observó. En cierto sentido, esos pobres diablos le daban pena. Desató la chaqueta que llevaba detrás de la montura y sacó el almuerzo que había envuelto con ella. La señora Lewis le había puesto una manzana y dos grandes bocadillos de carne asada. Estaban buenos, pero le dieron tanta sed que se le ocurrió ir a la fuente y mojarse el pico.

La casa de los Burbank estaba hecha con troncos inmensos; vista de lejos, se asemejaba a uno de esos bungalós de una planta y media que habían brotado en California en la época de la Primera Guerra Mundial, pero era un bungaló asilvestrado. El espectador sensible hizo una pausa y la observó. A la distancia que se encontraba era imposible que una edificación pequeña como un bungaló se viera tan grande. De hecho, esa «media planta» albergaba un cuarto de baño y seis amplios dormitorios de los que salían armarios empotrados de techos gradualmente inclinados, en donde los Burbank acumulaban trastos. El techo cubría una amplia galería y era habitual que Peter se quedara delante de los tragaluces de su habitación y mirara por encima del techo la ladera vacía de la colina de artemisa, donde a veces detectaba un movimiento casi imperceptible, el vuelo fugaz de un pájaro gris o el salto de un conejo de cola de algodón. Unos búhos de ojos avizores se

deslizaban en el cielo, buscando muertos, moribundos o estúpidos. La colina era tan alta que el sol tardaba en llegar a las ventanas de la casa, tan empinada que todos los sonidos rebotaban en ella. Peter oyó el pestillo de la puerta de la barraca, la maldición de un peón, perros que ladraban, vacas que balaban, el estallido del tubo de escape de la instalación eléctrica y, los domingos, los disparos de pistola en la práctica de tiro al blanco, el sonido agudo de los cascos de caballo chocando contra el acero.

Unas nubes de tormenta se acumulaban en las montañas del oeste. Sus formas cambiaban muy lentamente en la débil brisa; la silueta de Inglaterra, de animales, conejos.

—¿Lloverá, George? —Oyó Peter que preguntaba su madre, con su voz ligera subiendo con una claridad embarazosa desde la galería que estaba más abajo.

—Huele a lluvia. —La voz de George—. Pero a mí, que me revisen. —Peter sonrió. Cuando George utilizaba esa frasecilla, se metía las manos en los bolsillos del pantalón y se miraba los pies.

—Quiero trasplantar esos árboles —decía su madre—. Y más césped. Es extraño que tu gente no se ocupara más del jardín.

—Mi madre lo intentó. La tierra es muy mala. Oh, cómo hablaba de los árboles de Nueva Inglaterra. Uno creería que sólo hay árboles allí. Mandó traer unos olmos pequeños. Llegaron en sacos, pero se murieron. Mencionaba una cosa que se llamaba myrica y el aspecto que tenía cuando había niebla, y el sonido del océano. Cuando hablaba, oías el océano. A veces, yo sentía deseos.

—Sentías deseos...

—Oh, de ver todo eso.

—Nunca te había oído hablar así.

—Vaya, supongo que jamás lo había hecho, Rose, no había nadie para escucharme. —Peter imaginó la sonrisa de George.

Delante de la casa, enfermos y casi muertos, languidecían dos álamos, con una especie de hollín en los bordes de sus delgadas hojas y unos voraces áfidos que le chupaban la poca fuerza que les quedaba; más allá, había una franja de tierra que se había vuelto marrón y que se podría regar desviando la zanja que corría paralela a la casa; pero, si se permitía que el agua se

extendiera demasiado, encontraba huecos secretos e inundaba el sótano, ahogando a los ratones que había allá abajo o una camada de gatitos recién nacidos.

—¿Y un fertilizante no ayudaría? —preguntó Rose.

—Es posible, tal vez. Rose, ¿Peter es feliz?

—¿Peter?

—Hace unos días lo vi regando las plantas. Pensaba en él.

—Creo que es feliz. No hay duda de que le gusta su habitación y fue un detalle por tu parte darle la estantería.

—No olvido que soy un padrastro. Supongo que un padrastro tiene que esforzarse un poco más que un padre. Supongo que un niño no tiene ningún motivo para que un padrastro le caiga bien, a menos que este se esfuerce. Yo sé cómo me sentiría en su lugar.

—Y a él siempre le ha gustado explorar. Explora por todas partes.

Peter escuchó, inexpresivo. Había estado explorando cuando se topó con Phil, desnudo. Todavía podía ver el cuerpo blanco y lampiño. No le contó el incidente a su madre —naturalmente— y tenía la corazonada de que Phil tampoco lo había mencionado. En cierta manera, había una especie de vínculo entre él y Phil, un vínculo de odio, tal vez, pero Peter sentía que esa clase de vínculo podía ser tan útil como otra. Había salido a caminar con su madre por la colina y había encontrado campanillas a la sombra de la salvia, raíces amargas y cerosas flores de cactus con un desconcertante brillo perlado.

—Vaya, yo camino todo el tiempo por aquí —había dicho su madre.

—No caminabas mucho en Beech —respondió él, mirándola de reojo.

—Lo he olvidado. ¿Allí no caminaba mucho?

—Es el hermano, ¿verdad? Te pone nerviosa.

Ella hizo una pausa y se agachó para coger una piedrecilla. Todas las personas que él conocía se estremecían cuando oían una verdad.

—¿Me pone nerviosa?

—No habla cuando entra en la sala. Deja pasar el frío.

—Oh, Peter, él no habla con nadie.

Ahora, en la galería, George decía:

—... llegaste, nunca había pasado una tarde agradable como esta, holgazaneando.

—¿Por qué no podías disfrutar de una tarde? Yo no lo llamaría holgazanear, traer esos arbolillos de ahí atrás. Tal vez necesitemos un poco de fertilizante.

—Bueno, déjame pensarlo.

George es un buen hombre, pensó Peter. Bajó y se unió a ellos en la galería. Los sorprendió, porque se acercó en silencio. Cuando él pasaba, las puertas se abrían y se cerraban sin ruido. Pensó en contarles lo claras que se oían sus voces, pero luego guardó ese dato en un rincón de la cabeza. Su mundo requería secretos que él atesoraba.

—Peter, qué poco ruido haces cuando caminas. ¿Es por esas zapatillas de tenis? Mira estos árboles que ha traído George. ¿Nos ayudarías a plantarlos? Creo que tal vez necesitemos un poco de fertilizante.

—Sangre —dijo Peter—. La sangre es el mejor fertilizante.

—¡Caramba, qué espanto!

—Por lo que me han dicho, tiene razón —dijo George—. Fíjate en esa maleza tan alta que está al lado del matadero. Es alta como un hombre.

—Si le parece bien, señor, yo podría coger la carretilla y traer tierra del matadero. Debe de estar llena de sangre.

—Vaya, adelante. Y gracias.

Vieron cómo Peter se dirigía a un costado de la casa. Los pantalones limpios y la camisa blanca eran un atuendo extraño para acarrear tierra empapada de sangre, parte de la cual no estaba del todo seca, y que tenía un fuerte hedor a muerte reciente. Las nubes taparon el sol, húmedas y frescas como el agua.

—A veces desearía que no me llamara señor —dijo George.

—Era una costumbre de su padre —explicó Rose.

—Jamás me pondría en contra de un muchacho tan pulcro —dijo George—. Me impresiona que no le importe ir hasta el matadero y sacar... sacar fertilizante. ¿No es extraño saber tanto sobre la sangre?

—Tal vez no, si quieres ser doctor. Él...

—¿Él qué?

—Bueno, hay como una cierta frialdad en él. Verás, lo quiero, pero no sé cómo quererlo. Desearía que mi cariño le sirviera para algo, pero da la impresión de que él no necesita nada. Creo que a su padre le habría ido mejor si hubiera tenido más de esa frialdad. —Observaron el movimiento de las nubes—. ¿Me alcanzas el jersey? Gracias. Tal vez no sea frialdad lo que quiero decir. ¿Distancia? No estoy criticándolo. Tampoco a John. Era una buena persona.

—Me lo han dicho —señaló George—. He oído que no perseguía a la gente para que le pagara. Eso es una gran cosa.

Oyeron un trueno lejano.

—Tal vez vaya a llover ahora —dijo George.

—... Cuando el relámpago cae cerca. Incluso puedes olerla —dijo Rose. Volvió a sonar un trueno y, antes de que el eco se extinguiera, Rose dijo—: Ahí está esa carreta india, otra vez.

—¿Carreta? ¿Qué carreta india?

—Vaya, la de esta mañana. Era tan raro. Los vi venir por la carretera, pasando por la punta de las rocas y, George, estaban hablando y tirando del viejo caballo. Los observé, se detuvieron, se subieron a la carreta y siguieron su camino, sin mirar ni hacia un lado ni hacia otro, y luego, en la cima de la cuesta, allí, ¿lo ves?, se bajaron y volvieron a tirar del caballo.

—Diría que sería una cuestión de orgullo —comentó George.

—¿Pero adónde supones que se dirigían? Esta mañana, quiero decir. Fuera donde fuera, al parecer no se quedaron mucho tiempo. ¿Y de dónde vienen?

—Entiendo que vienen de la reserva. Espera, voy a buscar los binoculares—. Los cogió.

—Eso debe de estar a más de trescientos kilómetros.

—De todas maneras, supongo que pensarían acampar en las montañas. Ya sabes, en teoría no pueden salir de la reserva.

—¿Por qué no?

—Podrían..., oh, incomodar. Si algunos salieran y se pusieran a incomodar, entonces todos vendrían a hacerlo.

George siguió observándolos. El viento susurraba en el lúpulo que crecía a un lado de la galería. Se sentaron, George siguió mirando y luego le pasó

los binoculares a Rose.

—No me había dado cuenta de que uno de ellos era un niñito —susurró.

—¿No? Diría que tiene once o doce años. No habría nacido cuando los indios vivían por esta zona. No debe de recordar cómo era el campo.

—¿Entonces el del sombrero negro es el padre? ¿Crees que el padre ha traído al pequeño aquí para mostrárselo?

—Supongo que sí.

—Y se quedaron tan poco tiempo en las montañas.

—No creo que hayan podido siquiera llegar a las montañas. —Tosió.

—¿Por qué no? ¿Por el viejo caballo? —Los indios ya habían pasado la casa y en pocos minutos desaparecerían detrás del recodo junto a las rocas.

—Phil salió esta mañana para evaluar a uno de los jinetes. Supongo que él los habrá obligado a regresar.

—¿Los obligó a regresar? ¿Después de más de trescientos kilómetros? ¿Por qué haría algo así?

—Bueno, como he dicho, si empiezan a volver... Y Phil jamás simpatizó con los indios, fueran quienes fueran.

—¿A qué te refieres con que fueran quienes fueran?

—A menos que me equivoque..., pásame los binoculares..., ese indio viejo es el hijo del jefe.

—¡El hijo del jefe!

—Murió allí poco antes de que expulsaran a los indios. Lo enterraron debajo de la hondonada. Podemos ir a ver la tumba algún día. Hacer un pícnic.

—Supongo que querían ver la tumba. —Rose se puso de pie de repente —. George, ¿te imaginas cómo se siente ese niño?

—¿Cómo se siente, Rose?

—Un hombre blanco capaz de obligar a su padre a regresar, al hijo del jefe. Imagínatelo. No lo olvidará en toda su vida.

—Bueno, supongo que tienes razón. Pero, en sentido estricto...

Ella jamás oyó en sentido estricto qué, porque bajó corriendo los escalones. Uno de los peones, que venía a caballo desde atrás, la vio correr como si se hubiera vuelto loca, gritando algo.

Los zapatos que llevaba no eran para caminar. Se tropezaba con los tacones, corría y se caía, y les gritaba a los indios. «Paren, por favor, paren». Estaba sin aliento cuando llegó donde estaban ellos y se apoyó en un costado de la carreta. Le sonrió al indio viejo y, por fin, recuperó el aliento y logró hablar.

—Los he visto esta mañana —dijo. El indio viejo se quitó el sombrero, pero el niño se quedó sentado, mirándola a través de las orejas del viejo jamelgo—. Habría venido a recibirlo —dijo—. No sabía que usted era el hijo del jefe.

Edward Nappo habló.

—¿Usted conocía a mi padre?

—Mi marido, sí. Verá, nos sentiríamos honrados si ustedes acamparan con nosotros. Vaya, nos sentiríamos muy honrados.

Edward Nappo la miró. Una mujercita diminuta y adorable que no podría serle de gran ayuda a un hombre con una vaca, o cocinando o fabricando guantes. Uno diría, mirándola a la cara, que no duraría muchos inviernos, si esos inviernos fueran apenas un poquito duros.

—Gracias —dijo—. Mi hijo y yo estaremos honrados de acampar con ustedes.

Y, cuando Edward hizo girar el viejo caballo, el niño miró a su padre con un orgullo altivo y se acomodó la gorra.

Cuando un caballo trota, sus patas se mueven en pares diagonales: la pata delantera izquierda y la trasera derecha avanzan al mismo tiempo, y así sucesivamente. Es un andar incómodo y hay que estar preparado, levantarse sobre los estribos, aguantar el impacto flexionando las rodillas y, en realidad, no importaba cómo uno lo hiciera, siempre terminaba bajando y subiendo como un muñeco a resorte.

Pero cuando un caballo ambla, mueve las patas lateralmente y en pares: la pata delantera derecha y la trasera derecha avanzan al mismo tiempo, un andar fácil, un paso ágil, un balanceo, durante el que puedes quedarte sentado en la montura, dejando que tu cuerpo acompañe tranquilamente el movimiento del caballo. Cualquier condenado caballo puede trotar; pocos pueden amblar. El alazán de Phil era capaz de una ambladura firme y suave,

con una energía controlada detrás de cada empuje de las patas que a su jinete le hacía pensar en pistones. Phil cabalgaba velozmente por el cañón, alto y recto sobre la montura y, en ocasiones, se relajaba parándose sobre los estribos y sintiendo el olor de la noche inminente, el enfriamiento de las rocas y el suelo. Había llovido en las montañas; el final del pequeño aguacero lo había atrapado, pero le apetecía mojarse un poco y la humedad captaba y conservaba el olor de la nueva artemisa y las rosas silvestres que crecían a la vera del camino. A Phil siempre le habían gustado ciertos olores. Junto a la carretera, el arroyo salpicaba las rocas; habían brotado flores blancas de unos cerezos silvestres de Virginia y un ciervo volvió a retroceder hacia los árboles y se encogió, creyendo estúpidamente que había logrado esconderse.

El joven del campamento de las vacas no había regresado durante el lapso que Phil lo había esperado después de saciar su sed, de modo que era posible que aquel tío saliera bien, después de todo. Phil había tomado la precaución de no tocar nada en la cabaña para no revelar su presencia y el sendero que llegaba hasta allí estaba tan apisonado y duro que las huellas nuevas no se distinguían. Phil volvería a vigilarlo, quizás inútilmente. Pero la carta que ese tipejo había empezado a escribir insinuaba que tal vez se tomara su trabajo a la ligera, que para él no fuera más que un pasatiempo.

Phil se sentía bien. Volvió a la hacienda por un atajo que circulaba por la parte de atrás, a través de la zona de pastoreo de los caballos, lo que implicaba que tendría que descender del caballo cuatro veces para abrir esas toscas cancillas «mormonas» hechas con alambres de espino trenzado que habían colocado los agricultores de secano para obstruir un camino de arrieros que ya era antiguo cuando Phil era un niño, pero que estaba tan poco transitado —ahora que lo bloqueaban cuatro cancillas— que le habían crecido poáceas. A veces, Phil dejaba las cancillas abiertas, para que quedara claro lo que pensaba de ellas y de los chiflados que se habían dejado convencer por esos panfletos que distribuían las compañías ferroviarias y que prometían grandes cosas a suecos y finlandeses y Dios sabía quién más. ¡Coged la tierra! ¡Cultivad trigo! Bueno, eran bastantes los que habían mordido el anzuelo. Se les adjudicaba un terreno o medio terreno estatal, traían semillas, araban, plantaban y esperaban unas lluvias que pocas

veces llegaban. Quedaban pocos, ahora. Habían vuelto arrastrándose a las minas y fábricas de las que habían venido. Se veían sus cabañas por todo el campo, abiertas a los vientos, una cama oxidada sobre la que en otra época un hombre y una mujer habían dormido y amado. La letra de los periódicos que habían usado para empapelar las paredes se había borroneado. A veces veías la muñeca de una niña tirada en un rincón. Te hacía pensar, en serio. En cierta manera, no tenías más remedio que sentir pena por esos pobres diablos; también eran seres humanos. Pero lo que Phil no podía perdonar, por ejemplo, era que no hubieran usado el coco al principio y no se hubieran informado.

En la última cancilla se hizo un rasguño en el dorso de la mano, apenas suficiente para sacar sangre, pero le sirvió de advertencia para prepararse para otras pequeñas molestias desagradables; en su vida, había notado que una cosa de esas llevaba a la otra. Y así fue. Cuando estaba agachado sobre la perilla de la montura para esquivar unos sauces que se arqueaban sobre su cabeza, una rama le dio un fuerte golpe en el puente de la nariz. La agarró y la rompió.

Empezó a cruzar por los sauces de la zona de pastoreo para caballos, a menos de cien metros de donde acostumbraba a bañarse. Cuando volvió a campo abierto, donde el fleo y el trébol rojo estaban creciendo bien, con fuerza, hizo frenar al alazán de repente.

No podía creer lo que veía.

Solo, separado de los otros caballos, había un cayuse desconocido. ¡Phil vio todo rojo! Cada músculo de su largo cuerpo se tensó. Olfateó. Giró la cabeza y allí, en un recodo de la línea de sauces, cerca del arroyo, vio que los indios habían levantado una tienda y hecho un fuego. El humo delgado flotaba en volutas sobre los sauces.

Bueno, pues Phil cabalgó hacia allí *pronto*[8]. El indio pequeño no estaba a la vista, tal vez dentro de la tienda o husmeando en la maleza. El viejo estaba de espaldas a Phil y no se giró de inmediato, a pesar de que seguramente había oído que Phil se acercaba. Tal vez el viejo estaba posponiendo lo inevitable hasta el último momento, como hacen algunos. Estaba inclinado sobre el fuego recién encendido. A ambos lados de las llamas había encajado una horquilla de sauce; estas ramas sostenían una

tercera, un travesaño del que colgaba un cubo abollado como esos en los que venía la grasa para ejes. Dentro del cubo había lo que para Phil se veía y olía como carne fresca, carne de vaca.

Bueno, al viejo se lo veía bastante avergonzado.

Phil habló.

—Pensé que os había dicho que os largarais.

—Pero la señora —dijo el viejo.

—¿Pero la señora, qué? —preguntó Phil.

—La señora de la casa grande. Dijo: acampad aquí.

Phil no pudo evitar resoplar.

—De modo que eso es lo que dijo la señora de la casa grande, ¿verdad? Bueno, tú empieza a desmontar la tienda.

Phil hizo girar el alazán y ambló hasta la parte trasera del establo.

Era un establo largo, de leños, con enormes portones a ambos extremos, y húmedo. La fresca y repentina penumbra encegueció a Phil durante un momento, mientras dejaba que el alazán se dirigiera a su cubículo. Le quitó la montura y la colgó de un gancho. Cuando intentó guiar al caballo por la puerta trasera, este se echó hacia atrás, sin obedecer a las riendas, y Phil tuvo que darle un tirón. Una vez que el alazán estuvo suelto y dando vueltas por el polvo detrás del establo, Phil volvió a entrar a la oscuridad del establo y, todavía un poco deslumbrado por la penumbra, casi se chocó con George.

George era un verdadero aficionado a los binoculares. Desde que tenía memoria, había un buen par de Bausch & Lomb perfectamente guardados en su estuche, en la parte superior de la estantería de la sala. Habían desaparecido muchos pares de esa misma marca, tal vez en las maletas de cartón de empleadas o cocineras que partían, ya que los prismáticos son valiosos y portátiles. Pero, de todas maneras, seguían estando a la vista allí, en la estantería, puesto que esconderlos equivalía a sospechar que alguien había cometido un crimen que para George era incomprensible, y, en lugar de albergar ese pensamiento doloroso, era más fácil comprar otros. A veces pasaba una hora entera en la ventana observando los movimientos del ganado o de caballos, midiendo la retirada de la nieve acumulada tras una

ventisca, buscando incendios forestales. Ese día había observado el veloz avance de Phil desde una de las ventanas de la planta superior y, una vez que Phil se detuvo a parlamentar con los indios, bajó de inmediato, cogió su sombrero y sus guantes, y se dirigió al establo, donde esperó junto al cubículo de Phil. Cuando se enfadaba, Phil decía lo que pensaba sin fijarse en quién estaba presente, ya fueran peones, la cocinera, parientes, invitados o amigos y, en cierta manera, George suponía que Phil tenía razón, había que hablar, no guardarse las cosas. Pero esa falta de reserva le proporcionaba a Phil una ventaja enorme, porque la gente se lo pensaba dos veces antes de contrariarlo, temiendo los fuegos artificiales y las verdades terribles que él profería, incluso dirigidas al Viejo Caballero y a la Vieja Dama.

De modo que, si iba a producirse una explosión a causa de los indios, mejor que tuviera lugar en la oscuridad del establo.

—¿Qué condenado demonio? —empezó a decir Phil, cuando chocó contra George. Como siempre que estaba molesto o enfadado, Phil decidía cometer errores gramaticales—. ¿Qué condenado demonio hacen esos indios ahí atrás?

—Tómatelo con calma —respondió George en voz baja—. Les he dicho que podrían acampar aquí unos días.

—¿Les has dicho eso? —Phil retrocedió un paso y miró a George de arriba abajo—. Chico, ¿has perdido la condenada chaveta?

—No van a causar ningún daño —dijo George—. Supongo que en 1925 ya podemos defendernos de los indios.

—Así que te has vuelto locuaz, ¿verdad, pequeño George? Muy locuaz para los chistes y el sarcasmo, ¿no? Pero empieza a usar el coco.

—Está bien, Phil. Tómatelo con calma. Tienes que pensar en cómo se siente la gente.

—¿Cómo se siente la gente? ¿Quién se siente? ¿Exactamente cómo se siente quién?

—Cómo se sienten los indios.

Phil volvió a medir a George con esos ojos azul cielo a los que no se les escapaba nada y curvó los labios formando una sonrisa.

—¿Qué es este repentino amor por los indios? Me haces reír a carcajadas. —Y Phil se rio—. A veces, honestamente, cuando veo cuán

ciega puede ser una persona, eso me saca de quicio.

George se apoyó contra el compartimento del caballo.

—¿Qué quieres decir exactamente, Phil?

Phil agachó la cabeza cuando terminó de reír, con una risa desgarradora, hiriente y seca, una risa no sólo dirigida a George, sino a la mujer de la casa, que tendría que marcharse.

—Échate un vistazo a ti mismo alguna vez. Ve a mirarte en el espejo. Echa una buena ojeada a tu careto. Después coge y pregúntate por qué tu mujercita se ha casado contigo.

George parpadeó una vez, pero no apartó los ojos de Phil.

—Piensa lo que quieras, Phil —dijo—. Pero los indios se quedan. —Se volvió y salió del establo. Pero, oh, Phil sí que sabía cómo meter el dedo en la llaga. Por Dios, sí que sabía cómo arrancar la costra de la herida.

---

8. En español en el original. *(N. del T.)*

XI

Mucho, mucho antes de que la señora Lewis cocinara para los Burbank, un árbol cayó sobre el señor Lewis en el bosque y lo mató «en la flor de la vida». La señora Lewis esperaba reunirse con él nuevamente en lo que llamaba su hogar eterno, pero esa relación en suspenso la había dejado con una mezcla de dichos ácidos, observaciones amargas y máximas heladas.

—La fruta comida se olvida pronto —señalaba de repente, levantando la mirada de lo que estaba haciendo, que podía ser aporrear masa para pan y golpearla sin piedad contra la superficie llena de cicatrices de la mesa de zinc—. Si pudiéramos ver lo que nos depara el futuro —declaraba a menudo —, el río más profundo no lo sería demasiado.

Rose lanzó una risita ligera e insegura.

—Las cosas no pueden estar tan mal, señora Lewis.

—¿En verdad cree eso, señora Burbank? —preguntó la señora Lewis.

—Qué pequeño es el mundo —comentó en una ocasión, y luego se acercó con dificultad a los fogones. Les había hecho unos cortes a sus pesados zapatos negros para aliviar los juanetes causados después de años de hollar pisos de extraños. Soltó la carta sobre los carbones y vio cómo se curvaba y desaparecía—. Un amigo del señor Lewis —explicó—. Bebía con el señor Lewis. Qué pequeño es el mundo.

Asustaba a Lola con historias de chicas «malas» que terminaban en baúles olvidados en cobertizos y estaciones de tren y con relatos sobre personas a las que recordaba, amigos y enemigos. Le habló de una mujer con una lombriz solitaria que se le subía a la garganta a la hora de comer para recordarle su presencia. Después de terminar una historia, la señora Lewis parpadeaba lentamente, como una tortuga.

Cuando se decidió trasladar un cementerio que bloqueaba una proyectada autopista federal hubo que desenterrar ataúdes, entre ellos el de una amiga de la señora Lewis; un tractorista torpe partió la caja del ataúd con la hoja

del tractor y se descubrió que el pelo de la mujer había seguido creciendo después de su muerte.

—Todo el ataúd —se maravillaba la señora Lewis— estaba lleno de ese adorable pelo dorado, salvo por unos centímetros en los extremos, donde se había puesto gris.

Cuando Lola vino a trabajar para los Burbank destinó parte del dinero de su primera paga a suscribirse a *True Romance,* una revista que su padre le había prohibido que leyera; en una ocasión, cuando él la encontró leyendo un ejemplar que le había prestado otra chica, la obligó a ponerse de pie delante de él y a arrancarle todas las páginas. Ella agradecía que él no la hubiera azotado.

Siendo dos mujeres solas que pasaban tanto tiempo en la parte delantera de la casa, Lola y Rose se volvieron amigas, una amistad que tal vez había empezado cuando Lola le preguntó si era cierto lo que se decía sobre las estrellas de cine. Igual que los hombres de la barraca, Lola creía que si algo estaba publicado era cierto. Creía que, si alguien publicaba algo que no lo fuera, podría ir preso.

—¿A qué te refieres, exactamente? —le preguntó Rose.

—Bueno, está esta estrella famosa —dijo Lola—, Darlene O'Hare.

—Sí, creo que he oído hablar de ella.

—Bueno, se dice... —Y Lola se sonrojó—. Se dice que se baña en leche.

—Entonces seguramente será así. No entiendo por qué se diría algo así si no fuera cierto.

—Desde luego, mi padre jamás toleraría algo así —dijo Lola.

—Creo que tu padre tiene razón —señaló Rose—. Una persona podría meterse en muchos problemas si empieza de esa manera. Una cosa lleva a la otra.

—Puede estar segura de ello —repuso Lola con una pasión repentina—. Mi padre es muy estricto.

Hablaba mucho de su padre. Le contó que iba a la iglesia en Beech. Una vez, el perro se perdió en una fuerte tormenta de nieve y su padre salió a buscarlo en plena noche. Estaba atrapado en una trampa. En una ocasión, dijo Lola, había unos suecos enfermos que no tenían nada de dinero y su

padre cogió un poco de carne que ellos guardaban y se la dio a los suecos, porque, según dijo, Dios *prevería.*

—¿Y sabe lo que ocurrió? —preguntó Lola—. Se apareció un ciervo en el jardín. Vino directamente al jardín y se quedó allí y miró a mi padre a los ojos, pidiendo que le disparara.

Le escribía a su padre todas las semanas y Rose se preocupaba porque el padre nunca respondía, hasta que, por fin, le preguntó:

—¿Te llegan noticias de tu padre?

—Oh, no —dijo Lola—. Mi padre jamás aprendió a escribir. Tampoco sabe leer bien, en realidad. Los niños le leen las cartas. Pero mi madre leía y escribía maravillosamente.

—¿Entonces fue ella quien te enseñó?

—Oh, pues sí. Incluso fui a la escuela. Y ella ha muerto hace ya muchos años, señora Burbank. ¿Y sabe lo que dijo mi padre?

—¿Qué dijo?

Lola se quedó de pie, con un trapo flojo en la mano, y, cuando habló, contempló la ladera de la colina de artemisa.

—Dijo que mi madre no tendría que haber muerto.

—¿A qué se refería?

—El doctor no quiso venir. Sabía que no teníamos dinero. Oh, jamás tuvimos dinero. Mi padre dijo que si el antiguo doctor siguiera allí, mi madre no habría muerto.

El reloj que estaba al lado de la puerta runruneó y se preparó para marcar la hora antes del mediodía.

—¿Cómo se llamaba el otro doctor?

—¿Cómo se llamaba? ¿Se refiere a su nombre? —El reloj empezó a marcar la hora y prácticamente ahogó la voz de Lola. Rose miró por la ventana, en dirección a la carretera. Unas pocas horas antes había estado en la galería observando cómo el viejo Reo desaparecía al otro lado de la cuesta; antes, se había topado con una escena curiosa. George no la había oído entrar al dormitorio y ella lo vio delante del espejo del baño, mirando su propia imagen. Había terminado de afeitarse y, simplemente, se quedó allí, mirando. Ella dejó la habitación en silencio. Luego él apareció vestido

para la ciudad. No mencionó la posibilidad de que ella lo acompañara. Ella no lo entendía.

—¿El antiguo doctor —preguntó Rose— era el doctor Gordon?

Lola la miró con asombro.

—Sí. En efecto. Entonces usted también lo conoció. —La coincidencia la maravillaba; era la clase de coincidencia que le hacía dar crédito a las horribles historias de la señora Lewis—. El doctor John Gordon.

Rose abrió los labios. Era casi como si hubiera oído su propio nombre de labios de un fantasma.

—John.

—Qué pequeño es el mundo —comentó Lola.

Sí, pensó Rose. Demasiado pequeño.

Sobre la cuesta de la carretera, apareció Phil, amblando en su alazán. Ese era el día, aprovechando que George se había marchado, en que debía hablar con Phil, y ya sentía el terror que precedía a esas jaquecas espantosas que le surgían últimamente.

* * *

¿La cabeza le dolía en ese momento?, le había preguntado el doctor.

No, dijo ella. En ese momento, no.

¿Le podría describir las jaquecas?

Dijo que le aparecían directamente detrás de los ojos y que tenía la impresión de que la presión le iba a hacer salir los ojos de la cabeza.

Ah, bien. ¿Leía mucho?

En los últimos tiempos, no. Es cierto que en una época sí leía mucho. Era habitual que le leyera a su marido, también a su hijo.

—Mi primer marido —explicó.

El doctor la mandó al optometrista, que estaba al otro lado del pasillo. «Es mi cuñado», señaló el doctor.

El optometrista, un hombre pequeño y perplejo, le hizo leer las letras grandes y las pequeñas. Corrió las cortinas y le alumbró los ojos con linternas. Luego la mandó de vuelta al doctor, con una nota.

—¿Sus hábitos alimenticios, señora Burbank?

No se le ocurría nada especial, salvo que pocas veces desayunaba y luego... Bueno, no desayunaba casi nunca.

¡Ah, bueno! El hambre puede causar jaquecas. ¿Se fijó si esas jaquecas acostumbraban a presentarse antes del almuerzo?

... Sí, en efecto. Era habitual que aparecieran justo antes del mediodía.

—Empiece desayunando bien, señora Burbank. ¡El desayuno es la comida más importante del día! Y puedo asegurarle que...

Los trabajadores desayunaban a las seis y George y Phil se unían a ellos en el comedor de la parte trasera de la casa con avena, crepes, jamón y huevos y café; después, mientras se tomaban diez minutos para fumar y limpiarse los dientes con palillos, George daba las órdenes del día. Luego los hombres se dirigían en fila a la barraca, fumando, escarbándose los dientes, llevando restos fríos de crepe a los perros, que saltaban y gemían.

En los tiempos en que el Viejo Caballero y la Vieja Dama tomaban el desayuno en el comedor de la parte delantera de la casa a las ocho, se sentaban uno frente a otro, separados por la extensión blanca, conversaban con sílabas educadas y comían tortillas francesas, tal vez *chipped beef* con nata sobre puntas de pan tostado, caballa salada y patatas hervidas. En algunos casos añadían fresas o pomelos, manjares casi desconocidos en la región y traídos desde Salt Lake City a un coste elevado y a riesgo de que se congelaran. Cuando acababan, se llevaban las servilletas a los labios, tocaban la superficie del agua de los lavafrutas, se secaban los dedos, doblaban las servilletas, las enrollaban y las metían en aros de plata. Estas pequeñas ceremonias disminuían un poco la maldición del paisaje sin esperanzas que se veía desde las ventanas delanteras, la colina de artemisa, el duro clima invernal y el hecho, a veces atroz, de saber que se encontraban a casi cinco mil kilómetros de Boston. Jamás se atrevían a comunicarse mutuamente sus dudas sobre la naturaleza de su vida y cada uno de ellos dependía de la convicción del otro de que lo que habían hecho con los años que habían vivido era razonable, si no enriquecedor. Cada mañana, cuando terminaban el desayuno, con la mesa retirada, uno o el otro hablaba mientras el sol subía lentamente desde detrás de la colina.

«Parece que será un buen día.»

O: «Parece que va a llover».

O: «Bueno, no falta mucho para que termine la tormenta, ¿no crees?».

Luego, el Viejo Caballero, con las manos entrelazadas en la espalda, empezaba a dar vueltas con un paso rígido, recto, militar, sobre la alfombra.

Paso, paso, paso. Giro rápido. Paso, paso, paso. Mirándose los pies, cómo daban el paso, hacían el giro.

La Vieja Dama se escapaba a su habitación rosa, donde se tumbaría un rato en la *chaise longue,* si la temperatura del cuarto era cálida, a contemplar las lejanas montañas, a entretenerse bordando. Escribía voluminosas cartas al Este. Era habitual que la gente se preguntara por qué habían venido al Oeste, estos dos, que apenas podían distinguir una Hereford de una Shorthorn, que ni cabalgaban ni cazaban, que sólo podían atender sus pequeñas ceremonias.

Rose decidió que no le mencionaría a George que el doctor le había ordenado desayunar; él podría sugerir que lo tomaran en la mesa, como lo había hecho su madre, y los criados la avergonzaban. En muchas ocasiones había sentido los ojos de Phil cuando Lola ofrecía alubias o remolacha, consciente de que su espalda recta y su rigidez se debían a la vergüenza, no al aplomo que podía suponer Lola. De modo que cada mañana iba a la cocina a tomar un cuenco de avena.

Tal vez el doctor tuviera razón.

Estaba tranquila, a salvo por el momento, sobre una cuerda floja y sin red.

Entonces las jaquecas se presentaron nuevamente, veloces, y el dolor le hizo derramar lágrimas. Había un aspecto en el que doctor tenía razón. El dolor la atacaba poco antes de las comidas. Otra aspirina y el Bromo-Seltzer. Se apretó la frente con los dedos, con fuerza, intentando bloquear los nervios.

Hacia el final de la vida de Johnny Gordon, cuando había jurado que jamás volvería a beber, ella lo descubrió sirviéndose una copa. Él se alarmó y había desnudez en sus ojos; cuando habló, tartamudeó. Ese tartamudeo la sorprendió, porque ella jamás lo había juzgado.

—Tengo mal un diente —explicó él—. El dolor me está matando.

Decía la verdad. Le quitaron el diente.

Ahora, empujada hacia la misma perturbación, ella se acercó al gabinete de las bebidas alcohólicas del aparador, primero sacando del gancho la llave escondida en el armario de la porcelana. Se agachó ante la pequeña puerta, asombrada por los latidos de su corazón. Pasos de Lola en la escalera. Se incorporó y se quedó de pie hasta que Lola pasó a la cocina. Luego volvió a agacharse y se dirigió rápidamente al cuarto de baño llevando el whisky bajo el hueco del brazo. Se encerró en el baño y se lo sirvió. El esfuerzo la dejó jadeando. Apretó las yemas de los dedos contra las sienes con tanta fuerza que unas llamas blancas resplandecieron en la oscuridad de su cerebro.

Y funcionó. Con una serenidad total, se contempló en el espejo que estaba encima del lavabo. El único otro dolor comparable era el del parto. De aquella agonía no recordaba mucho; seguramente no había sido tan aguda ni tan duradera como estas jaquecas.

El almuerzo fue agradable.

—Vaya, hoy pareces feliz —sonrió George, y se quedó un rato en la sala. Miró en dirección al comedor y, como no oyó ni vio a nadie, se inclinó para besarla.

—Estoy muy feliz —murmuró ella y George se marchó silbando.

Cuando Lola retiró los platos de la mesa, Rose guardó la botella y giró la llave, mientras pensaba que haber amortiguado el dolor no valía la vergüenza que sentía. O, al menos, eso pensó en ese momento, porque, cuando lo pensó, no sentía ningún dolor. No volvería a recurrir a la botella.

El ataque siguiente puso a prueba su determinación y fue entonces cuando adquirió la costumbre de caminar sin rumbo por la ladera de la colina de artemisa, tratando de encontrar alivio en el aire fresco, en el esfuerzo físico; y las caminatas ayudaron, al principio. Fue durante una de ellas, con Peter adelante, tras encontrar un sendero azaroso a través de la maleza alta de la artemisa, cuando entendió cuál era su problema. Peter había dicho: el hermano te pone nerviosa.

Tal vez él había leído en los libros de su padre que ese nerviosismo puede partirte en dos la cabeza. Se quedó en silencio, puesto que, ¿para qué abrumar a Peter, quien deseaba creer que ella era feliz y respetada? Pero cada mañana, ella se preocupaba por el almuerzo y, cada tarde, por la cena,

sentía náuseas ante la idea de sentarse con Phil, interrumpir sus silencios, sus groserías, su manera de rascarse y resoplar, de hablar con George pasando por encima de ella. La forma en que él empujaba la silla para atrás y pasaba por encima de ella se había convertido en una obsesión, la manera en que se refería a la carne como «un pedazo de vaca». Si era esa la causa de esas jaquecas alarmantes, ¿cuándo acabarían? Caramba, ¿es que ese dolor que la estremecía y la mandaba de nuevo al aparador, preguntándose cómo reemplazar ese whisky tan difícil de conseguir, no terminaría nunca? ¿Cuánto tiempo podría seguir aguando primero una y luego otra botella antes de que George lo notara al ofrecerle una copa a un amigo que pasara por allí?

¿Cuándo acabaría todo aquello? ¿Qué haría cuando el dolor volviera a golpearla, encegueciéndola, cuando salir a dar un paseo con Peter ya no le sirviera de consuelo y teniendo en cuenta que ella sabía que algo que podía proporcionarle un alivio seguro acechaba detrás de una pequeña puerta cerrada con llave?

¡Qué antinatural era que ella y George vivieran en la misma casa con el hermano! Esas cosas nunca funcionaban; lo leías en todas partes y en todas partes veías el resultado. ¿Pero cómo cuestionar el afecto que sentía George por su hermano, por su familia? Si tan solo Phil lo entendiera y se buscara un lugar propio. Cerca, si era necesario, un lugar mucho más adecuado a sus necesidades. Ella entendía que Phil no se sintiera más feliz con ella que ella con él, pero era absurdo pensar que ella y George tuvieran que buscarse un lugar en otra parte de la hacienda y dejar a Phil en una casa de dieciséis estancias. No, no, no había ninguna posibilidad de que Phil se mudara y tampoco había ninguna posibilidad de que se mudaran ellos. De alguna manera tenía que hablar con Phil, ofrecerle su amistad, hacerle entender. Después de todo, era un ser humano. ¿No era un ser humano?

¿Pero qué era lo que debía hacerle entender? ¿Que era grosero y sucio e insolente? ¿Y si después de la «charla» él fuera a informarle a su hermano de que ella lo había llamado grosero, sucio e insolente? ¿George la perdonaría? Dios sabía que la sangre tiraba y que una esposa no era una pariente de sangre de su marido.

Los días siguientes, empezó a pensar que tal vez estuviera un poco loca, que otra mujer podría haber conocido a Phil sin inmutarse. No era Phil con

quien se había casado. Empezó una lista de discursos imaginarios que oía en la cabeza como meditados y razonables y, en cada uno de ellos, ella empezaba diciendo: «Phil, ¿por qué no te caigo bien?».

A lo que él, en su cabeza, respondía: «¿Cómo que no me caes bien? No lo entiendo...».

El propio George había dicho que los extraños silencios de Phil no se debían más que a «su manera de ser».

Luego, en su imaginación, Phil miraría por la ventana —las conversaciones tenían lugar en la sala— y, finalmente, sonreiría, le ofrecería la mano en un gesto de amistad y todo estaría resuelto. Si él le brindaba su amistad, ella estaría dispuesta a pasar por alto el pelo despeinado, los curiosos olores que emitía, esa forma de arrastrar la silla de debajo de la mesa y pasar por encima, la extraña manera en que la imitaba cuando tocaba el piano y —sobre todo— las manos sucias. ¡Esas manos! ¡Esas manos eran Phil! ¡Él tenía todo el derecho de tocar el banjo! Eran los nervios, que la habían dejado no del todo cuerda. Las propias jaquecas...

Pero cada vez que se encontraba a solas en la sala, en el escenario preciso, con George fuera, Peter trabajando en su habitación... se desanimaba, se tambaleaba al borde de un precipicio. Caminando por esa cuerda floja sin red, maravillándose ante el hecho de haber tenido la audacia de siquiera considerar un acercamiento con él.

No es más que un hombre, insistía para sus adentros, no es más que otra persona con problemas secretos, pero, cuando se tambaleaba delante del precipicio, cuando caminaba por esa cuerda floja, sabía que él era muchísimo más que un ser humano, o muchísimo menos; ningún discurso humano lo conmovería.

A salvo en la habitación rosa, se sentía un poco más segura y volvía a ensayar las conversaciones. Era verlo y oírlo lo que le quitaba toda valentía y la dejaba enferma y vacía. Su mirada, sus ojos, la fuerza con que cerraba un libro, con que abría otro; ella temía que él estallara en esa risa fría y desdeñosa que había oído resonar en la barraca cuando visitaba a los peones, una risa irregular y afilada como cristal, incisiva como un relámpago. ¿Estaba dirigida a ella o a su hijo? Y, ahora, ella lo había contrariado respecto de los indios.

Pero, Dios mío, ¿qué podría haber hecho ella respecto de los indios? Un poco de pasto para un caballo viejo, algunas patatas, algo de carne que se arruinaría de todas maneras. En el verano la carne se echaba a perder en cantidades atroces; era habitual que desperdiciaran todo un cuarto, que terminaran tirándolo a las urracas, a los perros y a los gatos asilvestrados. Era eso, por un lado; por el otro, era la humillación de un niño, de un muchachito pequeño. Había sido cobarde por su parte no levantar la voz y, a decir verdad, la actitud de Phil hacia ella era la misma que antes del asunto indio.

No tendría más de una oportunidad de hablar con Phil, si lograba reunir el coraje necesario. Y ese coraje estaba detrás de esa misma puerta cerrada con llave. No del todo; la última vez que había sacado una botella, la había envuelto en una toalla y la había escondido en la cesta de la ropa del baño, suponiendo que George no se daría cuenta de que faltaba una sola botella. Y llevarse la botella era más seguro que el peligroso procedimiento de aguarla. Y, más tarde, la reemplazaría por otra.

Una vez que hubiera hablado con Phil (se decía a sí misma) ya no volvería a engañar. Una vez que lo hubiera hecho, le confesaría a George ese curioso hurto.

La ausencia de George en la mesa siempre creaba una situación incómoda; estuviera presente o no, siempre se le colocaba un plato y la carne del día. Desde la partida del Viejo Caballero, era George quien la cortaba. Había un patrón invariable de carne, una rígida secuencia de carne en la mesa, y los que estaban alerta sabían exactamente cuánto tiempo había pasado desde que habían matado a la vaca; una vaca, sí, puesto que a los novillos nunca los mataban; los novillos eran más valiosos en el mercado y como alimento no eran mejores que las vacas.

Por allí se decía que la única carne que uno podía comer sin parar era la de vaca.

Justo después de la matanza, tal vez la misma noche, se servía el hígado, cortado en rebanadas, frito hasta que los bordes se curvaban, y servido con cebollas y beicon. Luego venía el corazón, relleno de pan y horneado. Las costillas duraban muchos días, hervidas o estofadas, hundidas en grasa

derretida. Luego, una semana de carne asada, en algunos casos hasta trece kilos. Al final aparecían los bistecs, fritos sin piedad en grasa y ahogados en kétchup. De los cuartos delanteros llegaba poco a la mesa, porque para cuando los cuartos traseros se habían usado, las moscas habían hecho de las suyas, a pesar de las telas blancas que cubrían la carne, de modo que los cuartos delanteros se echaban, con sus entusiastas gusanos y todo, a los animales y a los pájaros.

* * *

En aquella casa de troncos, el habla humana era repugnante, parloteos de papanatas, balbuceos de necios. Con razón los tímidos hablaban de coles y de la velocidad del viento.

Rose ya ni siquiera podía hablar con Peter, pero razonaba que ello podía deberse a que él tenía dieciséis años y era varón; ella no podía entender su dedicación a un futuro dudoso y las actividades que esa dedicación requería. A dos taltuzas que había sacado de sus madrigueras después de inundarlas las había colocado en pequeñas cajas cubiertas con mosquiteros; ella no podía imaginárselas como mascotas, pero a él parecían gustarle y las llevó a su habitación. Asustaron a Lola una vez que fue a hacer la cama de Peter. Lola informó de que las taltuzas estaban sanas; «esas pequeñas cabronas bonitas». Más tarde, atraída por un «olor raro», las encontró muertas a las dos, con los cuerpos despellejados, sobre un papel de periódico, con las patas apuntando al cielo.

—No deberías hacer eso en la casa —le dijo Rose a Peter—. Hablo en serio.

Él sonrió y la rodeó con un brazo.

—¿Dónde llegaría un hombre si le hiciera caso a su madre?

Cómo ha crecido, pensó ella, y se miró las manos. ¿Podía interesarse en el destino del conejo que él había llevado subrepticiamente a la planta superior?

No sólo el habla humana era repugnante en esa casa, sino cualquier sonido abrupto; el agudo estrépito del triángulo junto a la puerta del comedor trasero hacía que a Rose se le acelerara el pulso. Sonó en ese momento, pocas horas después de que George partiera a su reunión en el banco.

Los peones irrumpieron en el comedor y ella oyó sus risas amortiguadas elevándose por encima de la insistente voz de un hombre que Lola había calificado de loco y que a veces se quedaba en el comedor y le decía cosas bonitas.

—Me daban ganas de morirme —le informó Lola a Rose—. Oh, está realmente loco. —La locura de ese hombre hacía que ella se aplicara más con su pelo y la lámpara ardía durante mucho tiempo bajo las tenacillas de rizar, lanzando un olor a quemado que bajaba por la escalera. A la luz de la luna, el joven le explicó que tenía dinero ahorrado. Iría a Chicago, informó Lola, a una escuela que se anunciaba en las revistas, donde aprendería a reparar aparatos de radio y ganaría mucho.

Lola abrió la puerta del comedor delantero trayendo carne asada que puso en el lugar vacío de George; la risa del comedor trasero la siguió. «Está todo listo», exclamo y tocó la campanilla que estaba junto a la puerta.

Esa última vez, esa ultimísima vez, Rose bebió un trago para darse coraje; bueno, tres tragos en el transcurso de la mañana, mientras se decidía. Enmascaró el olor con una pastilla de menta. Pero cuando Peter bajó, mantuvo las distancias. Él tenía el pelo mojado por el agua que había usado para arreglarse. Ella sentía una serenidad deliciosa.

—¿Qué hacías allí arriba?

—Trabajaba con un conejo —dijo él.

—Phil aún no ha llegado. —Y tuvo que volver a decidir si ella y Peter deberían ir a sentarse o esperar a Phil; si estar sentada a la mesa con su hijo a su lado le daría alguna ventaja o si debía esperar por cortesía o protocolo. Reprimió un pequeño y agudo resentimiento provocado por el hecho de que George no le hubiera pedido que lo acompañara, por haberla dejado sola teniendo que tomar una decisión ridícula. ¿Qué importaba si entraba o no? Pero el mundo dependía de ello. ¿Qué clase de vida tenían ella, George y Peter si semejante trivialidad revestía tanta importancia? Vivía de una manera tan estrecha que se pasaba noches enteras rumiando sobre qué vestido ponerse el día siguiente; esperaba con ansias cada día el paso de la diligencia, mirando por la ventana el polvo que la anunciaba; aborrecía los domingos, en los que no pasaba y no tenía nada que mirar, nada que le

impidiera pensar en Phil en su habitación, mudo, pero allí, con la puerta cerrada. Se sentía asfixiada y unas lágrimas abruptas le escocían los ojos.

Cuando el triángulo de la parte de atrás se aquietó y los hombres se dispusieron a comer, ella se levantó y miró de reojo a Peter, que hojeaba una revista. Él la miró con extrañeza.

¿Por qué la estaba mirando de esa manera? ¿Qué había hecho? Ella habló con firmeza, poniendo a prueba su autoridad.

—Peter, te he dicho que no quiero que tú... hagas esas cosas con los conejos. No dentro de la casa. No es mucho pedir. —Luego se dio cuenta de que el asunto de los conejos no era más importante que el de la diligencia, que el de qué vestido ponerse—. Vamos a la mesa.

De modo que Phil los encontró sentados a la mesa.

Les lanzó una mirada. Echó hacia atrás la silla de George. Se puso entre ella y la mesa, cortó carne y se la pasó a Peter, quien se la pasó a su madre. Phil empujó una bandeja hacia Peter, echó hacia atrás su silla, pasó por encima de ella y se sentó. No se pronunció palabra. Mientras masticaba, Phil contempló con sus ojos azul cielo las montañas de casi cuatro mil metros de altura. En esa mesa, todos observaban las montañas; la mayoría, abochornados por el silencio y anhelando la cadencia del habla humana, comentaban el avance o retirada de la nieve por encima de la línea de vegetación. Rose abrió los labios para hablar, pero en un abrupto acto de rebeldía se negó a rendir homenaje a la montaña. En cambio, levantó la mirada; el estrépito de los cubiertos le resultaba doloroso.

—Mañana —comentó— es el día más largo.

—Es cierto —dijo Peter—. El día más largo del año.

—Me gustan los días largos —dijo Rose.

—Yo querría un poco más de carne —dijo Peter—. ¿Quieres un poco más de carne, Rose?

—¿Más carne? —Miró a Peter, asombrada; hasta entonces, jamás había oído a invitados o parientes pedir más carne; George, como buen anfitrión, se ocupaba de ofrecerla antes de que alguien pudiera expresar su deseo por ella. Peter no sólo había violado el protocolo expresando ese deseo de carne antes que le fuera ofrecida, sino que, al inquirir si ella quería más, había asumido de pronto la autoridad de quien es capaz de ofrecerla.

Rose nunca supo si Phil se hubiera levantado y se hubiera acercado al lugar de George para cortar más carne, porque Peter, después de hablar, se incorporó, se acercó al lugar de George y cortó dos porciones. Antes de que Rose pudiera pasarle el plato, Phil dirigió una mirada larga y reptiliana a Peter y luego a ella. Parpadeó una vez, empujó su silla hacia atrás, se levantó y se fue de la mesa. Ella jamás lo había oído excusarse cuando se iba de la mesa. Phil no se excusaba. Pero tampoco lo había visto abandonar una mesa antes del postre. Con el pulso acelerado, lo vio escoger una revista de la mesa de la sala, sentarse y leer.

Miró a Peter por encima de la extensión de mantel blanco y sonrió, sin saber qué podría significar su propia sonrisa; hizo sonar la campanilla de plata.

El postre era un invento curioso llamado ambrosía: gajos de naranja rociados con leche de coco. Ella tocó la cuchara. A continuación, el plato de naranjas fue a parar a su falda, luego al suelo.

—Yo lo recojo —dijo Peter, ya a su lado.

—Creo que no quiero postre —dijo ella—, ahora mismo. —Se incorporó.

—Yo tampoco —respondió Peter. Ambos se levantaron de la mesa, Peter para ir arriba, quizá con su conejo, ella para quedarse de pie delante de la estantería, donde sus ojos erraron por los títulos. Se sentía tranquila. Qué extraño cómo la calma y el nerviosismo iban y venían. Escogió un libro, lo abrió, leyó una frase, luego lo cerró sobre un dedo, como si estuviera marcando la página, queriendo tener algo en las manos, algo que hacer con las manos mientras hablaba, para que no se le quedaran colgando a los lados.

Se volvió para hablarle.

—Phil —preguntó, con una amplia sonrisa, amable y serena—, ¿por qué te caigo tan mal?

El silencio cayó como una sombra. Ella echó un vistazo a la luna del reloj, como si estuviera buscando alguna pista. Faltaban minutos antes de que marcara la hora. Volvió a mirar a Phil. Él tenía los ojos clavados en ella, fríos como los de un reptil.

—Por favor, dímelo, Phil.

Él lo dijo antes de que ella lo oyera. Estaba preparada para otra pausa, pero en cambio llegó su voz.

—Me caes mal porque eres una vulgar interesada y porque te bebes el alcohol de George. —Volvió a mirar la portada de su revista.

Ella levantó una mano y se tocó el pelo. Luego se volvió. Lo más recta que pudo, avanzó con dificultad hacia la habitación rosa, entró y cerró la puerta. Una vez dentro, encorvó los hombros y llegó hasta la cama agarrándose de los muebles. Una vez allí, se tumbó boca abajo, tratando de negar las palabras que había oído. Tenía los ojos bastante secos y el frío la hacía sentirse enferma, a pesar de que el verano se colaba por la ventana. Se quedo tumbada, como una persona que ha sufrido una conmoción, absorbiendo pasivamente los sonidos externos de la hacienda, el tintineo del pestillo de la puerta de la barraca, el eco de un rifle pequeño proveniente del juego que practicaban al mediodía los hombres, que consistía en disparar a las urracas que se posaban cautelosamente sobre el matadero, los gritos de triunfo o derrota; sonidos que, por un tiempo, mantuvieron a raya el de la voz de Phil, su calma brutal, sus ojos helados, la palabra cruelmente expresiva de «alcohol», la desdeñosa «vulgar» y su propia sonrisa pétrea acartonada después de que él se marchara de la mesa, cuya intención había sido telegrafiar a Peter su capacidad de protegerlo. Se sentía sofocada entre su intención y su capacidad, y destrozada de soledad.

Entonces oyó las pisadas firmes de Phil que pasaban al otro lado de la puerta y avanzaban por el pasillo. La reciente protectora de indios, la antigua arregladora de flores, se llevó un puño a la boca.

En la planta superior, Peter estaba delante de una de las claraboyas que daban a la colina de artemisa, con sus manos delgadas y estrechas una encima de la otra. Se giró, se acercó al espejo que estaba sobre la estantería donde guardaba los libros de su padre y allí se peinó cuidadosamente. Cuando terminó, siguió mirándose y arrastró el pulgar por los dientes del peine. Sus labios formaron una sola palabra.

—Phil...

XII

Así como era función de George sentarse a la cabecera de la mesa, mantener los registros contables, discutir con los compradores, escribir cartas, atender el teléfono y mantener el Reo en funcionamiento, la función de Phil era supervisar las operaciones de corte de heno, inspeccionar los equipos y reparar las ocho segadoras —cuatro John Deere y cuatro McCormack-Deering—, las seis trilladoras, los seis rastrillos de tiro, las dos grúas derrick, la choza para cocinar y la choza para comer, que eran unas construcciones pequeñas montadas sobre trineos que se arrastraban de campamento en campamento. Ordenaba sacar las doce tiendas de lona del cobertizo, las desenrollaba e inspeccionaba para ver si tenían desgarrones o roturas. Indicaba dónde debía desviarse agua de los arroyos principales a principios del verano para regar, examinaba el crecimiento del heno y fijaba la fecha en que había que empezar a cortarlo, que debía ser lo más pronto posible después del Cuatro de Julio, el «glorioso cuatro», como lo llamaba Phil.

El Cuatro, los trabajadores itinerantes que se reunían delante de los billares de Herndon vivían una última aventura antes de ofrecerse como peones a las haciendas que se abrían en abanico desde el pueblo.

Una última aventura: y para sostenerse durante los noventa días en que estarían cortando heno, atesoraban el recuerdo de las banderas en las calles, del sol resplandeciendo contra el metal dorado de la Banda Municipal de Herndon que marchaba y soplaba sus instrumentos sobre el césped suave y fragrante junto a la estación de ferrocarril, del rodeo en el parque de atracciones, del polvo y de los perritos calientes, de los petardos que explotaban la noche antes, de las hogueras y —si tenían suerte— de bastante alcohol y de los susurros de excitación de alguna damita de la planta superior. Claro que la ley los perseguía y los encerraba: a los que vomitaban y montaban escándalo, a los que se habían contagiado de los principios

sindicalistas. La ley los perseguía y los encerraba por vagancia y durante una o dos noches cantaban y lloraban y se peleaban en las celdas mugrientas de la parte trasera del tribunal. Llegaban a las haciendas pálidos por el festejo, callados y contritos. Se bajaban de la diligencia en la hacienda de los Burbank, hacían autostop o venían a pie desde Beech, donde habían llegado en un tren de carga. Listos para trabajar, con los ojos inyectados de sangre, las manos temblorosas, pero dispuestos y decididos. «Qué tal, viejo», los saludaba Phil delante de la casa.

—Qué tal, Phil —decían ellos, y Phil les estrechaba la mano, enternecido por su lealtad. A Phil lo conmovía la lealtad y en más de una ocasión se le había hecho un nudo en la garganta. Trataba bien a los hombres y ellos trabajaban bien para él y comentaban entre ellos, sintiéndose cómodos, que él era un tipo corriente, como un zapato viejo.

—Bueno, es un nuevo año —les recordaba Phil, orgulloso de esa continuidad, de que todavía quedara algo inmutable en la vida. Caminaba con ellos a un costado de la casa hacia el establo donde los perros, cuya memoria era corta, se erizaban y ladraban.

—Calmaos, chuchos —reía Phil, y les tiraba una piedra. Los perros gemían y se escondían bajo el establo, desde donde sus ladridos sonaban amortiguados y desafiantes, y los trabajadores desenrollaban sus petates en el heno hasta que todos los hombres se reunían y la comitiva se dirigía a los prados con las máquinas, los caballos, las tiendas y la choza para cocinar.

Una cosa respecto de Phil era que no era ningún esnob. Sabía reconocer el mérito de los demás y así se granjeaba la confianza de hombres que hasta entonces jamás habían hablado con franqueza con ningún ser humano. Todos los años regresaba un viejo elegante de pelo blanco que había trabajado en un circo; se movía y se ponía de pie como un muchacho, pero sus ojos reflejaban las tragedias que le había confesado a Phil. A pesar de su atractivo, había sido el empleado más humilde del circo: acarreaba excrementos de caballos y elefantes. En esas malas épocas despojadas de moral, sus ojos alegres habían seducido a muchas jóvenes. La última de ella, tras parir a su hija, murió.

Esa horrible muerte lo hizo entrar en razón: adoptó una lista de rígidos principios morales que estaban sometidos sólo a una fugaz fragilidad

humana. Ascendió a camionero y trasladaba una jaula escarlata de leones de pueblo en pueblo. Se agenció una Biblia y la leía a la luz de un farol, preparándose para resistir la siguiente tentación y convertirse en el padre que anhelaba ser.

Pero imaginemos lo que debió de haber significado para él descubrir que a la pequeña niña de pelo dorado —tan adorable que los malabaristas a veces la tocaban para tener buena suerte antes de subirse al trapecio— también la atraían las acrobacias y a los doce años (todavía con el pelo dorado) la anunciaron como la artista aérea más joven del mundo. El padre guardaba en su cartera un volante mustio y fue este objeto, doblado cuidadosamente para que los pliegues no lo rompieran, lo que dio comienzo a su amistad con Phil. ¡El Destino recompensa a los que limpian los excrementos de los animales con hijos que los enorgullecen!

Pero Phil sabía que el Destino también castiga a los orgullosos y frustra toda esperanza. Una noche, ante miles de rostros, la niña cayó desde la cuerda floja y fue trasladada, rota, a su camarín. Fue eso lo que Phil vio en los ojos del padre, así como fue eso lo que hizo que el padre abandonara el circo y pasara de un trabajo efímero a otro. A pesar de haber vivido semejante tragedia, nunca se quejaba, y Phil lo consideraba hábil para trabajar con los caballos de tiro y lo admiraba por sus agallas y su tenaz devoción por esa Biblia andrajosa que le había fallado y que leía de noche a la luz de un farol, proyectando una sombra inmensa contra la pared de la tienda, con esa enorme cabeza inclinada sobre las palabras de Dios; Phil lo compadecía, puesto que él también sabía lo que era llorar a alguien.

También poseído por los más rígidos principios morales, Phil pocas veces juzgaba a los que eran más desafortunados que él en ese terreno. Entre los que trabajaban para él y de quienes se sentía orgulloso de llamarse amigo había un exconvicto. No fue necesario que el tipo le confesara nada a Phil, puesto que la aguda perspicacia de este le dijo todo lo que necesitaba saber: vio los ojos, captó la amarga risa, vio la terrible quemadura de sol de una persona que ha pasado los últimos años a la sombra. Así como el viejo del circo llevaba una Biblia como otro podría llevar un arma de mano, el exconvicto llevaba una edición pequeña, encuadernada con un cuero blando, de los *Sonetos* de Shakespeare. No estaba en Phil hacerle preguntas ni

comentarle nada sobre esa cicatriz que parecía un navajazo, puesto que, ¿quién sabe por qué las personas hacen lo que hacen, quién sabe a qué presiones se han visto sometidas? Lo que importaba, lo que Phil admiraba, era que ese hombre hubiera sacado algo de valor de la cárcel, su fría fortaleza para enfrentarse dignamente al inevitable final de su vida, a la muerte en el pabellón de mendigos de algún hospital público o en el huerto de coles, que era como llamaban al pabellón de los pacientes en estado vegetativo, o en alguna chabola en el límite de algún pueblo como Herndon, llorado sólo por otro (tal vez) como él.

Ese hombre llamado Joe había salido de la cárcel con una habilidad notable, aunque sencilla: una destreza fantástica para trabajar la crin de caballo, para enrollarla y trenzarla, un talento tan refinado que seguramente sólo lo había podido obtener a costa de una completa desesperación.

Ese hombre llamado Joe era un joven de cuarenta o un viejo de treinta y en una caja de cigarros guardaba varias cadenas de reloj fabricadas con pelo blanco y negro entretejido, no más gruesas que un lápiz. Phil, con su mente ágil, calculó que cada cadena contenía cien metros de crin. Sí, un hombre con tiempo ilimitado puede hacer cualquier cosa.

En el verano, después de que se acabara el trabajo, la noche tardaba mucho en caer; el sol permanecía sobre las montañas, atravesando con sus tonos rojizos el humo de los incendios forestales lejanos, y, después, se hundía de pronto, dejando franjas color sangre en su estela. A Phil le gustaba el hecho de que siempre, tras los talones del sol desaparecido, se producía un silencio asombroso, se creaba una pausa sobrenatural, y también le gustaba la manera en que luego invadían ese silencio unos sonidos mínimos que se arrastraban sigilosamente, como lo hacen las criaturas nocturnas en la oscuridad, los susurros de las hojas y las ramas de los sauces besándose, tocándose, del agua acariciando y tocando las lisas piedras del arroyo, de las perezosas voces humanas, cercanas en la amistad, que se filtraban a través de la lona de las tiendas. Ese sol desaparecido generaba una repentina frescura que hacía que la bruma se levantara y flotara como un espectro sobre el arroyo, cargada del aroma del heno recién cortado.

Después de que hubieran bajado un poco la cena, los ocho hombres que conducían las segadoras salían de sus tiendas, hacían una pausa para eructar

y desperezarse, y luego se dirigían a los amarraderos junto a los cuales habían dejado sus máquinas antes de desuncir los caballos de tiro. La segadora era un aparato sencillo: tenía dos ruedas, como una carroza, y un asiento centrado sobre el eje. Eran pesadas y a la vez maniobrables, ideales para usar detrás de caballos no del todo domados siempre que la barra segadora se subiera en vertical. Pero, una vez que la barra se bajaba para rastrillar el terreno, con sus más de dos metros de largo y con las secciones afiladas que se deslizaban hacia delante y hacia atrás sobre las contracuchillas, no existía máquina más peligrosa. Tan inocente, tan peligrosa. No pasaba un año sin que en algún lugar de aquel ancho valle un hombre se cayera del asiento sobre el trayecto de la barra de corte; terminaba gritando y sangrando, o se quedaba quieto, conmocionado, y tenía suerte si sólo perdía un pie o una mano. Debido a que esos hombres trabajaban con caballos no domados del todo y vivían en peligro y a que, después del trabajo, mientras los demás holgazaneaban, ellos tenían que desenganchar la barra de corte de las máquinas y afilarla con muelas sobre las que se montaban como si fueran bicicletas, cogiendo con delicadeza la peligrosa barra, debido a todo eso, recibían una paga extra, se los trataba con una pintoresca deferencia, sus tiendas eran las más nuevas, se prestaba atención a sus palabras, eran los primeros en servirse de las bandejas de carne y se quedaban con los mejores bistecs.

Phil estaba sentado de piernas cruzadas delante de la tienda que le complacía compartir con tres de los peones viejos, dos de los cuales eran segadores. Vio cómo afilaban las barras de corte; el aullido del acero sobre la piedra giratoria bastaba para hacerte castañetear los dientes. El hombre llamado Joe, el exconvicto, era segador, y no había vuelto.

Y lo había prometido.

—Volveré —le había prometido a Phil. Se habían estrechado la mano. O estaba muerto o en la cárcel. ¿De qué otra manera podía explicarse? No podía ser una simple traición, porque Phil sentía que había algo entre ellos, un reconocimiento.

Anochecía; era la hora de las especulaciones. Phil reflexionó sobre cómo un hombre le pasa un don a otro, cómo, al igual que esas mismas cadenas, que esos tramos de cuerda de cuero que fabrica un hombre, también el

carácter humano se teje con una hebra de esto y una hebra de aquello, a veces de una manera hermosa, a veces mal. Phil había empezado a trenzar como un sencillo homenaje a Joe y Bronco Henry, dos hombres que tejían y trenzaban. Cada uno de ellos le había enseñado algo.

A su lado, en una palangana de aluminio, tenía un gran puñado de tiras de cuero crudo en remojo. Blanqueadas por el sol, hinchadas por el agua, parecían robustos gusanos.

Al principio, Phil había tenido la intención de tejer una cuerda de cuero de no más de treinta o sesenta centímetros; sólo quería demostrarse a sí mismo que todavía tenía la capacidad de hacerlo bien. Una cuerda como esa, si se secaba cuidadosamente al sol y se untaba con sebo, era tan fuerte como el cáñamo y más precisa en el corral: una serpiente inteligente. El hombre llamado Joe sostenía que había rechazado cincuenta dólares por la cuerda de nueve metros que guardaba enrollada en una maleta de cartón y Phil no lo dudaba. Admiraba que el hombre hubiera rechazado vender por dinero la obra que había confeccionado con sus dotadas manos: desdeñar el dinero y respetar el tiempo era otra cosa que aquel hombre había aprendido en la cárcel; así como Bronco Henry había aprendido a desdeñar a la Muerte y, de esa manera, se había apartado de la típica tribu de los hombres.

Phil acababa de empezar a trenzar de verdad cuando su alazán, uncido al amarradero, levantó la cabeza de pronto, resopló y relinchó. Phil estaba orgulloso de que el alazán tuviera un olfato agudo, los ojos y los oídos de un animal salvaje, y, en un momento, atrapado entre el repentino silencio y el alarido del acero contra la piedra de afilar, Phil oyó el tintineo de las cadenas de un arnés.

Sería George, entonces, en una carreta de muelles. Phil conocía esas cadenas.

Sí, era George, en efecto, con la carreta cargada con cajas de conservas en lata y un cuarto de res envuelto en una tela blanca. Pero no traía sólo las conservas y la res, sino otro equipaje: Rosita Rose, sentada recta junto al hermano George, y el mariquita en la parte de atrás de la carreta, con unas zapatillas de tenis nuevas y blancas rozando la hierba. Era todo un espectáculo verlos aparecer entre los sauces y pasar al claro abierto; George, que parecía una protuberancia en un tronco, con la gorra recta en la

cabeza; la mujer con un pañuelo rojo atado en la cabeza, enrollado, un pañuelo que Phil suponía que ella consideraba atractivo o —como decían las mujeres entonces— «sensacional». Sí que era sensacional. A lo que más le recordaba era a lo que se ponían las indias. ¡Era impresionante cómo se esforzaba esa mujerzuela para dar la impresión de que era alguien!

La carreta pasó chillando lentamente delante de las tiendas abiertas. Los hombres la observaban atentamente; la mujer mantenía la mirada hacia delante, pero Phil se dio cuenta de que se había sonrojado un poco. George acercó los caballos a la choza para cocinar y el cocinero, un vejete flaco con una toalla en la barriga, salió fumando un cigarro. Cuando vio a la mujer, lo tiró.

George se bajó del vehículo con dificultad y saludó al cocinero con un gruñido. La mujer empezó a descender, pero antes de que pudiera empezar, el chico se acercó a darle una mano —«el pequeño lord» ayudando a su mamita a bajar del carruaje—, un gesto bonito y formal. Luego la mujer se arregló el trapo que llevaba en la cabeza y a continuación echó un vistazo a las nuevas botas altas de cordones, adquiridas, suponía Phil, a través del catálogo que llegaba a la hacienda desde el Este y que pertenecía a una tienda donde comprabas brújulas y armas y cosas así, una tienda a la que Phil, humorísticamente, había bautizado como Abbie, Dabbie & Bitch, una tienda a la que al Viejo Caballero y a la Vieja Dama les gustaba recurrir para las Navidades.

Tal vez el chico y Phil detectaron algo en la mujer que George aún no había percibido y era que realmente necesitaba que la ayudaran a bajar. ¿Seguía dándole al alcohol? George era incapaz de darse cuenta de algo así a menos que la persona en cuestión cayera redonda delante de él. Francamente, a Phil le había sorprendido que ella se diera a la bebida y al principio supuso que lo había hecho sólo esa vez, cuando había tratado de hablar con él. Pero luego lo había comprobado: ¡sí! Había aguado el alcohol —el truco más viejo del mundo— e incluso se había robado un par de botellas. Apostaría un dólar a que él podía encontrar el lugar donde las había escondido. Lo único que tenía que hacer era esperar que esa mujer se ahorcara sola; tenía una personalidad alcohólica, como ella misma podría

haber averiguado en los libros de medicina de su marido. Desde la primera vez que quedó cocida con la pimpla de Georgie. ¡Cocidita-Pimplita-Rosita!

El pequeño lord también estaba pocholito con su ropita nueva. Además de las zapatillas de tenis, tenía un nuevo par de Levis. Ahora bien, en esa región, lo primero que se hacía con un par nuevo era tirarlo al arroyo unos días, sosteniéndolo con una piedra, y dejarlo en remojo hasta que se encogiera a la talla requerida, se le fuera parte del tinte azul y las arrugas. Era fácil distinguir a un turista, porque los turistas no hacían eso.

El pequeño lord se quedó un momento junto a su mamita y luego Phil vio que miraba a través del claro un sauce donde una familia de urracas había construido un nido bastante raído con palitos y ramitas. Luego, como si fuera lo más natural del mundo, el chico de pronto empezó a caminar a través del espacio que se extendía delante de las tiendas abiertas. Para investigar, supuso Phil.

Durante las veladas en las que no había nada que hacer, esas veladas somnolientas, llenas del olor del heno verde que los hombres se untaban para mantener a raya a los mosquitos, Phil les había hablado del chico, de cómo se encerraba en su habitación con sus libros y sus dibujos, de cómo los chavales de Beech se burlaban de él porque no podía distinguir una bola elevada de una falta, de las flores de papel que hacía y, sin duda, los hombres —como era lógico— se sentían molestos por ese pequeño monstruo que no era ni chico ni chica, ese hijo de un matasanos mediocre que ahora viajaba en una carreta de los Burbank sólo porque su mamita tenía una cara bonita. Los trabajadores itinerantes —muchos de ellos contagiados con los principios sindicalistas— detectaban rápido las injusticias.

Phil siguió tejiendo y trenzando las tiras de cuero crudo, sosteniendo cada una para que se secaran. La astucia de sus dedos dejaba libres los ojos para observar al chico atravesar el claro; a cada paso, el duro denim de su peto hacía *zip-zip-zip* cada vez que una pierna adelantaba a la otra. Rígido como un espantapájaros, el chico avanzaba con un meneo femenino en las caderas casi imperceptible que Phil no podía soportar y con esas zapatillas de tenis nuevas, vulnerables y blancas. La mujer, que se había apartado un poco mientras George cotorreaba con el cocinero, observaba el avance del chico y Phil la vio tensarse cuando el primer silbido agudo voló como una flecha

en el momento en que el chico pasó delante de la segunda tienda; un silbido como el que los hombres dirigen a las chicas. Caramba, ese muchacho estaría mejor muerto que atrayendo esa clase de burlas.

Ese grosero silbido, provocado por las historias que había contado Phil y tan audible para George como para la mujer y el chico, convenció a Phil de que los hombres pensaban en él y no en George como el jefe de la hacienda; puesto que no sólo la presencia de la mujer había sido insuficiente para proteger al chico, sino también la de George.

¡Ay! ¡Qué pena!

Pero Phil estaba dispuesto a admitir una cosa. El chico no se detuvo ni titubeó, sino que continuó caminando delante de las tiendas abiertas soportando aquel extraño acoso. Ni siquiera parecía haberlo oído, sino que, una vez que dejó atrás a los hombres que lo observaban y sonreían, buscó en los sauces aquel nido astroso y a las urracas pequeñas que se tambaleaban y parloteaban y que ni siquiera tenían el sentido común de callarse y descansar.

Phil lo observó, sin dejar de trenzar. El chaval no tenía que volver con su mamá por el mismo camino por el que había llegado hasta allí. Podía pasar por detrás de las tiendas, evitando las sonrisas y las miradas.

El chaval se giró y empezó a caminar otra vez delante de las tiendas. Sorprendentemente, no hubo silbidos.

Ahora bien, Phil sabía reconocer el mérito de los demás. El chico tenía unas agallas poco comunes. ¿No sería igualmente interesante si lograra separar al chico de su mamita? ¿No? Vaya, seguro que el chico daría un salto de alegría ante la oportunidad de tener amigos, de hacerse amigo de un hombre. Y la mujer..., la mujer, sintiéndose abandonada, se volvería cada vez más dependiente de la pimpla, del viejo alcohol.

¿Y entonces, qué?

Pues esto. El encontronazo entre la mujer y George tendría lugar mucho antes; puesto que hasta el viejo George, por más lento que fuera, reconocería en la afición a la bebida de la mujer su propio fracaso para hacerla feliz.

Era casi demasiado perfecto.

Y era perfecto también de otra milagrosa manera. Puesto que en ese preciso instante él tenía en las manos el medio para la solución definitiva,

esa cuerda recién empezada que, si se la regalaba el chaval, sería el medio para empezar a cortejarlo y apartarlo de ella. Esa cuerda sería, en cierta forma, un lazo entre ellos. Sus manos se detuvieron y se quedaron inmóviles. Las separó del cuero crudo y las vio una frente a la otra, como dos grandes arañas. De pronto, se sintió poseído, hechizado y toda la cabeza se le llenó de esa idea: esa misma cuerda que tenía en las manos sería el medio para el fin.

—Peter... —En voz baja.

El chico siguió caminando rígidamente hacia la choza del cocinero, donde las últimas y delgadas volutas de humo ascendían y se separaban en hebras desdibujadas al salir de la chimenea torcida y oxidada, para luego flotar y desaparecer encima de los sauces.

—¡Peter...! —dijo Phil un poco más fuerte, porque por un momento se le ocurrió que tal vez el chico se atreviera a hacer caso omiso de su llamado.

El chico giró de repente como un velero y caminó hacia él, se detuvo y se metió las manos en los bolsillos del duro Levis nuevo.

—¿Me llamaba, señor Burbank?

El rostro de Phil adoptó una expresión entre burlona y perpleja, y luego miró a su alrededor, girando la cabeza sobre el cuello a la derecha y a la izquierda, como si buscara a alguien.

—¿Señor Burbank, has dicho? No conozco a ningún señor Burbank. Yo soy Phil, Pete.

—Sí, señor Burbank —dijo Peter—. ¿Me buscaba?

—Bueno, vaya —dijo Phil—. Supongo que para un joven como tú es difícil acostumbrarse a llamar sólo Phil a un vejete como yo... al principio.

Entonces, levantó la cuerda nueva.

—Mira esto, Pete.

Peter la miró. A Phil le pareció que la cuerda se reflejaba en los ojos de Peter.

—Un buen trabajo, señor.

—¿Alguna vez has tejido o trenzado, Pete?

—No, señor. Jamás.

—Pete —dijo Phil—. He estado pensando que empezamos con el pie izquierdo, tú y yo.

—Ah, ¿sí?

—No, olvídate de lo de «señor». —Phil tosió—. Esa es mi impresión. A veces pasan esas cosas con algunas personas, ¿sabes? Y esas personas terminan siendo buenos amigos.

—Supongo que podría ser.

—Bueno, ¿sabes qué?

—¿Qué...? ¿Qué, Phil?

—Vaya, ¿lo ves? Lo has hecho. Me has llamado Phil. Voy a terminar esta cuerda y te la daré, la terminaré y te la daré y te mostraré cómo se usa. Ahora que vas a estar en la hacienda, tal vez podrías aprender a enlazar, ¿sí? Y a cabalgar. Este puede ser un lugar bastante solitario, Pete, a menos que te metas en el ritmo de las cosas.

—Gracias... Phil. ¿Cuánto tiempo supones que te llevará terminar la cuerda?

Una vez más Phil tuvo la extraña impresión de que toda la cuerda se reflejaba en los ojos de Peter; el muchacho estaba interesado, claro que sí. Phil se encogió de hombros.

—Oh, supongo que si le dedico mis ratos libres podría terminarla antes de que vuelvas a la escuela.

Peter estaba mirando de cerca las tiras de cuero crudo que estaban en remojo dentro de la palangana.

—Entonces no falta tanto, Phil —dijo.

—Ven a verme la próxima vez que estés en el campamento —dijo Phil—. Ven a verme y te enseñaré cómo voy.

El chico le sonrió y todo, y se giró y volvió caminando a la carreta, con sus rígidos Levis nuevos haciendo *zip-zip-zip,* como tijeras.

Es un tío peculiar, pensó Phil. Sí, señor. No, señor. Un chaval inhumano. Hablaba como un disco fonográfico. Gracias, señor. Pero, como había dicho, ya no faltaba tanto.

XIII

Peter echaba de menos su ordenada habitación de Herndon, echaba de menos jugar al ajedrez con su amigo, el hijo del profesor de secundaria, un chico larguirucho y desgarbado de gafas que, como el propio Peter, no había tenido ningún amigo hasta ese momento, y que prorrumpía en estallidos de risas incontrolables que lo dejaban débil y con los ojos húmedos. Echaba de menos hablar con su amigo sobre la posibilidad de la existencia de Dios e intercambiarse descripciones de sus futuros; uno sería un cirujano famoso, el otro un famoso profesor de inglés. Como broma primero y luego con toda seriedad empezaron a llamarse entre sí el doctor y el profesor, pero nunca delante de otras personas.

Ellos dos habían llegado a conocer un Herndon diferente, el Herndon nocturno, con las casas oscuras salvo por una luz en el vestíbulo, las tiendas oscuras salvo por unas bombillas pequeñas y económicas sobre las cajas registradoras estilo rococó. Sabían de los hombres que subían y bajaban la escalera trasera del Red-White-and-Blue Rooms, del coche del jefe de policía que merodeaba por la zona y que giraba por alguna esquina en alguna misión incalificable. Pero, especialmente, conocían la estación de ferrocarril, los duros bancos de madera desiertos, la sala de espera muda salvo por el murmullo del agua que burbujeaba débilmente en la fuente y el parloteo repentino e histérico del telégrafo en el atestado cuarto donde su amigo, el telegrafista nocturno, contemplaba el espacio a la vez que recibía mensajes de dios sabía dónde. Este hombre, que también era un solitario, recibía de buen grado a esos chicos extraños que venían a beber el amargo café negro que él preparaba en una lata de gel combustible Sterno y les confesaba sus sueños de aprender bien español y luego marcharse a Argentina, donde había oportunidades. En efecto, estaba estudiando español por correspondencia y ellos no veían ninguna razón por la que sus sueños no podrían hacerse realidad y así se lo manifestaban.

—*«Buenos noches»* —aprendieron a decir cuando venían a visitarlo de noche—, *«¿qué tal?»*. —Y se levantaba de su asiento delante de las teclas del telégrafo, corría el cerrojo y los dejaba entrar. ¡Nadie sabía qué podría pasar si de pronto aparecía un inspector ferroviario! Ninguna otra persona de Herndon podía entrar en ese cuarto de noche, en ese lugar sagrado, ninguna otra persona entendía los anhelos que sentían el futuro profesor y el futuro cirujano por aquellos lugares remotos de los que hablaba el telégrafo.

Para que él y su madre pudieran conocer esos sitios remotos, Peter aceptó su nueva relación con Phil; debía hacer caso omiso del reproche en los ojos de su madre. Pocos seres humanos, pensó, entendían mucho; mucho menos las mujeres.

Peter estaba en la habitación rosa de Rose, un lugar en el que jamás se sentiría cómodo, puesto que allí un desconocido tenía el derecho de hacer de marido y, fuera parte o no del plan de Peter, las cosas de ese hombre estaban en el armario lado a lado con las de su madre, las afiladas hojas de afeitar junto a los perfumes y las cremas; las cosas de George, las cosas de un hombre que aún no había probado su valor, que no había hecho más que presentarle a su madre al gobernador del estado en una cena de la que ella no hablaba.

Él había bajado desde su habitación, donde estaba leyendo, y, a los pies de la escalera, su madre abrió la puerta de repente y habló.

—Peter, ¿puedes venir a hablar conmigo? —La forma de su boca lo preocupó. Pensó en una hoja en el viento.

En la habitación rosa se quedó mirando la lluvia que caía sobre las máquinas para cortar heno que habían traído desde los campos, el humo que salía por las puertas del taller donde Phil trabajaba en la fragua, las grúas derrick, esas estructuras inmensas y adustas hechas de palos que le recordaban a horcas. Se quedó mirando todo eso tanto tiempo que ella volvió a hablar y sus ojos siguieron lo que él estaba mirando.

—¿Qué ves allí fuera?

—Sólo la lluvia. ¿De qué tenemos que hablar? —Desde hacía bastante tiempo, temía las charlas con su madre, puesto que ahora terminaban inevitablemente en referencias al pasado y a él los temas sentimentales siempre lo ponían nervioso. Sintió ganas de apretar los puños.

—Podemos hablar de cualquier cosa. Supongo que me sentía sola. George ha salido a caballo a algún sitio.

—Parece que tienes frío —dijo él—. Te traeré un jersey.

—Salió con el caballo castaño —dijo ella—. Te has hecho bastante amigo de Phil, ¿verdad?

—Me está haciendo una cuerda.

—¿Te está haciendo una cuerda?

—Es hábil con las manos. La está haciendo de cuero crudo.

—¿Qué es el cuero crudo?

Él le tuvo paciencia.

—Nada importante. Son tiras de cuero crudo desecadas y tienes que ponerlas en remojo y..., bueno, darles forma.

—¿Darles forma?

—Trenzarlas.

—Peter, me gustaría que no hicieras eso con el pulgar.

Él dejó de pasarse el pulgar por los dientes.

—No era consciente de ello.

La moda, pensó ella. Consciente. Él seguía cerca de la ventana y ella sintió que la luz exterior le apretaba los ojos y le daba un poco de náuseas. Él siempre parecía estar de pie, nunca se sentaba, siempre estaba listo para moverse, para escuchar, nunca para descansar, nunca formaba parte de ninguna escena, de ninguna conversación, sino que se limitaba pacientemente a... ¿Pacientemente, a qué? ¿A esperar? Peter había traído un olor peculiar a la habitación; familiar, de alguna manera.

—Los ruiditos como ese... Cuando era pequeña, sentía algo en la columna vertebral cuando empezaban a escribir en el pizarrón. Estaba la señorita Merchant.

—¿La señorita Merchant?

—Sí, nos asignaba estrellas junto a nuestros nombres en el pizarrón, he olvidado por qué, pero era cuando hacíamos algo bien. Recuerdo las estrellas y que podías elegir el color que quisieras y entonces la señorita Merchant cogía la tiza correspondiente y dibujaba la estrella sin apartar la tiza del pizarrón ni una sola vez. Vaya, más que dibujarla, la escribía. Ahora

me pregunto por qué siempre nos ponía estrellas en lugar de diamantes o picas. ¿Y por qué no corazones? Me pregunto por qué eran estrellas.

Él habló en voz baja, con la cara de perfil y, como un ventrílocuo, casi sin mover los labios.

—Porque se supone que son inalcanzables.

—Sí, inalcanzables —dijo, temiendo haber arrastrado la palabra. Hablaba poco esos días, temerosa de arrastrar las palabras, esas palabras traicioneras como inalcanzables—. Pero, bueno, no eran inalcanzables en sexto grado. Además, Peter —continuó—, teníamos una caja especial de san Valentín, una caja grande que alguien traía de su casa, la cubríamos con papel crepé blanco y le pegábamos grandes corazones rojos; algunos de esos corazones quedaban torcidos, porque no todas entendíamos cómo doblar el papel para que ambos lados quedaran a la par. Algunas los dibujaban a mano alzada. —Se preguntó si era la luz fría que le apretaba los ojos lo que la hacía sentirse un poco mareada o el olor que la rodeaba.

—Y tú recibías muchísimos mensajes de san Valentín —dijo él, casi sin mover los labios.

—¿Muchísimos?

—Porque ya eras hermosa entonces —dijo.

Rose se preguntó cómo podía él decir algo así. Cómo podía malinterpretarla de esa manera, puesto que lo único que ella había tratado de hacer era convencerlo a él y también a sí misma de que una vez había tenido una identidad, un escritorio propio, un gancho numerado en el guardarropa para su abrigo, un lugar en la lista de la clase, una ventana desde la que podía ver columpios y una valla tablada más allá. ¿O acaso él tenía razón al percibir que ella estaba alardeando de las estrellas que había ganado y los mensajes de San Valentín que había recibido porque era... hermosa? ¡Qué espantoso era mantener una conversación en la que el otro se viera obligado a decir «porque eras hermosa»!

Peter había pronunciado esas palabras con una intensidad tan poco común que ella se quedó mirándolo y notó el infrecuente tono rojo que teñía su piel clara.

—Tú también lo habrás experimentado, seguramente —dijo ella—. Algún sonido que te hiciera estremecerte.

—No lo recuerdo —respondió él. Sí que lo recordaba, por supuesto; recordaba el pánico que lo asfixiaba como un nudo en la garganta cuando alguien gritaba marica; el miedo a que le rompieran la nariz, a que lo empujaran contra el suelo y lo dejaran sin aliento. En una ocasión, había temido entrar en una sala o salir de ella—. Tengo que volver arriba. Debo terminar una cosa.

Ella se incorporó cuidadosamente, sonrió y le pasó la palma de la mano por el pelo pulcramente peinado.

—Ha sido agradable charlar, ¿verdad? —murmuró—. Entre nosotros —añadió, y a continuación utilizó la palabra traicionera—. No somos inalcanzables.

Él levantó los ojos, los clavó en los de ella y sostuvo la mirada.

—Madre —dijo—, no tienes que hacer esto.

Ella intentó apartar la mirada de la suya y estuvo a punto de preguntar: ¿no tengo que hacer, qué?

Pero no se atrevió, puesto que él respondería: «No tienes que beber». Y así, el tema saldría a la luz.

Los ojos de él seguían fijos en los de ella.

—Me encargaré de que no tengas que hacerlo —dijo.

Ella quiso preguntarle: ¿cómo te encargarás? Si lo hubiera hecho, tal vez la vida de ambos habría sido muy distinta, pero, Dios la ayude, guardó silencio.

Peter la dejó (nadie podía cerrar una puerta más silenciosamente que él) y ella se giró para mirar cómo caía la lluvia incesante sobre las máquinas de segar. Lo único que quedaba de Peter era el olor que había traído.

Ella susurró para sus adentros: cloroformo.

A la cuerda de cuero crudo le faltaban menos de dos metros; Phil ya podía rematarla con un pulcro nudo de corona o de cabeza de turco, pero siguió trabajando en ella. Había empezado a ansiar los momentos en que el chico estaba cerca mientras él trabajaba, trenzando y dando forma, puesto que Peter era el espectador perfecto, que lo miraba embelesado cuando él le hablaba de los viejos tiempos, y era tan receptivo y se quedaba tan atrapado en la gris telaraña del pasado que, en una ocasión, Phil se había reído en voz

alta, puesto que Peter se había dejado paralizar por el hechizo. Estaba mirando sin ver, como una persona hipnotizada, en dirección a la colina de artemisa.

—¿Qué ves allí, viejo? —le preguntó Phil, divertido por haber atrapado al chaval con la guardia baja. Tenía las manos quietas.

Peter movió los ojos lentamente hacia Phil; parecían los de un sonámbulo.

—Phil, estaba pensando en los viejos tiempos.

Phil observó la cara del chaval, la manera en que la cubría el sol que entraba en diagonal por las puertas de la herrería.

—Apuesto a que era eso lo que hacías —dijo Phil lentamente—. Jamás permitas que tu mamita te convierta en un mariquita. En aquellos tiempos había hombres de verdad. —El niño asintió solemnemente. Phil le habló de un acantilado que él conocía y que asomaba solitario sobre la fuente de un manantial, donde alguien había grabado unas iniciales y la fecha: 1805—. Debía de ser alguien de la expedición de Lewis y Clark. Tendrían que pasar cincuenta años más antes de que los blancos se instalaran definitivamente en esta zona. Cuando yo tenía tu edad, Pete, encontré unos montículos de piedra detrás de aquella colina que parecían indicar el camino hacia algún lugar. Nunca descubrí hacia dónde exactamente; no los seguí hasta el final. ¿Qué te parece si un día tú y yo vamos a buscarlos de nuevo? ¿Los seguimos hasta el final?

* * *

El sol —«El Viejo *Sol*[9]», como lo llamaba Phil— se retiraba hacia el sur; las noches se volvían más frías, la escarcha matinal era cada vez más gruesa, permanecía hasta más tarde y en su retirada era tan testaruda como el pálido sol en su avance. En las montañas, las tormentas empujaban al ganado hacia los prados, hacia los rastrojos marrones sobre los que pastarían hasta que las nieves huyeran. Casi todo el tiempo uno podía levantar la mirada y encontrarse con algunas vacas, con grandes terneros de levante a sus lados, avanzando en fila india por unos senderos muy utilizados entre la artemisa de la colina que estaba delante. Algunas vacas tenían mellizos, pero los

terneros adicionales no bastaban para reemplazar a los que morían en las laderas o en las llanuras, a los que se rompían una pata, a los que los lobos desgarraban y comían o a los que se hinchaban y morían a causa del ántrax, o pierna negra, como lo llamaban en esa región.

—No te preocupes, viejo —le dijo Phil a Peter—. La cuerda estará lista antes de que tengas que volver a la escuela.

Phil le había enseñado a cabalgar, le había proporcionado un manso caballo castaño y juntos cabalgaban hacia los prados, donde Peter lo ayudaba a construir vallas alrededor de los almiares, y, al mediodía, tomaban un almuerzo de bocadillos de jamón del diablo y manzanas, mientras Phil contaba anécdotas de Bronco Henry.

—Nos lo hemos pasado bastante bien este otoño, ¿verdad, viejo? —le preguntó Phil. Y lo cierto era que el propio Phil lo había disfrutado.

—No lo olvidaré, Phil —respondió Peter sobriamente.

Phil guardaba la cuerda, el lazo entre ellos, enrollada como una serpiente en un saco, mientras trabajaba con el extremo que todavía no estaba rematado y, a medida que crecía, iba alimentándola, dentro del saco.

En realidad, Phil nunca había supuesto que podría darles algún uso a esos cueros crudos que, uno por uno, quedaban colgados y extendidos con el lado de la carne hacia arriba sobre los postes de la empalizada cuando mataban vacas. Unas cautelosas urracas limpiaban los pedacitos de carne que quedaban pegados a la piel, puesto que los hombres de la barraca no eran hábiles a la hora de despellejar, estaban demasiado ansiosos por terminar de una vez con esa tarea y volver a la barraca, donde podían charlar de tonterías y soplar sus estúpidas armónicas. La mayoría de las pieles tenían muchos agujeros y eran inútiles; hasta que Phil se puso a trabajar con la cuerda, no servían para nada. En el transcurso de un año podía llegar a haber veinte pieles allí colgadas, secándose y encogiéndose bajo el sol y la intemperie, luego Phil ordenaba a los hombres que las apilaran, les echaba el viejo queroseno y las quemaba. ¡Menuda peste largaban!

En septiembre, antes de la quema, era habitual que vinieran varios hombres —en carretas en los viejos tiempos, en camiones que ya estaban hechos unas carracas— y que trataran de comprar las pieles por un dólar o un dólar y veinticinco céntimos, pero Phil se reía en su cara. Esas pieles que

compraban aquí o allí por ese precio luego las vendían al doble y algunos de ellos ganaban fortunas de esa manera. Eran todos judíos; judíos que buscaban pieles, judíos que buscaban basura, judíos que tenían olfato para ganar dinero rápido, que negociaban para comprar hierro oxidado, piezas de segadoras, rastrillos, tuberías y ese tipo de cosas que se acumulan en las haciendas; pero, en lugar de vendérselas a esos usureros, Phil prefería dejar que la basura se acumulara y que las pieles se secaran y encogieran sobre la empalizada hasta que se decidía a quemarlas. Phil no tenía nada contra los judíos correctos, los judíos con intelecto y talento, siempre que no tuviera que mezclarse con ellos. Pero, por Dios, estos otros.

Estos otros, estos judíos errantes, como los llamaba, ganaban fortunas con la basura. ¿Cómo creéis que empezó el tipo que montó esa gran tienda por departamentos en Herndon? Vaya, Phil todavía se acordaba de cuando iba en el asiento de una destartalada carreta de muelles regateando por pieles de animales muertos. ¿Y ahora, qué? Ahora tenía una casa en el pueblo, una casa grande y blanca, con columnas, la más grande de Herndon, con césped verde y aspersores. Un Pierce-Arrow en el frente, sobre la gravilla de la entrada para coches, fiestas con lámparas japonesas y cosas así, todo gracias a las pieles, a la basura y a un buen olfato para ganar un dólar.

Greenberg.

Se hacía llamar Green, ahora, en serio. ¡Green! Se había introducido en la *«zoziedad»* de Herndon y se codeaban con ese Cómo-Se-Llama del banco, el amigo de George. En una visita poco común a Herndon para cortarse el pelo, Phil estaba cómodamente recostado en la silla de Whitey Potter, porque había decidido ir a por todas y procurarse una afeitada a medida y más que nada porque cuando Whitey te afeitaba no hablaba tanto; Whitey era uno de esos barberos que cree que tienes que pagar aparte por la charla. Bueno, pues allí estaba Phil, recostado, con las largas piernas y los baratos zapatos de ciudad asomando debajo, y era sábado, y los otros dos barberos estaban recortando las hirsutas extensiones de los lugareños. El local estaba muy animado con los cotorreos de los presentes y algunos leían la *Elks Magazine* y cualquier otra cosa que Whitey hubiera colocado allí para la comodidad y la educación de sus clientes mientras olían la vieja loción Lucky Tiger y etcétera, etcétera...

Había una mujer allí, también esperando, toda acicalada, con una piel en el cuello y un diamante grande como un huevo de gallina en uno de los meñiques; era la chica católica a la que Green (Greenberg) había desposado para ahuyentar la maldición de su propio origen. Juntos, él y la chica católica, se habían unido a la iglesia de allí, de Herndon, esa iglesia con la que la propia Vieja Dama había tonteado un poco, y Phil sospechaba que ya estaba apareciendo una nueva generación que creía que Greenberg y su esposa eran otra cosa que lo que realmente eran. Vaya, si ya había toda una generación de nuevos Greenberg, en cualquier caso, que habían crecido creyendo que se apellidaban Green, y uno de ellos, una niña, estaba con la mujer, esperando a papá.

Así que, veréis, el lugar estaba lleno y luminoso aquel sábado, con el sol, los espejos y los frascos en fila, y los hombres hablaban y se tomaban el pelo y fumaban y leían la *Elks Magazine* y los niños entraban y salían corriendo del hotel donde se sentaban los viejos, y de pronto el viejo Whitey accionó la palanca que levantó a Phil y lo devolvió a ese mundo del que te escapas cuando estás tumbado y te están afeitando, el mundo de ensueño de la loción Lucky Tiger de toda la vida.

—¿Eso le parece suficiente? —preguntó Whitey en tono de broma, recordando las palabras exactas que había pronunciado Phil en una ocasión después de entregarle setenta y cinco céntimos por el corte de pelo y una propina de veinticinco. Qué tío, ese Whitey.

Phil observó su cara flaca, desnuda, afeitada, zorruna, en el gran espejo que, sumado al que tenía enfrente, reflejaba el infinito.

—Bien, amigo mío —dijo Phil—. Eso es bastante suficiente.

Entonces, el hombre de la silla contigua le habló a Phil.

—Cómo está, señor Burbank —dijo el tipo con una voz fuerte y cálida de rotario.

Una voz potente, gruesa; esa voz tan poderosa, seguida de los dos o tres segundos del silencio de Phil, hizo que la gente levantara la mirada de sus revistas *Elks Magazine.*

Entonces, Phil habló.

—¡Vaya, caramba, el señor Greenberg!

Permitidme que os diga que se produjo un silencio después de esas palabras y que la cara de la mujer se puso roja como su pelo teñido. ¿Greenberg? *Redberg,* más bien[10].

No, en cuanto a Phil, las pieles podían pudrirse sobre la empalizada y la chatarra deshacerse en óxido antes de dejarse convencer por esos argumentos aduladores, antes de permitirles usarlo y aprovecharse de él, como se aprovechaban de la credulidad, el descuido o la simple caridad de los otros. Se había llegado al punto de que esos bromistas ya casi no paraban en la casa de los Burbank, porque les había llegado el rumor de que los Burbank no eran ningunos ingenuos, un rumor que había corrido como los de los gitanos.

«Just Like A Gypsy», igual que un gitano, como la borrachita de Rosie tocaba al piano.

En cualquier caso, hasta ahí llegaban los judíos. Y ahora resultaba que Phil había encontrado una utilidad excelente para los cueros, después de todo. ¡Quién lo habría pensado!

A pesar de las pacientes enseñanzas de Phil, Peter se sentaba mal en la montura y a Phil le parecía patético y hasta enternecedor ver cómo el chico trataba de mantener el cuerpo recto, dejando las manos flojas sobre las riendas, y levantarse al compás del trote.

—Sólo te hace falta práctica, Pete.

Pero era más que práctica lo que llevaba a Peter a dejar atrás la primera colina y llegar a las otras colinas que se ondulaban y se extendían a lo lejos; allí, en esa tierra secreta, pensaba mucho, exploraba mucho, y también pronunciaba algo cercano a una plegaria, una plegaria que tomaba la forma de una súplica, en nombre de su padre.

Miraba sin cesar, con sus ojos grises moviéndose igual de rápido que los diminutos pájaros grises que saltaban de artemisa en artemisa. Encontró el esqueleto de un caballo con una campanilla creciendo a través del ojo de la calavera y un coyote delgado lo observó desde una hondonada cercana; encontró ágata y pedernal como los que usaban los indios para confeccionar puntas de flecha y franjas enteras de higos chumbos que se extendían como mantas, así como un cartucho del cuarenta y cuatro, verde por el paso del

tiempo y la corrosión. Encontró una cuña de piedra que parecía obra de la mano del hombre y, cuando se la guardó en el bolsillo, pensó que Phil se sentiría halagado si le pedía que la identificara. Pero pasó mucho tiempo hasta que encontró lo que buscaba.

Hasta que una tarde acercó su caballo hasta un saliente bajo de piedra que tenía un color rosado apagado; podría haber sido un fenómeno natural extraño, salvo porque un poco más allá encontró otro saliente y luego otro, separados a intervalos de veinte pasos, siguiendo un plan humano, alguna antigua ceremonia, cada uno de ellos como un centinela que hiciera señas. Esas debían de ser las pilas de piedras rotas de las que Phil había hablado, algunas de las cuales se habían hundido en la tierra, y Peter las siguió, pero el sol cayó, llegó el frío de la montaña y Peter regresó antes de poder llegar a la última. Esa noche, tuvo muchas oportunidades de informar a Phil de su hallazgo, puesto que Phil pasaba la velada en su habitación, punteando el banjo, y Peter sabía que ese sonido era una invitación para entrar a conversar. Pero mantuvo en secreto lo que había encontrado.

Al día siguiente salió temprano, siguió las piedras más y más lejos, y, al mediodía, tomó su almuerzo y observó cómo las últimas piezas de ganado bajaban con dificultad por las colinas, siguiendo unos senderos antiguos que serpenteaban entre la artemisa crecida, después montó su caballo castaño y volvió a seguir el camino de las rocas.

Al avanzar, las pilas de rocas se volvían cada vez más pequeñas y se dio prisa en encontrar la última antes de que desaparecieran; y desaparecieron en el borde de un barranco seco, cuya entrada estaba tapada por escombros y basura caída desde lo alto, por grandes rocas redondeadas por relámpagos e inundaciones, por raíces de artemisa, grises y porosas, por las tablas desgastadas y grises de una choza abandonada. Y plantas rodadoras, esos fantasmales arbustos que cobraban vida con la menor brisa y asustaban a los caballos. En ese barranco, a uno de cuyos lados corría uno de los antiguos caminos para vacas, Peter encontró exactamente el animal muerto que estaba buscando y le pareció apropiado que fuera Phil, en cierta manera, quien lo había guiado hasta él.

Miró a su alrededor con la misma calma con que los coyotes lo miraban a él y escuchó. Luego metió las manos en los bolsillos, sacó unos guantes y se

los colocó como lo haría un cirujano, descendió del caballo, sintió que Dios sonreía y se puso a trabajar.

Era impensable que, salvo los domingos, alguien pudiera mantenerse ocioso en la hacienda, y tal vez eso podía explicar por qué incluso el Viejo Caballero, atrapado en sus propias creencias y sin ninguna otra cosa que hacer, diera vueltas de un lado a otro sobre la alfombra con la misma tenacidad con la que otro hombre podría cavar hoyos para postes o herrar caballos. Eso explicaba por qué George, que sentía que no podía pedírsele nada a nadie que esa persona no estuviera dispuesta a hacer, limpiaba el pozo ciego; era una tarea que no podía pedir a ninguna otra persona. Rose lo observó por la ventana del comedor (con la alta belleza de las Montañas Rocosas detrás) cuando él hizo descender un cubo clavado a un palo largo y delgado por las malolientes profundidades del pozo, y luego vio cómo se giraba y daba arcadas cada vez que vaciaba el cubo en la caja de carretilla de hierro. Ella también se giró.

Y la mayor parte del tiempo George estaba lejos de ella. Cuando Peter y Phil cabalgaban hacia los prados para vallar almiares, George se iba a hacer lo mismo en el sentido contrario. ¡Qué pena que no fueran George y el chico quienes cabalgaran juntos! ¿Y cómo debía ella llenar sus inútiles días, con Lola ocupándose de la casa y la señora Lewis cocinando?

Acostumbraba a ir a Herndon en coche, «de compras», como salía en el *Recorder,* y era presa fácil de las vendedoras de Green's, quienes le hacían adquirir sombreros, guantes y zapatos. Se probaba vestido tras vestido que, estaba segura, habían encargado sólo para ella. Empezó a pensar en la ropa como si fueran disfraces, máscaras para ocultar ese ser inútil y atemorizado en el que se estaba convirtiendo. Ponía todo en su cuenta, ya que contaba con poco dinero en efectivo. A George jamás se le había ocurrido abrirle una cuenta de cheques; su propia madre, como la reina de Inglaterra, nunca llevaba más dinero encima que el que necesitaba para propinas. Él le daba a Rose un billete de diez dólares o una suma similar cuando ella iba al pueblo, algo para poner en el monedero. Suelto, lo llamaba él. Y con eso, después de cargar en la cuenta quizás doscientos dólares de zapatos, sombreros y vestidos, ella se dedicaba a la misión que le había hecho ir hasta el pueblo:

primero se dirigía a una botica para que le preparasen una «receta» y a continuación a una casa de la avenida Kentucky a la que se acercaba desde atrás, aborreciéndose a sí misma, una casa que en verano estaba cubierta de enredadera de trompeta color granate.

Una tarde se salió de la carretera y se asustó; la ayudó un ganadero vecino. Le mintió a George respecto del ligero daño del guardabarros.

Las jaquecas continuaron. Temiendo exponerse a los posibles comentarios de Phil, que, en cualquier momento, podría hacer delante de George, se quedaba en la habitación rosa y era allí donde bebía. Pensaba haber descubierto un patrón en las presiones de Phil y estaba segura de que él no le había dicho nada a George sobre su hábito. Phil sabía, intuía Rose, que la cosa no dicha es más potente que la dicha. ¿Acaso no lo había atrapado observándola con una paciencia curiosa y acechante?

¡Oh, pero qué frío hacía en la casa! Tan aislada estaba por los troncos y las gruesas capas de yeso color tierra que el sol no tenía ninguna oportunidad de entrar y la humedad del sótano inundado se filtraba desde abajo. Ella no entendía la caldera ni tampoco la forma de llegar hasta ella, pasando de un bloque de madera empapado al otro, no entendía todas esas corrientes de las que hablaba George, ni cuánto carbón había que ponerle, ni cuándo. Por ello, el fuego se apagaba a menudo durante esos días lluviosos de finales del verano y sus intentos de volverlo a encender no daban resultado. Le pedía disculpas a George por no poder hacerlo y cuando él, en silencio y sin quejarse, bajaba las escaleras para reparar el daño, ella apenas podía soportar los sonidos que llegaban desde allí, el estrépito metálico de la puerta de acero, el ruido de la pala plana raspando el suelo de hormigón. Mientras escuchaba, se paseaba por la habitación rosa, vistiéndose para la cena, arreglándose la máscara, esperando poder complacerlo con su apariencia, poder apartar su atención de sus gestos cada vez más inseguros, de sus leves roces contra los muebles al moverse por el cuarto.

Con la chimenea tuvo más suerte y empezó a quemar un poco de basura que encontraba en el establo y en el taller. Vestida con unos pantalones verdes de montar que había comprado cuando tuvo la osadía de creer que tal vez pudiera aprender a andar a caballo, buscaba restos de madera, cajones

de naranjas, cajas de manzanas, pedazos de vigas de madera que se usaban para fabricar dientes de rastrillos y que habían sobrado, leños que habían sacado del cobertizo para apuntalar las máquinas y que luego habían abandonado allí.

Cuando las provisiones de basura combustible empezaron a disminuir, se dio cuenta de que sus esfuerzos para mantenerse caliente y ocuparse en algo empezaban a tener un cierto orden, una especie de pulcritud que le proporcionaba la satisfacción de haber logrado algo. Jamás había entendido por qué los terrenos de la hacienda más rica del valle tenían que parecerse a un depósito de chatarra y ahora había reunido y apilado en una zona limpia entre el establo y el taller un surtido considerable de basura, gran parte de ella ropa descartada, calcetines y petos, zapatos que los cachorros habían robado de debajo de las camas de la barraca, retorcidos y encogidos por haber quedado a la intemperie.

Había algunos elementos de esa basura que no podía manejar, como el estómago lleno de pasto de una vaca recién sacrificada, supuestamente enterrado por los hombres ahí atrás, pero que unos perros más viejos habían desenterrado y arrastrado al jardín, con los intestinos colgando. Tampoco podía manejar las cabezas cortadas y desenterradas.

—A mí no me importa —le dijo Peter, y con una horquilla cargó las entrañas y estómagos en la carretilla de hierro junto a las cabezas mudas y las llevó a enterrarlas nuevamente. Los perros, los que más lamentaban la situación, lo observaban.

Ella pensaba que esas pieles tiradas sobre los postes del matadero daban una mala impresión a los que pasaban delante de la hacienda. ¿Qué pensarían al ver urracas peleándose por unos restos de carne?

—Oh, Phil quemará las pieles un poco más adelante —dijo George—. Las quema una vez al año.

A veces, en la barraca, Phil cogía la sección de tiras cómicas de los periódicos. *Hazañas de Tín y Tón, Happy Hooligans, Maggie and Jiggs.* Había visto a los hombres moviendo los labios mientras las leían y se preguntaba si los más brillantes de ellos podían ver más allá de su tosco humor y entender los comentarios sociales. ¿Quiénes de ellos podían

percibir en Tín y Tón el triunfo definitivo de la picardía, el irreprimible espíritu de la juventud? ¿Podían identificarse con Happy Hooligan, ese imbécil que tenía una lata de sombrero y cuya estupidez lo protegía como una armadura? ¿Qué entendían de Gaston y Alphonse, quienes, con sus «después de usted, mi querido Alphonse» y su «¡después de usted, mi querido Gaston!», argumentaban que los modales eran más importantes que la inteligencia? Phil había escuchado atentamente cómo se reían con Maggie y Jiggs, de cómo el viejo Jiggs se escabullía hacia Dinty Moore's para comer carne en conserva y col cuando se suponía que estaba en la ópera. ¿Pero se daban cuenta de que el tipo que había escrito eso, el que había dibujado a tinta esas limusinas y había coloreado los sofisticados atuendos que Maggie usaba en los saraos no hacía más que satirizar a los arribistas?

Teniendo esto en mente, ¿quién podría sorprenderse de que Phil, cuando vio a George mirando por los binoculares las montañas que estaban al otro lado de la llanura, hubiera comentado de pronto «¿Qué hay allí, Jiggs?»?

George se quedó inmóvil, observando. Luego bajó los prismáticos lentamente y se giró.

—¿Jiggs? —dijo—. ¿Jiggs?

Unas nubes de tormenta se acercaban y se acumulaban sobre las montañas hacia el sur. Ella les tenía pavor a los truenos y a los relámpagos que a veces caían tan cerca que la campanilla del teléfono tintineaba y el aire olía repentinamente a ozono. Todavía tenía presente la historia que le había contado George sobre el encargado de la estación de Beech al que le había caído un relámpago que lo había matado justo cuando el tren estaba llegando, así como la de las seis cabezas de ganado que se habían acurrucado contra una alambrada y que murieron instantáneamente cuando cayó un relámpago sobre el alambre a casi dos kilómetros de distancia. Esa tarde había un silencio perturbador que abarcaba todo el campo y que anunciaba la primera tormenta del otoño. La señora Lewis aún no había llegado desde su cabaña para refunfuñar y empezar a dorar la carne. Lola estaba arriba con su revista *True Romance.* Le había señalado a Rose el cuento que guardaba para una tarde justo como esa y que se llamaba «Por qué he vendido a mi bebé».

Rose se quedó de pie en la habitación rosa, con un jersey sobre los hombros, considerando vagamente su «disfraz» para esa noche.

—Siempre estás tan bonita —acostumbraba a decirle George—. Estoy tan orgulloso de ti.

Ella estaba preocupada por George y también por Peter, que estaban en los prados, y se preguntó si podría soportarlo en el caso de que sonara el teléfono. ¿Era seguro estar junto a la ventana? El viento sacudía las hojas del álamo enfermo.

¿Qué era eso? ¿Polvo?

¡Polvo en la carretera! Y de ese polvo apareció un coche, una camioneta pequeña y destartalada que aminoró la velocidad, vaciló, luego entró lentamente en el jardín y se detuvo.

Ella se incorporó con precaución. En los últimos meses había aprendido a caminar con cautela, a pasar de la silla a la mesa y luego a la otra silla y a la pared, tocando cada una de esas cosas, como si pudieran darle fuerza. Atravesar una habitación sin interrupciones era imposible; se podía tambalear y tropezar. Con delicadeza, llegó a la sala y miró esa extraña camioneta. Del lado del conductor, alguien sin experiencia había pintado las letras CUEROS con un pigmento al que el paso del tiempo le había dado la textura de tiza, y la caja de la camioneta estaba llena de pilas de cueros fuertemente sujetados con cuerdas.

Ella parpadeó, asombrada por la apariencia formal del hombre que abrió la portezuela de la camioneta y descendió hacia el suelo; tenía un traje oscuro, un sombrero oscuro de fieltro bastante ancho y una barba que recordaba a los profetas. Llevaba una cadena de oro que le atravesaba el chaleco y que brillaba pálidamente en el aire oscuro. Cuando cruzó la verja y empezó a subir los escalones, ella vio detrás de él otra silueta en el coche. ¿Su hijo?

Ella abrió la puerta antes de que él golpeara.

Él se quitó el sombrero e hizo una pequeña reverencia.

—Buenas tardes, señora.

Qué voz delicada, pensó ella. Que voz agradable y delicada.

—Buenas tardes —murmuró ella.

—Me preguntaba si por casualidad tenía algunos cueros viejos —dijo él.

Era una pregunta retórica, puesto que el matadero estaba a la vista, a menos de cien metros.

—Vaya, no lo sé —respondió ella, pasó al lado de él y subió a la galería, donde tocó la silla y se quedó mirando los cueros. Eran una monstruosidad —. Veo que sí. —Los señaló—. Los van a quemar, ¿sabe?

El rumor de un trueno distante.

—¿Los van a quemar? —El hombre miró el sombrero negro que tenía en la mano y luego posó los ojos en Rose.

—Sí, según entiendo, los van a quemar.

—¿No me los daría por treinta dólares, señora?

—¿Treinta dólares?

—Me sería imposible ofrecerle más.

—Oh, no es eso —dijo ella, aferrándose al respaldo de la silla.

—¿Entonces qué es, señora?

Ella no podía explicarle a ese hombre qué era, si no era eso. Pero treinta dólares era una suma extraña. Treinta dólares no significaban nada para los Burbank. Treinta dólares podrían haber representado una fortuna para ella y Johnny Gordon, en una época, pero un cheque de treinta dólares emitido a nombre de los Burbank iría a parar a una pila de otros cheques sin cobrar que ella había visto en un cubículo junto a la oficina de George, reembolsos de tiendas que vendían por correspondencia, pequeñas devoluciones de impuestos, unos pocos dólares que un hombre había pagado por una vieja silla de montar, tal vez cien dólares en total, cheques fechados mucho tiempo atrás. ¿Acaso quemaban esos cheques cada tanto, ritualmente, como hacían con los cueros? El pensamiento le hizo dibujar una sonrisa distraída.

—¿Qué es, señora?

—Nada. ¿He dicho algo? —Se aferró a la silla. Cuando iba «de compras», George siempre le pasaba diez o veinte dólares y eso era todo. Ella compraba todo lo que quería cargándolo a una cuenta, salvo lo que adquiría en la botica y en aquel sitio de la enredadera. Dinero en efectivo para eso—. No, en realidad parece una suma razonable. —Sintió que el silencio era largo y volvió a hablar—. Extienda el cheque a nombre de mi marido.

—¿A nombre de su marido?

Ella sintió que le brotaban lágrimas de los ojos y sonrió para ocultar su turbación.

Él dijo:

—¿Qué ocurre, señora?

—¿He dicho algo? —preguntó ella. No, pensó. Es Phil el que quema los cueros. El cheque debe ser para Phil. Así puede quemarlo en lugar de los cueros—. Extienda el cheque a nombre de Phil —dijo.

—¿A nombre de Phil, señora?

—Caramba, sí, a nombre de Phil. —Se pregunto por qué a él le parecía raro—. No —dijo de repente—. No lo haga—. Si ese cheque no se iba a cobrar, si tal vez terminaba en el fuego, ¿por qué hacer un cheque? ¿Por qué no efectivo? ¡Así ella tendría dinero en efectivo!—. ¿Le importaría darme el dinero en efectivo?

—Claro que no, señora. —Ella lo observó atentamente cuando él sacó una cartera, larga, como una media negra, con un broche largo y metálico en la parte superior que se cerraba deslizando una bolita hacia el otro lado. La abrió y hurgó en su interior, moviendo las monedas de plata que guardaba allí. Una vez, cuando ella y Johnny habían llegado a esa región (hacía tanto tanto, pero tanto tiempo), la región del dólar de plata, un paciente le pagó a Johnny con dos dólares de plata y él se quedó de pie con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo tintinear las monedas en el bolsillo. «No hay ningún sonido que se parezca más al dinero que el de la plata», dijo. «Qué bonito, qué bonito es el sonido de la plata, el bonito sonido de la plata, mi bonita dama». Ella vio cómo el hombre sacaba billetes, unos billetes gastados que debían de haber pasado por muchas muchas manos, para pagar un favor u otro. Se los ofreció; ella los cogió.

—Gracias.

—Gracias a usted —dijo él, y se inclinó haciendo su pequeña y formal reverencia, luego se giró y, con un brazo, hizo un gesto a la otra silueta. Luego se alejó sin mirar atrás. Ella lo vio irse y, al verlo, sintió el raro impulso de seguirlo, de llamarlo, de devolverle el dinero, pero tenía la garganta seca, la lengua inerte. Y, sinceramente, el tacto de los billetes le daba una valiosa sensación de seguridad. Entonces se quedó aferrando el respaldo de la silla y vio cómo la camioneta se alejaba de la casa, viraba

lentamente y luego cruzaba traqueteando el puente de madera hacia el matadero. Una nube de urracas se elevó y se asentó como ceniza sucia, una a una, en una valla, a una distancia segura.

Ella se volvió con cuidado, se sostuvo una última vez en el respaldo de la silla y entró en la casa. Una vez allí, empezó a reírse para sus adentros. ¡Qué extraño era todo!

Qué extraño, qué extraño.

Desde que se había casado con un Burbank, se había vuelto ladina.

Se había vuelto deshonesta.

Se había convertido en una alcohólica, en una borracha común y corriente. Llevaba semanas sin estar sobria del todo. George había mantenido silencio sólo debido a su amabilidad. Pero en pocas semanas se divorciaría de ella. Y ahora, esta última cosa, cuando él se enterara de que se había comportado como una ladronzuela por treinta dólares.

Se olvidó de recordar la larguísima distancia que había entre la puerta del dormitorio y la cama y se encontró sin ninguna silla a mano, sin ninguna mesa en la que pudiera confiar. Se tambaleó y se cayó a mitad de camino de la cama, perdió una sandalia, un calzado elegante, tan elegante que jamás se había habituado a usarlo, zapatos que le habían hecho traer especialmente, una excusa para un viaje «de compras». Zapatos para la señora Vanderbilt, esa señora Vanderbilt que sólo existía en la cabeza de Johnny, sólo en su cabeza. Él había creído que ella lo era, entonces ella lo fue. No podía ser nada a menos que alguien creyera en ella, nada de nada. No podía ser otra cosa que lo que alguien creyera que era.

Dejó el zapato y avanzó a rastras hasta la cama, la gran cama de los Burbank. Cuando estaba allí tumbada, se llevó el puño a la boca.

Y allí la encontró George, dormida, con tres billetes de diez dólares esparcidos a su lado, como hojas.

---

9. La palabra «Sol» está en español en el original. *(N. del T.)*

10. Juego de palabras entre *green* («verde») y *red* («rojo»). *(N. del T.)*

XIV

Las pilas de palos eran refugios de pequeñas cosas vivas. Allí debajo, las taltuzas estaban a salvo de los tejones que querían devorarlas. Allí los conejos de cola de algodón estaban a salvo de los coyotes que intentaban derribar los palos con sus garras y sus dientes. Esas pequeñas cosas vivas, que se refugiaban allí hasta que venían los hombres y usaban los palos para construir vallas en torno a los pajares, conocían cada hueco y cada ranura y provocaban a los animales grandes con sus pequeñas voces. Compartían sus bastiones con animales todavía más pequeños, con topos y ratones, y los ayudaban a combatir a las serpientes que intentaban ingresar, deslizándose con un susurro de la piel, con la esperanza de poderse comer a los cachorros de alguno de ellos. Un conejo de cola de algodón puede abrir a una serpiente en canal con las largas uñas de sus patas traseras.

Los jóvenes que trabajaban en las haciendas se divertían haciendo salir a las taltuzas, a los conejos de cola de algodón, a los ratones; les gustaba cansarse levantando palo tras palo, para dejar expuesto el escondite de alguna criatura aterrorizada que se había confiado demasiado. Qué conmovedor era verla encogerse, con los ojos enloquecidos de miedo, las patas temblando, creyendo que si se mantenía inmóvil tenía alguna esperanza de escapar. Era habitual que los jóvenes la dejaran escabullirse a otro escondite y luego imaginaran cómo su miedo iba cediendo poco a poco, cómo esa criatura iba recuperando la confianza. Pero, luego, con una paciencia imperturbable, los jóvenes volvían a mover los palos que la protegían, hasta que, una vez más, la pequeña criatura quedaba expuesta a peligros indecibles. Algunos de ellos, ya cansados, desistían. Otros, tal vez, se dejaban distraer por el canto de un ave, algún chorlitejo que fingía que se había roto un ala y que revoloteaba cerca, pero fuera de alcance, para robar huevos o cachorros. Algunos pocos empezaban a sentir las primeras punzadas de conciencia. Y algunos —aburridos, desilusionados por lo que

habían esperado que fuera un deporte más emocionante— torturaban o apaleaban a las criaturas, e incluso eso era, a veces, extrañamente insatisfactorio. Así uno aprende lo vacua que puede ser la búsqueda de placer.

A menudo se decía de Phil que nunca perdía su aire juvenil; lo veías en sus ojos, en el paso de sus pies cavos. Tenía cuarenta años y, sin embargo, su rostro estaba exento de arrugas, excepto las que le rodeaban los ojos e insinuaban que era una persona que acostumbraba a mirar largamente a lo lejos. Sólo las manos habían envejecido y eso se debía exclusivamente al desconcertante orgullo que sentía por no usar guantes. Sí, seguía deleitándose con los juegos adolescentes. Si se encontraba un momento sin nada que hacer, a la sombra de algún sauce, a veces sacaba su navaja de bolsillo, abría la hoja grande y la hoja pequeña, la cogía entre el pulgar y el dedo índice, y la lanzaba de modo de que girara una, dos o tres veces antes de clavarse en la tierra en un ángulo de exactamente cuarenta y cinco grados. Así, seguía siendo un experto en ese viejo juego que se llamaba «el clavo». Si perdías, debías sacar con los dientes una estaca clavada en la tierra hasta el fondo. Comías tierra. Eran muchas las partidas que Phil había jugado con George y eran muchas las estacas que George había tenido que sacar de la tierra.

Phil había dejado estupefacto al pequeño hijo de un comprador de ganado que se había presentado ante él como un experto jugador de canicas y que, de hecho, había traído consigo una bolsa de gamuza con canicas chinas, canicas de ágata, de pedernal y otras de menor calidad, fabricadas con cerámica horneada y esmaltada. Qué niñito gordo, pensó Phil, qué niñito avaro, cuando lo vio pasar su bolsa de canicas de mano a mano, para que tintinearan con fuerza dentro de su estuche. George y el comprador de ganado, un tipo nuevo, parloteaban sentados sobre el estribo del sofisticado coche del comprador. Phil estaba de cuclillas, mirando a lo lejos, cuando el gordito se acercó y le habló.

—¿Quiere ver mis canicas? —le preguntó a Phil, descaradamente.

—Vaya, por supuesto —respondió Phil, con una sonrisa amable.

Qué tacaño se veía ese niño, cómo miró a un lado y a otro antes de abrir la bolsa, ponerse de rodillas y derramar sus preciosas canicas.

—Son doscientas —dijo en voz baja.

—¡Vaya! ¡Qué me dices! —respondió Phil, sin dejar de escuchar cómo George parloteaba con el comprador.

El chico reunió las canicas, que se golpearon entre sí.

—¿Usted jugaba a las canicas cuando era pequeño? —preguntó.

—Oh, un poco.

—¿Sabe qué? —preguntó el niño.

—No, ¿qué?

—Yo gané el campeonato de canicas en la escuela este año. —Sus ojos retaron a Phil.

—¡Vaya! ¡Qué me dices! —exclamó Phil.

Las voces de George y el comprador seguían zumbando en el aire. Phil sabía que todavía no habían ido al grano y que podía desviar su atención a otras cosas. El sol caía sin piedad sobre el prado donde los novillos que habían llevado hasta allí para que el comprador los viera —curiosos como suelen ser los novillos— guardaban las distancias, agachaban las cabezas y examinaban ese sofisticado vehículo.

—Gané el campeonato dos años seguidos. —El chaval era gordo, tan gordo que el calor lo hacía sufrir; necesitaba hacer ejercicio para perder toda esa grasa. Phil sabía que era un niño de ciudad, pero se había puesto botas y un sombrero Stetson como su viejo. Phil pensaba que era un atuendo extraño para un campeón de canicas.

—Supongo que estarás muy orgulloso —dijo secamente.

Sí, hacía mucho calor. Daba la impresión de que George y el comprador seguirían cotorreando un rato más. El comprador había sacado un bloc de papel y estaba haciendo cálculos.

—¿Quiere echar una partida a las canicas, señor?

Qué atrevido, pensó Phil.

—Vaya, hijo, no tengo ninguna canica.

—Yo podría algo así como prestarle algunas de las mías.

—Vamos. ¿Cómo podrías «algo así como prestarme» nada? Te diré una cosa. ¿Qué te parece si te compro un par?

El chaval gordito lo miró con los parpados caídos; podía oírse como esa cabeza llena de grasa giraba y hacía cuentas. Igual que el padre escribiendo

en el bloc, con la cabeza girando sin cesar. Estaban esas bolitas hechas de cerámica horneada; podría venderlas, recuperarlas en una partida, y ganar el cien por ciento de lo que fuera que pudiera sacarle a Phil.

Y, en efecto, el chico apartó algunas canicas de barro con las garras.

—¿Cuánto pides por ellas, hijo?

El viejo le había enseñado bien.

—Valen veinticinco céntimos.

No valían ni siquiera diez y Phil lo sabía.

—De acuerdo, hijo. —Phil sacó el monedero que siempre llevaba consigo y cuyas profundidades albergaban algunas moneditas de plata y águilas dobles.

—Tire usted primero, señor —lo instó el chaval.

—Caramba —dijo Phil—. Yo no podría permitir que el invitado tire en segundo lugar. Empieza tú, hijo.

El chaval era bastante hábil. Ganó cuatro de las canicas que Phil había comprado antes de que fuera el turno de Phil. Este cogió un palito y trazó el círculo que el chaval había dibujado en la tierra.

—Ahora me toca a mí, ¿sí?

—Le toca a usted, señor —dijo el chaval, y se lamió el sudor del labio superior.

—¿Así es como se coge la canica cuando tengo que tirar? —preguntó Phil.

—Más bien así —explicó el chaval.

—Oh —dijo Phil. Y luego hincó una rodilla, como lo hacía antes y vaya si eso no lo hizo sentirse un chaval nuevamente, el viejo sol golpeándole en la espalda, la aspereza de la tierra en los nudillos, el aliento que inhalabas cuando arrojabas la canica en el círculo. —¡Ahí va! —Y golpeó diez de las canicas baratas. —¿Quieres cambiar estas diez por uno de tus pedernales y jugamos sólo con pedernales?

Con los ojos bien abiertos, estupefacto, el chaval asintió.

Bueno, señor, Phil ganó cada una de las canicas que tenía el chaval y, cuando las tuvo todas delante, las recogió y las metió en la bolsa del chaval.

—Quédate con tus canicas —dijo—. Puede que tu viejo te haya enseñado algunos trucos para parecer listo, pero no te explicó cómo funcionan las

cosas.

El niño cogió la bolsa y no la pasó de una mano a otra, sino que la aferró como si le fuera la vida en ello. A Phil le gustaba dar una lección a la gente. Se puso de pie y se acercó al coche, donde George y el comprador seguían dándole a la sin hueso.

—Me parece que usted no quiere este ganado —dijo Phil, arrastrando las palabras y clavando los ojos en el comprador—. Me parece que lo único que quiere es hacernos perder el tiempo a mí y a mi hermano.

Phil todavía podía construir una cometa y remontarla. Hasta hacía muy poco, él y George jugaban a atrapar la pelota los domingos; era un as como primera base. Sabía cómo hacer girar una peonza. Era un hombre sin edad y jamás perdía su aire adolescente. Otros se preguntaban qué había ocurrido, de dónde había salido el reumatismo, los huesos doloridos, la panza creciente. ¿Y dónde estaba esa adorable capacidad de disfrutar del mundo que habían perdido?

Phil, que se sentía joven, le señaló a Peter un conejo de cola de algodón que se había refugiado debajo de los palos que se usaban para vallar pajares y que saltaba de un lado a otro. Era una pila vieja, que llevaba varios años sin que nadie la utilizara. Los peones habían traído unas ramas de pino nuevas, que olían fuerte, y las habían apilado allí; todavía no habían cogido las viejas para llevarlas a la casa y usarlas como leña. A juzgar por la despreocupación que había mostrado el conejo hasta ese momento, era probable que llevara varios años viviendo allí. Empezó a brincar de un lado a otro, como si fuera el dueño de aquel sitio. Phil lo había avistado por primera vez cuando él y Peter se detuvieron a almorzar. El sol brillaba con fuerza y hacía tanto calor que se habían cobijado bajo la sombra del pajar, con las piernas estiradas. Phil cogió algunas hojas curadas de fleo que estaban detrás, eligió una y empezó a chuparla, pensando en lo curioso que era el resplandor que salía de la cara y los brazos de Peter. Tosió y se quitó la hoja de heno de la boca.

—Has conseguido un buen bronceado —dijo, y luego se quedó en silencio. Después, añadió—: La cuestión es que Bronco Henry no había enlazado ni cabalgado hasta que tuvo más o menos tu edad. Oye, mira ese conejo.

Era tan atrevido que parecía domesticado. Phil sonrió, se quitó el sombrero, apuntó y lo lanzó hacia el conejo; el sombrero cobró vuelo como un halcón, proyectando una sombra que era como la sombra de un halcón, y descendió. El conejo se encogió cuando vio la sombra y saltó hacia los palos. Phil se estiró cuanto largo era, avanzó despreocupadamente hacia la zona iluminada por el sol, cogió el sombrero y lo golpeó para quitarle el polvo. Luego frunció el ceño, se agachó, sacudió el palo superior de la pila y el sonido que hizo al vibrar, el calor del sol y el olor de la tarde lo hicieron sonreír y despertaron en él unos pensamientos muy profundos.

—Oye, Pete —lo llamó—. Veamos cuánto tarda Peter el Conejito Cola de Algodón en salir y tratar de escapar.

Eso era lo que hacían los chavales, apostar cuántos palos tenían que quitar antes de que los animales intentaran huir.

Peter se puso de un lado de la pila, Phil del otro, y fueron quitando primero un palo y luego otro, poniéndolos a un costado; al final del décimo palo el conejo seguía allí, encogido, oculto debajo, esperando. A Phil le pareció verlo una vez; era probable que lo hubiera hecho, porque pocas veces le fallaban los ojos. Puedes apostar la vida a ello.

—Este cabroncete tiene agallas, ¿verdad? —dijo Phil, jadeando. Hacer hablar a Peter era como arrancar dientes. Había que lanzarle preguntas directas. Cuando Peter por fin hablaba, Phil tenía la curiosa sensación de que sus esfuerzos se veían recompensados.

—Supongo que sí tiene agallas —dijo Peter.

—Yo creía que a esta altura ya habría intentado fugarse —dijo Phil.

Quitaron dos palos más; el segundo alteró el precario equilibrio de otros, que se derrumbaron como gigantescos palitos chinos y se ubicaron en una forma nueva. Debajo, se oyó un correteo enloquecido, ahogado por un trueno.

¿Y qué es esto? El conejo salió con una pata quebrada; avanzó lentamente, empujando la tierra con la pata sana, con mucha dificultad. Phil vio cómo Peter cogía al animalillo y se lo ponía sobre la parte interior del brazo.

—Los palos le cayeron encima —señaló Phil.

—Así parece —dijo Peter.

—Bueno, no dejemos que siga sufriendo —ordenó Phil—. Supongo que la manera más rápida es con un golpe en la cabeza. Qué extraño, ¿verdad? Si no hubiera tenido tantas agallas, no se habría lastimado.

—Eso parecería indicar que las cosas funcionan así—dijo Peter.

¿De modo que el chico era un poco filósofo? Phil sonrió.

—Eso parecería indicar que nunca se sabe —repuso.

Vio cómo Peter le acariciaba la cabeza al conejo, calmándolo, y que un instante después le retorcía el cuello, con una destreza tal que Phil no pudo no admirarlo; nunca había visto nada igual. Las patas traseras del conejo, libres de la tensión del cerebro después de que le hubieran cercenado la columna vertebral, se relajaron y se quedaron inmóviles en la mano del muchacho, mientras los ojos se ponían vidriosos ante la llegada de la muerte. ¡No había nada de sangre! Era Phil el que estaba ensangrentado, el que se había cortado con alguna cosa afilada.

Peter miró la sangre que manaba.

—Es un corte profundo —señaló.

—Pero qué demonios —dijo Phil con despreocupación, sacó la bandana azul y se enjugó la herida. Estalló un trueno cuyo eco resonó en todo el amplio valle; unas nubes negras taparon el sol. Phil se humedeció el dedo índice y lo levantó. Su saliva le hacía captar la brisa más ligera—. La tormenta no llegará hasta aquí. El viento viene del sur.

Pero Phil se sentía frustrado y huraño. Lo del conejo no había salido bien. No había logrado capturar esa nostalgia que le pedía el corazón. Cuando volvieron al otro lado del pajar para terminar de almorzar, empezó a hablar nuevamente sobre Bronco Henry.

—No —dijo—. Cuando Bronco Henry llegó a esta zona, no sabía nada de cabalgar ni de enlazar. Sabía menos que tú, querido Pete. ¡Vaya, si tú ya sabes sentarte bien sobre un caballo! Pero, por Dios, sí que aprendió. Oh, me enseñó algunas cosas. Me enseñó que, si tienes agallas, puedes hacer cualquier jodida cosa, agallas y paciencia. La impaciencia es una mercancía cara, Pete. Me enseñó a usar los ojos, además. Mira hacia allí. ¿Qué ves? —Se encogió de hombros—. Ves la ladera de la colina. Pero cuando Bronco miraba allí, ¿qué crees que veía?

—Un perro —dijo Peter—. Un perro corriendo.

Phil lo miró fijo y se pasó la lengua por los labios.

—¡Qué demonios! —dijo—. ¿Lo ves ahora mismo?

—Lo vi cuando llegué aquí —dijo Peter.

—Bueno, volviendo sobre lo que estábamos hablando. Creo que un hombre necesita tener cosas en su contra.

Peter tenía las rodillas levantadas y las estaba rodeando con los brazos.

—Mi padre decía: obstáculos. Y había que apartarlos.

—Será otra manera de expresarlo. Bueno, Peter, tú tienes obstáculos, y eso es un hecho, mi pequeño Peter. —A veces incurría en modismos irlandeses, porque los irlandeses lo divertían, con su coraje, su rebeldía.

—¿Obstáculos? —Peter lo miró con ojos mansos.

—Tu mami, por ejemplo.

—¿Mi madre?

—Por cómo empina el codo. —Phil contuvo el aliento. ¿Habría dicho demasiado? ¿Demasiado pronto? ¿Habría alejado al muchacho antes de poder desplegar todo su plan? Sin dejar de sonreír, con una expresión agradable y comprensiva, se preguntó por qué había hablado de esa manera. ¿Tal vez lo había hecho por algún motivo que él mismo no comprendía plenamente? ¡Hijo de perra!

—¿Empina el codo? —preguntó Peter, fingiendo perplejidad, pensaba Phil, como si no conociera esa expresión.

—Bebe, Pete. Le da al alcohol. —El chico dio un respingo ante la palabra «alcohol». ¿Sería un poco fuerte esa palabra para él? Pero, maldita sea, ese respingo era precisamente lo que él necesitaba ver. Tal vez para calibrarlo, para juzgarlo. Y, cuando lo vio, supo que no había dicho demasiado, que decir demasiado se había vuelto imposible—. Supongo que sabrás que estuvo cocida medio verano.

—Sí. Sí, lo sé. Antes no bebía.

—Ah, ¿no? —Otra vez con un poco de acento irlandés, como para mantener las cosas en un nivel ligero. ¿Pero lo eran?

—No, nunca.

—¿Y tu papá, Pete?

—¿Mi padre?

—Tu padre. Tu papá. Entiendo que le daba duro a la botella. Al alcohol. ¿No, Pete? —A Phil el corazón le latía un poco más rápido. ¿Habría dicho demasiado? ¿El chico se había puesto tenso? Phil le sintió el gusto a su labio superior.

—Hasta el final —dijo Peter—. Luego se ahorcó.

Phil empezó a tocar al chico, pero luego retiró la mano y habló con voz más grave.

—Pobrecillo —dijo. Phil dibujó una sonrisa débil—. Las cosas te irán mejor.

—Gracias, Phil —murmuró Peter.

Las nubes de tormenta se alejaron, como había dicho Phil. Cuando volvían a través de una franja de artemisa que estaba en una esquina del prado, encontraron el nido abandonado de un gallo de las praderas, en el que no quedaba nada, salvo unas cáscaras de huevo. Uno casi nunca se cruza con el nido de un gallo de las praderas. Hay que mantener los ojos bien abiertos. Phil lo hacía siempre.

Y por eso, Dios bendito, mucho antes de llegar, se dio cuenta de que habían desaparecido los cueros del matadero. Phil tenía una mente fotográfica; cada detalle que pasaba ante sus ojos se grababa en lo profundo de esos oscuros recodos donde, para el resto de nosotros, flotan y se mueven a la deriva siluetas inútiles, delgadas como un pelo, donde se encienden y se apagan unas luces y donde se deslizan bultos amorfos.

Phil vio que los cueros habían desaparecido y vio rojo. Se paró sobre los estribos.

—¡Maldita sea! —dijo y azuzó al alazán, que avanzó hacia el establo dando fuertes zancadas.

—¿Phil? ¿Phil, qué ocurre? —preguntó Peter—. Phil, ¿algo anda mal?

—¿Mal? ¿Mal, por el amor de Dios? —exclamó Phil—. Ha desaparecido hasta el último condenado cuero. Ella sí que ha metido la pata esta vez.

—¿Crees que ha sido ella, Phil? ¿Que los ha vendido?

—Claro que sí, joder —dijo Phil—. ¡O tal vez los haya regalado!

—¿Por qué haría algo así, Phil? ¿Por qué? Ella sabía que los necesitábamos.

—Porque estaba borracha. Totalmente ciega. Cocida. Vaya, hijo, habría pensado que tú sabías, por esos libros que te dejó tu papá, que tu mamá tiene, cómo se dice, una personalidad alcohólica. En esos libros tuyos seguro que está justo en la letra P.

—Phil... ¿No vas a decirle nada?

—¿Decirle algo? —ladró Phil—. No diré nada. No me interesa. Pero seguro que el hermano George sí lo hará. Ya es hora de que ese sujeto se entere de algunos hechos, por llamarlos de alguna manera.

Entraron en el largo y oscuro establo que olía a polvo y estiércol y heno. Sí, y a años. Una luz pálida caía como cuchillos desde las ventanas enloquecidamente altas.

—¿Phil?

Phil tenía la lengua hinchada de ira.

—¿Sí?

Y entonces, el chico le tocó el brazo; se lo tocó.

—Phil... Yo tengo cueros crudos para terminar la cuerda.

—¿Tú tienes cueros crudos? ¿Qué haces tú con cueros crudos?

Y la mano del chico seguía donde estaba.

—Corté algunos, Phil. Quería aprender... a trenzar como tú. Por favor, coge lo que tengo. —Estaban uno frente al otro y la mano del chico seguía justo donde la había posado—. Tú has sido bueno conmigo, Phil.

Coge lo que tengo. Has sido bueno. En ese momento y en ese lugar que olía a años Phil sintió en la garganta lo que había sentido antes una vez y que Dios sabía que jamás había esperado ni querido volver a sentir, puesto que perderlo te destroza el corazón.

Oh, por supuesto. Era posible que la oferta del chico no fuera más que una manera vulgar de salvarle el pellejo a su madrecita. ¡Pero quería trenzar como él! ¡Qué otra razón podía tener el chico para acumular cueros crudos si no fuera que quería trenzar como él! ¡Emularlo! ¿Por qué otro motivo habría cortado tiras de cuero crudo? El chico quería convertirse en él, fundirse con él, de la misma manera en que Phil, en una sola ocasión, había querido unirse a alguien, y ese alguien ya no estaba, había muerto arrollado mientras Phil, con veinte años, lo vio todo sentado en la baranda del corral de los caballos salvajes. Ah, Dios, Phil casi había olvidado lo que el roce de una

mano podía hacer y su corazón contó los segundos en los que la mano de Peter estaba sobre él y se regocijó por la calidad de esa presión. Le decía lo que su corazón necesitaba saber.

Por favor. ¿Acaso el Destino, porque un hombre tiene que creer en algo, acaso el Destino no había querido que el chico lo contemplara en su desnudez en ese rincón oculto que sólo conocían George y él... y Bronco Henry? De la misma manera, él había contemplado la desnudez del chico durante aquella eternidad en la que había caminado orgulloso y vulnerable delante de las tiendas abiertas, soportando las mofas y el desprecio, como un paria. Pero Phil sabía y Dios sabía que él sabía lo que era ser un paria, y aborrecía el mundo, por si el mundo lo aborrecía primero a él.

Habló con voz ronca.

—Eso es condenadamente amable de tu parte, Pete. —Y deslizó su largo brazo sobre los hombros del chico. Una vez, antes de aquel día, se había sentido tentado, y había desistido, porque él siempre había jurado, por aquella vieja lealtad, que jamás volvería a tomar esa iniciativa—. Te diré una cosa. De ahora en adelante, todo irá viento en popa para ti. Y fíjate que voy a trabajar y terminar la cuerda esta noche. Y, Pete, ¿quieres mirar mientras lo hago?

Así que, esa noche, el chico miró cómo Phil la terminaba, sin prestar atención a la herida reciente de la mano.

Peter también se sentía conmovido. De una manera asombrosa que iba mucho más allá de sus súplicas paganas, su pobre madre le había frustrado su propio plan y, allí de pie, sintiendo la mano que le apretaba el hombro, le pareció oír una voz que le susurraba que él era todo lo especial que creía ser.

Para Phil era una cuestión de orgullo ser el primero en llegar a la mesa del desayuno.

—Bien, caballeros —decía con una falsa formalidad mientras los otros entraban por la puerta trasera—. Hemos sobrevivido a otra noche. ¡Buenos días a todos vosotros!

O tal vez dijera *«Gut' Morgen»,* en memoria de un holandés que trabajaba allí en otra época. Le encantaban los dialectos. Le gustaba tomar

un buen desayuno abundante y no soportaba a la gente de estómago reticente. «Cómete un par de huevos más —le insistía a un joven que tenía náuseas y que prácticamente no podía ni siquiera tomar café—. Venga, adelante». Y les guiñaba el ojo a los otros. Avena con nata, crepes, huevos fritos, rosadas lonchas de jamón, café con nata espesa. La comida nunca cambiaba y nunca lo haría. Ninguno de esos jóvenes se atrevía jamás a desobedecer a Phil y el espectáculo parecía divertir a los hombres. A Phil le gustaba tomarle el pelo a la gente y también animarla y, durante el desayuno, los animaba, incluso a George.

George, que era un dormilón, ni siquiera en los viejos tiempos aparecía antes de que los otros estuvieran sentados y comiendo, y su silencio era tan contagioso como la alegría de Phil. A veces, Phil se sentía irritado con George y lo pinchaba.

—¿Has tenido una mala noche, George? —le preguntaba, guiñándole un ojo a los otros—. ¿Te has demorado en los brazos de Morfeo?

Desde su matrimonio, George llegaba unos cinco minutos tarde a desayunar y los que comían rápido ya habían limpiado los platos, habían echado las sillas hacia atrás y habían empezado a liar tabaco.

Hacía poco, una vez que George se retrasó más de cinco minutos, Phil, con una mirada inocente en sus ojos bien abiertos, señaló:

—¿Algún problema, George? ¿Tu mujercita se metió dentro de tu camisón?

Phil se rio al recordar la impresión que causó y el silencio que surgió a continuación, porque, para esos hombres, esos tiros al aire, esos vagabundos sin hogar, había sólo dos clases de mujeres, las buenas y las malas. Las malas mujeres no merecían más respeto que los animales. Y se las usaba y se hablaba de ellas como animales.

¡Ah, pero las buenas mujeres! Las buenas mujeres eran puras, asexuadas y sagradas como Dios. Las buenas mujeres eran la hermana, la madre y la noviecita de la infancia cuya mirada te derretía el corazón. Las imágenes y fotografías de esas mujeres buenas se guardaban en las maletas, eran sus iconos, sus altares.

Esa mujercita a la que ocasionalmente veían en el jardín o, en los últimos tiempos, acarreando montones de basura casi tan grandes como ella,

llevándose la manita a la cabeza para apartarse el pelo de los ojos, era una buena mujer, de la que no se podía pensar en términos de cama y camisón.

George se sonrojó en ese silencio que contenía los sonidos mínimos de tenedores y cuchillos y el tintineo de la porcelana. Los hombres clavaron los ojos en los platos y el momento pasó cuando Phil extendió los brazos por encima de la mesa para coger los panecillos calientes, en lo que llamaba su movimiento de casa de huéspedes, que hacía que la manga de su camisa azul de cambray se deslizara por encima de la muñeca y dejara al descubierto una piel sorprendentemente blanca, una piel que podría encontrarse debajo de una piedra. Qué rojas y agrietadas eran sus manos, sus manos terrenales, rasguñadas y lastimadas.

Uno termina contando con lo habitual, con lo que se espera, la salida del sol, la escalofriante voz de los gansos salvajes volando hacia el sur en forma de cuña, la ruptura del hielo, el tímido césped de las laderas sureñas, las brisas embriagadoras que agitaban las azuladas camasias. El sol, los gansos, el césped y el movimiento de las camasias apuntaban a un futuro cognoscible, y el mundo iba bien.

Pero Phil estaba retrasándose. No había saludos alegres a la cocinera, nada de «buenos días a todos vosotros», ningún saludo de buenos días en ninguno de los dialectos que tanto lo divertían.

La señora Lewis, lenta y pesada, apoyándose en sus pies insatisfactorios, trajo la primera ronda de crepes.

Tampoco habían aparecido ni George ni Peter. Había una animación curiosa entre los hombres, un nerviosismo que esperaban ocultar hablando insistentemente sobre una broma que había tenido lugar momentos antes en la barraca: uno de los hombres había cogido una culebra, seguramente una de las últimas de la temporada, porque ya había escarcha por todas partes. Ese hombre —todavía nadie sabía quién había sido— la había puesto entre la ropa de cama de uno que dormía. Cuando este último se despertó, sintió algo, lo tocó, y se dio cuenta de que tenía una víbora cómodamente enrollada y aletargada en el hueco de la garganta. Ahora él era el único que estaba hosco y enfadado, porque lo había tomado como la clase de bromas que se le gastan a un niño. Como su único logro hasta la fecha era que se había vuelto adulto, defendía celosamente su dignidad. Tenía algunas ideas de lo que

haría cuando averiguara quién había sido el responsable, que no se os olvide.

—Apuesto que esa vieja víbora estaba muy cómoda durmiendo allí —dijo un hombre con una risita—. Pero claro, las víboras hacen eso. Yo, desde luego, no querría dormir contigo.

—Quién demonios te ha preguntado nada —gruñó el hombre.

Llegó George y les dio los buenos días.

Peter entró en silencio y se sentó. Cogió una crepe. El que comía más rápido de la mesa ya había acabado, había echado la silla hacia atrás y estaba comenzando a escarbarse los dientes.

El escarbador de dientes, tal vez un poco orgulloso porque había vuelto a terminar en primer lugar, sintió la tentación de burlarse de Phil por llegar tarde y abrió la boca para hablar, pero la cerró de inmediato a causa de lo que vio en la cara de Phil. Al parecer no se había secado bien la cara en la toalla enrollable que estaba en el lavatorio trasero —¿o sería sudor?— y apenas se había pasado la mano por el pelo de cualquier manera. Cogió su silla y se sentó.

Se sentó, simplemente. La señora Lewis se acercó con una humeante taza de café y se la puso delante. Phil extendió la mano, cogió la taza, la dejó donde estaba y siguió mirándose la mano. Luego recorrió la mesa con la mirada, con una expresión curiosa y mansa, echó la silla hacia atrás, se incorporó y se marchó de la sala. No se lo volvió a ver hasta media hora más tarde, sentado en el umbral de la herrería. El sol, que recién asomaba por encima de la colina de artemisa, le daba de lleno en la cara. La escarcha reciente del terreno empezaba a derretirse.

Después se lo vio volviendo a la casa con la dignidad lenta y reflexiva de un anciano. Entró en su dormitorio y cerró la puerta. No hizo ningún sonido una vez allí, ni tampoco respondió cuando George golpeó a la puerta. George tomó aliento e hizo algo inaudito: abrió la puerta de su hermano sin invitación.

—Te llevaré a Herndon —dijo.

—De acuerdo —dijo Phil.

Se había puesto su traje de ciudad, que le iba mal. Se había puesto los zapatos de la tienda del ejército y la armada. Había pasado mucho tiempo

desde la última vez que se había sentado en la silla de Whitey Potter y su tupido pelo había crecido tanto que el sombrero le quedaba alto y cómico, como el de un payaso. Parecía que todo su cuerpo estaba formado de ángulos cuando atravesó la sala y salió por la puerta delantera. Rose, cuando él se acercó, pasó de la sala a la cocina, donde se sirvió una taza de café con manos temblorosas para proporcionarse a sí misma un motivo más razonable para haber huido de la sala. No podía entender el enorme silencio que había en la casa ni lo que ocurría en ella. La última vez que vio a Phil, él caminaba hacia el garaje donde el viejo Reo lanzaba anillos de humo a la fría mañana. Phil se quedó a un costado mientras George sacaba el coche marcha atrás. Contra la colina, todo era sombra. Ella le dio un sorbo al café; se había asustado tanto cuando, dos días antes, se había desplomado sobre la cama, borracha, que no había bebido nada desde entonces, decidida a estar sobria cuando George hablara con ella, lo que seguramente haría. ¿Por qué no lo había hecho aún? Se sentía aplastada por la idea irracional de que lo que fuera que estuviera ocurriendo esa mañana era culpa suya. Así es como la culpa asfixia y enferma.

La Vieja Dama y el Viejo Caballero estuvieron de acuerdo en que no podían hacer otra cosa que coger el próximo tren hasta Herndon, donde George les había telegrafiado que se encontraría con ellos.

—No, ella lo hará bien —dijo la Vieja Dama—. Si la propina es lo bastante grande, lo hacen bien. —Estaba hablando del ama de llaves, que no se olvidaría de regar los geranios que le proporcionaban una atmósfera de hogar a sus habitaciones del hotel—. ¿Qué hora es?

El Viejo Caballero, con un abrigo que tenía un estilo vagamente Príncipe Alberto, buscó su reloj en el bolsillo del chaleco.

—Las cinco y treinta y siete exactamente —dijo.

—Odio esos relojes tan diminutos —dijo ella, frunciendo el ceño ante la minúscula luna del adminículo enjoyado que llevaba en la muñeca—. Siempre lo he hecho. No consigues verlos y no marcan bien la hora. Podríamos comer algo en el tren. —De pronto, la Vieja Dama se cubrió la cara con las manos y el Viejo Caballero se acercó a ella de inmediato, como si esperara ese gesto.

—Bueno, bueno —susurró.

—Lo siento. Ya estoy bien —insistió ella. Salieron de la habitación en pocos minutos, cerraron la puerta y el Viejo Caballero probó una vez que estuviera bien cerrada. Ya habían hecho bajar las maletas al vestíbulo donde más allá, en el comedor, unos pocos huéspedes de paso, no familiarizados con el ritmo del gran hotel, cenaban temprano bajo los candelabros.

—No, me encuentro perfectamente —le dijo al Viejo Caballero cuando siguieron al chofer por la puerta giratoria—. Estaba preparada para algo así.

Phil tuvo suerte de haberse puesto su traje de ciudad, porque lo necesitó un domingo por la noche, aunque, por supuesto, el señor Green, de la tienda Green's, habría abierto su establecimiento sin ninguna duda, dadas las circunstancias. El clima era agradable, un veranillo de san Miguel, en cierta forma; un clima relajado. Y estaba relajado en el campo, con el aire lánguido y perfumado por el incienso de unos incendios forestales lejanos. La tarea de alimentar el ganado para el invierno aún no había empezado, por lo que ese lunes la gente tenía el día libre. Había un representante de cada tienda donde los Burbank hacían negocios e incluso de aquellas en las que no lo hacían, puesto que pensaban en el futuro. Había acudido una comitiva del banco, por supuesto. Los propios ganaderos habían acudido con sus esposas e hijos, las esposas —algunas de ellas— luciendo las pieles de animales que sus maridos habían cazado con trampas y que habían mandado al peletero de la capital para que se las confeccionara como regalo sorpresa de Navidad, animales locales, castores, garduñas, zorros rojos y otros similares. Como el funeral sería a las dos (la hora habitual de aquella zona), lo habían organizado de modo que pudieran tomar un buen almuerzo, ya fuera en el Sugar Bowl o en el hotel y luego tener una conversación agradable, ya que muchos de ellos no se veían nunca, salvo en ocasiones señaladas.

En George, por supuesto, había recaído la deprimente tarea de escoger un ataúd de entre el surtido que se exhibía en la parte trasera de la casa de servicios fúnebres Baker. Pero la luz que entraba por las ventanas que daban al callejón trasero era escasa; las habían dejado sucias a propósito, para que a los merodeadores les resultara difícil fijarse en los accesorios de los muertos, las cajas de madera vulgar adornadas con plata falsa. También

había un ataúd caro, de caoba, que probablemente habían adquirido pensando en los Burbank y en otras dos o tres familias del mismo nivel.

—No, no encienda la luz —murmuró George—. Veo bien.

—Ánimos, George —dijo Baker.

—Está bien —respondió George—. Cogeré este.

—Un buen producto, George —dijo Baker—. Un homenaje apropiado para un buen hombre. Yo sabía que haría lo correcto.

La iglesia olía a humo de carbón y madera envejecida. Los que no eran episcopalianos —o episcopaliopanos, como los llamaba Phil— susurraban que era una pena que no hubiera habido panegíricos. Había tanto que decir sobre Phil, decían; sobre su inteligencia, su amabilidad, el hecho de que fuera un tipo tan corriente, como un zapato viejo, su falta de dobleces. Y, caramba, incluso recordaban cómo tocaba el banjo, su alegre silbido, su aire adolescente, las obras que había confeccionado con esas manos fuertes, llenas de cicatrices, agrietadas: las sillitas talladas, las piezas de hierro forjado. La señora Lewis, en la casa de la hacienda, derramó una lágrima ante un huevo de zurcir con el que Phil la había sorprendido una vez.

Los Viejos fueron directamente de la tumba a la estación de ferrocarril; de otra manera habrían tenido que pasar la noche en Herndon. No había nada que decirle a nadie y lo sabían.

—No te pongas así —le ordenó la Vieja Dama al Viejo Caballero—. Tú no has tenido nada que ver con esto, absolutamente nada. Uno es lo que es, uno hace lo que debe hacer, y uno termina como lo dicta el destino.

—¿Puedo recordarte lo mismo? —dijo el Viejo Caballero en voz baja.

—Oh, tantas flores —señaló la Vieja Dama. Tantas flores que luego bastarían para animar cada una de las habitaciones del hospital de Herndon, incluso para los pabellones de caridad.

—Estaba mirándote —dijo el Viejo Caballero —cuando besabas a Rose.

—Así que ahora la llamamos Rose. ¿Estabas mirando? Bueno, por supuesto. Era lo que esperaba.

—Puedes hacerlo, desde luego. En ese momento me fijé que no llevabas tus anillos.

—¿Mis anillos? Ah, sí.

—Siempre me han gustado tus manos. ¿Sabes?, no te hacían falta los anillos.

—Y a ella menos que a nadie, diría. Pero a veces son agradables. Un símbolo, ¿no? Pero gracias, muchas gracias. Eres muy amable. Yo me fije cómo se bajó del vehículo, cómo le dio la mano a George y cómo lo miró de repente. Se los ve tan bien juntos. Entonces me acerqué a ella y le dije: «Ten...».

Como viajaban en el coche salón más grande del tren rápido, color verde aceituna, que volvía a Salt Lake City, la Vieja Dama pudo sollozar un poco en privado. Cuando por fin dejó de hacerlo, el Viejo Caballero se puso de pie, se apoyó para no caerse cuando el tren se inclinó en una curva pronunciada, abrió uno de los bolsos, sacó dos juegos de cartas con monogramas, y apretó un botón para llamar al mayordomo del tren, quien vino, sonrió, trajo una mesita y la instaló. Allí, junto a la ventana, los Burbank se sentaron a jugar al *crapette* y, fuera cual fuera la velocidad a la que se desplazaba el vagón, la luna llena flotaba serenamente junto a ellos, como un globo amarillo con una cuerda.

—Supongo —dijo la Vieja Dama— que siempre supe que pasaría algo extraño.

—... Desconcertado. Pero dijiste que estabas preparada. Y recuerda que siempre has sido paciente, siempre has sido amable.

De pronto ella se inclinó en el asiento y empezó a masajearse las manos desnudas, para que no siguieran temblando.

—¡Amabilidad! —Se le rompió la voz—. ¿Qué otra cosa hay, en nombre de Dios?

—Nada, en realidad.

Ella sonrió un poco y habló en voz baja.

—¿Sabes? Pasaremos la Navidad con ellos. Ella me lo ha pedido específicamente. Antes me sentía tan vieja.

—Juro que no se notaba.

—¿De verdad? Pero, por otra parte, siempre te tenía a ti. Siempre te he tenido, como ella lo tiene a él. Apenas tiene treinta y siete años.

—A veces me cuesta seguirte.

—¿Sí? ¿En serio? —Ella levantó el mentón y lo miró directamente a los ojos.

El doctor de Phil también estaba desconcertado. Cuando Phil ingresó en el hospital, tomó muestras de su sangre y las cultivó. El cultivo resultante de esas muestras —una jalea un poco pálida en un tubo de ensayo— lo mandó al hospital del estado, donde entendían de esas cosas. La última convulsión de Phil, aunque misericordiosamente breve, había sido realmente terrorífica. Bueno, en uno o dos días sabría lo que había pasado. Él pensaba que todo ese asunto, como le señaló a una enfermera, todo ese asunto de enviar el cultivo era como cerrar la puerta del establo después de que robaran el caballo.

El cultivo del tubo de ensayo le revelaría algo que una persona ya sabía.

Peter, que durante el funeral aguardó pacientemente en la casa de la hacienda, tuvo un día interesante. Uno de los perros, un collie mestizo, lo siguió cuando dio la vuelta al establo y jugó consigo mismo, saltando ante su imagen reflejada en una de las ventanas del sótano que en esa parte estaban al nivel del suelo. Era el primero de los perros que lo adoraba, su primer amigo. Cuando entró, el perro gimió por él al otro lado de la puerta principal. Después, mató un poco el tiempo hojeando con seriedad la pila de ejemplares del *Saturday Evening Post* de George. En ellos encontró pruebas de uno de los pequeños sueños de George, un folleto un poco ajado de coches a motor marca Pierce-Arrow. Algo muy parecido a una sonrisa se le dibujó en la cara cuando sintió una repentina conexión con George. ¿Cómo no admirar esas magníficas máquinas, el insolente trazo de los guardabarros y los faros incrustados en ellos? Eran los vehículos de los importantes y poderosos y él sabía que sólo el Locomobile (favorito del viejo general Pershing, entre otros) podía rivalizar con el Pierce.

El sol había dado la vuelta y se había deslizado a la parte de atrás; la sombra de la casa se extendía negra sobre la carretera y subía por la ladera de la colina. Peter examinó los libros de la estantería de la sala, mirándolos de cerca (porque había poca luz), notando la variedad de temas que abarcaban. Las *Memorias de la corte rusa,* escritas por una gran duquesa,

estaban justo al lado de un ejemplar de *Hierbas del Oeste de los Estados Unidos* y, a continuación, una edición moderna de *Juegos de naipes* de Hoyle, libros de sueños, libros de datos. Y también estaba el *Libro de oración común.* Suponía que se usaría ese día en Herndon, y lo sacó; se abrió en el Salmos para el día 6. Pero era el 4 de septiembre, de modo que pasó las páginas para atrás y, puesto que la sombra ya subía por la ladera de la colina, leyó los salmos de la oración de la noche. El vigésimo versículo era extrañamente apropiado y lo instó a buscar y leer *La orden para el entierro de los muertos,* igualmente apropiado, que además era un oficio mucho más corto de lo que él había imaginado, apenas más largo que la *Forma de solemnización del matrimonio,* que había leído menos de nueve meses antes. No eran muchas palabras, pensó, para celebrar el olvido. Lo leyó lentamente, como haría el pálido sacerdote, y constató que terminarlo le llevaba tan sólo veinte minutos, contados por el reloj grande, haciendo las pausas apropiadas para las comas y los puntos; sin embargo, habría que entrar y sacar el ataúd, que sería voluminoso. De modo que toda la ceremonia llevaría no menos de media hora.

Desde las ventanas de la habitación pulcra y silenciosa donde vivía en Herndon había observado media docena de procesiones que se dirigían al cementerio ubicado en la colina a ochocientos metros de distancia, había visto cómo el sol se clavaba y se reflejaba en botellas y frascos de conservas que contenían tallos de flores en putrefacción; la carroza se movía tan lentamente que siempre tardaba una buena media hora, aunque en invierno aceleraban un poco el paso. Pero ese día hacía calor. Luego estaban las palabras «designadas para leerse en la tumba», que representaban unos quince minutos (si se las leía como lo haría el viejo cura), y después el viaje de regreso con la carroza vacía, una carroza azul marca Buick, adquirida ese año. Había leído al respecto en el *Recorder* de Herndon. Baker, el enterrador, y su familia habían llevado la carroza vieja a Chicago, habían encargado una nueva y habían vuelto con ella, haciendo algunos pícnics en el camino y viviendo muchas aventurillas que el director del periódico había volcado con un humor ligero.

Después se serviría café y bocadillos en algún sitio, habría saludos y despedidas, de modo que cuando todo aquel asunto terminara serían más de

las cinco y ya estaría oscuro.

Pero qué encantadoras eran las palabras del Libro de Oración, con qué majestad y elegancia resonaban. Cómo le habrían gustado a su padre, si las hubieran pronunciado por él; pero nadie lo había hecho, porque su padre había jugado a ser Dios y se había quitado a sí mismo del medio. Pero ¡oh, qué bueno habría sido leer esas palabras, cantar por su padre!

La hora de la cena había quedado muy atrás cuando su madre y George regresaron. La chica había venido desde la cocina y se había dirigido a Peter con respeto:

—¿Desea que deje los platos en su sitio?

—Sí, por favor —dijo él. Luego subió a la planta superior, se lavó las manos con cuidado, se mojó el pelo y se peinó. Los perros no tardaron en lanzar sus previsibles ladridos, él se peinó meticulosamente, se levantó, abrió la ventana y miró hacia fuera. Al principio estaban ocultos por la sombra de la colina; oyó la suave voz de su madre. Luego aparecieron lentamente bajo la luz de la luna. ¡Qué adorable se veía ella bajo esa luna, qué elegante estaba George cuando se detuvo, la cogió y la besó! ¿Para qué si no eso, esa escena que se desplegaba a la luz de la luna y que señalaba el verdadero comienzo de la vida de su madre, para qué si no eso su padre se había quitado del medio, se había sacrificado para yacer enterrado en aquella otra colina, en Beech, debajo de un puñado de flores de papel, fiel a su propio libro de sueños?

Los perros se quedaron en las sombras, gimiendo lentamente, y luego adoptaron una extraña quietud. Peter tuvo el impulso de susurrar la frase de los Salmos que tanto lo había conmovido horas antes.

> Libra mi alma de la espada,
> del poder del perro mi vida.

Se preguntó si ese libro de oraciones se usaría a menudo, si no podría arrancar esa parte y guardarla en su álbum de recortes, a modo de una última entrada mucho mejor que aquellos pétalos de rosa que, aunque seguían siendo rojos, habían perdido su aroma. Puesto que ella ya era libre, gracias al sacrificio de su padre y al sacrificio que él mismo había podido hacer a

partir de un conocimiento que había adquirido en los grandes libros negros de su padre. El perro estaba muerto.

En esos libros negros, una tarde de agosto, había averiguado que el ántrax —o pata negra, como lo llamaban en esa región— era una infección animal transmisible a los hombres, que ingresa en el torrente sanguíneo humano a través de cortes o rasguños en la piel, cuando un hombre manipula el cuero de un animal muerto; como cuando, quizás, un hombre con las manos lastimadas usa cuero infectado para trenzar una cuerda.

Posfacio de Annie Proulx

El poder del perro fue publicada en 1967 en Boston por Little, Brown, después de que el editor de Tomas Savage en Random House le solicitara unos cambios que el autor se negó a realizar. Recibió críticas extremadamente positivas, permaneció casi dos meses en la lista de «títulos nuevos y recomendados» del *New York Times* y sus derechos cinematográficos se cedieron en cinco ocasiones (aunque finalmente la película nunca se llevó a cabo). Es la quinta y, para algunos lectores, incluyendo a quien esto escribe, la mejor de las trece novelas de Savage, un estudio psicológico cargado de dramatismo y tensión, cuya peculiaridad se debe a que se enfrenta a un tema pocas veces discutido en ese período: una homosexualidad reprimida, que adopta la forma de homofobia, dentro del mundo masculino de las haciendas ganaderas. Es un libro brillante y difícil, que debería figurar en cualquier lista de novelas serias del Oeste americano, junto con *Track of the Cat,* de Walter Van Tilburg Clark; *The Big Rock Candy Mountain,* de Wallace Stegner, y *Noon Wine,* de Katherine Anne Porter. Aunque Savage escribió novelas poderosas e inteligentes, algunas ubicadas en el Este y otras en el Oeste, las que transcurren en Montana, Idaho y Utah son las que parecen más realistas y las que se graban indeleblemente en la mente de los lectores. Sus páginas captan de una manera permanente el sufrimiento, la soledad y la angustia del Oeste, y el más convincente y doloroso de estos libros es *El poder del perro,* una obra de arte de la literatura.

Aunque pocas veces aparece en las listas literarias del Oeste americano, Savage fue uno de los primeros de una informal pero famosa concentración de escritores de Montana. Sus novelas, que prestan mucha atención al desarrollo de los personajes y que contienen frases claras y equilibradas, importantes y sorprendentes descripciones de paisajes, están imbuidas de un sentido natural del dramatismo y de la tensión literaria. A medida que su

escritura fue madurando se hizo evidente que poseía una poderosa capacidad de observación de la condición humana. El crítico literario Jonathan Yardley, en su reseña de *For Mary, With Love,* comentó que «en su trayectoria extensa y notablemente productiva, [Savage] ha demostrado ser un escritor realmente trascendente; es una vergüenza, casi un escándalo, que tan pocos lectores lo hayan descubierto».

La mayoría de las reseñas publicadas a finales de los sesenta, si bien reconocen la tragedia interior de *El poder del perro,* eluden el tema de la homosexualidad hablando de una competencia reduccionista entre el bien y el mal, entre la crueldad y la amabilidad y la decencia, o de una «guerra recelosa entre la compulsión y la inteligencia», lo que sea que eso signifique[11]. Sólo uno, un reseñista anónimo del *Publisher's Weekly,* si bien un poco remilgado respecto de la escena de la castración de la primera página, entiende de qué trata *El poder del perro* y lo expresa sin tapujos:

> Una novela tensa y poderosa que, sin embargo, presenta una brutalidad innecesariamente gráfica en el primer párrafo que disuadirá a muchos lectores. Situada en Utah, en 1924, en el áspero paisaje de la región ganadera, cuenta la historia de dos hermanos: George, que es lento, torpe y básicamente decente, y Phil, un homosexual reprimido. Cuando George contrae matrimonio con una viuda y la lleva a la hacienda, Phil le hace la vida tan imposible a la mujer que ella empieza a beber en secreto. Luego, su hijo, Peter, un joven inteligente y extraño, llega un verano de visita y se da cuenta de lo que sucede. Al mismo tiempo que Phil planea una relación homosexual con el joven, Peter, por su parte, prepara una venganza diabólicamente ingeniosa que termina siendo bastante escalofriante. Este retrato de psicopatía sexual en el Oeste americano posee una gran calidad literaria, pero un atractivo comercial tal vez más reducido.[12]

El libro recibió grandes elogios de la crítica —«una tragedia poderosa», «tensa y poderosa», «la mejor novela del año», y, según Roger Sale en *The Hudson Review,* era «el mejor libro que he leído sobre el Oeste moderno», pero vendió pocos ejemplares. Emily Salkin, de Little, Brown, la actual responsable de la reedición de esta subestimada novela, señala que, si bien la editorial no cuenta con registros de ventas que se remonten a 1967, imagina «que no debe de haber vendido más de mil ejemplares en tapa dura»[13]. Aunque todavía es posible encontrar esta novela en las bibliotecas de algunas haciendas, hoy en día es prácticamente desconocida para el público lector en general, incluso para algunos especialistas en literatura del

Oeste. Hay que celebrar que *El poder del perro* encuentre una segunda oportunidad con los lectores actuales.

Thomas Savage nació en 1905 en Salt Lake City, Utah, de padres marcadamente atractivos, Elizabeth (Yearian) y Benjamin Savage. Elizabeth Yearian era la hija mayor de una famosa familia de Idaho que se dedicaba al ganado lanar y a su madre, imponente, poderosa y bien relacionada, se la conocía como «la reina de las ovejas». La hacienda se había fundado una generación antes, cuando el patriarca del clan descubrió oro.

Los padres de Savage se divorciaron cuando él tenía dos años de edad. Tres años más tarde, su madre se casó con un adinerado ganadero de Montana que se apellidaba Brenner y, a partir de ese momento, se crio en Beaverhead County, en la región sudoeste de Montana, con el nombre de Tom Brenner. Savage tuvo la suerte de formar parte de dos clanes excéntricos y extensos —los Yearian y los Brenner— que le proporcionaron abundantes oportunidades para estudiar personalidades, así como dos haciendas ricas y notables, la de los Brenner, que se dedicaba al ganado vacuno, y la de los Yearian, que se dedicaba a las ovejas. La familia tenía una importancia fundamental, en especial para los Yearian. En su novela autobiográfica, su obra más conocida, *I Heard My Sister Speak My Name* (que Little, Brown reeditó en 2001 con el título de *The Sheep Queen),* escribió:

> Todos nos queremos. Mi tía Maude, la tía del medio, una vez me dijo: «¿Sabes, Tom?, siempre nos hemos llevado mejor entre nosotros que con ninguna otra persona». No es que pensemos que somos mejores que los demás, sino que nos hacemos mejor compañía entre nosotros. Nos gusta divertirnos[14].

> [...] Íbamos de pícnic cada año, a veces cincuenta personas, al mismo sitio donde George Sweringen había descubierto oro, y comíamos lo que había comido él: judías con beicon, trucha frita sobre el fuego y pasteles de manzana secos. Sentíamos que, si lo deseábamos, podíamos tocarlo a él y a su esposa Lizzie, que acostumbraba a cantar himnos religiosos. Nos sentíamos orgullosos de ellos y suponíamos que ellos se habrían sentido orgullosos de nosotros. Les habríamos caído mejor que cualquier otra persona[15].

La Montana de Beaverhead County era un territorio de caballos broncos desaparecido hace ya tiempo, áspero y masculino en sus valores, separado de la época de los pioneros por apenas una o dos generaciones. Era un

mundo de hombres, con vacas, ovejas, caballos, perros, armas, vallas y terrenos privados. Todavía se tenían recuerdos de las grandes extensiones sin alambradas, así como de los enfrentamientos con los indios. En la década de 1920, los Brenner contaban con electricidad en la casa principal de la hacienda (proveniente de una planta generadora, más tarde reemplazada por un aerogenerador WindCharger) y cierta elegancia. Había automóviles en la Montana de esa década y al joven Savage lo apasionaban los coches más prestigiosos (su interés en los automóviles clásicos está reflejado en *Trust in Chariots,* su cuarta novela, que trata de las aventuras de un hombre que huye de su matrimonio y recorre el continente en un Rolls Royce, y que se relaciona con el Rolls Royce que adquirió el propio Savage en 1952 y que había visto expuesto en la Feria Mundial de 1939), pero en el campo el tren tenía una importancia inmensa y el medio de transporte principal seguía siendo el caballo; se evaluaba a los hombres de acuerdo a su habilidad con los caballos. La dieta principal consistía en carne criada en la propia hacienda, robada o cazada, con patatas y judías. El café se bebía negro. Tanto en la mesa de los Yearian como en la de los Brenner había comida en abundancia y manjares poco comunes para la época.

Una fuerte ética de trabajo dominaba la cultura del Oeste y un hombre tenía que ser duro (y todavía tiene que serlo) para tratar de dedicarse a la ganadería. En los Estados Unidos del siglo XXI, este estilo de vida rural está más o menos extinguido; hoy en día, la mayoría de la gente no puede concebir una sociedad sin carreteras pavimentadas, televisión o radio, coches, duchas calientes, teléfonos, aviones. Tampoco son muchos los que pueden conocer esa combinación de trabajo físico agotador y riqueza tranquila que caracterizaba algunas de las viejas haciendas. Ese fue el mundo de Thomas Savage durante sus primeros veintiún años. Después de graduarse en la escuela secundaria de Beaverhead County (donde, según afirmó, aprendió poco más que mecanografía) y de dos años en la Universidad de Montana estudiando Literatura, pasó unos años en Montana e Idaho domando caballos y trasladando ovejas, practicando la actividad ritual de los sábados por la noche que consistía en ir a la ciudad y emborracharse, «donde te sentabas en los estribos de los coches y vomitabas»[16]. El aspecto de domar caballos de esta vida se refleja en su primer artículo publicado,

«The Bronc Stomper», que apareció en la revista *Coronet* en 1937 bajo la firma de Tom Brenner, y que no es digno de mención salvo por su tema poco común. Años más tarde, Savage escribió:

> En 1936, empecé a preguntarme qué estaba haciendo yendo de un lado a otro y, tal vez para encontrar un rumbo, escribí un artículo sobre cómo se doma un caballo, lo mandé a la revista *Coronet* y, para mi asombro, recibí un cheque de setenta y cinco dólares. Invertí cincuenta de ellos en acciones de una mina de oro. Los otros veinticinco los gasté en un vestido para una prima a la que habían invitado a un baile de graduación. No vendí nada más durante siete años[17].

Empezaba a sentirse un poco inquieto y veía brillar a lo lejos la posibilidad de una vida distinta de la cría de ganado. Se inscribió para estudiar literatura inglesa en el Colby College de Waterville, Maine.

> El día que cumplí veintiún años me desperté trasladando ovejas en el valle de Biterroot. Me pregunté qué demonios hacía allí y mi padrastro, el mejor de los padrastros, muy enamorado de mi madre, me mandó a Colby, donde conocí a una chica encantadora que había asistido a la secundaria en Missoula, Montana. Nos escribimos todo el verano. Luego regresé y nos casamos en el verano de 1939[18].

Después de graduarse en Colby, Savage cogió un empleo ingrato como tasador en una empresa de seguros de Chicago. En años posteriores también trabajó como vaquero, peón, asistente de fontanería y guardafrenos. Además, daba clase de inglés en la Universidad Suffolk de Boston, en Brandeis y, más brevemente, en el Franconia College de New Hampshire y en el Vassar College. Al mismo tiempo, escribía constantemente.

Su matrimonio con Elizabeth Fitzgerald, más tarde también novelista, duró hasta la muerte de ella, en 1988. Tuvieron tres hijos, Brassil, Russell y Elizabeth. En 1952, los Savage compraron una propiedad en la costa de Maine y vivieron allí hasta que la tormenta de nieve de febrero de 1978 arrancó la casa desde los cimientos. «Nos costó 25 000 dólares repararla», cuenta Savage, con pesar. Al año siguiente, recibió una beca de la Fundación Guggenheim, lo que le ayudó a escribir *Her Side of It,* la historia de una escritora alcohólica que lucha con sus propios demonios.

En 1982, los Savage vendieron la residencia de Maine y se mudaron a la isla Whidby de Puget Sound, donde edificaron sobre un terreno que le regaló a Savage una hermana a la que había perdido mucho tiempo atrás, inmortalizada en *I Heard My Sister Speak My Name*. Actualmente, Thomas

Savage, quien se marchó de la isla tras la muerte de su esposa, vive en Virginia Beach, cerca de su hija.

Savage empezó su carrera literaria de joven en Colby, con un relato sobre la importancia del ferrocarril para una comunidad ganadera aislada, separada del mundo exterior por un elevado desfiladero y los intensos inviernos de Montana.

> Se lo mandé a Ed Weeks, que entonces era el director de *The Atlantic*. Él me lo devolvió, señalando que no había seres humanos en esa historia, y me sugirió que lo convirtiera en una novela [...] Escribí la primera versión de *The Pass* en Colby. El rector Mariner me dejaba saltarme clases siempre que escribiera[19].

The Pass fue publicada por Doubleday en 1944 bajo la firma de Thomas Savage, puesto que, al nacer su primer hijo, Tom Brenner mandó traer de Salt Lake City su certificado de nacimiento e inició el laborioso proceso de cambiar todos sus registros laborales y educativos para que constara en ellos su nombre de cuna, Thomas Savage, «con grandes dificultades, pero finalmente lo conseguí, con la excepción de cambiar el apellido de mi esposa de Brenner a Savage en Phi Beta Kappa, porque ellos se negaron»[20]. Esta complejidad familiar de nombres e identidades, esta combinación de la cultura del Este con las montañas del Oeste, de los trabajos manuales con la escritura, de pasados perdidos y secretos ocultos, caracteriza la vida de Savage, así como sus novelas y las personas que las habitan. La maraña de abandono, pérdida, familias rotas y situaciones emocionales difíciles que aparece en la obra de Savage se relaciona en un grado considerable con su propia vida. A partir de los intensos dramas humanos que lo rodearon en su infancia y desde el ventajoso punto de vista del marginal en la casa de los Brenner, Savage desarrolló una percepción exquisita y aguda de los matices del lenguaje corporal, de las entonaciones y de los silencios. En numerosas ocasiones ha declarado que no se documenta ni investiga, sino que recurre a sus propias experiencias, recuerdos e imaginación. En la novela autobiográfica *I Heard My Sister Speak My Name* lleva a la ficción la aparición extraordinaria y real en la vida de Savage, cuando ambos tenían más de cincuenta años, de una hermana mayor que ni él ni ninguna otra persona sabían que existía. Su hermosa madre había muerto una década

atrás, pero la búsqueda de pruebas y documentos legales dejó al descubierto una identidad falsa que había usado temporalmente mucho tiempo antes, así como su secreto: que en 1912 había dado a luz a una niña y que, como en un melodrama antiguo, la había dejado en la puerta de una casa. Esa novela es particularmente útil para analizar las fuentes de Savage.

En *The Pass,* la primera novela de Savage, predomina la descripción extremadamente detallada de un paisaje que controla por completo el destino y la suerte de los ganaderos y de los agricultores escandinavos que se instalan en una pradera contigua a un desfiladero imponente. Los que viven en ese sitio lo aman más allá de lo razonable; aman sus azulados tonos otoñales y sus grandes extensiones de hierbas y les encanta medirse con las tormentas primaverales y las bochornosas sequías. Salpican la historia unos retratos brillantes que ya ponen de manifiesto el magistral talento de Savage para mostrar la vida interior de sus personajes, especialmente las mujeres, a quienes trata con una comprensión de una profundidad poco frecuente. El lenguaje y el pensamiento de los ganaderos de *The Pass* se representa con una nitidez que sorprende incluso hoy y que se presta a comparaciones con la biografía de lugar *The Meadow,* de James Galvin, así como los brillantes y divertidos relatos sobre la región de Chilcotin del autor canadiense Paul St. Pierre, *Breaking Smith's Quarter Horse* y *Smith and Other Events.*

En esta novela quedan al descubierto un gran anhelo y una profunda compasión por el paisaje del Oeste y no debería descartarse la idea de que Savage, en los confines más estrechos del Este, estuviera recreando el campo del que venía por razones tanto personales como literarias. Pero vivir en una región como esa lo exige todo y todo lo toma. En *The Pass,* cuando un personaje muere congelado mientras instala trampas para animales, una joven esposa le dice a su marido: «Lo mató la pradera. Él la amaba y la pradera lo mató». Esa dura región mata de varias maneras, como demuestra Savage en su ficción del Oeste. Unos años después de *The Pass,* el autor declaró en una entrevista:

> Siempre he creído que el paisaje forma a la gente. Cualquiera diría, por ejemplo, que hay algo distinto en los del oeste. Y yo creo que, apenas sales de Chicago y vas al oeste, te das cuenta de que la gente es diferente. Para empezar, son más abiertos. Creo que la diferencia de los del oeste tiene que ver con el hecho de que les resulta imposible contemplar las Montañas Rocosas —o mirar el

horizonte, igualmente vasto— y recordar que existe Europa, que existen los vecinos, o cualquier otra cosa[21].

The Pass, Lona Hansom y, hasta cierto punto, *El poder del perro* pueden considerarse novelas tardías de la edad de oro de la ficción paisajística estadounidense, un período que coincide aproximadamente con la primera mitad del siglo pasado. En estas novelas, el paisaje no es sólo un contexto decorativo, sino que impulsa la historia y controla la vida de los personajes, como ocurre con Willa Cather, Marjorie Kinnan Rawlings, Walter D. Edmonds, William Faulkner, Flannery O'Connor, John Steinbeck y con casi todo lo que escribió Hemingway, todas obras que resuenan con un sentido de lugar, una técnica apropiada para describir las regiones de Estados Unidos en una época en la que esas regiones eran notablemente diferentes y estaban imbuidas de los valores de los pioneros y del empuje de la democracia capitalista en la búsqueda de recursos. Ya en 1948, cuando se publicó *Los desnudos y los muertos* de Norman Mailer, con esos personajes que se enfrentaban a la tierra agreste con una actitud beligerante y manipuladora, la antigua narrativa paisajística estaba desapareciendo.

El título del libro más importante de Savage, *El poder del perro,* es una referencia múltiple y compleja a un fenómeno sorprendente que Phil Burbank puede ver pero su hermano, George, no. De hecho, Phil usa esa lejana formación de rocas y cuestas, que parecen sugerir la silueta de un perro corriendo, como una especie de prueba: los que no alcanzan a verla carecen de inteligencia y percepción. Para él, es una demostración de su aguda y especial sensibilidad.

> En las rocas sobresalientes de la colina que se elevaba delante de la casa, en el enmarañado crecimiento de la artemisa que marcaba como acné la ladera, veía la asombrosa figura de un perro corriendo. Las ágiles patas traseras impulsaban hacia delante los poderosos hombros; el hocico caliente apuntaba hacia abajo, persiguiendo alguna cosa asustada —alguna idea— que huía a través de los barrancos y riscos y sombras de las colinas del norte. Pero Phil no tenía ninguna duda sobre cuál sería el resultado de aquella persecución. El perro alcanzaría a su presa. A Phil le bastaba con levantar los ojos en dirección a la colina para oler el aliento del perro. Pero, por más nítido que fuera aquel perro enorme, nadie, con excepción de otra persona, lo había visto; mucho menos George[22].

En otro sentido, el perro es el propio Phil; otra posibilidad es que él sea su presa. El perro es, también, una conexión con los días de antaño, con días

mejores. Pero la alusión más poderosa del título proviene del Libro de Oración Común:

> Libra mi alma de la espada,
> del poder del perro mi vida[23].

La hacienda de los Burbank está ubicada en la región del sudoeste de Montana, cerca del pueblo ganadero de Beech, y durante muchos años estuvo a cargo de los padres de Phil y George, «el Viejo Caballero» y «la Vieja Dama». Los ancianos Burbank son personas adineradas y oriundas del Este que llevaban una vida relativamente lujosa en la hacienda, pero que, en 1924, cuando se inicia la historia, se han retirado a una *suite,* compuesta por varias habitaciones, de un hotel de Salt Lake, tras un altercado con Phil que no se describe en la novela. Los Burbank son los ganaderos más importantes del valle. Cuando empieza la novela, los dos hijos dirigen la hacienda; Phil, de cuarenta años, y George, de treinta y ocho. Estos dos hombres comparten dormitorio, como vienen haciendo desde la infancia, por tradición y por costumbre.

En la hacienda, Phil es responsable de cortar el heno, del rodeo, de los trabajos manuales en el campo, de trasladar las manadas hasta el ferrocarril, y se ocupa de los grandes festines cotidianos, mientras que George supervisa el negocio y las finanzas, se reúne con banqueros y con el gobernador, y da cuerda al reloj los domingos por la tarde. En la división rural del trabajo, las tareas de la hacienda son cosa de hombres[24]. Phil pasa mucho tiempo en la barraca con los peones, hablando de los viejos tiempos, cuando los trabajadores eran hombres de verdad y el principal entre ellos era Bronco Henry. Phil se enorgullece de su capacidad para llevarse bien con los vaqueros y piensa que hay algo en George que los incomoda.

Los hermanos son un modelo de opuestos. Phil es delgado y atractivo; es brillante, enormemente talentoso, gran lector, taxidermista, hábil para trenzar cuero crudo y crin, solucionador de problemas de ajedrez, herrero y metalúrgico, coleccionista de puntas de flecha (algunas de las cuales confecciona él mismo mejor que lo haría un indio), intérprete de banjo, buen jinete, constructor de grúas derrick de mecanismo *beaverslide,* animado

conversador. También es un tipo agresivo e irascible, que critica insistentemente a todos los que lo rodean, que siempre hace el comentario más cruel posible y que se deleita sacando de quicio a la gente. De hecho, es un matón cruel. Sólo se baña una vez por mes en verano, no en una bañera, sino en un estanque oculto, insiste en no usar guantes jamás, por lo que tiene las manos llenas de rasguños, callos y suciedad. Casi nunca se corta el pelo. Cree que la gente necesita tener obstáculos en la vida, para esforzarse y superarlos.

George, por el contrario, es flemático, lento para aprender, pero con buena memoria, siente pena por la gente, nunca culpa de nada a nadie, tiene poco que decir. Es bajo y corpulento (Phil lo llama «Gordito», para irritarlo); serio y firme, en oposición a la personalidad volátil de Phil; amable, en oposición a la crueldad de su hermano. Sería fácil ver a los hermanos como personificaciones del bien y el mal, como Abel y Caín, como el débil y el fuerte, como el normal y el peculiar. Hasta cierto punto, todos estos puntos de equilibrio encajan en su descripción, pero, en realidad, ambos son personajes mucho más complejos.

En una taberna, Phil, que acostumbra a beber con gran moderación, por miedo de lo que podría revelar si se le suelta la lengua, humilla y maltrata al doctor del pueblo, Johnny Gordon, que está ebrio y que no puede resistirse al alcohol, con trágicas consecuencias, porque un año más tarde, el doctor, carcomido por la humillación, se quita la vida. Phil siente repugnancia tanto por la debilidad como por el orgullo y no desaprovecha ninguna oportunidad de lacerar al prójimo con sus opiniones malintencionadas. No sólo humilla al doctor ebrio, sino también a un judío que es propietario de una tienda por departamentos y que empezó como comprador de cuero, a un niño gordito y fanfarrón con una bolsa de canicas y a un anciano indio, manifestando todo el tiempo odio y desdén. Aborrece tanto a los judíos interesados en ascender escalafones sociales que, antes que vender sus cueros viejos al mercachifle, prefiere quemarlos. Es especialmente vehemente y fóbico en lo que se refiere a los *«sissies»* [«mariquitas»], una palabra que aún hoy sigue siendo habitual en el Oeste americano para referirse a los chicos y hombres afeminados. Siente un desprecio particular por Peter Gordon, el hijo marica del doctor borracho, que ha desarrollado un desafortunado talento para hacer

flores de papel. Este es el hijo que descubre el cadáver de su padre y que hereda sus libros de medicina. Menos conocida que su habilidad para confeccionar rosas de papel crepé es su omnívora curiosidad por la medicina y las plantas silvestres, cuyas intrincadas hojas y raíces dibuja con minucioso detalle.

Hay un personaje de fundamental importancia en la novela pero que se menciona en pocas ocasiones y que jamás se describe: Bronco Henry, el vaquero ideal de la juventud de Phil. Cada tanto aparecen fugaces referencias a este héroe y poco a poco el lector va dándose cuenta de que Bronco Henry tiene un peso emocional muy fuerte en el corazón amargo y vacío de Phil. Nada ni nadie puede igualar a Bronco Henry. Vamos entendiendo que, en algún momento del pasado, Phil deseó —tocó, quizás amó— a Bronco Henry. Y algo muy malo ocurrió. Hasta casi el final del libro, no nos enteramos del accidente que causó la muerte de Bronco Henry ante los ojos de Phil, cuando este tenía veintidós años. Tampoco sabemos hasta ese momento que Bronco Henry fue el primero que avistó al perro corriendo en el paisaje.

Pero esa amargura y esa pérdida no justifican que Phil sea un matón malhablado. La muerte de Bronco Henry no explica la obsesión casi patológica de Phil por cultivar una apariencia lo menos afeminada posible: huele mal, siempre está sucio, tiene las manos curtidas, comete errores gramaticales deliberadamente cuando habla, pretende ser el mejor en actividades tan masculinas como cabalgar y trenzar cuerdas de cuero crudo. La clave principal de la compleja personalidad de Phil es, tal vez, el hecho de que, al querer tocar y poseer a Bronco Henry, se ve obligado a reconocer y enfrentarse al hecho tremendo de su propia homosexualidad. Su obstáculo privado es eso que sabe sobre sí mismo y que en el mundo de vaqueros que habita es algo terrible, una vileza inconfesable. Siguiendo los códigos del Oeste, se reinventa como un ganadero varonil y homofóbico. Nadie podría confundir al áspero y hediondo Phil con un maricón. Bajo esta luz, su lengua hiriente puede entenderse como un sarcasmo preventivo para descolocar y confundir a sus posibles críticos. «Aborrecía el mundo, por si el mundo lo aborrecía primero a él»[25]. Echó colmillos.

Savage aumenta la tensión de una manera tremenda cuando hace que George se interese por Rose, la viuda del médico y, finalmente, se case en secreto con ella. Todo se va al demonio cuando le da la noticia a Phil, quien, en su resentimiento, considera que la viuda es una manipuladora que quiere quedarse con el dinero de los Burbank. La pareja se muda al gran dormitorio principal que en otra época usaban el Viejo Caballero y la Vieja Dama, pero Phil se dedica a hacerle la vida imposible a la novia, mofándose de ella y hostigándola de mil formas secretas, hasta que, finalmente, la lleva a la bebida, adicción que ella mantiene en secreto.

Entonces se anuncia que el hijo marica de Rose, Peter, que tiene dieciséis años, pasará el verano en la hacienda. Phil queda consternado, y piensa:

> ¿O sería que George estaba cavilando sobre el verano, cuando el chaval estuviera aquí, entrando y saliendo a hurtadillas de la casa, un recordatorio constante de que el pequeño George no había sido el primero que se la había beneficiado? Phil tenía la corazonada de que George aborrecía a los maricas tanto como él, y ahora iba a tener a uno metido en la propia casa, molestando, escuchando. Phil detestaba cómo caminaban y cómo hablaban[26].

Phil prepara a los peones de la barraca para la llegada del marica describiendo su amaneramiento, sus flores de papel. Cuando llega Peter, el tenso clima de la casa principal de la hacienda se endurece como pegamento y las comidas se convierten en un horror. El chico no hace nada bien. Cuando sorprende a Phil desnudo en su estanque secreto, Phil irrumpe en gritos airados. Pero el chico tiene una perspicacia tan aguda como la de Phil, se da cuenta de lo que Phil le está haciendo a su madre y de muchas otras cosas. Mantiene una actitud serena y vigilante, con una frialdad que desconcierta a Rose. En un inquietante incidente, que funciona como resumen de la situación, hasta el propio Phil reconoce la dureza y la valentía de Peter cuando el chico camina con unos tejanos ceñidos delante de los peones y algunos de ellos se mofan de él lanzando silbidos y gritos.

> Ahora bien, Phil sabía reconocer el mérito de los demás. El chico tenía unas agallas poco comunes. ¿No sería igualmente interesante si lograra separar al chico de su mamita? ¿No? Vaya, seguro que el chico daría un salto de alegría ante la oportunidad de tener amigos, de hacerse amigo de un hombre. Y la mujer... la mujer, sintiéndose abandonada, se volvería cada vez más dependiente de la pimpla, del viejo alcohol.
>
> ¿Y entonces, qué?[27]

Phil vaticina que Rose beberá cada vez más y que George, finalmente, se la sacará de encima. Entonces, decide realizar sus primeros avances y le ofrece a Peter regalarle la cuerda de cuero que está trenzando, le ofrece enseñarle a enlazar y a cabalgar, le ofrece su amistad, que Peter parece aceptar. En el transcurso de esta nueva amistad, que altera el orden establecido (y que se asemeja a los avances sonrientes de Long John Silver a Jim Hawkins), le habla a Peter de esa extraordinaria persona de una época anterior, Bronco Henry:

> Oh, me enseñó algunas cosas. Me enseñó que, si tienes agallas, puedes hacer cualquier jodida cosa, agallas y paciencia. La impaciencia es una mercancía cara, Pete. Me enseñó a usar los ojos, además. Mira hacia allí. ¿Qué ves? —Se encogió de hombros—. Ves la ladera de la colina. Pero cuando Bronco miraba allí, ¿qué crees que veía?
>
> —Un perro —dijo Peter—. Un perro corriendo.
>
> Phil lo miró fijo y se pasó la lengua por los labios.
>
> —¡Qué demonios! —dijo—. ¿Lo ves ahora mismo?
>
> —Lo vi cuando llegué aquí —dijo Peter[28].

Junto a ese cambio de actitud surge una sensación de sensualidad creciente, que se intensifica cuando Phil, que nunca toca a nadie, pone un brazo sobre los hombros del chico, una intimidad desencadenada, como si estuviera entre paréntesis emocionales, por la furia que siente Phil contra Rose por haberle vendido unos cueros viejos al mercachifle judío. Peter escucha impasible la vengativa perorata de Phil, pero él tiene su propio plan secreto, profundamente escalofriante, mucho más atroz que cualquiera de las crueldades sádicas de Phil, porque Peter ya juega en las grandes ligas.

En la novela autobiográfica de Savage, *I Heard My Sister Speak My Name,* podemos detectar buena parte de la materia prima de los personajes de *El poder del perro.* El modelo de George Burbank es el padrastro de Savage: imperturbable, serio, tranquilo. El Viejo Caballero y la Vieja Dama son recreaciones ficcionales de los ancianos Brenner. Uno de los hermanos Brenner es la base del personaje de Phil Burbank. Tom Burton, personaje de ficción de *The Sheep Queen,* escribe sobre su madre en una carta que le envía a la mujer que acaba de averiguar que es su hermana. Describe el segundo matrimonio de su madre con un ganadero adinerado y los insultos velados a los que la sometía el segundo hermano, Ed.

> Ed era un soltero profesional que odiaba a las mujeres. Era brillante, rápido con el ajedrez, los puzles y los juegos de palabras. Recuerdo que conocía el significado de la palabra «baobab». Leía extensamente, publicaciones de alto nivel como las que ya no existen: *Asia, Century Magazine, World's Week, Mentor* [...] Descartaba *Country Life,* porque consideraba que estaba dirigida a arribistas y a personas que necesitan tener posesiones para sostenerse.
>
> Era delgado, de facciones marcadas, tenía el pelo negro y grueso y no se lo cortaba más de cuatro veces al año. Despreciaba las ciudades donde se cortaba el pelo, donde los hombres se reunían para hacer bromas estúpidas y masticaban su comida en público. Tenía una nariz larga y aguda como una antena dispuesta a captar el rumor más débil y amplificarlo en el cerebro [...] Su risa era un relincho insultante, que llenaba el aire y asfixiaba.
>
> Decía muchas verdades sobre otros hombres. Jamás lo oí decir nada amable sobre nadie[29].

Luego, Burton describe la devoción que siente su tío postizo por su hermanastra:

> La niñita se convirtió en el principal instrumento de tortura de Ed; empezó a apartarla de mi madre. Hizo un buen trabajo [...] Ed le hablaba a la niñita y la convencía a pesar de lo que decía mi madre. Que para su hija Ed fuera tan adorable y le hiciera tanto caso debe de haber hecho a mi madre dudar de su cordura[30].

Cuando la madre de Burton/Savage tocaba piezas de Schumann o Schubert al piano, Ed se marchaba a su habitación y respondía tocando ruidosamente el banjo. «Su propósito era destruir a mi madre y lo logró»[31]. Ese acto malvado, en manos de Savage, se extiende como una maleza perniciosa en *El poder del perro,* de una manera muy eficaz. Aunque en más de una ocasión el joven Savage deseó la muerte de su tío postizo, era demasiado joven para «encontrar la pista de su propia debilidad y destruirlo». Finalmente, aquel hombre se destruyó a sí mismo. Cuando estaba dando forma a un pajar con unos palos «resbaladizos con estiércol mojado por las lluvias de otoño», se le clavó una astilla en «la palma de su mano desnuda y huesuda»[32]. Murió en pocos días de ántrax, una infección mortal causada por el *Bacillus anthracis* y que puede contagiarse de animales a seres humanos transmitida por los mosquitos, por la leche o por manipular cueros y tejidos infectados.

El sentido innato de dramatismo literario de Savage le permitió construir una novela apasionante y tensa a partir de esos fragmentos de su propia historia familiar en Montana. Una cosa es poseer una materia prima extraordinaria como recurso a la hora de escribir, pero otra muy distinta es poder juntar las piezas y convertirla en una historia ambiciosa y clásica que

se graba de manera indeleble en la imaginación de los lectores. A partir de sus recuerdos infantiles de un hombre odioso, Savage, haciendo gala de un gran virtuosismo, creó uno de los personajes más fascinantes y crueles de la literatura estadounidense. De una manera curiosa, cumplió con su deseo infantil de ver muerto a ese hombre, porque, cada vez que un lector nuevo contiene el aliento al enfrentarse al final satisfactoriamente horrendo de Phil Burbank, el niño que fue Thomas Savage vuelve a matarlo de una manera tan certera como el Peter Gordon de la ficción se deshace del enemigo de su madre.

Annie Proulx

---

11. Eliot Fremont Smith, *New York Times Book Review.*

12. *Publisher's Weekly,* 2 de enero de 1967.

13. Emily Salkin, correspondencia particular. 10 de octubre de 2000.

14. Thomas Savage, *I Heard My Sister Speak My Name,* p. 138. Boston, Little, Brown 1977.

15. Ibid., p. 140. Sweringen es el nombre de ficción que Savage usó para referirse a los Yearian.

16. Thomas Savage, *I, Thomas Savage, am the author of The Power of the Dog,* 1967, p. 5, ensayo autobiográfico utilizado por Little, Brown como material promocional.

17. Ibid., p. 5-6.

18. Thomas Savage, correspondencia personal, 15 de septiembre de 2000.

19. Ibid.

20. Ibid.

21. Entrevista de Jean W. Ross, Contemporary Authors Online, The Gale Group, 1999.

22. Thomas Savage, *The Power of the Dog,* p. 67, Little, Brown, Boston, 1967.

23. Ibid., p. 273. Salmos, 22:20. The New Scofield Reference Bible, Oxford U. Press, Nueva York. (Hay muchas traducciones alternativas en español de este salmo. Por ejemplo: «Libra de la espada mi alma, Del poder del perro mi vida» [Reina Valera 1960], «Libra de la espada mi alma, sí, mi única, de la mismísima garra del perro» [Traducción del Nuevo Mundo, 1987] «Libra mi alma de la espada, mi única *vida* de las garras del perro» [Biblia de las Américas]. *[N. del T.])*

24. En *Farm Boys: Lives of Gay Men from the Rural Midwest,* U. Wisconsin Press, 1996, 1998, Will Fellows ofrece un buen análisis de la rígida división de los sexos en la conservadora América rural.

25. *The Power of the Dog,* p. 263

26. Ibid., p. 116.

27. Ibid., p. 226.

28. Ibid., pp. 259-260.

29. *I Heard My Sister Speak My Name,* pp. 223-226.

30. Ibid., p. 288.

31. Ibid.

32. Ibid.

Sobre los autores

Thomas Savage nació en 1915 en Salt Lake City. Estudió literatura en la Universidad de Montana, obtuvo una licenciatura en el Colby College en 1940 y una maestría honoraria en bellas artes en 1952. Su carrera literaria abarca cinco décadas y trece novelas. Además de escritor, ha realizado numerosos trabajos: vaquero, peón, asistente de fontanería, soldador, guardafrenos, perito de seguros y profesor de inglés, esto último en la Universidad Brandeis y en el Vassar College, entre otros sitios. Recibió una beca Guggenheim en 1980. Su última novela, *The Corner of Rife and Pacific,* elegida por el *Publisher's Weekly* como una de las quince mejores novelas de 1988, fue nominada para el premio PEN/Faulkner y obtuvo el premio de la Pacific Northwest Booksellers Association. Murió en 2003.

Annie Proulx es autora de las novelas *Postales, Atando cabos* (cuya adaptación cinematográfica se estrenó en 2001) y *Los crímenes del acordeón,* entre otras, además de las colecciones de cuentos *Canciones del corazón* y *En terreno vedado*. Ha recibido el premio PEN/Faulkner de ficción, el National Book Award de ficción, el premio Heartland del *Chicago Tribune* de ficción, el premio internacional de ficción del *Irish Times,* el premio Pulitzer de ficción, una nominación para el premio del National Book Circle y un doctorado honorario de la Universidad de Maine. También se le ha otorgado una beca del Concejo de Vermont para las Artes y la beca Guggenheim. Su ficción ha sido incluida en varias ocasiones en la compilación anual *Best American Short Stories*. Su relato *Brokeback Mountain,* publicado en la revista *The New Yorker* en octubre de 1997, fue llevada al cine por Ang Lee.

Título original: *The Power of the Dog*
Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados

Edición en formato digital: 2021

Copyright © 1967 by Thomas Savage
Afterword copyright © 2001 by Annie Proulx
© de la traducción: Eduardo Hojman, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-194-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA